

13 febrero 2018

# La Albolafia

Revista de Humanidades y Cultura

ISSN: 2386-2491



DOSSIER:

## Héroes y Traidores en la Historia de España

*Coordinado por* Rafael Núñez Florencio

Revista científica de periodicidad cuatrimestral

Director: Luis Palacios Bañuelos

La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos  
[www.albolafia.com/info@albolafia.com](http://www.albolafia.com/info@albolafia.com)

LA ALBOLAFIA:  
REVISTA DE HUMANIDADES Y CULTURA  
*Revista científica digital de periodicidad cuatrimestral*

Director

Luis Palacios Bañuelos

**Edita:** La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura

**Colabora:** Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos

2018 © La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura

No se permite la reproducción total o parcial del contenido de la revista, así como su transformación, distribución o comunicación pública salvo autorización expresa.

Las instituciones que editan esta revista no asumen necesariamente los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores, únicos responsables del contenido de los mismos.

Publicación editada en Madrid (España)

ISSN: 2386-2491

[www.albolafia.com](http://www.albolafia.com)



## ÍNDICE DE CONTENIDOS

### Dossier | Héroes y Traidores en la Historia de España

Introducción por Rafael Núñez Florencio	9-12
La construcción del héroe nacional: los guerrilleros de 1808 en la historiografía republicana por Jorge Vilches	13-28
Traidores ante el pueblo por Manuel Moreno Alonso	29-44
El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX por Raquel Sánchez	45-66
Don Quijote como antihéroe por Rafael Alarcón Sierra	67-82
La rebeldía heroica por Laura Vicente	83-98
Los rostros del héroe militar: el <i>espadón</i> , el <i>cirujano de hierro</i> y el <i>katechon</i> por Pedro Carlos González Cuevas	99-116
El Héroe a su pesar por Octavio Ruíz-Manjón	117-124
El héroe perjuro: los casos de Suárez y Juan Carlos I por Rafael Núñez Florencio	125-148

### Miscelánea

Agresividad Infantil y entorno familiar por Fátima Martín Sánchez	151-162
--	---------

### Reseñas bibliográficas

RODRÍGUEZ JIMENEZ, J. L.: <i>Agonía, traición y huída. El final del Sahara español</i> , por Luis Palacios Bañuelos	165-168
GÓMEZ-HERAS, J. M.: <i>Hombre, religión y mundo. Sondeos en el humedal del humanino</i> , por Felipe R. Debasa Navalpotro	169-170
MUÑOZ BOLAÑOS, R.: <i>Guernica: una nueva historia. Las claves que no se han contado</i> , por Carlos Pulpillo Leiva	171-174

ANDREU MEDIERO, B.: <i>El dorado bajo el sol. Canarias en el antiguo Sahara español</i> , por Luis Palacios Bañuelos	175-176
PALACIOS BAÑUELOS, L.: VOL. V de LAS BASES DE LA ESPAÑA ACTUAL: <i>El reinado democrático de Juan Carlos I</i> , por Jose María García Gómez- Heras	177-180
PRIMO JURADO, J.J.: <i>Los generales de África</i> . por Juan Manuel Riesgo	181-184

### Otras Publicaciones

CUENCA TORIBIO, J.M.: <i>Historia de la derecha en España</i> .	187
PAYNE, S. G.: <i>En defensa de la historia de España</i> .	189
LEDESMA RAMOS, R. (Edición crítica de Roberto Muñoz Bolaños): <i>¿Fascismo en España?</i>	191
ORDINE, N.: <i>Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal</i>	193
MORENO JUSTE, A.; NÚÑEZ PEÑAS, V.: <i>Historia de la construcción europea desde 1945</i>	195
PAYNE, S. G.: <i>Perfiles de un hispanista</i>	197

### Colaboradores del Dossier

Colaboran en este Dossier	199
---------------------------	-----

### Equipo Editorial

Componentes del Equipo Editorial de <i>La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura</i>	201-202
---	---------

### Número anteriores y próximo número

Números anteriormente publicados	203-204
Próximo Número	205

# Héroes y Traidores en la Historia de España

*Dossier*

---



## INTRODUCCIÓN

“Me gusta imaginar la historia como una casa desordenada y llena de anexos. En las últimas décadas, los historiadores han ido abriendo el foco, y ahora añaden a la historia política, económica o intelectual el estudio de las emociones, las actitudes, los gestos o los prejuicios (...) Y en esa casa que es la historia hay quienes piensan en siglos y quiénes se centran en un instante en particular (...) Tampoco podemos dejar de lado el papel de los individuos, se trate de pensadores, artistas, emprendedores o líderes políticos”. Estas frases corresponden a las páginas iniciales de *Las personas de la historia*, de la reputada historiadora canadiense Margaret MacMillan<sup>1</sup> y vienen a añadirse en su reivindicación de una historia más flexible y con mayor curiosidad por lo concreto e individual, a las insistentes reflexiones de los últimos tiempos sobre la importancia e incluso trascendencia de las decisiones individuales en el devenir de los pueblos.

Aunque aún hay fuertes resistencias, parece claro que las nuevas corrientes historiográficas vuelven la mirada hacia el papel del sujeto histórico y ponderan la fuerza de la libertad de este para abrirse paso y trazar una determinada senda para los suyos y hasta en algunos casos para naciones ajenas. No se trata tanto de una novedad *stricto sensu* como de una *renovación*, que adquiere su pleno sentido por oposición o contraste con las anteriores escuelas historiográficas de raigambre marxista, que habían disuelto al individuo en estructuras y las historias personales en colectivos anónimos. Cabe decir por ello, para ir directamente al grano, que el conjunto de trabajos aquí reunidos se propone una mirada renovadora sobre un viejo tema, la importancia del ser humano de carne y hueso en la trayectoria histórica de una comunidad. Hablamos en este caso de nuestro país y de su historia más bien próxima, la de los dos últimos siglos *grasso modo* (XIX y XX). En suma, para expresarlo con la brevedad y contundencia del título general que hemos elegido, se trata de efectuar una reflexión sobre “Héroes y traidores en la historia de España”, al menos, en una triple dimensión:

La más evidente y primaria, la de los nombres concretos. Aquí el concepto de “protagonistas” adquiere su plena dimensión. Nuestros protagonistas son los que actuaron de facto como tales, las personas que desempeñaron un cometido trascendental en un momento determinado del itinerario pretérito de nuestro país.

Pero, más allá de esa dimensión obvia, lo que aquí se propone es una reflexión de más largo alcance sobre el papel del héroe. No podemos desconocer, por muchas reservas que nos suscite, que una historia posmoderna o, simplemente, la historia que se hace desde el siglo XXI, no acepta ya los roles tradicionales de héroes (y traidores) del modo supuestamente objetivo y acrítico de la historiografía tradicional. ¿Hasta qué punto podemos seguir aceptando la catalogación de héroes? ¿Héroes por qué y en función de qué? ¿Héroes en la historia o en la memoria? ¿Héroes reales o héroes mitificados, instrumentalizados en función de los avatares posteriores? A algunas de estas preguntas trataremos de dar respuesta desde distintos ángulos.

En tercer lugar, nos enfrentamos a lo que podríamos llamar en términos orteguianos el héroe y su circunstancia. Como hemos apuntado, la vuelta al individuo en la historiografía actual no es una mera reproducción de los esquemas tradicionales. La valoración del personaje en la historia no nos devuelve sin más al individuo como único artífice de los hechos, sino que lo sitúa en un contexto

---

<sup>1</sup> MacMillan, Margaret: *Las personas de la historia. Sobre la persuasión y el arte del liderazgo*, Turner, México, 2017. Consultado en formato e-book.

mucho más complejo, en el que sus decisiones y sus actos –por más trascendentales que sean- son siempre el resultado de una interacción de factores. Si se nos permite la formulación irónica, podríamos decir que *nuestro* héroe es hoy, inevitablemente, *menos* héroe, porque lo vemos como hijo de su tiempo, supeditado a su coyuntura histórica. Analizamos y juzgamos sus actitudes y comportamientos como fenómenos contingentes, lejos de tentaciones providencialistas, de modo que *nuestro* héroe termina resultando en muchos casos... un héroe *a su pesar*. Desde la perspectiva actual, no cabe otra opción que contemplar el héroe como ser falible y vulnerable que, en todo caso –de ahí su grandeza- sabe sobreponerse a sus limitaciones.

Nuestro recorrido empieza con el héroe por antonomasia, el héroe nacional, elevado a los altares patrios por los movimientos nacionalistas desde comienzos del siglo XIX. Si así sucede de un extremo a otro del mundo a lo largo de toda la historia contemporánea, en nuestro país, pionero en muchos de los aspectos que aquí tratamos, la lucha por la libertad de los ciudadanos y la independencia de la nación tiene una temprana fecha emblemática, 1808. La resistencia popular frente a la invasión del más poderoso ejército del momento produce la primera cosecha de héroes y mártires. Jorge Vilches adopta un punto de vista peculiar para tratar el asunto: en consonancia con las últimas tendencias historiográficas, nos habla no del sujeto histórico como tal (el patriota, el guerrillero) sino de la construcción de ese sujeto heroico en una historiografía posterior, concretamente la de tendencia republicana. Nos muestra así que el héroe de la guerra de la Independencia recibe muchos de los atributos del héroe clásico y, con ello, pone de relieve que lo importante para el sentimiento nacional y patriótico será por encima de toda la ejemplaridad de la acción heroica: el héroe es el individuo excepcional que con su sacrificio nos muestra el camino a seguir. En este sentido, el héroe es inmortal por definición.

Acabamos de decir que el héroe es por esencia excepcional. El héroe brilla con luz propia y se diferencia del resto del pueblo. Su acción guía a este hacia el objetivo supremo. Pero en el relato mitológico todo eso no basta: el héroe ha de hacer frente no solo al enemigo y a las adversidades genéricas, sino a otros seres poderosos que obstaculizan su tarea. Dicho sin ambages, no hay héroes sin traidores. A veces incluso el protagonismo del traidor eclipsa al propio héroe, del mismo modo que el mal nos atrae en ocasiones con más fuerza que el bien. Manuel Moreno Alonso analiza los distintos roles que desempeñan los traidores en un contexto semejante al anterior, es decir, durante la guerra de la Independencia. Sus conclusiones son complementarias a las de Vilches en un doble sentido: primero, porque en esos años convulsos, el traidor viene a ser la antítesis o contraimagen del patriota; y segundo, porque, como sucede con el héroe, la imagen del traidor también se construye a posteriori según unas directrices ideológicas y con un cierto sentido de la ejemplaridad. En este caso, la de señalar cuál es el camino equivocado.

Hasta ahora lo hemos evitado concienzudamente pero ya no podemos seguir haciéndolo: a nadie se le escapa que la propia denominación de héroe y el concepto más extendido de heroísmo tienen una matriz romántica. El romanticismo recrea la figura del héroe de tal forma que hoy en día nos resulta imposible entender su función sin la aureola que le presta aquel movimiento. Es verdad que hay un romántico que aspira a una cierta santidad heroica y se debate contra sus fantasmas internos: es el novelista, el poeta, el pintor. En una palabra, el artista. Pero incluso este, de una manera u otra, siente la llamada de la acción. El auténtico héroe romántico es el individuo que lucha contra la tiranía, el que se bate por la libertad. En este caso no es ya solo la libertad personal o interior sino la emancipación del pueblo (combate contra el absolutismo) o de los pueblos (liberación del yugo extranjero). Pero los obstáculos son tantos y tan inconmensurables que termina por sucumbir. Una vez más, no obstante, su ejemplo perdura, hace que su lucha no haya sido en vano y siembra la semilla de un futuro mejor. De esta manera, como señala Raquel Sánchez en su artículo, el héroe romántico se convierte en “mártir de la libertad”.

Llegados a este punto, constatamos que la carga cultural es tan determinante que necesitamos hacer una reflexión sobre el concepto mismo de heroicidad. No podemos hacerlo en abstracto o en términos genéricos, porque nuestro espacio aquí es muy limitado. Queremos además realizar ese examen en las coordenadas de la cultura española. Entonces, ¿qué mejor modelo para dicho análisis que nuestro héroe-antihéroe por antonomasia, el inmortal arquetipo de Cervantes? Como en los demás casos, lo que nos interesa aquí es la elaboración de un molde de heroicidad. No nos vamos a remontar al Siglo de Oro sino que nos centramos en el quijotismo de los escritores españoles de comienzos del siglo XX. Así lo hace Rafael Alarcón en “Don Quijote como antihéroe”. Sus puntos de referencias son Unamuno, Maeztu y Azorín. Se trata de dar respuesta a unas preguntas insoslayables: ¿por qué vuelven la mirada los intelectuales españoles hacia el personaje de Cervantes? ¿Qué buscan en él? ¿Cómo lo interpretan? ¿Es el quijotismo el paradigma español de comportamiento heroico?

Ya en el siglo XX, nos vamos a encontrar con una polarización muy acusada de la heroicidad, como corresponde a la cultura política de la época (muy especialmente de su primera mitad). Por un lado, como herencia de la Ilustración y del Romanticismo, solo que ahora adaptada a la sociedad de masas, la concepción del héroe popular, adalid del combate contra la tiranía. Ya hemos consignado que se trata de un *aggionamento* del héroe romántico: esto implica que no batalla solo por la libertad, sino que también pone en primer plano otros valores, como la justicia y la igualdad. Del mismo modo, la estrategia y la lucha en general han cambiado radicalmente. Ya no es tiempo de actitudes voluntaristas, acciones individuales o levantamientos de pequeños grupos. Ahora los protagonistas han de ser las masas, encuadradas en organizaciones específicas, asociaciones obreras, sindicatos y partidos. El rebelde, sin dejar de ser tal, se ha convertido en revolucionario. Más aún: aunque hablamos en masculino, tenemos por fuerza que reconocer el papel decisivo de la mujer, que adquiere en esta lucha un protagonismo tenaz. De todo este abigarrado panorama trata de dar cuenta Laura Vicente en “La rebeldía heroica”.

El otro polo viene representado por las fuerzas conservadoras, los mantenedores del *statu quo*, los que abominan de una sociedad sin orden ni jerarquías. Sustentadores también, como los anteriores, de un enfoque dicotómico –solo que en las antípodas de la revolución proletaria- los defensores de los principios tradicionales tendrán también sus héroes. Una de las formas más extendidas de esta lucha heroica contra la hidra revolucionaria será el levantamiento militar contra los agitadores. El ejército a estas alturas –de hecho, ya desde las últimas décadas del siglo XIX- ha dejado de ser el baluarte del liberalismo y se ha convertido, en España y en otros muchos países europeos, en el firme defensor del orden establecido. El militar ahora viene a personificar los valores profundos de la patria. El espadón, sin dejar de ser tal, se ha convertido en “cirujano de hierro”, es decir, en una especie de médico que ha de extirpar los tumores sociales. El paso siguiente será el *catechon*. En términos más concretos podíamos hablar del paso de Primo de Rivera a Franco, siempre con la misma vitola de salvadores de la patria. De todo ello da cuenta González Cuevas en “Los rostros del héroe militar”.

A nadie se le escapa, por todo lo que se lleva dicho hasta ahora, que hay circunstancias que propician la aparición de conductas excepcionales o, dicho en los términos que aquí nos interesan, hay momentos especialmente idóneos para el surgimiento de conductas heroicas, reconocidas como tales por los coetáneos o por la historia. Pero esas coordenadas peculiares presentan una ambivalencia: posibilitan por un lado pero conminan por otro. Proporcionan al intrépido o al valiente la ocasión que quizá anhelaba, pero también fuerzan al dudoso o al pusilánime a tomar partido con determinación. En una palabra, esas son las circunstancias que fabrican al héroe a su pesar. Personas que, movidas por su conciencia, su religión o sus ideales, dan un paso al frente, hasta el punto de estar dispuestos a sacrificarlo todo. ¿Qué otra coyuntura más trágica en este

sentido que una guerra civil? En este caso, naturalmente, nuestra guerra civil. Siguiendo la línea argumental de su libro *Algunos hombres buenos*, Octavio Ruiz-Manjón realiza aquí una reflexión sobre esos hombres y mujeres que fueron héroes imprevisibles, forzados por la dramática tesitura que les tocó vivir.

¿Hay héroes en la democracia? En principio casi podría decirse que, en condiciones normales, el régimen democrático existe precisamente para que no sean necesarios el sacrificio, la heroicidad y las aventuras sobrehumanas. Pero la democracia en España no llegó por cauces que puedan calificarse en ningún caso como “normales”. Orillando ahora el recurrente debate sobre quiénes propiciaron aquella transición (las masas o la elite), nos interesa centrarnos en los artífices concretos de la transformación política que vivió España a la muerte de Franco. Dos nombres destacan sobre todo, el rey Juan Carlos y el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez. Tanto uno como otro, por diferentes razones, podían haber aspirado a ser reconocidos como héroes por la labor que realizaron y los obstáculos que tuvieron que superar. Pero, como advierte Enzensberger, en el mundo que vivimos ya no hay lugar para el héroe clásico, sino solo para el héroe de la renuncia y la retirada. Tanto don Juan Carlos como Suárez hicieron lo que hicieron porque venían de dentro del sistema que desmontaron. Paradójicamente ese pecado original pesaría como una losa en la valoración de ambos. Luego, distintos acontecimientos (desde el 23-F a la corrupción) provocarían sucesivos cambios en la valoración de ambos, de un extremo a otro, de la alabanza al repudio. En “El héroe perjuro”, Rafael Núñez Florencio reflexiona sobre lo volátiles y reversibles que son esas etiquetas de traidores y héroes.

Ya que empezamos esta breve presentación con Margaret MacMillan, nos parece oportuno cerrarla con una -en nuestra opinión- tan acertada como elegante valoración de conjunto del papel del individuo en la historia: “Para mí, las personas de la historia son esas que destacan respecto al fondo, como una madonna en un cuadro renacentista, como los recortables que se ponen de pie en un libro infantil troquelado, como ese rostro particular en el que se fija la cámara de cine cuando recorre una multitud. Aunque una vida no puede reflejar por completo toda una época, sí puede iluminarla y despertarnos el deseo, y hasta la obligación, de saber más”<sup>2</sup>. Bueno, pues precisamente eso es lo que nos proponemos y a eso vamos en las páginas que constituyen este dossier.

Rafael Núñez Florencio  
Coordinador del Dossier

---

<sup>2</sup> *Ibidem*.

# LA CONSTRUCCIÓN DEL HÉROE NACIONAL: LOS GUERRILLEROS DE 1808 EN LA HISTORIOGRAFÍA REPUBLICANA

Jorge Vilches

Profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos  
Universidad Complutense de Madrid - Instituto Universitario Ortega y Gasset

“Era semejante en todo a un héroe de la antigua Grecia,  
con cara de Apolo y cuerpo de atleta”.

Vicente Blasco Ibáñez,

*¡Por la patria! Romén el guerrillero*, 1888.

## RESUMEN:

Los republicanos del siglo XIX recrearon la figura del héroe guerrillero de la Guerra de la Independencia tomando el modelo de la tragedia griega, pasado por el cristianismo y el romanticismo. No falsificaron los datos, sino que mostraron a los líderes de la guerrilla, sobre todo Juan Martín *El Empecinado*, como hijos del pueblo vinculados con la lucha por la libertad y la patria, lo que encajaba con su interpretación de la Historia de España y su proyecto republicano. Este modelo de héroe popular guerrillero ayudó a los republicanos a identificarse con un pueblo amante de la libertad que, a su entender, estaba olvidado y despreciado por la Monarquía y la Iglesia católica.

## ABSTRACT:

The Republicans of the nineteenth century recreated the figure of the guerrilla hero of the Peninsula War taking the model of Greek tragedy, passed by Christianity and Romanticism. They didn't falsify the data, but showed the leaders of the guerrilla, especially Juan Martin *El Empecinado*, as sons of the people linked to the struggle for freedom and the country, which fitted with their interpretation of the Spain's History and the Republican political project. This model of the popular hero was used to identify the Republicans with a freedom-loving people who, in his point of view, was forgotten and despised by the Monarchy and the Catholic Church.

**PALABRAS CLAVE:** *Guerrilla, guerrillero, republicanismo, historiografía, héroe*

**KEYWORDS:** *Guerrilla, Guerrillero, republicanism, historiography, hero*

## 1.- GRIEGOS Y CRISTIANOS, AL ESTILO ROMÁNTICO

El héroe trágico es uno de los tipos ideales creados por la cultura griega y, por tanto, presente en las enseñanzas de las escuelas y universidades españolas del siglo XIX. En este modelo, el mundo se representaba como una tragedia, con fuerzas enfrentadas y conflictos con los que el público podía identificarse. Esta tragedia ambiental permitía presentar al hombre ante una situación límite, inmerso en su soledad, y con la necesidad de tomar una decisión de la que cual dependía algo trascendental. El espectador o el lector podían así contemplar una circunstancia equiparable a su presente o su pasado, sentir empatía hace el personaje, con sus grandezas y miserias. El conjunto, además, se enmarcaba en una interpretación del mundo, del papel del hombre en él, y de los valores y principios que lo ordenaban. Esto proporcionaba un sentido a la acción del personaje; era, en definitiva, un buen ejemplo, ya fuera el protagonista o el antagonista. El episodio heroico, en consecuencia, era una lección.

El héroe de la tragedia griega era un ejemplo de humanidad superior cuando se sometía a situaciones extremas, era el hombre culminando su ser. La actitud del héroe, tomada de la tragedia griega, constituía la lucha contra la resignación, el destino adverso, o unos principios inadmisibles, como la injusticia o la tiranía. Dicho comportamiento era reflejo fiel de sus principios, siempre expuestos de forma dicotómica: la acción, la decisión, la nobleza, la capacidad de sufrimiento, o el sobreponerse a las dificultades, frente a la resignación, la duda, la bajeza, y el egoísmo. De esta manera, el personaje se elevaba al límite de lo divino.

La tradición cristiana tomó el modelo de la tragedia griega, y presentó la heroicidad como demostración de la fe del héroe y de su sacrificio por el bien común; de esta manera, se vinculaba la creencia y demostración de unos principios, valores y moral con una comunidad, cuyo bienestar era superior al del individuo. De esta manera, el héroe se convirtió en un mártir, en un ejemplo para su pueblo, adornado, además, de las mejores virtudes que en algún caso le llevaban a la santidad. La política de popularización del catolicismo como respuesta a la Reforma aumentó el número de santos y extendió su enseñanza a los fieles para que se identificaran con ellos. Era una manera sencilla de aprender los pilares teóricos y conductuales del catolicismo<sup>3</sup>.

El liberalismo asumió las formas católicas de propaganda, como el formato del “catecismo” –publicaciones con preguntas y respuestas-, y utilizó la santificación laica de personajes como ejemplo básico de principios y conducta. Escritores y propagandistas se afanaron en buscar hombres de referencia que sirvieran para la identificación colectiva y la movilización. Manuel José Quintana lo hizo a principios del XIX. Transformó a Guzmán el Bueno, con una oda de 1807, en un héroe patriótico que ejemplificaba la lucha por la independencia

<sup>3</sup> . Sobre la tradición del héroe griego y su adaptación al cristianismo, véase Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS, *El héroe trágico y el filósofo platónico*, Madrid, Taurus, 1962; José S. LASSO DE LA VEGA, *Héroe griego y santo cristiano*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1962; María Amparo PEDREGAL RODRÍGUEZ, “El culto a los mártires: una herencia de la advocación mágica de los héroes”, en Jaime ALVAR, Carmen BLÁNQUEZ PÉREZ y Carlos G. WAGNER (coord.), *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, pp. 345-360; y Rosa María SANZ SERRANO, “Santos y demonios como elementos de cristianización de Occidente”, en Jaime ALVAR, Carmen BLÁNQUEZ PÉREZ y Carlos G. WAGNER (coord.), o.c., pp. 463-484 .

aun a costa del sacrificio personal (y familiar). Y el vínculo del patriotismo con el amor a la libertad lo expuso en “El Panteón del Escorial” (contra el “tirano” Felipe II), “A Juan de Padilla” (escrita en 1797 y publicada antes de 1808), Pelayo (1807), o la oda “Al combate de Trafalgar” (1805). En 1807 comenzó la serie “Vidas de españoles célebres”, en la que retrató a personajes históricos como modelos de patriotismo “heroico y sublime”. Durante la Guerra de la Independencia, la propaganda política fue muy intensa. Los tipos eran simples, como el buen patriota frente al mal hombre –francés o traidor–, la demonización de Napoleón, la mención a episodios históricos heroicos y a sus protagonistas individuales o colectivos como ejemplarizantes<sup>4</sup>. Esos héroes eran presentados como miembros del pueblo que habían decidido ser consecuentes con su patriotismo. La nación y sus hombres eran entonces público y protagonistas de la Historia. La consecuencia fue la popularización del género biográfico (o hagiográfico). Tras la represión durante el reinado de Fernando VII, las compilaciones de perfiles de opositores al tirano, incluso las ilustraciones y las obras de teatro, los denominaban “héroes” y “mártires de la libertad”.

La Guerra de la Independencia se convirtió en el mito fundacional porque en ella se reunieron los elementos del nacionalismo del siglo XIX: demostración de virtudes, sentimientos, y proyectos comunes, de unas mismas características y mentalidad,

<sup>4</sup> . Jorge CAMPOS, *Teatro y sociedad en España (1780-1820)*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1969; Ana María FREIRE LÓPEZ, “Teatro político en España durante el primer tercio del siglo XIX”, Juan VILLEGAS (ed.), *Encuentros y desencuentros de culturas: siglos XIX y XX, Actas Irvine-92. Asociación Internacional de Hispanistas*, IV, University of California, 1994, pp. 28-35. María Mercedes ROMERO PEÑA, MARÍA MERCEDES (2006a): *El teatro en Madrid durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, FUE, 2006; Jorge VILCHES, *Liberales de 1808*, Madrid, Gota a Gota, 2008, pp. 73-112.

que impulsaron entonces a luchar contra el invasor por la libertad y la independencia nacionales. La mitificación de la respuesta española en aquel conflicto animó, como no podía ser de otra manera, el nacionalismo del momento, y fue, lógicamente, una construcción cultural. Los literatos, políticos, periodistas e historiadores nacionalistas, sin coordinación conocida que respondiera a un plan general de construcción de un Estado-nación por parte de un grupo determinado, crearon un relato de los acontecimientos que variaba muy poco. Hicieron lo mismo con los guerrilleros y sus hechos. Estos hombres y mujeres eran mostrados como ejemplos de los mejores caracteres naturales de “la raza”. No es tarea del historiador el rebautizar o reprender a los hombres del pasado por los nombres que dieron, los conceptos que usaron, o la interpretación que hicieron. Lo cierto es que la gente del Ochocientos quería oír y leer esos mitos, verse reflejada en ellos dado el evidente éxito del discurso, de la cantidad de producción bibliográfica de procedencias ideológicas distintas, y de su duración, que no varió con los cambios de gobierno ni de régimen en todo el siglo.

El modelo perduró todo el XIX, y se reflejó en la historiografía liberal. Si bien la obra de referencia era la Historia de España del padre Mariana, con continuadores ilustres, como Floridablanca, Toreno o Eduardo Chao, fue Modesto Lafuente quien marcó el sentido historiográfico desde el primer tomo de su “Historia general de España”, en 1850<sup>5</sup>. El sujeto histórico permanente en dicho paradigma, desde los primeros albores, era la nación española, cuyas características venían dadas por el territorio y la religión, lo que había creado una mentalidad y naturaleza comunes. Todos los acontecimientos del relato de Lafuente iban encaminados a explicar el final: el establecimiento del Estado nacional bajo una

<sup>5</sup> . J. SISINIO PÉREZ GARZÓN, “Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España”, en Modesto LAFUENTE. *Discurso preliminar a Historia General de España*, Pamplona, Urogoiti editores, 2002.

Monarquía constitucional. En ese paradigma historiográfico, tan positivo como optimista y voluntarista, quedaba la nación ejemplarizada en grandes personajes surgidos de las entrañas de un pueblo con un carácter propio, inimitable dado el carácter único del paisaje y la historia propias. En este paradigma, la Guerra de la Independencia era el momento fundador de la época final, la constitucional, y sus héroes –reales o contruidos-, era los forjadores de la nueva España y, por tanto, ejemplarizantes.

Además de las tres influencias citadas – griega, cristiana y romántica liberal-, el republicanismo español asumió también las tendencias procedentes de Francia. Aunque hubo reflexiones sobre la revolución francesa, como la de Flórez Estrada o Carlos Le Brun, el restablecimiento del régimen constitucional en 1834 supuso el aumento de la publicación de obras relativas a la Revolución Francesa<sup>6</sup>. En España se recogió el debate francés entre detractores y defensores, y se publicaron traducciones y trabajos en ambos sentidos. Los autores más publicados en España fueron Thiers, Lamartine y Michelet, así como Mignet, Quinet, Bouchez, Roux, Cabet o Louis Blanc. Los republicanos españoles dedicaron artículos, estudios y traducciones a la Revolución Francesa, aunque no todos en el mismo sentido. Unos personalizaron el episodio revolucionario, como Romero Quñones, Vera González y Sebastián Orea, especialmente en Robespierre, al que consideraban un “apóstol” y “encarnación

del progreso”<sup>7</sup>. Este tipo de interpretación asumía la violencia durante la Revolución como un precio desagradable, como hacía el socialista Louis Blanc –cuya obra “Historia de la revolución francesa” se publicó en España en 1848 como “versión libre” de Fernando Madoz-, pero la definían como partera de los principios democráticos en toda Europa. Otros republicanos defendieron a los Girondinos como ejemplo (ficticio) de hacer la revolución sin violencia –aspecto que recaía en los jacobinos-, los principios republicanos, la descentralización y la libertad con orden. Era una visión filosófica, casi hegeliana, de la Revolución, tomada de Thiers y Lamartine. Esto lo sostuvieron, entre otros, Emilio Castelar y Miguel Morayta<sup>8</sup>. Por último, estuvieron los republicanos que vincularon la República y sus principios con el pueblo como sujeto colectivo, sinónimo de clases populares y trabajadoras, no clases medias, como encarnación de la revolución, lo que seguía la visión de Michelet, Blanc y Cabet. La conversión del pueblo en sujeto le confería todas las atribuciones del héroe mártir, permitía eludir los errores de personajes y grupos, y salvar los principios. Es el caso, por ejemplo, de Abdón Terradas, o Blasco Ibáñez, quienes defendían el protagonismo del pueblo, ese “héroe anónimo”<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> . Álvaro FLÓREZ ESTRADA, *Historia de la revolución de España*. Estudio preliminar de Jorge Vilches, Madrid, Espasa-Fundación Dos de Mayo, 2009; Alberto GIL NOVALES, “Repercusión de la revolución francesa en España (1835-1889), en Jean-René AYMES (ed.), *España y la revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 367-401. Manuel MORENO ALONSO, *La Revolución Francesa en la historiografía del siglo XIX*, Sevilla, 1979. Emilio DE DIEGO GARCÍA, “En torno al Bicentenario de la Revolución Francesa, 1789-1989 (I)”, *Cuadernos de historia contemporánea*, n.º. 11, 1989, pp. 191-214.

<sup>7</sup> . Enrique VERA GONZÁLEZ y Sebastián OREA publicaron en 1881 y 1882 dos tomos de sus *Estudios populares sobre la revolución*, dedicados a la Revolución Francesa, con un prólogo de Pi y Margall. Ubaldo ROMERO QUÑONES, *Teoría revolucionaria. Precedida de la biografía de Maximiliano Robespierre*, Madrid, 1874.

<sup>8</sup> . Emilio CASTELAR Y RIPOLL, *Historia de la revolución francesa*. Prólogo de Francisco Villacorta Baños, Pamplona, Ugoiti Editores, 2009.

<sup>9</sup> . Abdón TERRADAS tradujo la obra de Etienne de Cabet titulada *Historia popular de la Revolución francesa desde 1789 hasta nuestros días (1846-1847)*, aunque en 1839 se tradujo *Revolución de 1830 y situación presente de la Francia (noviembre de 1833)*, explicadas e ilustradas por las revoluciones de 1789, 1792, 1799 y 1804, y por la Restauración. Vicente BLASCO IBÁÑEZ, tradujo en 1898 la obra de Michelet *Historia de la revolución francesa* (Valencia,

La influencia de la revolución francesa sobre los republicanos en la construcción de las imágenes del héroe guerrillero español reforzó dos elementos ya presentes en la historiografía española. Por un lado, la consideración del pueblo como protagonista y estandarte de los principios democráticos, y, por otro, el estilo romántico y heroico en el relato de la vida de los personajes, ligándolos con grandes ideas, comportamiento consecuente, e incluso sacrificio de sus vidas. Los personajes respondían a los prototipos de género del momento, con las virtudes que la burguesía atribuía al pueblo; especialmente la honestidad y el sacrificio por el bien común<sup>10</sup>. La virilidad era propia de los héroes guerrilleros, y la serenidad, valentía y fortaleza en las heroínas, que rompieron el papel tradicional, aunque estas ocuparon menos espacio que en el relato de la Guerra de la Independencia salvo dos, Manuela Malasaña y Agustina de Aragón, ambas convertidas rápidamente en mártires de la patria y cuya realidad estaba cruzada por la épica<sup>11</sup>.

Solamente los autores republicanos españoles que dieron protagonismo al pueblo en sus relatos históricos, especialmente Rodríguez Solís y Blasco Ibáñez, dieron un tratamiento especial al héroe guerrillero. Estos escritores sostuvieron un republicanismo más popular que el posibilista de Castelar, y menos intelectual que el de Pi y Margall, por lo que prefirieron la exaltación de personas de extracción baja como ejemplo de los principios democráticos arraigados en las clases populares. En su narrativa, los héroes guerrilleros suplían, y superaban, a los

---

Biblioteca Popular), en tres tomos, con un estudio suyo titulado "Michelet, su vida y sus obras".

<sup>10</sup> . Jesús Cruz, *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 2014.

<sup>11</sup> . Marion Reder Gadow, "Mujeres en las barricadas durante la Guerra de la Independencia (1808-1814): la rondeña María García 'La Tinajera'", *Dossiers Feministes*, 15, 2011, pp. 9-25.

grandes políticos como personas pertenecientes y representantes del pueblo.

En definitiva; en este trabajo se estudia el modelo de héroe popular recreado por los historiadores y escritores republicanos del XIX, referido a los guerrilleros de la Guerra de la Independencia. El objetivo es confrontar las narraciones entre 1854 y 1898 con el tipo ideal descrito, que conjuga las características del héroe griego –contexto extremo, persona puesta a prueba, actitud ejemplarizante-, con las del mártir cristiano – la demostración de fe en principios y valores, y el sacrificio por el bien común-, y la predestinación –una vida encaminada a un fin heroico-. La intencionalidad prevista en el mensaje apunta a ser la clásica: el ejemplo para la movilización, la creación de una memoria y una identidad colectivas, y justificar una dirección del progreso.

## 2.- LA HISTORIOGRAFÍA REPUBLICANA

En la historiografía del republicanismo español, entre 1854 y 1898, no penetró aún el método histórico, la erudición con marchamo de objetividad, sino que mantuvo la Historia como un género literario. La idea republicana se había fraguado como la culminación de la fórmula del progreso, tomada vagamente de Rousseau y Condorcet pasada por la Revolución francesa. Ya Emilio Castelar así lo había expresado en su obra más conocida, publicada en 1858, al aplicar una Filosofía de la Historia que parecía encaminar el sentido de los acontecimientos hacia la democracia. En su traducción a las formas políticas, la República se convertía en el régimen del futuro, en una mecánica histórica imparable. En este sentido, se reinterpretaba el pasado. Tomaban de la historiografía liberal, nacionalista y romántica su filosofía whig, a la nación como sujeto, y al individuo como

ejemplo de la identidad racial e histórica, pura, de las características del pueblo republicano.

Toda una mitología se levantó en torno al republicanismo, tanto de la Historia como de su presente, proyectando hacia atrás los acontecimientos de su día a día. Esos anclajes históricos, auténticos lugares de la memoria sobre el papel, servían para crear una identidad colectiva, una cultura política propia, y la movilización, conmemorando fechas como el 11 de febrero o a “héroes” populares. Esa recreación histórica, por otro lado, trascendía las fronteras, y permitía vincular al republicanismo español con el francés, el italiano o el estadounidense. En consecuencia, el republicanismo tomó la historiografía como un género político que combinaba la explicación del pasado con la prognosis o predicción del porvenir. Esa historiografía tuvo lugar antes de la aparición en España de las nuevas formas tomadas del positivismo francés, y que aplicó Rafael Altamira ya iniciado el siglo XX.

El escritor republicano de acontecimientos históricos no puede entenderse como un historiador profesional, sino como un literato político que cargaba el relato histórico con erudición, pero al mismo tiempo con providencialismo y una explicación teleológica bajo la idea de progreso. Aquellos escritores estaban en una fase de transición historiográfica hacia el historicismo, que mezcló a periodistas con profesores de Universidad. El conjunto es un relato muy similar sobre el pasado español y, en lo que a este trabajo concierne, al guerrillero de la Guerra de la Independencia.

Los republicanos tomados en este estudio eran a la vez periodistas, historiadores, políticos y escritores. Eduardo Chao (1821-1877) es el de los historiadores el más significativo, tanto como el más prestigioso al ser uno de los continuadores de la “Historia General de España” de Juan de Mariana, convirtiéndose así en un referente de la época hasta el triunfo de Modesto Lafuente. Escribió en periódicos como *El Huracán*, *El*

*Espectador* o *La Discusión*, y fundó *El Correo de España* (1862). Pasó por la política en las revoluciones de 1854 y 1868, y fue elegido diputado en ambos procesos. Salmerón lo nombró ministro de Fomento en la República de 1873, y tras su fracaso, se dedicó principalmente a escribir. Eduardo Chao fue el referente para todos estos escritores republicanos porque puso al pueblo como protagonista, envolviéndolo en unos vagos ideales democráticos y patrióticos, superiores a los defensores del absolutismo y a los conservadores de toda condición, en un proceso histórico encaminado hacia una fórmula popular de gobierno. Blasco Ibáñez llegó a decir sobre Chao: “escritor que hasta el presente es el que ha tratado con criterio más avanzado la historia general de nuestra patria”<sup>12</sup>.

Fernando Garrido (1821-1883) también atesoró estas profesiones en el mismo periodo, aunque tuvo menor relevancia política y más como historiador y ensayista. Son de interés aquí “La España contemporánea”, dada a la imprenta entre 1865 y 1867, y el tomo VI de su “Historia de las persecuciones políticas y religiosas”, publicada con el seudónimo de Alfonso Torres de Castilla en 1866. Miguel Morayta (1834-1917), fue catedrático de Historia en la Universidad Central de Madrid, diputado republicano, castelano y masón, y publicó una “Historia general de España, desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días” (1893-1898). Su monumental obra de nueve tomos no tuvo suerte, ya que Rafael Altamira dio un vuelco a la disciplina histórica en el paso de siglo que dejó anticuada la interpretación de Morayta. El catedrático republicano fue especialista en Historia antigua, especialmente de Grecia, de la que publicó un manual.

Los dos escritores más relevantes en el tema de los guerrilleros fueron Vicente

<sup>12</sup> . Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *Historia de la revolución española. Desde la Guerra de la Independencia a la Restauración en Sagunto*, Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 1891, I, p. 611.

Blasco Ibáñez (1867-1928) y sobre todo Enrique Rodríguez Solís (1844-1925). El primero, cuya conocida vida periodística y literaria omito, escribió al respecto una novela titulada “¡Por la patria! Roméu, el guerrillero” (1888), con todos los tópicos y en el estilo romántico adecuado, y otra histórica con el nombre de “Historia de la revolución española. Desde la Guerra de la Independencia hasta la Restauración en Sagunto” (1891-1892). Rodríguez Solís, el escritor republicano del XIX por antonomasia –aunque el más prolífico fue Emilio Castelar–, dedicó buena parte de su obra entre 1870 y 1898 a la Guerra de la Independencia y a los guerrilleros. Enrique Rodríguez Solís fue quien mejor recogió la mitología liberal y republicana sobre los guerrilleros, tratando a estos como héroes en el sentido arriba indicado: el prototipo dramático griego, pasado por la tradición cristiana, con el estilo romántico. Publicó veintidós cuadernos semanales, entre 1887 y 1888, sobre el tema, que recogió luego en dos volúmenes titulados “Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia”.

A estos se podrían sumar las obras de otros historiadores y escritores republicanos que repitieron, aunque superficialmente, los tópicos sobre el héroe guerrillero. También resulta de interés la obra de Enrique Vera y González (1861-1916) titulada “Pi y Margall y la política contemporánea”, ya que recoge tópicos de la interpretación republicana; así como la obra del periodista Eugenio García Ruiz (1819-1893), ensayista, diputado y ministro en 1874, que llamó “Historias” (1879). Un perfil muy similar tuvo Francisco Pi y Margall (1824-1901), de trayectoria periodística, política y filosófica conocida, y que como historiador fue muy prolijo, pero no abordó el tema de los guerrilleros, y su tratamiento en “Historia de España en el siglo XIX”, publicada póstumamente, es superficial. Juan Ortega Rubio (1845-1921) fue catedrático de Historia en Madrid y Valladolid, escribió mucha historia local,

pequeñas biografías, colaboró en la prensa, y dio a la imprenta varias obras de referencia para el siglo XIX; una de ellas es “Historia de España”, en seis tomos publicados entre 1908 y 1910, donde utiliza los adjetivos calificativos sentimentales y grandilocuentes del republicanismo clásico para referirse a los guerrilleros<sup>13</sup>.

En suma, los autores resaltados no hicieron por lo general un relato frío o una colección de datos históricos, sino apasionado y novelesco. La historia se contaba como una epopeya trágica ejemplarizante, subordinando la erudición al efecto propagandístico de la prosa grandilocuente. Anidaba en ellos el deseo de hacer propaganda del republicanismo a través de su interpretación de la historia de España. Pretendían la identificación de los personajes heroicos con el lector, con sus ideales y aspiraciones, incluso con los líderes coetáneos del republicanismo a los que presentaban como sus herederos. La lucha del pasado era la misma lucha de su presente. Escribieron la historia con una clave ideológica. No se trataba de la expresión de una investigación, sino de un deseo de apuntalar sus convicciones y propósitos políticos. En su visión dicotómica de la historia se iban diferenciando el pueblo, sus portavoces y luchadores, de la monarquía y su oligarquía. El choque entre las dos Españas era una retahíla de revoluciones y reacciones, pronunciamientos y golpes de Estado, con un sentido histórico finalista –el gobierno popular– que daba sentido al sacrificio individual.

<sup>13</sup>. He tratado en profundidad la historiografía republicana del XIX en “La propaganda republicana: la Monarquía contra el pueblo. El caso de Isabel II (1854-1931)”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 18, 2007, págs. 231-253; “Estudio preliminar” a Miguel MORAYTA, *Las constituyentes de la República*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2013, pp. V-CLIV; y “Un historiador en transición. La historiografía republicana de Miguel Morayta (1834-1917)”, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 161, julio-septiembre (2013), págs. 207-238.

### 3.- LA GUERRA DEL PUEBLO

Los historiadores y escritores republicanos se empeñaron en mostrar que la Historia nacional indicaba que la forma de gobierno natural, por el carácter del español, era la República. Los grandes momentos nacionales eran aquellos en que la monarquía y la Iglesia no habían ejercido su hegemonía, sino que el pueblo había podido demostrar su temperamento y naturaleza. De esta manera, los republicanos equiparaban el patriotismo – y las virtudes y comportamiento del héroe – con el republicanismo. Por esta razón, Rodríguez Solís biografó al partido republicano contando la historia del pueblo español.

Fernando Garrido y Pi y Margall definían entonces “pueblo” por su estatus social, la carencia de poder y su deseo de libertad; aunque en unos momentos lo equiparaban a “clases trabajadoras” y en otras a “nación”. En este sentido, aunque de forma más retórica, coincidían Emilio Castelar, o Miguel Morayta. Sin embargo, el republicanismo popular de Rodríguez Solís o Blasco Ibáñez aumentó la definición de “pueblo” añadiendo la compartición del amor a la libertad y a la democracia que, a su entender, solo podía tener forma en la República. El pueblo español era republicano sin saberlo, y ellos tenían la misión de mostrárselo a través de la propaganda. Y en esa tarea proselitista era imprescindible enseñar a los españoles que personajes del pasado, patriotas y liberales, eran republicanos. De esta manera, la Guerra de la Independencia, el mito nacionalista por excelencia, se convirtió en el mejor episodio para demostrar dicho axioma. El hecho determinante de aquel conflicto, al menos desde el punto de vista español, fue la labor de la guerrilla, expresión de la ira y la venganza, pero también de la solidaridad y el amor popular a la libertad y a la independencia.

Entre los republicanos, fue Eduardo Chao el primero que recogió el vínculo que la historiografía liberal había establecido entre guerrilla con el carácter español. Este tipo de guerra irregular era algo distintivo, “una creación especial, hija de la naturaleza de su suelo, de la índole de su raza y de su historia”. El paisaje quebrado y desigual generaba el espíritu y, al tiempo, propiciaba la actividad guerrillera. La austeridad del suelo, su dureza, incluso las difíciles estaciones del año, hacían del español “un excelente soldado para la guerra de ingenio” en todos los tiempos, contra “los romanos, los godos, los árabes, los austríacos y los borbones”. Rodríguez Solís apuntalaba dicho vínculo natural diciendo que “desde los más remotos tiempos hemos tenido guerrillas en España, y no creemos exagerado afirmar que al nacer el español nace guerrillero” y “donde hasta los niños saben ser héroes, cuando no mártires”. La españolidad de la guerrilla era tan exclusiva que no se podía imitar en otros países, como en Francia en 1814 y 1870, explicaban, porque allí carecían del “valor, sobriedad, resolución, energía, salud, resistencia” propia de los españoles<sup>14</sup>.

Esos guerrilleros, según Chao, eran “generales improvisados” no de la aristocracia, sino del “pueblo de donde salen los Viriatos, Díaz de Vivar, Miguelots, Vallejos, Tamarites y Minas”. El término “guerrilla” y “guerrillero” se incorporó a la historiografía liberal para describir los levantamientos populares irregulares contra el extranjero, y quedó en la cultura de la época. Era un término frecuente en los libros de

<sup>14</sup> . Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 2ª ed., 1895, I, pp. 128 y 440, y II, p. 835. Esta misma interpretación ya la habían dado José Muñoz Maldonado en “Historia militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte, desde 1808 a 1814: escrita sobre los documentos auténticos del Gobierno” (1833) y José Gómez de Arteche, cuya “Guerra de la Independencia. Historia militar de España (1808 – 1814)”, (1868-1903) fue la base de la del republicano.

Historia, el teatro y en las novelas. Galdós, en el episodio nacional titulado “Juan Martín el Empecinado” (1874), colocó ese tópico en boca de uno de sus personajes: “púseme yo mismo el nombre de Viriato, en memoria del más grande y el más célebre guerrillero que hemos tenido”. El motivo era que el guerrillero se definía como un hombre del pueblo que luchaba por librar de sus invasores a España, país que, siguiendo la historiografía del momento, había existido siempre. Todos aquellos hombres, apostillaba Rodríguez Solís en este sentido, “lucharon por la independencia de España”<sup>15</sup>.

Rodríguez Solís fue quien expuso más claramente la idea de la Guerra de la Independencia como una guerra del pueblo. Si bien se apoyaba en las obras del conde de Toreno y Gómez de Arce, el escritor republicano fusionó la historia de la vida cotidiana del momento con el protagonismo de la guerrilla en el conflicto. El resultado fue definir al pueblo y a sus guerrilleros como el sujeto patriótico que había luchado por la libertad y la independencia, quien salvo al país, y no la monarquía, las instituciones o las “clases altas”. Para apuntalar la idea de la guerra popular, junto a las derrotas del ejército regular, relató los éxitos de la guerrilla y llevó a cabo un recuento de nombres, números y enfrentamientos que superaba los trabajos de Toreno y Arce. Cifrabas en 282 partidas, distribuidas por trece territorios y por años. Además, apuntaba, no de forma sistemática, los nombres de los guerrilleros muertos más célebres, de sus presos y heridos. A esto sumaba la relación de las victorias, indicando los nombres de los vencedores y de los vencidos<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> . Eduardo CHAO, *Continuación a la Historia General de España del Padre Mariana*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1851, tomo IV, p. 261. Benito PÉREZ GALDÓS, *Juan Martín el Empecinado*, 1874, cap. III. Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *El primer guerrillero. Juan Martín El Empecinado*, Madrid, La Última Moda, 1870, pág. 3.

<sup>16</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Los guerrilleros de 1808*, II, pp. 841-842.

Los guerrilleros eran “la nación en armas”, y la guerrilla, la “guerra patriótica: a la vez terrible y grandiosa”<sup>17</sup>. Mientras las clases medias, decía Blasco Ibáñez, había ocupado las Juntas para gobernar el país en ausencia del rey y de sus instituciones tradicionales, “el elemento popular asalta los parques y se arma, formando batallones que desean luchar por la patria”. *El Empecinado* era “fiel representante de la grandeza del pueblo”<sup>18</sup>. Los escritores republicanos trataron al guerrillero como el hombre del pueblo; era el “soldado y el ciudadano”, la línea de continuidad entre un pueblo que amaba su libertad y odiaba la tiranía, y que cogía las armas para defenderla cuando las instituciones fallaban o traicionaban. Esos héroes trabajaban parte del día para mantener a su familia, y la otra luchaban. Había un claro reflejo de la interpretación republicana francesa de su Revolución en el ciudadano-soldado como prototipo de luchador y pilar de los valores republicanos, a veces traicionado, a veces vencedor, pero siempre inalterable<sup>19</sup>. El comportamiento de esos héroes provenientes del pueblo más humilde mucho mejor que de los aristócratas, demostraba, a su entender, el sentimiento igualitario y, por tanto, democrático de la nación española. La guerrilla había probado que no se podían “establecer distinciones de categorías ni clases” porque esos elementos populares habían sabido colocarse a la altura de las “clases aristocráticas”<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> . Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Héroes de Navarra. Mina el Mozo y Espoz y Mina, narración histórica*, Madrid, Oficinas de La Última Moda, 1898, pág. 31.

<sup>18</sup> . BLASCO IBÁÑEZ, *Historia de la revolución española*, I, págs. 111 y 554.

<sup>19</sup> . Véase el capítulo IX del tomo II de Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido Republicano Español. De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1893.

<sup>20</sup> . Fernando GARRIDO, *La España contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, Barcelona, Salvador Manero, 1865, I, pág. 110. Hay edición de Ugoiti Editores de

## 5.- LOS HÉROES

El ambiente adverso, al límite, había sido el detonante que cambiaba al hombre normal era un héroe, hasta el punto de “mirarle como un ser sobrenatural”<sup>21</sup>. El guerrillero era, decía Rodríguez Solís, “un héroe en el más alto sentido de la palabra: pundonoroso y cortés con las damas, dulce y cariñoso con los niños, y humano y compasivo con los prisioneros y heridos”<sup>22</sup>. Ortega Rubio añadía que los guerrilleros manifestaron siempre “intrepidez, valentía y arrojo”<sup>23</sup>. Era características típicas del español, consustancial a su naturaleza, a la “patria de hombres esforzados y de soldados valerosos hasta lo inverosímil”<sup>24</sup>. Había una continuidad en el carácter de la raza, que se manifestaba en su estado más puro en los guerrilleros, combinando el apasionamiento romántico con la violencia.

Las virtudes constituían el alma del héroe. Los escritores republicanos hacían así acopio histórico para la “superioridad moral” del republicanismo, porque sus referentes eran el reflejo de lo mejor de la raza. Era la correspondencia que querían entre la moralidad pública y privada y las ideas y el proyecto que defendían. Así, sus sentimientos eran nobles y puros: amor al pueblo, caridad, solidaridad, paternalismo con los suyos. Los hechos demostraban su virtud pública: siempre honestos y honrados, sin robar ni violar, altruistas; es más, sin poner contribuciones a los pueblos salvo para atender a heridos o enfermos. “Los fondos

del Estado –escribía Rodríguez Solís-, como los de los particulares, fueron escrupulosamente respetados por D. Juan Martín”<sup>25</sup>.

Las cualidades del héroe guerrillero eran, según los republicanos, casi las de un personaje de novela romántica: “agilidad, buena puntería, muy andariego, gran conocedor del terreno, valiente hasta la temeridad, poco amigo del sueño, audaz y sobrio, activo y vigilante”<sup>26</sup>. Del mismo modo, carecían de los defectos de los políticos y personajes que los republicanos despreciaban y que contraponían a su ideal: orgullo, vanidad, ambición, egoísmo, o falsedad.

La audacia del héroe guerrillero y sus altos valores y actos concitaban el amor del pueblo, tanto como la admiración y el temor de los extranjeros. Los republicanos contrastaban la prepotencia del ejército imperial frente a los guerrilleros, a quienes los de Napoleón, el “asesino más grande del siglo” decía Rodríguez Solís, creían reductibles “bandoleros”. Los autores buscaban la complicidad con el lector convencido de que la victoria por la libertad y la independencia se debía a esos héroes populares. Tras la burla, la fiereza del guerrillero con el enemigo francés estaba justificada. No solo era venganza por la ocupación, sino justicia y amor a la patria. Su fiereza era reconocida por los invasores, como no podía ser de otra manera. Ortega Rubio recogía así una copla sobre Julián Sánchez, el Charro, que decía:

“Cuando don Juan Sánchez  
monta a caballo,  
exclaman los franceses:  
ya viene el diablo”<sup>27</sup>.

2009, con prólogo de Manuel Pérez Ledesma y Florencia Peyrou.

<sup>21</sup> . BLASCO IBÁÑEZ, *Historia de la revolución española*, I, pág. 554.

<sup>22</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Héroes de Navarra*, pág. 31.

<sup>23</sup> . Juan ORTEGA RUBIO, *Historia de España*, Madrid, Librería Editorial de Bailly-Bailliere e hijos, tomo V, 1908, p. 257.

<sup>24</sup> . BLASCO IBÁÑEZ, *Historia de la revolución española*, I, págs. 554-555.

<sup>25</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *El primer guerrillero*, pág. 30.

<sup>26</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido Republicano*, II, pág. 77.

<sup>27</sup> . ORTEGA RUBIO, *Historia de España*, V, pág. 258.

El comportamiento del héroe guerrillero, movido por altos ideales y con un sacrificio sin límites, encarnando lo mejor del carácter español, infundía miedo al invasor. Eduardo Chao lo decía claramente: “el terror que su nombre infundía a los enemigos” le servía para ganar batallas sin librarlas<sup>28</sup>.

La fe, su patriotismo liberal, marcaba la existencia del héroe guerrillero. Garrido vinculaba la honradez y la honestidad con la defensa de los principios liberales y patrióticos, como si de la virtud cívica se tratase, en la persona de Juan Martín *el Empecinado*, que era “uno de aquellos honrados patricios que, aunque liberales acérrimos, no comprendían la sociedad sin su rey”. Se trataba del héroe en el que la lealtad pesaba tanto que era incapaz de pensar que Fernando VII podía ser un traidor, que incluso en 1823 “encontraba consuelo en la idea de que el rey había sido engañado por malos consejeros”<sup>29</sup>.

Siguiendo la tradición cristiana, los héroes guerrilleros estaban destinados a serlo desde su nacimiento. El relato de sus vidas era la propia de un santo laico: hazañas infantiles y juveniles que mostraban su carácter español, y los altos valores morales y principios populares que acompañaron toda su vida. La novelización de sus vidas también respondió al público que las demandaba, en plena exaltación patriótica y romántica. Eran hombres extraordinarios que “emprenden las más arriesgadas empresas y realizan actos que parecen fábulas o novelas”<sup>30</sup>. “La vida del guerrillero –escribió Ortega Rubio– era la de aventuras, de peligros y de combates, propia del carácter español y que tantos antecedentes tenía en la historia patria”<sup>31</sup>. Rodríguez Solís en su “Los guerrilleros de

1808” combinó la descripción histórica y social con los diálogos supuestos entre los protagonistas<sup>32</sup>.

## 6. EL EMPECINADO, Y ESPOZ Y MINA

No todos los guerrilleros merecían tal tratamiento. Morayta, catedrático de la Universidad Central, quiso hacer “historia imparcial” y dijo que hubo “guerrilleros desalmados” que causaron “no pocos inauditos atropellos”<sup>33</sup>. Los republicanos solo glorificaron, lógicamente, a los que podían vincular con las ideas liberales. Así lo decía García Ruiz, que rechazaba el “fanatismo del cura Merino, de Cuevillas y otros de escasa importancia”<sup>34</sup>. La vida heroica para los literatos republicanos era, señalaba el mismo García Ruiz, la de los “Porlier, segundo mártir de la libertad, la del *Empecinado*, protomártir de ella en 1824, de Amor, Julián Sánchez, Palarea, los dos Minas y otros”. Habían luchado contra la tiranía en cualquier circunstancia, ya fuera la francesa o la borbónica. El guerrillero era el mejor representante del pueblo, incluso que la Junta Central o las Cortes, en su combate por la libertad contra el antagonista: Fernando VII. Los héroes guerrilleros más queridos por los escritores republicanos fueron Francisco Espoz y Mina y especialmente Juan Martín *El Empecinado*, ya que a ambos se les podía relacionar con el pueblo, los principios liberales y patrióticos, y la lucha contra la tiranía. La coherencia entre el comportamiento, la fe y el suplicio final los elevaban a la categoría de héroes mártires.

<sup>28</sup> . CHAO, *Continuación*, V, pág. 415.

<sup>29</sup> . Fernando GARRIDO (como Alfonso Torres de Castilla), *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, Barcelona, Salvador Manero, VI, págs. 1067-1017.

<sup>30</sup> . Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Los guerrilleros de 1808*, I, p. 129.

<sup>31</sup> . ORTEGA RUBIO, *Historia de España*, V, pág. 257.

<sup>32</sup> . Véase cómo cuenta la decisión de Juan Martín de convertirse en guerrillero, RODRÍGUEZ SOLÍS, *Los guerrilleros de 1808*, I, pp. 85-89.

<sup>33</sup> . Miguel MORAYTA, *Historia general de España, desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, Felipe González Rojas, 1895, V, pág. 143.

<sup>34</sup> . Eugenio GARCÍA RUIZ, *Historias*, Madrid, Imprenta de El Pueblo Español, 1876, I, pág. 262.

Rodríguez Solís fue el primero en dedicarle una biografía a *El Empecinado*, en una colección titulada “Lecturas patrióticas. Glorias de España”, en 1870. El relato es una hagiografía que exalta las virtudes de Juan Martín y su reflejo en sus hazañas, que son tratadas como las de un santo y sus milagros. El final para el héroe solo puede ser el suplicio porque no encaja tanta belleza en un régimen de maldad y traición como el de Fernando VII. El suplicio de *el Empecinado* había sido por “el horrible crimen de defender” la libertad<sup>35</sup>.

*El Empecinado* era el hombre fiel hasta el final, confiado en la palabra de su rey, que le había entregado una exposición quejándose de que se rodeara de gente que no había luchado en la guerra, que persiguiera a los liberales, y finalmente aconsejaba a Fernando VII que escuchara al pueblo. La lealtad y la sinceridad fueron pagadas con el destierro, y *El Empecinado* volvió a ser un hombre común, un labrador. Sin embargo, el pueblo, como sujeto colectivo, no correspondía a sus altos valores, ni comprendía la situación. Los escritores republicanos achacaban esta falta de sintonía entre el amor a la libertad y la pertenencia al pueblo a “la ignorancia, blanda cera que el clero y la nobleza habían moldeado a su capricho”<sup>36</sup>.

La muerte del héroe solo podía ser trágica, como la de un mártir, expuesto a un castigo físico que no había conseguido doblegar la fe liberal, ante los ojos atentos y malvados del público. *El Empecinado* sufrió once meses de prisión en Roa, mostrado en una jaula para el “ludibrio y la befa de los realistas”, llevándolo “de pueblo en pueblo, maltratándolo, insultándolo, haciéndole sufrir horribles martirios durante muchos días con ferocidad propia de caníbales”. El atentado había sido obra, decían, de sus convecinos de Roa,

“excitados por los frailes”<sup>37</sup>. De nuevo aparecía la Iglesia como quien mantuvo al pueblo en la ignorancia y el engaño, lo que permitía a los republicanos eludir la responsabilidad de las clases populares.

El relato de su muerte mezclaba el oprobio de la ingratitud, la ignorancia y la traición, enfrentándolo a la dignidad y a la fe liberal. *El Empecinado* era la mejor muestra, ya que fue “expuesto los días festivos en una degradante jaula, hiriendo en ella indefenso al hombre ante el cual temblaron un día Napoleón y sus aguerridas huestes”<sup>38</sup>. La descripción de la vileza del corregidor de Roa y de sus guardianes durante los casi dos años de cárcel era extensa y detallada en las obras republicanas. Fue, escribió Morayta, “uno de los hechos más infames que registra la Historia Universal”. Los escritores resaltaban que le acusaron de delitos comunes: robo, incendio y asesinato, pero que en realidad lo que querían castigar era su fe liberal. La condena fue ahorcamiento y descuartizamiento. La declaración del héroe solo podía ser ejemplarizante: “Digan que me ahorcan por haber sido fiel a mis juramentos, querido el bien de España; porque lo demás solo son insultos con que se me injuria hace muchos meses”<sup>39</sup>. *El Empecinado* se resistió a morir como un bandido, escribieron, y luchó contra sus captores hasta que exhaló su último aliento. Convertido en mártir liberal, “el bando apostólico” intentó arrasar su memoria y obra destruyendo su casa, y arrancando sus árboles y viñedos.

Sin embargo, con el tiempo se produjo el reconocimiento popular: “la palabra *empecinado* fue sinónimo de ‘gran patriota’, de hombre dispuesto a sacrificarlo todo por la independencia y la libertad de España.

<sup>35</sup> . Enrique RODRÍGUEZ SOLÍS, *Reseña histórica de las monarquías españolas, con un prólogo de Roque Barcia*, Barcelona, Manero, 1869, pág. 46.

<sup>36</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido*, II, pág. 292.

<sup>37</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia del Partido*, II, pág. 249. Fernando GARRIDO, *La España contemporánea*, I, pág. 220.

<sup>38</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Reseña histórica*, pág. 87.

<sup>39</sup> . GARRIDO, *Historia de las persecuciones*, VI, pág. 1015. Enrique VERA Y GONZÁLEZ, *Pi y Margall y la política contemporánea*, Barcelona, Tipografía La Academia, I, págs. 31-32. MORAYTA, *Historia*, V, pág. 953.

Llamar a uno *empecinado* era el mayor elogio que en el lenguaje de aquel tiempo se podía hacer del que más se distinguía en el servicio de la causa de la nación”. Por eso, explicaba Morayta, *El Empecinado* fue resarcido en 1845, conducidos sus restos mortales a su pueblo, Castrillo del Duero, y su nombre inscrito en el Congreso de los Diputados “entre los mártires de la libertad española”<sup>40</sup>.

Eduardo Chao, como en otras ocasiones, fue el primero en señalar a Francisco Espoz y Mina con las características del héroe. Su apellido parecía “destinado”, decía en referencia a su sobrino Javier Mina, también guerrillero, “a ser la implacable pesadilla de los ejércitos franceses”. Le impulsaba el amor a la patria, pero también la justicia. Su sobrino Javier había sido detenido por el invasor, y la “superioridad de su genio” le puso al mando de la partida. El origen del héroe era humilde, de un “pequeño pueblo”, de familia de “honrados labradores”, quien no hubiera salido del campo a no ser por la “inicua invasión de los franceses”. Era el hombre común que, puesto en una situación extrema, ponía al descubierto las mejores cualidades de la raza. Sus valores eran los más altos: “Mozo de hidalgos sentimientos, alma ardorosa y corazón intrépido”. Chao dejaba claro sus ideales de justicia y patriotismo al decir que lo primero que hizo fue fusilar a tres falsos patriotas que aprovechaban la guerra para el pillaje y el ajuste de cuentas.

A partir de ahí, la narración de la vida de Mina era un relato romántico de aventuras: “recorrió los campos, entró en pueblos, sorprendió a unos, persiguió a otros, fue una especie de fantasma que se aparecía a los franceses”. La heroicidad era sobrehumana, hasta el punto de que daba la impresión de “un ser misterioso, un hombre invisible, que aparecía y desaparecía de repente”<sup>41</sup>. Tan grande era su valía que el invasor le llamaba “el rey de Navarra”, lo que reforzaba la figura

de Mina con el tipo ideal de héroe, de trayectoria indiscutible<sup>42</sup>. Su ejemplo había servido, escribió Rodríguez Solís, para implicar a los navarros en la lucha por la independencia, “obedeciéndose sus órdenes hasta en las poblaciones ocupadas por los imperiales”. El sacrificio de Espoz y Mina por el bien común –identificados en la religión de los padres, la patria, el rey– alentaba la lealtad a todos: “era rarísimo encontrar un traidor”<sup>43</sup>.

El advenimiento de Fernando VII lo cambió todo. Era el traidor ingrato que marcó el destino de los héroes guerrilleros. “¡Haber combatido por la independencia, y verse abandonados por el rey!”, escribía Rodríguez Solís<sup>44</sup>. traición empujó a Espoz y Mina al primer pronunciamiento, en Pamplona, en 1815, junto a su sobrino, pero fracasó por la traición de unos y el desdén de otros. Nos encontramos de nuevo con la figura del héroe, convertido en caudillo que se vuelve a sacrificar por su fe, y por un pueblo que no le comprendió y que le dio la espalda. Los republicanos mostraban en el fracaso de Espoz y Mina que “la influencia de curas y frailes era mayor entre los navarros que la de su inmortal caudillo”<sup>45</sup>. A continuación, le seguía el exilio, que era mostrado como un desgarró patriótico, una enajenación de la identidad, una separación de la familia y de la tierra, de la propia naturaleza, al más puro estilo de la tragedia griega, con el toque romántico de la época. El héroe no podía volver a la patria hasta que el tirano muriera o fuera derrocado. El Trienio Liberal dio una nueva oportunidad al héroe Mina, que se enfrentó a los realistas y a los invasores, pero de nuevo traicionado, tuvo que volver al exilio.

Este mismo tipo fue el que refirió Rodríguez Solís cuarenta años después, que

<sup>40</sup> . RODRÍGUEZ SOLIS, *El primer guerrillero*, pág. 31. MORAYTA, *Historia*, V, pág. 954.

<sup>41</sup> . RODRÍGUEZ SOLIS, *Héroes de Navarra*, pág. 30.

<sup>42</sup> . CHAO, *Continuación*, IV, pág. 523.

<sup>43</sup> . RODRÍGUEZ SOLIS, *Héroes de Navarra*, pág. 21

<sup>44</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Los guerrilleros de 1808*, II, pág. 820.

<sup>45</sup> . GARRIDO, *La España contemporánea*, I, pág. 111.

extendía las características clásicas del héroe a su sobrino Javier Mina. El destino le había marcado el camino por sus cualidades y su imagen: mujeriego, valiente en la pelea y deportista, culto y trabajador. El heroísmo estaba escrito en su partida de nacimiento: “bajo un rostro de niño, ocultaba un alma de héroe, y bajo un exterior dulce y tranquilo, un corazón tan grande como la Torre Nueva de Zaragoza”, pues “parecía nacido para la guerra” y “poseía las cualidades del verdadero caudillo popular”<sup>46</sup>. Rodríguez Solís, además, daba un aspecto providencial, divino, a la tarea emprendida por los Mina porque “su empresa era santa y el cielo la bendijo”. La personalidad, como la de todos los héroes guerrilleros, eran la valentía y la piedad, “prendas nobilísimas que forman el carácter de los hijos de España”. Sus esfuerzos y heroicidades le granjearon el amor en toda la patria, y el reconocimiento del enemigo por “tantas hazañas y tales victorias”, prueba ineludible de su condición de héroe.

Blasco Ibáñez combinó perfectamente la figura del héroe de tragedia griega, con los rasgos cristianos, en el estilo romántico. En su novela *¡Por la patria! Roméu el guerrillero* (1888) comenzaba diciendo que “su aspecto era el del hombre que está fuera de la clase vulgar”. En su descripción física “era semejante en todo a un héroe de la antigua Grecia”, de carácter recio, costumbres populares, querido por todos, alta moral, y principios patriotas inquebrantables<sup>47</sup>.

La muerte del guerrillero solo podía ser heroica, y en el sentido del mártir; es decir, un “suplicio” injusto por sus ideas y comportamiento. La muerte era el producto de ser consecuente con su fe, o el resultado de una traición de los suyos, como Viriato, o de haber confiado en un rey traidor, como el

Cid<sup>48</sup>. El relato de la heroicidad lo completaba el suplicio, que convertía al héroe guerrillero y patriota en mártir. El prototipo lo describía Blasco Ibáñez usando la figura de Roméu: un hombre sereno ante la muerte, digno, de confesión rápida de pecados, porque “una vez con la conciencia limpia y tranquila, portémonos en el suplicio como héroes”<sup>49</sup>. Antes de morir, Blasco ponía en boca del héroe todo el sentido de su comportamiento ejemplarizante: “Amad a la patria tanto como yo, y estad siempre dispuestos a sacrificaros por ella como yo me sacrifico. Pensad siempre en vuestra madre, que es España. ¡Viva la patria!”<sup>50</sup>.

## 7. CONCLUSIÓN

El héroe guerrillero que tomaron los republicanos se basó en el modelo de la tragedia griega, con el sentido cristiano del sacrificio por el bien común, más la predestinación romántica. El tipo lo recogen, por tanto, de la cultura grecorromana aprendida en escuelas y universidades, pasada por el cristianismo, con el estilo y mentalidad romántica. A esto le añadieron la categoría “pueblo” como sujeto colectivo protagonista de la revolución, del cambio a un sistema democrático, que elaboraron los republicanos franceses desde 1830. El relato de la vida y muerte del héroe guerrillero, por tanto, era el de la tradición griega cristianizada, pasada por el romanticismo y el republicanismo francés. El héroe era el ejemplo perfecto del hombre del pueblo, que reunía las mejores virtudes desde el nacimiento –honradez, honestidad, laboriosidad, modestia, solidaridad, sacrificio por el bien común, patriotismo, amor a la libertad y a la democracia-, y que era pagado con la traición y el desagrado que le llevaba al martirio. Su vida, obra y muerte eran ejemplarizantes, y los autores

<sup>46</sup> . RODRÍGUEZ SOLÍS, *Héroes de Navarra*, pág. 7 y 13. Dada la fecha de publicación, 1898, el autor debió considerar conveniente el omitir que Javier Mina luchó por la independencia de México.

<sup>47</sup> . Vicente BLASCO IBÁÑEZ, *¡Por la patria! Roméu el guerrillero*, Valencia, Imprenta de El Correo de Valencia, 1888, pp. 17-18.

<sup>48</sup> . ORTEGA RUBIO, *Historia de España*, tomo V, pág. 331.

<sup>49</sup> . BLASCO IBÁÑEZ, *¡Por la patria!*, p. 353.

<sup>50</sup> . BLASCO IBÁÑEZ, *¡Por la patria!*, p. 368.

republicanos españoles lo utilizaban para la propaganda de sus ideas, en un artificioso anclaje histórico. Ese modelo de héroe popular guerrillero les permitía no identificarse con ningún político relevante – Robespierre o Mirabeau, por ejemplo-, como sí hacían los franceses o incluso algún español, o con un grupo político como los girondinos, ya que no correspondía con el ejemplo puro que requerían. Además, ese republicanismo podía así hacer un llamamiento a las capas populares como sujeto olvidado y despreciado pero immaculado, y confrontarlo con el sistema representado por la Monarquía, la Iglesia y sus partidos.

Juan Martín *el Empecinado* fue el héroe guerrillero preferido por los republicanos, más que cualquier otro, incluidos Espoz y Mina, Porlier o Roméu. Era el personaje que encajaba perfectamente con el modelo del hombre del pueblo, tanto en su biografía, como características personales, comportamiento privado y público, victorias militares, y confianza traicionada que acaba con su vida de una forma humillante. La carga emocional en los relatos de la vida de *El Empecinado* era enorme: todos parecen una novela; incluso Pérez Galdós, aunque en su etapa monárquica, le dedicó un Episodio Nacional confirmando o reforzando su enorme popularidad. Frente al relato frío o superficial de autores como Ortega Rubio o Morayta, Rodríguez Solís y Blasco Ibáñez, tendentes a un republicanismo popular exaltaron su figura como argumento suficiente de su argumentación histórica contra la Monarquía y por la democracia “natural” del pueblo español. Era ejemplarizante: su monarquismo fue inútil frente a la perversidad del monarca y sus secuaces, por lo que si se quería libertad y democracia no quedaba más salida que la República. La vida de *El Empecinado* era perfecta para eso: ni siquiera los generales que se pronunciaron contra Fernando VII, como Porlier, Riego o Torrijos –con igual y

trágico final-, sirvieron como él para la construcción del imaginario republicano.

El relato de los héroes guerrilleros, que combinaba el dato cierto con la retórica romántica, todo envuelto en cierta novelización y martirologio, servía al propósito de los republicanos: construir una tradición popular frente a la monárquica, la historia de gente común virtuosa y sacrificada ante la vida corrupta y corruptora de los reyes. De esta manera, a través de la construcción de los héroes guerrilleros, los republicanos incorporaron a su historia particular de partido, como algo propio, el mito nacionalista por excelencia: la Guerra de la Independencia.

#### BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

ÁLVAREZ JUNCO, José: “La invención de la Guerra de la Independencia”, *Studia Histórica-Historia contemporánea*, vol. XII (1994), pp. 75-99.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *¡Por la patria! Roméu el guerrillero*, Valencia, Imprenta de El Correo de Valencia, 1888.

- *Historia de la revolución española. Desde la Guerra de la Independencia a la Restauración en Sagunto*, Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 1891, 2 vols.

ESDALIE, Charles J.: *España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas*, Barcelona, Edhasa, 2006.

GARRIDO, Fernando: (como Alfonso Torres de Castilla), *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, Barcelona, Salvador Manero, VI, 1863.

- *La España contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, Barcelona, Salvador Manero, 1865, 2 vols.

LASSO DE LA VEGA, José S.: *Héroe griego y santo cristiano*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1962.

MORAYTA, Miguel: *Historia general de España, desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, Madrid, Felipe González Rojas, 1895, V.

ORTEGA RUBIO, Juan: *Historia de España*, Madrid, Librería Editorial de Bailly-Bailliere e hijos, tomo V, 1908.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco: *El héroe trágico y el filósofo platónico*, Madrid, Taurus, 1962.

RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique: *Reseña histórica de las monarquías españolas, con un prólogo de Roque Barcia*, Barcelona, Manero, 1869.

- *El primer guerrillero. Juan Martín El Empecinado*, Madrid, La Última Moda, 1870.
- *Historia del Partido Republicano Español. De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1893, 2 vols.
- *Los guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, La Enciclopedia Democrática, 2ª ed., 1895, 2 vols.
- *Héroes de Navarra. Mina el Mozo y Espoz y Mina, narración histórica*, Madrid, Oficinas de La Última Moda, 1898.

TONE, John Lawrence: “El pueblo de las guerrillas”, en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *La guerra de la independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 55-74.

VILCHES, Jorge, *Liberales de 1808*, Madrid, Gota a Gota, 2008.

- “El modelo de levantamiento popular y la identidad nacional en la España de 1808”, *Aportes. Revista de historia contemporánea*, 67, pp. 21-35.

# TRAIDORES ANTE EL PUEBLO

Manuel Moreno Alonso

Catedrático de la Universidad de Sevilla

## RESUMEN:

En los últimos años han aparecido algunos trabajos contraponiendo la figura de los “héroes” a la de los “traidores”. O la de los “villanos” frente a los “héroes”. Conceptos todos ellos sumamente arduos y no poco arriesgados, porque todos ellos implican un juicio de valor o una idea preconcebida. Toda vez que la frontera entre el héroe y el villano, concretamente, no es tan nítida, ni estable, ni incuestionable. En definitiva se trataría de hacer una historia equivalente a la de “buenos” y “malos”, asunto que en la historiografía actual, y particularmente española, está más viva y presente de lo que pudiera pensarse<sup>51</sup>.

## ABSTRACT:

In recent years some works have appeared opposing the figure of "heroes" to that of "traitors". Or the one of the "villains" in front of the "heroes". Concepts all of them extremely arduous and not a little risky, because they all imply a value judgment or a preconceived idea. Since the border between the hero and the villain, specifically, is not so clear, stable or unquestionable. In short, it would be a question of making a history equivalent to that of "good" and "bad", an issue that in contemporary historiography, and particularly Spanish, is more alive and present than one might think.

**PALABRAS CLAVE:** *Traidores, Héroes, villanos, historiografía.*

**KEYWORDS:** *Traitors, Hero, villains, historiography.*

---

<sup>51</sup> Cfr. Jean-René Aymes, *La Guerra de la Independencia: héroes, villanos y víctimas (1808-1814)*, Lleida, Milenio, 2009.

## 1.- INTRODUCCIÓN

“La voz *traidor* podía destruir de un golpe al *Salvador de la Patria*, si se hubiese presentado, porque nunca se vio que se inquiriesen los motivos de esta imputación horrorosa” (José María Blanco White en *El Español*, I, 30 de abril de 1810, p. 25).

A lo largo de la historia española desde los tiempos más remotos, en el caso concreto de los “traidores”, han quedado convertidos en estereotipos de ellos figuras, ya míticas, como los ejecutores de Viriato, que fue asesinado por sus compañeros. O la traición del Conde Don Julián que facilitó la entrada de los musulmanes en la Península en el siglo VIII. Un hecho que simbólicamente, desde la ficción, el novelista Juan Goytisolo ha plasmado de forma revisionista en su celebrada novela, *Reivindicación del Conde Don Julián*.

Otro traidor famoso por antonomasia fue Bellido Dolfos que, durante generaciones, contribuyó a formatear la mente de los escolares frente a la de los héroes o buenos españoles. Las actuaciones viles y villanas de tantos traidores como ha habido o pueden señalarse quedaron condenadas con las famosas palabras atribuidas al Senado Romano, después de la muerte por traición de Viriato, de “Roma no paga traidores” (*Roma traditoribus non premiat*).

En verdad, de la misma manera que el escritor Borges escribió una “historia de la infamia”, que bien puede ser universal, podría hacerse, utilizándose claves similares, una historia, particular, general o universal, de la infidencia o de la traición. Porque, puestos a detectar traidores a la luz de las fuentes históricas, particularmente en los momentos críticos de la Historia, pueden encontrarse cantidad de casos de “traidores” que, a lo mejor, con la distancia del tiempo, pueden parecer después como héroes. De la misma forma que, desde parámetros similares, no pocos héroes se pueden convertir, historiográficamente hablando, en verdaderos traidores. Baste con el ejemplo de que, hasta

la figura bíblica de Judas Iscariote, el apóstol traidor, se ha convertido en paradigma del héroe en no pocas representaciones novelísticas de nuestra época.

## 2. - UN CASO INÉDITO EN NUESTRA HISTORIA

Por muchos “traidores” que encontremos en nuestra historia desde los tiempos más antiguos, a poco que nos esforcemos en buscarlos según las fuentes, nunca nos encontraremos con un período histórico tan obsesivo con la *traición* y los *traidores* como la Guerra de la Independencia, en la que ambos conceptos, eminentemente subjetivos y confusos, fomentaron la lucha no ya contra los invasores y sus *colaboracionistas* más destacados sino entre los propios españoles. Hasta el punto de que nunca hasta entonces ni tampoco después, la sospecha de infidencia alimentó de manera tan obsesiva y brutal a los habitantes de España. Pues incluso el propio gobierno patriota de la Junta Central, que fue clave en la lucha contra el invasor, llegó a ser considerado como traidor<sup>52</sup>.

En una atmósfera de temor y miedo, la delación de “traidores” formó parte del teatro callejero. De donde la publicidad de los sucesos, de las noticias o de los escándalos de esta naturaleza. Bajo tales circunstancias, los rumores sobre infidencias y traiciones que se agolpaban a la llegada de cualquier viajero aumentaban la excitación lo mismo de los individuos que de las multitudes, favoreciendo el clima de violencia colectiva<sup>53</sup>.

En tales condiciones, la voz *traición* se llegó a aplicar extensivamente a la conducta de los que huían del ejército invasor. De tal forma que el calificativo de *traidor* halló en

<sup>52</sup> Cfr. Manuel Moreno Alonso, *Proceso en Cádiz a la Junta Central. Un ensayo sobre el derrumbamiento del poder en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Sílex, 2013, 104-109.

<sup>53</sup> J.M. Cardesín, “Motín y magnicidio en la Guerra de la Independencia: la voz *arrastrar* como modelo de violencia colectiva”, *Historia Social*, nº 68 (2008), 27-47.

todos los lugares “jueces y verdugos, siendo el juicio tan sumario, que a menudo la acusación era la sentencia”, en palabras de Alcalá Galiano<sup>54</sup>.

En este sentido, uno de los testimonios más sobrecogedores de su imposición nos lo da Blanco White, que fue testigo de un suceso espeluznante en el pueblo de Calzada de Oropesa, en el viaje que hizo en junio de 1808 desde Madrid a Sevilla. Cuando él y los otros viajeros que le acompañaban fueron rodeados por un grupo de campesinos que “nos preguntaban quiénes éramos –escribió– con el mismo tono violento y grosero con que los enojadizos habitantes de nuestras regiones meridionales presagian culpabilidad en los interrogados”. El objetivo de la *ira popular* eran los franceses y los traidores que lo ayudaban. Razón por la cual se habían cometido no pocos asesinatos que, según él, con toda probabilidad, se debió “a envidias y venganzas particulares y no a sus opiniones políticas”.

En este sentido, como ejemplo el clima de revolución existente en los pueblos por donde atravesó él y los viajeros que le acompañaban en su huida de Madrid ocupado por los invasores, Blanco cuenta con detalle el relato del levantamiento popular de Almaraz, pequeño pueblo famoso por su puente romano sobre el Tajo, que le hizo su propio alcalde, “rico propietario del lugar”. Pues, al enterarse la gente de los sucesos de Madrid, y que las principales ciudades de la región se habían sublevado, se presentaron en masa ante la casa del alcalde, blandiendo en sus manos las armas que habían podido reunir, entre las que se contaban hoces, picos y otros instrumentos de labranza.

Con la particularidad, según el viajero, de que, en este caso concreto, para suerte del alcalde, “los insurgentes no tenían alguna queja contra él”, lo que le hizo salir con toda

confianza al encuentro del “rústico motín”. Así que cuando a duras penas pudo conseguir que prestaran oídos a sus palabras, el alcalde les preguntó qué deseaban. Que entonces fue cuando aquellos le dieron una respuesta al alcalde que, en opinión de Blanco, probablemente no tenía precedentes en la “historia de los tumultos populares”:

“Queremos matar a alguien señor –dijo el portavoz de los amotinados-. En Trujillo han matado a uno; en Badajoz a uno o dos; en Mérida a otro, y nosotros no queremos ser menos. Señor, queremos matar a un traidor”.

Blanco dice que, por suerte no llegaron en aquel momento, porque de haber sido así “la buena gente de Almaraz seguramente nos hubiera tomado como víctimas supletorias para demostrar su lealtad”<sup>55</sup>.

El miedo a ser acusado de traidor por el pueblo o incluso por los papeles atemorizó de continuo al propio pueblo y muy en especial a las autoridades, a la vista de todo lo sucedido desde el comienzo de la revolución en 1808<sup>56</sup>.

Una víctima de la nefasta acusación y del empleo de la terrorífica palabra “traición” fue, nada menos, que el general Castaños, el héroe de Bailén. Cuando, a consecuencia del descalabro de Tudela en noviembre de 1808, a poco más de tres meses de la resonante victoria de Despeñaperros, fue acusado de traidor. Incluso llegó a Sevilla, capital del

<sup>55</sup> Carta XIII de *Cartas de España*. Cfr. Manuel Moreno Alonso, *Blanco White. La obsesión de España*, Sevilla, Alfar, 1998, 289-290.

<sup>56</sup> Sobre el miedo generado por la revolución en 1808 y la utilización del argumento de la “traición”, me he ocupado en varios de mis libros: *Los españoles durante la ocupación napoleónica. La vida cotidiana en la vorágine*, Málaga, Algazara, 1997; *La Junta Suprema de Sevilla*, Sevilla, Ed. Alfar, 2002; *La batalla de Bailén. El surgimiento de una nación*, Madrid, Sílex, 2008; y *Sevilla napoleónica*, última edición, Sevilla, Universidad, 2011.

<sup>54</sup> A. Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas*, ed. BAE, 1951, I, 51.

Gobierno, la noticia de que había sido asesinado por ello. De tal forma que, cuando el general llegó a Sevilla, tuvo que buscar la protección de su amigo Francisco Saavedra, el antiguo presidente de la Junta Suprema de Sevilla y en aquellos momentos miembro del Gobierno de la Junta Central, quien, para protegerlo, tomó el acuerdo de confinarlo en el convento de los Jerónimos de Santiponce, junto a las ruinas de Itálica, donde lo visitó lord Holland el 5 de febrero de 1809. Según escribió la mujer de éste, lady Holland, el general se encontraba turbado y hundido: “su comportamiento era muy embarazoso, y parecía, por el tamaño de su ropa, haber perdido corpulencia”<sup>57</sup>.

La cosa llegó ya al colmo cuando hasta el mismo presidente de la Junta Central, en anciano y venerable conde de Floridablanca, fue acusado de traidor por un miembro de los Reales Estudios de San Isidro<sup>58</sup>.

Las acusaciones de traición en aquellos momentos se cuentan por centenares, y centenares fueron también las víctimas de tamaño impropio, divulgado impunemente y sin prueba alguna. Pues en aquellos momentos de confusión extrema no sólo se dudaba de la fidelidad a la causa patriótica de los sospechosos de colaborar con los franceses según los rumores, sino que se convirtió en la forma habitual de zaherir y desprestigiar a las autoridades patrióticas en cualquier parte del país.

Cuando, poco antes de la caída de Sevilla en manos del ejército napoleónico, en los últimos días de enero de 1810, Blanco se embarcó para Cádiz antes de la llegada de los franceses a Sevilla, diría muchos años después que difícilmente podría olvidar la “expresión homicida” de un marinero que en su propio barco dijo que “tanto el gobierno

como los que seguían su ejemplo merecían ser ahorcados por traidores”.

Afortunadamente, a la mañana siguiente, el río apareció lleno de barcas de fugitivos y la arrogancia del día anterior había cedido el paso a un “pánico general”, por lo que pudieron embarcar en el navío inglés sin ningún inconveniente. Sin embargo, el pasajero escribió que no pudo ocultar su alegría al ver la bandera inglesa izada en lo alto del mástil cuando iniciaron la singladura rumbo a Cádiz<sup>59</sup>.

Los propios miembros del Gobierno patriota del Gobierno central que iniciaron el viaje por tierra de Sevilla a Cádiz en aquellos días fatídicos fueron acusados de traidores. Según el testimonio de Blanco, ni siquiera la condición de arzobispo del presidente de la Junta –el arzobispo de Laodicea- ni la de canónigo de su secretario general –Pedro Rivero- bastó para calmar a la multitud. El mismo vicepresidente conde de Altamira –uno de los nobles de mayor alcurnia de la nación- tampoco fue respetado.

Todos ellos fueron acusados de “infeles y traidores” mientras oían amenazantes “los aullidos y los puñales de la canalla amotinada” y mal reprimida por el corregidor Mergelina, a quien Jovellanos tachó de “ingrato y pérfido”<sup>60</sup>. Más tarde el corregidor no tendría escrúpulos en pasarse al bando josefino, quedando a las órdenes del prefecto Sotelo. Corrieron igual peligro el “honrado y ardiente patriota” Antonio Cornel, ministro de la Guerra, y el vocal Félix Ovalle, que acompañaba a Altamira. “Salvólos a todos la protección del cielo”, dirá Jovellanos<sup>61</sup>.

Nadie podía imaginar en un principio que la propia Junta Central, que salió de Sevilla en enero de 1810 ante la amenaza de

<sup>57</sup> Lady Holland, *The Spanish Journal*. Ed. Conde de Ilchester, Londres, Longmann, 1910, 264.

<sup>58</sup> AHN, *Estado*, leg.29 (G-229). Madrid, Reales Estudios de San Isidro, 30 noviembre 1808. Denuncia que presenta a Floridablanca Juan José Heydeck.

<sup>59</sup> J.M. Blanco White, *Autobiografía*, Sevilla, Universidad, 1988, 208.

<sup>60</sup> Cfr. Manuel Moreno Alonso, *Jovellanos. La moderación en política*, Madrid, Gota a gota, 2017.

<sup>61</sup> Jovellanos, *Memoria en defensa de la Junta Central*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, Colección Clásicos Asturianos, 1992, I, 221-222.

las tropas napoleónicas, fue acusada de traición por el pueblo. ¡En un momento de extraordinaria fermentación patriótica hasta el gobierno de la nación fue acusado de traidor! Así lo dirá Reinoso en su posterior defensa de los afrancesados<sup>62</sup>. “¡Qué momento tan oportuno –escribiría después Jovellanos, uno de sus ministros- para representar los centrales como fugitivos y traidores a la credulidad de un vulgo tan acostumbrado a oír esta voz, y tan agitado y descontento entonces, como propenso siempre a atribuir a la infidelidad las desgracias públicas!”<sup>63</sup>.

Es interesante señalar que, en las manifestaciones callejeras, cuando se prodigaban las acusaciones de “traidor” contra las autoridades, un elemento muy destacado fue el femenino. En los motines de esta naturaleza fue frecuente la participación de las mujeres. En el tumulto de 1809 contra el gobernador de Cádiz, el marqués de Villel, son numerosos los testimonios que hablan de cómo la “cólera popular” lo acrecentó, como señala Alcalá Galiano.

Justo antes de que los amotinados se dirigieran “en numeroso tropel” al castillo de Santa Catalina con el objeto de dar muerte a los presos políticos que allí se encontraban por sospechosos de traición. Que fue a partir de entonces cuando muchos de los Voluntarios Distinguidos de Cádiz, comenzaron ya a “exasperarse contra la canalla” Lo que explica, en gran parte, que a partir de entonces estos fueran mirados como enemigos<sup>64</sup>.

<sup>62</sup> Tal será la tesis de Reinoso, en su *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*. Auch, en la imprenta de la viuda de Duprat, 1816. Cfr. La nueva edición de Manuel Moreno Alonso, Sevilla, Ed. Alfar, 2009.

<sup>63</sup> Jovellanos, *Memoria en defensa de la Junta Central*, I, 104.

<sup>64</sup> Adolfo de Castro, *Historia de Cádiz y su provincia desde los remotos tiempos hasta 1814*, Cádiz, Imprenta de la Revista Médica (existe ed. facsímil de la obra de 1985), 668 y ss.

La paranoia con que se utilizó la palabra *traidor* en medio de aquel frenesí revolucionario y “patriótico” llegó al extremo de prohibirse el uso de la palabra *traidor*. La medida se hizo realidad por parte de las Cortes desde el comienzo del asedio de Cádiz de acuerdo con las leyes del Gobierno: “Se prohíbe que a ninguno se desacredite, calumnie ni infame con el odioso dictado de traidor ni otro semejante”. Cualquier “buen vecino” que tuviera de alguien fundadas sospechas podía denunciarlo ante el Gobierno o el Tribunal d Policía. De lo contrario se castigaría a los calumniadores. Por otra parte, la Junta Gaditana –que llegó a acusar de traidor al salvador de la ciudad, duque de Alburquerque- reconoció que la prohibición de tales acusaciones era fundamental porque “es indispensable confíe y descanse el público sin lo cual no habría orden ni seguridad”<sup>65</sup>.

Por ello no puede extrañar que se presentara en las Cortes una proposición reducida a que se hiciera en España una ley, “semejante a la de *Habeas corpus* de Inglaterra y a otras semejantes de Aragón” para proteger las propiedades y la seguridad personal de “los individuos del estado”<sup>66</sup>.

### 3. - LOS COMIENZOS DE LA PARANOIA

Para el historiador actual, el estudio de estas manifestaciones de fobia extrema y de sospecha infinita resulta fascinante cuando lo hace desde el punto de vista de la consideración de *traición* y de *traidores* ante el pueblo de una forma tan vehemente y enloquecida como violenta y salvaje. Ni siquiera en la Revolución francesa, en que se produjo una paranoia en contra de los

<sup>65</sup> M. Moreno Alonso, *La verdadera historia del asedio napoleónico de Cádiz*. Una historia humana de a Guerra de la Independencia, Madrid, Sílex, 2012, 373.

<sup>66</sup> Joaquín Lorenzo Villanueva, *Mi Viaje a las Cortes*, ed. de Germán Ramírez Aledón, Valencia, Diputación, 1998, 14 de diciembre de 1810.

“enemigos del pueblo”, se llegó, probablemente, a tales extremos.

Todo empezó desde el mismo momento del comienzo de la guerra, en que, con una furia salvaje, se desató al mismo tiempo la anarquía y la revolución. Justo en el momento en que el pueblo se convirtió, por vez primera en nuestra historia, en el gran protagonista de ésta. “Toda España es pueblo”, sentenció en 1808 el primer secretario del Estado y del Despacho, Pedro Cevallos, tras los sucesos del Dos de Mayo<sup>67</sup>.

Pues, muy lejos de “la canalla de Madrid”, como lo calificó despectivamente Murat, el pueblo fue el gran protagonista de aquellas jornadas que cambiaron la historia. Un testigo de aquel día escribió que fue “todo el pueblo” el que se puso en movimiento para impedir por la fuerza la “traición” que perpetraban los franceses con la complicidad de algunas autoridades<sup>68</sup>.

Numerosas fueron las autoridades civiles y militares, sospechosas de traición, que fueron víctimas de los tumultos populares. El asesinato por traición de Luis Viguri, favorecido anteriormente por ser hombre de Godoy, dio lugar a una palabra: *vigurizar*, sinónimo de morir arrastrado por las turbas por su condición de persona no de fiar. Lo mismo que le pasó en Sevilla al conde del Águila, asesinado e igualmente arrastrado por las masas por sospechoso de traición<sup>69</sup>.

Momento a partir del cual aparecerá de forma continua e indisoluble la relación entre, por una parte, “pueblo” y, por otra, “traición”. De tal manera que ya ésta, en su descubrimiento, no queda a merced de la

Justicia o de las autoridades, sino en manos del *pueblo*, erigido en juez y verdugo de los “traidores” como la verdadera autoridad.

A la hora de fechar este momento tan importante podría decirse que no son pocos los textos que documentan el origen concreto de este fenómeno en el motín de Aranjuez el mes de marzo de 1808. Pues, “desde entonces”, se dice en una carta fechada en Sanlúcar de Barrameda en agosto de 1808, “la plebe manda y las autoridades obedecen por temor”<sup>70</sup>.

Es con la revolución de 1808 –la *Revolución española* comparable en tantos aspectos a la Revolución francesa– cuando el pueblo entra por vez primera en acción. Pues, a pesar de que en la época del despotismo ilustrado se consagra la máxima de “todo por el pueblo pero sin el pueblo”, nunca, hasta entonces, se habló tanto del pueblo, pero *pueblo* como protagonista de la voluntad general de la nación<sup>71</sup>.

El nuevo fenómeno tuvo su reflejo desde el primer momento en el uso –más bien abuso– de la palabra traidor en la conformación de la nueva “opinión pública”, en la que la palabra oral tuvo un papel tan destacado tal como se manifiesta en los discursos, sermones, canciones o escritos de periódicos. Todo lo cual dio lugar a una literatura popular de combate en la que la inculpación de traidor estará omnipresente como elemento opuesto al pueblo fiel.

Hablando de la importancia que de la noche a la mañana había cobrado el pueblo, lord Holland le decía a Jovellanos en abril de 1809: “[...]Perdone Vm. tanta molestación

<sup>67</sup> Pedro Cevallos, *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la Corona de España y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla*. Madrid, Imprenta Real, 1808, p.3.

<sup>68</sup> José Mor de Fuentes, *Memorias de tiempos de Fernando VII*. Ed. BAE, 1957, I, 385.

<sup>69</sup> Manuel Moreno Alonso, *El nacimiento de una nación. Sevilla, capital de una nación en guerra*, Madrid, Cátedra, 2009, 106.

<sup>70</sup> Carta de Manuel García al marqués de Perales, cit. en Juan F. Fuentes, “Seis años de guerra y revolución”, en VV.AA., *España 1808-1814, la Nación en Armas*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2008, p. 38.

<sup>71</sup> Cfr. Jean-René Aymes, “La société espagnole (1808-1814): la notion de *public*”. En *La Révolution Française et son “public” en Espagne entre 1808 et 1814*. Annales Littéraires de l’Université de Besançon, 1989, 125 y ss.

sobre estos puntos, pero de veras no se puede salir bien en esta gran lucha, si no se entrega, de un modo o de otro, su verdadero influjo al pueblo”<sup>72</sup>. Más tarde, como es bien sabido, identificado ya con la nación, el pueblo centrará el lenguaje del liberalismo desde el primer momento<sup>73</sup>. Pero ésta es otra cuestión.

#### 4. - LA HORA DEL PUEBLO

Conviene tener en cuenta que, desde el primer momento, la delación de *traidores* se convirtió en una fuente de legitimación de la revolución y en un factor, temible, de consenso. En unos momentos en que, con la desaparición del Estado y el vacío de poder que surgió tras la invasión, pareció que había surgido una sociedad *sin clases*. Es decir, sin estamentos ni privilegios, en la que todas las categorías sociales quedaran subsumidas en el pueblo –concebido a la manera de Sieyès- o, como se dirá después en las Cortes de Cádiz, en la “clase general del pueblo”. En razón de lo cual Argüelles advertirá del riesgo de que, como en todas las revoluciones, no falte quien excite “al pueblo contra las clases”<sup>74</sup>.

En la crisis de 1808, el pueblo se convirtió en sujeto y protagonista de una soberanía *de facto*. En palabras de Alcalá Galiano, el pueblo, a través de su actuación revolucionaria, se otorgó “a sí mismo poder no escaso”. Un poder que nadie osó quitárselo, y en virtud del cual nadie se atrevió a discutir que el pueblo había conquistado su soberanía, sobre la cual había de fundarse la nueva nación, a pesar, incluso, de los desastres. “Hemos admirado la majestad y entereza que el pueblo ha conservado al oír la relación del revés que

hemos experimentado en Burgos”, dijo Blanco en el primer número de la edición sevillana del *Semanario Patriótico*<sup>75</sup>.

Alabado, enaltecido, glorificado y jaleado por los propios políticos y los intelectuales, este mismo periódico no dudó en hacer un elogio del “ardiente y acendrado patriotismo” del pueblo que le hace cerrar los oídos a “la voz pérfida y seductora” de los traidores.

A diferencia del desaliento y cobardía que habían mostrado “ciertas gentes”, un periódico como éste, cuyo editor había visto con sus propios ojos la actuación del “pueblo” en acción, alabó y animó al pueblo porque seguía incólume en su lucha por la independencia de la patria.

[...]Bien convencido está el pueblo de ello y así lo ejecuta. Que los cobardes y pusilánimes salgan de las honrosas filas en que se ha formado la Nación española para defender y vengar la Religión y la Patria”<sup>76</sup>.

El periódico elogiará de continuo la “heroicidad del pueblo español”, cuya grandeza apenas permite fijar la vista en los “miserables” que esquivan la parte que les cupiera en su gloria. Por su parte, el aragonés Isidoro de Antillón –redactor igualmente del *Semanario Patriótico*- dio a la luz un escrito con el título de: *¿Qué es lo que más importa a la España? Discurso de un miembro del populacho*. Llegada era la hora de ensalzar al pueblo e incluso a quienes lo denigraban con el mote tan poco patriótico de “populacho”.

En un informe que el 17 octubre 1809, emitió Antonio Capmany dentro de las respuestas a la consulta a la nación, el ilustrado catalán abordó el concepto de

<sup>72</sup> *Cartas sobre la Guerra de la Independencia*, ed. de Julio Somoza, Madrid, Hijos de Gómez Fuentenebro, 1911, I, 128. Holland a Jovellanos, Jerez 9 abril 1809.

<sup>73</sup> Juan Francisco Fuentes, “Concepto de pueblo en el primer liberalismo español”, *Trienio*, núm.12, 1988, pp.176-209.

<sup>74</sup> *DSC*, 11 mayo 1813.

<sup>75</sup> *Semanario Patriótico*, núm.XIV, jueves 1 diciembre 1808, p.5.

<sup>76</sup> *Ibidem*, 6. Cfr. Manuel Moreno Alonso, “El *Semanario Patriótico* y los orígenes del liberalismo en España”, en *Anuario del Departamento de Historia*, III, 1991, págs. 167-182, ed. de Universidad Complutense de Madrid. Publicado posteriormente en M. Moreno Alonso, *Divina Libertad. La aventura liberal de don José María Blanco White (1808-1824)*, cit., pp.27- 45.

forma sorprendente. Hasta el punto de llegar a alabar la docta ignorancia del pueblo a pesar de que, según sus palabras, “algunos escritores parecen estar empeñados en hacer sabios hasta a los gañanes del campo, sin advertir que una nación de sabios, si pudiese haberla, haría ella misma su ruina”.

En este mismo sentido – contraponiendo el patriotismo del pueblo al filosofismo de los intelectuales- el propio Capmany llegó a ensalzar la “falta de lectura de nuestro pueblo”, que “[...]le ha preservado de ese contagio y este estado, que llama de salvajes el bárbaro tirano y los renegados filósofos españoles se lo aplauden”<sup>77</sup>.

Pues las cosas no tardaron en cambiar. Pues, ante la dignificación patriótica, casi rousseauiana, del *pueblo*, que de no ser nada –como el *estado llano* en la formulación de Sieyès en los inicios de la revolución francesa- pasó a serlo todo, los grupos privilegiados se sintieron marginados. Ciertamente su contribución al alzamiento patriótico fue destacada, particularmente la del clero, pero su reconocimiento resultó bastante menor<sup>78</sup>. Había llegado la hora del *estado llano*, para el vulgo el *pueblo*.

Y, dada la diferencia del *pueblo*, en su identidad y legitimidad respecto, de los *traidores*, conviene tener en cuenta que cuando, constantemente, se habla del *pueblo*, cabe pensar que buena parte de éste, fuera del ámbito de las ciudades más populosas, estaba compuesto por campesinos.

El propio *Semanario Patriótico* refiriéndose a ellos en fase ya tardía habló de “clase inferior”<sup>79</sup>. La mayor parte de componentes de las bandas guerrilleras fueron de extracción campesina. En las Vascongadas, el comisionado real de José, Francisco Amorós, describió bien el aspecto de aquellos hombres, “con frecuencia harapientos y desprovistos” de armas que se

escondían en las montañas. En una proclama de 21 junio el comisionado señaló que sus atrocidades les hacían perder su pretensión de luchar por una causa “nacional”<sup>80</sup>.

Téngase en cuenta que, en buena medida, la lucha guerrillera emprendida por el pueblo contra los traidores fue una guerra de los campesinos en armas que, siguiendo a unos u otros jefes, mostraron su fidelidad a la causa de la Central. “Podéis matarme –dijo un campesino español-, pero no me obligaréis a servir a mi enemigo”<sup>81</sup>.

Su actitud *patriótica* y su odio visceral contra cualquier posible “traidor” fue un factor de la paranoia colectiva. Animados, además, por el discurso propagandístico del momento, en su actitud coadyuvaron motivaciones en las que, en ocasiones, se transparenten torvas intenciones<sup>82</sup>.

Dada la “abrumadora” participación de las *clases populares* en la insurrección<sup>83</sup>, el elemento popular se convirtió en el actor decisivo a la hora de distinguir los “buenos” de los “malos”, es decir, los *patriotas* de los *traidores*. Según el *Filósofo Rancio*, “toda clase de gente”, desde el contrabandista hasta el gitano –toda clase de gente menos los filósofos, cuya mayor parte estaba con *Pepe*- estuvieron vinculados a la causa patriótica<sup>84</sup>.

## 5.- PATRIOTAS FRENTE A TRAIADORES

Como forma de afirmación *nacional*, desconocida por completo con anterioridad en tamañas proporciones, el país quedó escindido entre *patriotas* y *traidores*. Por todas partes se extendió una especie de manía inquisitorial por descubrir traidores a la Patria. Muchas Juntas extremaron la vigilancia para detectar “las intrigas de los

<sup>80</sup> British Library (BL), Eg.388, ff.26-26v. Vitoria, 21 junio 1809.

<sup>81</sup> Chevillard, “Souvenirs d’Espagne”, *Revue de Paris*, 1906, IV,465. Cit. en Gabriel H. Lovett, *La Guerra de la Independencia*, I, 189.

<sup>82</sup> Jaime Vicens Vives, *Cataluña en el siglo XIX*. Barcelona, 1959, 183.

<sup>83</sup> Cfr. Ronald Fraser, *La maldita guerra de España*. Barcelona, Crítica, 2006, 84.

<sup>84</sup> F. Alvarado, *Cartas críticas*, Madrid, Imp. E. Aguado, 1824, I, 318.

<sup>77</sup> En M.Artola, *Los Orígenes de la España Contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 2ª ed. 1975, II,522-523.

<sup>78</sup> AHN, *Consejos*, leg.5.516(1).

<sup>79</sup> *Semanario Patriótico*, núm.64, 27 junio 1811.

ocultos traidores y descontentos que solapadamente pudieran perturbar las sagradas miras a favor de la religión, del rey y de la patria”. Para luchar unánimemente contra tales traidores, los miembros de la Junta de Alcántara juraron ante el Santísimo “guardar la más perfecta unión y amor fraternal, deponer todo resentimiento y rencor, acusar los que se descubriesen traidores, respetar la autoridad y defender nuestra santa Religión, nuestra Patria, nuestra independencia y nuestro amado Rey”<sup>85</sup>.

En algún caso, para sosegar a la población alborotada por la nueva fiebre del patriotismo, llegaron a publicarse bandos a favor de algunos sospechosos. Hubo colaboradores con los ocupantes que, después de Bailén, autoconfesaron su colaboracionismo ante la Central en beneficio de la Patria. Un argumento que será utilizado a posteriori por los afrancesados.

En las primeras sesiones de la Junta Central celebradas en Aranjuez, se leyó una carta del general de marina José de Álava, que incluía un papel del ministro josefino Mazarredo, en el que, dirigiéndose al nuevo gobierno que se estableciese en España, decía que nadie era “mejor patriero” que él. En su caso aclaraba que si al final se había marchado con los franceses, lo había hecho al sentirse obligado al ver amenazada su vida si se quedaba en Madrid<sup>86</sup>.

Por el *Tribunal de Vigilancia y Protección* de Madrid –antes de trasladarse a Sevilla– pasaron innumerables casos de sospecha. Las cartas aprehendidas por las guerrillas fueron a sus manos. Varias cartas enviadas desde Burgos por personalidades que se habían decantado por el Intruso –Miguel José Azanza, Gonzalo O’Farrill, Manuel Romero, Mariano Luis Urquijo, Pablo Arribas, conde de Cabarrús– fueron publicadas para escarnio

de sus autores. Aprehendidas por las avanzadillas guerrilleras de Somosierra, inmediatamente el *Tribunal* decretó el confinamiento de las mujeres, padres, hijos y hermanos de los traidores que habían firmado tales cartas<sup>87</sup>.

Esta presión hizo que fueran numerosos los patriotas que a título individual denunciaron a cualquier sospechoso de infidencia. En el marquesado de Ayamonte, una mujer, de nombre Antonia González, denunció ante el Tribunal de Vigilancia de Sevilla a algunos sujetos que infundían sospechas por “sus conversaciones y modo de anunciar las noticias públicas”<sup>88</sup>.

Desde el punto de vista patriota, quienes de antiguo eran sospechosos de mostrar ciertas simpatías por lo francés o mostraron un tibio *patriotismo* por la causa nacional fueron vistos irremisiblemente como los más detestables enemigos. Ni siquiera fue menester que se adhirieran al Intruso. Bastaba la sospecha de serlo para ser tachados de traidores. No tardarían en ser denigrados y perseguidos con el nombre infame de “afrancesados”, denominación que adquirió la misma significación que la de “traidor” a la patria o a la nación<sup>89</sup>.

Jovellanos, que también fue acusado de traidor, les llamará *facciosos*, y en una ocasión *apóstoles del napoleonismo*, que habían vendido la patria<sup>90</sup>. Todo en unos momentos en que “el patriotismo [se había] convertido en frenesi”<sup>91</sup>. Hasta el extremo de llegar a proponerse la concesión de un distintivo de “lealtad” a “aquellos buenos vasallos que delataren o descubrieren” a los traidores con

<sup>85</sup> AHN, *Estado*, leg.2<sup>1</sup>A, núm.63-70. Alcántara, 25 noviembre 1808.

<sup>86</sup> AMG. 1-11. Aranjuez 29 [septiembre 1808]. Actas de las sesiones de la Junta Central. Cit. en Nuria Alonso, *Biografía de un liberal aragonés: Martín de Garay*, Zaragoza, Institución Fernando el católico, 2009.

<sup>87</sup> AHN, *Estado*, leg.29<sup>1</sup>(E-96). 24 noviembre 1808.

<sup>88</sup> AHN, *Estado*, 29<sup>1</sup>(C-48). Sevilla, 3 febrero 1809.

<sup>89</sup> Cfr. Manuel Moreno Alonso, *José Bonaparte. Un rey republicano en el reino de España*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, p.236 y ss.

<sup>90</sup> Jovellanos, *Memoria en defensa de la Junta Central*, cit., I, 114.

<sup>91</sup> *Correo Político y Literario de Sevilla*, Suplemento, jueves 2 marzo 1809.

“un escudo en el brazo que les caracterizare para siempre”<sup>92</sup>.

En un periódico se consideró a los que podían presentar sospechas como “asquerosos, viles, abominabilísimos traidores”, calificándose su postura de “cenegal inundo de vuestra depravación traidora”. Su actitud se comparó con la del “nefandista”, con la del suicida, con la del blasfemo... que la *infeliz Patria* y el *tierno patriotismo* miran como “el veneno más corrosivo y exterminador”<sup>93</sup>.

Su reprobación fue total. Hasta en las Cortes, un poco acomplejadas por la prístina pureza del elemento popular, se llegó a decir que “todos los empleados debían ir al patíbulo, sin excusar a los barrenderos de oficinas”<sup>94</sup>.

Hubo incluso quien propuso que, en los archivos respectivos de cada ayuntamiento, en los pueblos de la nación, hubiera un libro en donde se anotara por una parte los *patriotas* y por otra los *indiferentes*. Ni siquiera los traidores que obviamente eran reos de lesa patria. En tales archivos habría de anotarse los sacrificios hechos por la Patria en la entrega de los hijos, del marido o de los bienes secuestrados. Todo lo cual permanecería para la posteridad<sup>95</sup>.

Muchos de los hombres más preclaros de la intelectualidad de la época fueron tildados de “traidores” a la nación y a la patria. En su ataque hacia ellos se distinguió de forma particular por su acritud el escritor catalán Antonio de Capmany, convertido de súbito a la causa patriótica, y a la sazón en Sevilla. En su *Centinela contra franceses* aconsejaba a los *patriotas*: “[...]desvelaos en

limpiar el sagrado territorio español de desleales, hipócritas y desafectos a la causa común”.

Se consideraron traidores también a los partidarios de Godoy, al que, en el fondo, no se le perdonaba que se hubiera rodeado de aquellos hombres para la ilustración del país, muchos de los cuales, antes de vincularse al rey José, lucharon por reformar el Reino y aumentar la riqueza de la nación por encima de consideraciones filosóficas sobre la “felicidad” de sus habitantes. Su pecado fue, en este caso, haber querido modernizar el país, introduciendo y extendiendo las “luces”. Y su condena, eterna.

A todos ellos se les acusó de todo, de hombres del Antiguo Régimen, de déspotas ilustrados, de revolucionarios, de republicanos partidarios de las ideas de Francia, y de traidores de lesa patria. También se les calumnió con la injuria de que se unieron a José con la idea exclusiva de aprovecharse de la situación y de sacar beneficio particular. Fray Manuel Martínez, en su famosa diatriba *Los famosos traidores refugiados en Francia convencidos de sus crímenes*, los consideró al terminar la guerra como “aquellos monstruos que en nuestro castizo idioma el pueblo llama *renegados y traidores*”<sup>96</sup>.

Con la excepción de los moros y judíos de otras épocas, nadie en verdad fue injuriado con tanta saña como ellos. No se quiso admitir su idea de que, aceptando el nuevo rey, se evitaba tanto la anarquía como la guerra, a la vez que con sus ideas podía mejorarse el buen gobierno de la nación.

Ante Sevilla se acusó de traidor al obispo de León, Pedro Luis Blanco, “paisano del monstruo y destructor de la España”. Su conducta se consideraba “abominable” por el mero hecho de ser extremeño como Godoy. De él se decía en la acusación que había hecho “más daño a la patria que un ejército poderoso de enemigos”. “El pueblo le hubiera quitado la vida, a no ser el valimiento

<sup>92</sup> AHN, *Estado*, leg. 32<sup>2</sup> (374). Sevilla, 8 junio 1809. Escrito al Tribunal de Seguridad Pública por parte del alcalde de Mojácar, Ramón Somalo y Saravia, residente en Sevilla.

<sup>93</sup> *Atalaya Patriótico de Málaga*, núm.1, sábado 11 febrero 1809, 2-6.

<sup>94</sup> [Reinos] *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria*, cit., 303. Palabras de García Herreros.

<sup>95</sup> BL, PP.3705(2). *Medios que para salvar a la Nación española de la esclavitud que la amenaza propone a S.M. en sus Cortes D. Antonio Rayón*. Cádiz, Imp. D.Vicente Lema[1810], p.68.

<sup>96</sup> F. M. Martínez, *Los famosos traidores refugiados en Francia convencidos de sus crímenes, y justificación del Real Decreto de 30 de mayo*. Madrid, Imp. Real, 1814, p.8.

de algún patricio que, movido de compasión, contuvo el pueblo”, decía el patriota que lo acusaba. Tras los sucesos de mayo de 1808, dio una pastoral en que encarecía la obligación divina de obedecer a las autoridades constituidas. Y en el palacio episcopal reunió, “secreta y sigilosamente”, a los párrocos para que amonestaran al pueblo a la quietud y la subordinación. Al tiempo que trató de “piratas y rateros a nuestros bienhechores los ingleses”. También decía que, el día de San José, celebró una gran función en la catedral<sup>97</sup>.

Los patriotas miraron con desconfianza a numerosos preladados y miembros del alto clero. Otro obispo al que se acusó fue el de Tuy. Lo que obligó a éste a redactar su correspondiente defensa. El obispo tuvo que explicar todos los pasos desde que dejó Tuy y se internó en Portugal hasta su regreso, donde constataba “el infeliz estado en que se halla esta provincia por las muchas atrocidades que han cometido en ella los enemigos”<sup>98</sup>. Con otro fundamento, la Junta incoó proceso al arzobispo de Zaragoza, el Gran Inquisidor José Ramón de Arce, que inopinadamente se pasó al bando traidor<sup>99</sup>.

En medio de esta situación, debe tenerse en cuenta que, ante la explosión popular que suscitó la invasión napoleónica, los intelectuales, concretamente, perdieron toda su reputación. Lo mismo que les pasó a los ministros, a los tribunales superiores, al Consejo Real o a cualquier hombre público que tuviera una determinada significación.

Todos perdieron la confianza del pueblo. Y ante el “gran miedo” que se extendió por todo el país con las aonadas y tumultos populares que se multiplicaron por todas partes, se asustaron. Su pecado

consistió en haber sido conscientes, en buena parte, de las desgracias que podían derivarse de una guerra de conquista o de los horrores de una guerra civil. A su modo de ver, una vez consumados los hechos, pensaron que la nueva monarquía encarnaba la voluntad real de “regenerar la nación”<sup>100</sup>.

En 1809, a su paso por Lisboa, procedente de Sevilla, lord Holland se encontró con su “pobre” amigo Sebastián de Lugo, un “hombre de bien”, al que encontró muy entristecido. Tenía dos grandes desdichas: un hermano que había condescendido con el gobierno intruso (Estanislao de Lugo, consejero de Estado del rey José), y una mujer que “por bonita e interesante que sea era francesa de Nación”. Le habían nombrado para un empleo en Valencia, y no se atrevía a llevar a su mujer. El prócer inglés lo recomendaba a sus amigos Jovellanos y Garay por estimarle mucho, y “como buen español, y como buen amigo de las Cortes y de la libertad de su patria”<sup>101</sup>.

Meses antes, en un escrito dirigido al Gobierno, hablaba del “fanatismo funesto para muchos de nuestros honrados conciudadanos que han sido sacrificados bárbaramente”, decía. Lugo, en su reclamación, aludió al hecho de que hasta generales y personajes habían sido desacreditados gratuitamente “por los erróneos juicios de la multitud en los ejércitos, en las provincias y en gran parte de la nación”<sup>102</sup>. “¡Qué multitud de escándalos hemos visto bajo la invocación del nombre santo de la patria”, dirá a su vez un afrancesado<sup>103</sup>.

## 6. - LOS AFRANCESADOS

<sup>97</sup> AHN, *Estado*, leg.27(B-140). La acusación la hacía Cristóbal Romero, León 10 septiembre 1809.

<sup>98</sup> AHN, *Estado*, leg. 27(B-197). Sevilla, 5 enero 1809, fecha del anónimo. Réplica del obispo, fechada en Villanueva de la Sierra, en Extremadura, el 2 junio 1809

<sup>99</sup> AHN, *Estado*, leg.27(B-210-218). Sevilla, 5 octubre 1809.

<sup>100</sup> Decreto Imperial, 25 mayo 1808.

<sup>101</sup> *Cartas sobre la Guerra de la Independencia*, II, 324. Holland a Jovellanos, Lisboa 17 julio 1809.

<sup>102</sup> AHN, *Estado*, leg.32<sup>1</sup>(235). Reclamación de Sebastián de Lugo y Massieu, Medinasidonia, 26 marzo 1809.

<sup>103</sup> [Reinoso] *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria*, cit. 412.

El término “afrancesado” con el que los *patriotas* atacaron tan violentamente a los “traidores” a la patria fue tardío. No se difundió hasta 1811. Los *patriotas*, en su condición de “buenos españoles” hablaron al principio siempre de *traidores*, “infieles” o de “juramentados” (una resonancia del francés *assermenté*, que distinguía en Francia a aquellos sacerdotes que en 1791 juraron la Constitución Civil del Clero)<sup>104</sup>.

En su *Carta de un buen patriota que reside en Sevilla a un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, el anteriormente intelectual profrancés Capmany, casado con una sevillana, dirá en fecha posterior que “aquí estamos avergonzados los buenos españoles sin saber qué contestar a los afrancesados que nos insultan...”<sup>105</sup>. Convertido de la noche a la mañana el intelectual catalán en *patriota*, el pueblo hizo gala de su aversión furibunda contra los “traidores”, quienes, según el decir de Capmany, “hasta el andar nacional habían perdido”.

Por otra parte, la actitud del pueblo patriota, que de la noche a la mañana se convirtió en el más temible delator y perseguidor de los “traidores”, corrió pareja a la revolución social que se desató tras la caída de la Monarquía. El propio ministro de la guerra, Antonio Cornel, fue sospechoso de traición ante el pueblo y cuando, finalmente, el gobierno se dispersó fue blanco de las iras del pueblo<sup>106</sup>.

En escritos que inundaron a toda la nación, los patriotas no cejaron en su intento continuo de desenmascarar a los traidores de la patria. Tras la emoción patriótica suscitada por Bailén, el miedo, evidentemente, se apoderó de las conciencias que por uno u otro motivo temieron ser inculcados de traidores.

<sup>104</sup> BNM, R-61249, *Observaciones sobre empleados, emigrados y patriotas*. E.M.C., Écija, 15 octubre 1812.

<sup>105</sup> Antonio de Capmany, *Carta de un buen patriota que reside en Sevilla a un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz*, Cádiz, 1811, p.2.

<sup>106</sup> William Jacob, *Viajes por el Sur: cartas escritas entre 1809 y 1810*. Edición de Rocío Plaza Orellana, Sevilla, Portada Editorial, 2002, 360.

La Central, poco después de su llegada a Sevilla, publicó un decreto de 14 enero de 1809 por el que creó un tribunal para el castigo de la infidencia bajo el nombre de Junta de Seguridad Pública. Los primeros fallos del Tribunal recayeron sobre un francés llamado Blas Mala, que fue acusado de espionaje, y sufrió la pena de horca en la plaza de San Francisco el 10 marzo de aquel año. A cuya ejecución siguió, el 9 de abril, la del famoso Luis Gutiérrez, autor de la novela anticlerical *Cornelia Bororquia o la víctima de la Inquisición* (París, segunda edición, 1800), que fue acusado de “apóstata gacetero de Bayona”<sup>107</sup>. Una historia de su causa fue publicada después en Sevilla. Y desde entonces el episodio no ha dejado de interesar a los historiadores<sup>108</sup>.

Según el expediente del Tribunal de Seguridad Pública, el exfraile fue condenado por atentar “contra la seguridad y libertad de la patria”. Y su ejecución se llevó a cabo “para que el pronto y ejemplar castigo de tan atroces delitos sirviese de escarmiento a los malos y de confianza a los buenos españoles”. Como el gacetero había sido fraile trinitario, fue degradado previamente por el arzobispo de Laodicea<sup>109</sup>. Ajusticiado a las dos de la noche dentro de la cárcel su cadáver se expuso al público en el “tablado del Garrote”, en la plaza de San Francisco.

Un tipo de muerte que no gustó a los patriotas. Hasta Jovellanos le escribió a lord Holland que “la ejecución fuera mejor en

<sup>107</sup> Luis Gutiérrez, *Cornelia Bororquia o La víctima de la Inquisición*. Edición de Gérard Dufour, Madrid, Cátedra, 2005.

<sup>108</sup> El personaje ha interesado a numerosos estudiosos desde el conde de Toreno, Menéndez Pelayo o el marqués de Villa-Urrutia (“La misión del barón de Agra en Londres”, reeditado en *El Rey José Napoleón*. Madrid, Francisco Beltrán, 1927, 135-157) hasta los actuales Martin Murphy (“Luis Gutiérrez, Novelist and Impostor”, en *Spain and its Literature. Essays in Memory of E. Allison Peers*, Liverpool, Ann L. Mackenzie, 1997), Claude Morange y Gérard Dufour, entre otros.

<sup>109</sup> BNM, R-60358(40). *Historia del gacetero de Bayona Luis Gutiérrez, extractada de la causa original e ilustrada con algunas notas por el Dr.D.J.M.D. Sevilla*, por D. José Hidalgo [1812], 20 págs.

público”. Para el dulce Batilo una muerte así hubiera sido, sin duda, más conveniente para levantar el ánimo patriótico de la población. Lo mismo que señala en su *Historia* el conde de Toreno para quien “el modo y sigilo empleado merecieron la desaprobación de los más cuerdos e imparciales”<sup>110</sup>.

## 7.- “REOS DE ALTA TRAICIÓN”

El Gobierno decretó también la confiscación de bienes de los sujetos que hubieran seguido o siguieran el “partido francés”, a los que, por su notoriedad, los consideró “reos de alta traición”<sup>111</sup>. Para deshonorarlos no dudó en dar los nombres a la “opinión pública”<sup>112</sup>. “La conducta abominable de varios españoles, indignos de este nombre –decía el decreto-, y a quienes debe perseguir por todas partes la opinión pública, designándolos como ingratos a su legítimo soberano de quien muchos de ellos merecieron una confianza ilimitada, como traidores a la Patria”. No pocos inocentes fueron tratados como traidores, y sus bienes confiscados<sup>113</sup>.

En medio de un “frenesí” patriótico tan extendido, cualquier rumor o maledicencia era suficiente para desacreditar a cualquier persona independientemente de su procedencia social, profesional o geográfica. Innumerables anónimos fueron dirigidos a la Junta en contra de personalidades destacadas sin importar los fundamentos. Por hacer público ante la nación su patriotismo hubo, incluso, quien abjuró de su familia. Tal fue el caso sonado del coronel Negrete que acusó de traidor a su padre, el conde de Campo Alanje, quien manifestó que, desde sus primeros años, dio pruebas de que sus ideas

eran “sacrificar su vida por mi Patria, por mi Religión y por mi Rey”<sup>114</sup>.

En marzo de 1809 se constituyó en Sevilla una *Hermandad Patriótica de Señoras*. Una dama, cuyo nombre había pedido se sigilará, propuso a la Junta Central la formación de esta Real Hermandad Patriótica con la finalidad de pedir semanalmente para las urgencias del ejército. Con tal propósito la nueva Hermandad redactó sus consiguientes *Constituciones*, en cuyos capítulos se señalaba sus atribuciones. Estaba formada por una hermana mayor, una tesorera y una secretaria, que se nombraría anualmente a pluralidad de votos, procurando que la elección recayera “en las de más distinción o mérito”. Las hermanas usarían una medalla con una cinta azul y blanca, hechas a su costa, con la cifra o iniciales de *Real Hermandad Patriótica*, y alrededor la leyenda: “*Por la Religión, Rey y Patria*”. De momento la hermana mayor era la marquesa de Medina; la tesorera, la marquesa de Villapalma, y la secretaria, Josefa López de Zillas<sup>115</sup>.

Al Gobierno llegaron cantidad de denuncias contra traidores por causa de infidelidad a la patria al mismo tiempo que todo tipo de proyectos a cual más disparatado, desde cómo raptar a Fernando VII hasta nombrar como rey de España al archiduque de Austria<sup>116</sup>. Lo que dio lugar, igualmente, a numerosas reclamaciones por parte de los sospechosos, acusados de traidores sin serlo. Un ejemplo de ello fue el caso de un tal Juan Carlos Van-Zoelen de Bonancini, quien, después de sufrir prisión “ignominiosa” durante tres meses reclamaba

<sup>110</sup> Toreno, *Historia del levantamiento*, 370.

<sup>111</sup> R.O. del Presidente de la Junta Suprema Gubernativa del Reino, mandando confiscar los bienes de los partidarios de los franceses (Circular, 3 mayo 1809).

<sup>112</sup> AHN, *Estado*, leg. 11<sup>1</sup>(A-9). Impreso, Sevilla 3 mayo 1809.

<sup>113</sup> AHN, *Estado*, leg.29<sup>1</sup>(E-95). Madrid, 23 noviembre 1808.

<sup>114</sup> BNM, R-60034(15). *Manifiesto que el coronel D. Manuel María de Negrete, Capitán del Regimiento de Húsares españoles, hace a la Nación española de su inocencia en los acontecimientos de su padre y hermano el Conde del Campo de Alanje, y el teniente general Xavier de Negrete*. Palma de Mallorca, 23 agosto 1808.

<sup>115</sup> BNM, R-60796. *Hermandad Patriótica de Señoras*. Sevilla, 4 marzo 1809.

<sup>116</sup> AHN, *Estado*, leg.3083 [Sevilla, verano 1809]. *Proposiciones de José Flores, trabajador de óptica y de física* (Sevilla, 5 mayo 1808).

la restauración de su honor y fama<sup>117</sup>. Un caso parecido al del vicario provincial de los Capuchinos y predicador de Fernando VII, Fr. Francisco de Solchaga, acusado con el “negro borrón” de haber faltado “a la fidelidad que debe a Dios, al rey amado Fernando y a la Patria”<sup>118</sup>.

En medio de aquella locura patriótica, siguieron llegando al Gobierno inculpaciones de todo tipo contra los traidores por parte de los patriotas. Uno de estos, desde Cartagena –en donde residía “con la mayor indigencia, aunque alegre por respirar el dulce aire de la libertad”- inculpaba a un alto cargo de la Secretaría de Estado y después de Hacienda por constarle haber sido amigo “íntimo” del ex ministro de Hacienda Soler y “admitido a las confianzas secretas del fementido Godoy”. El denunciante recomendaba a su vez que se vigilara “con disimulo” la conducta de este individuo en Cádiz y Sevilla, “donde puede tener predominante influjo”. Y añadía con escasa fiabilidad en su propia denuncia: “[...]Puede no ser un partidario de los enemigos, pero por la inversa no hay dificultad en que sea un enemigo y un corresponsal de ellos”<sup>119</sup>.

Sorprendentemente no se cuestionaron como malos patriotas a los soldados que huían despavoridos ante los enfrentamientos con el enemigo<sup>120</sup>. Tampoco pareció dársele mayor importancia en este sentido al hecho de que “muchos soldados” se herían a sí mismos para sustraerse de los trabajos de la guerra, con el fin de ser conducidos a hospitales o a sus propias casas. Un hecho frecuente que se convirtió en “una constante”. Otro no menos frecuente fue el de maltratar o herir maliciosamente a los caballos para de esta forma “lograr más fácilmente sus comodidades”. Razón por la cual fue menester en algunos casos

encomendar el cuidado de los caballos enfermos a otras personas que no tuvieran más objeto que su asistencia puntual<sup>121</sup>.

## 8. - LOS PATRIOTAS ANTE LOS TRAIADORES

Por su parte la prensa afrancesada no dejó de contraatacar las tesis patrióticas. En marzo de 1809 apareció en Madrid el periódico *El Imparcial*, desde el que, a pesar de su nombre, se dirigieron los mayores improperios contra los patriotas. Redactado por el afrancesado Pedro Estala, en él se publicaron todo tipo de improperios contra la *Patria*, contra sus glorias, contra sus monarcas, contra los jesuitas, contra los regulares y, por supuesto, contra la “guerra de los insurgentes”, en la que los jefes de estos “salteadores” saqueaban los pueblos y ejercían las “mayores atrocidades”. “Difícilmente se encontrarán en ningún periódico vendido al gobierno francés falsedades más atroces y pérfidas que las del *Imparcial* de Madrid”, escribió airado José María Blanco desde Sevilla<sup>122</sup>.

Sin embargo, la palabra *traidor* fue un anatema con el que se amenazó a personas, a instituciones incluso a ciudades. La *desgraciada Junta del Ferrol* elevó un escrito al gobierno al ver que en la *Gazeta de Sevilla* se había hecho mención de aquella “mal llamada plaza” en los términos más aflictivos. Sentía con dolor el descrédito que ello suponía para ella, habida cuenta de que, en verdad, la conducta observada por los vocales de la Junta bajo el dominio extranjero podría ser el “más fiel y seguro testimonio de su aversión al nuevo gobierno”. Lo que, a su parecer, bastaría para “desvanecer las sospechas acerca de su fidelidad”. Según la Junta gallega, ésta no se había opuesto al invasor no por falta de valor sino porque “obstinarse en una resistencia sin la más remota esperanza de fruto, principalmente teniendo un conocimiento seguro de no conseguir sino una destrucción

<sup>117</sup> AHN, *Estado*, leg.47<sup>2</sup>(540). Sevilla 16 octubre 1809.

<sup>118</sup> AHN, *Estado*, leg. 32<sup>2</sup>(371). Calzada de Calatrava, 21 junio 1809.

<sup>119</sup> AHN, *Estado*, leg.29<sup>2</sup> (G-219). Cartagena, 27 mayo 1809.

<sup>120</sup> *Semanario Patriótico*, núm.XIX, jueves 1 junio 1809.

<sup>121</sup> AHN, *Estado*, leg.33(97). Córdoba, 25 noviembre 1809.

<sup>122</sup> *Semanario Patriótico*, núm. XXXII, jueves 31 agosto 1809. “Variedades”.

que ahora produciría mayor sentimiento que la que causó la noticia de la rendición”, hubiera sido peor. Ésta, sencillamente, había sido firmada por efecto de “la durísima ley de la necesidad”. El escrito asumía igualmente la responsabilidad de “[...]no haber restablecido en el término de quince días que duró la autoridad, los descuidos de veinte años de mal gobierno”<sup>123</sup>.

Con el tiempo el término *patriota* se irá depurando progresivamente. Pues llegará un momento en que para ser un buen patriota – una canción de éxito se llamó *El buen patriota*<sup>124</sup>– había que serlo de forma señalada. Se dirá con toda claridad en una carta publicada por *El Robespierre español* en 1812: “¿Qué fuera, ay, de la triste patria si se exterminaran los patriotas exaltados?” Tampoco parará aquí el monopolio del término.

Nada más conocerse años después la noticia del golpe de Estado absolutista de 1814, *El Duende de los cafés* hará un llamamiento al “¡Patriotismo, libertad, exaltación!”. En el imaginario colectivo de aquellos liberales, los traidores serán los absolutistas, mientras en el de estos serán los liberales.

Especialmente representativo fue el caso del duque de Alburquerque, el salvador de Cádiz, que, pese a ello, fue injuriado por la Junta de la Ciudad. Hasta el extremo de que, siendo embajador en Londres, no llegó a soportar una carta de aquélla en la que se le llamaba “traidor”. Según Blanco, que lo acompañaba en aquellos momentos, el efecto que provocó en el duque la carta de la Junta gaditana fue inimaginable: “Leer la palabra *traidor* dirigida a él en un documento oficial, era peor que si un horrible escorpión le hubiera picado en el corazón”, escribió el editor de *El Español*. La carta exactamente le

tachaba de “calumniador, imprudente y enemigo del bien y de la patria”<sup>125</sup>.

Según el mismo Blanco, cuando a los pocos días de haberle visto, quedó citado con el duque en el Hotel Clarendon, en Bond Street, este parecía otra persona. “¡Difícilmente podía haberlo afectado más una enfermedad de muchos años!” Él fue testigo de sus últimos momentos cuando, apareciendo con un trozo de papel en las manos en el que la Junta de Cádiz le llamaba *traidor*, lo leyó en voz alta con voz convulsa, y levantándose furiosamente corrió al balcón “como para intentar arrojarlo por él”. Su edecán, el teniente coronel Folch, entonces, le agarró y le devolvió a la habitación. Dos días más tarde el infortunado duque murió de una profunda depresión, agravada por la tisis, el 12 de febrero de 1812.

Al enterarse de su muerte dos días después, Blanco escribió en su periódico con emoción: “El Duque de Alburquerque ha sido *asesinado* por una injuria. El honor, la humanidad, la amistad y la compasión me ordenan que publique cuanto sé de este caso desgraciado”. Tras su muerte, Blanco escribió en *El Español* que la muerte del duque de Alburquerque “dejará una perpetua mancha en las personas que forman la llamada Junta de Cádiz”<sup>126</sup>.

Muchos años después de la guerra, las nuevas generaciones de españoles seguían siendo sensibles ante la posible acusación de “traidores” de algunos de sus antepasados. El mismo Alcalá Galiano, ya viejo, defendió a su tío Vicente, a quien se acusó en Cádiz de afrancesado y de haber servido al gobierno intruso. Su sobrino, que tachó de “calumnia” tal inculpação, reconoció, sin embargo, con argumentos discutibles, que su tío fue a Bayona, “llevado por su antes amigo Azanza, antes que las provincias de España se hubiesen levantado contra el poder francés” También reconoció que fue uno de los firmantes de la Constitución de Bayona.

<sup>123</sup> AHN, *Estado*, leg.77(126). El Ferrol, 27, junio 1809.

<sup>124</sup> *El Semanario Patriótico*, núm.XXX, jueves 17 agosto 1809. Canción por D.J.S.D.M. con acompañamiento de forte-piano. Se vendía en la imprenta de las herederas de Padrino, calle de Génova.

<sup>125</sup> Cfr. M. Moreno Alonso, *El asedio de Cádiz*, 205.

<sup>126</sup> *El Español*, XI, 415.

Pero, sin embargo, cuando regresó a Madrid, abrazó la causa nacional<sup>127</sup>.

Al final el mismo pueblo, tras lanzar la acusación de traidores indiscriminadamente contra los colaboradores y tantos sospechosos de simpatía con la causa afrancesada, terminó por lanzar su furia contra todos, especialmente las autoridades. Primero, los que habían estado junto a Godoy y, después, contra las nuevas autoridades. Al principio con los representantes de las Juntas de Gobierno y después contra los miembros del Gobierno nacional de la Junta Central y, seguidamente, contra la Regencia, contra las Cortes y hasta, años después, contra el *deseado* Fernando VII.

Al Rey, finalmente, la clase política liberal, terminó por aplicarle un calificativo inédito: el de “Rey Felón” como sinónimo de “Rey traidor” por haber traicionado la Constitución en 1814 y en 1823. Una designación, de corte no popular sino erudita y culta, utilizada en su día por el P. Mariana, que la aplicó a los cartagineses que, cuando llegaron a España, quitaron los bienes y la libertad a los que los llamaron. De forma que, al final, la clase política liberal surgida de la revolución, que había sido tildada de traidora por el pueblo, calificó de “traidor” a su Rey, que siempre contó con el apoyo del pueblo. Todos los insultos y descalificaciones que en los años anteriores se aplicaron al rey José, *homo vilisimus*, se aplicaron a Fernando. A tal extremo, con mayor o menor fundamento, llegó la locura de blandir el término *traición* y aplicar la consideración de *traidor*. Notas que bien podrían servir para construir lo que podría ser una “historia nacional de la felonía”<sup>128</sup>.

---

<sup>127</sup> A. Alcalá Galiano, *Memorias*, en *Obras escogidas*, cit., I, 388.

<sup>128</sup> Gregorio Alonso, “Imaginando a Fernando VII, rey católico y felón”, *Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 14, 2015, 57-72.

# EL HÉROE ROMÁNTICO Y EL MÁRTIR DE LA LIBERTAD: LOS MITOS DE LA REVOLUCIÓN EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

ISSN: 2386-2491

Raquel Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

**RESUMEN:**

El héroe romántico es una categoría histórica que nos permite estudiar el contexto de las revoluciones europeas de la primera mitad del siglo XIX desde una perspectiva transnacional. El héroe romántico combatió en toda Europa contra el orden político del absolutismo bajo la bandera de la libertad y/o de la nación. En el caso español, esta categoría heroica, personificada en el mártir de la libertad, se convirtió en un mito del proceso de construcción del estado liberal y de la nación moderna, un mito revolucionario con múltiples lecturas e interpretaciones.

**ABSTRACT:**

The romantic hero is a historical category that allows us to study the context of the European revolutions of the first half of the 19th century from a transnational perspective. The romantic hero fought throughout Europe against the political order of absolutism under the banner of freedom and / or nation. In Spain, this heroic category, personified in the martyr of freedom, became a myth of the process of building of the liberal state and of the modern nation, a revolutionary myth with multiple interpretations.

**PALABRAS CLAVE:** *Romanticismo, héroe, mujeres patriotas.*

**KEYWORDS:** *Romanticism, hero, patriotic women.*

El héroe se caracteriza por una serie de rasgos que definen lo que podríamos denominar su estructura arquetípica. Si un héroe griego como Jasón se movía por valores distintos de los de un héroe medieval como Galahad, no dejaba de compartir con él rasgos que nos permiten reconocer su condición heroica. Sin embargo, y al mismo tiempo, cada héroe presenta atributos que lo encuadran en su contexto histórico, mítico o literario. Ello nos conduce a constatar algo que, no por ser una obviedad, conviene dejar de lado: cada época tiene sus héroes, cada tiempo necesita sus ídolos, porque cada momento histórico se apoya en unos valores distintos y, en última instancia, el héroe es un reflejo de los anhelos de

la sociedad en la que nace. El héroe del siglo XIX fue el héroe romántico.<sup>129</sup>

**1.- LOS HOMBRES****EXTRAORDINARIOS**

Durante el siglo XIX, la sociedad burguesa estuvo fascinada por el papel jugado

<sup>129</sup> Un análisis de las figuras heroicas desde una perspectiva histórica y antropológica en: BAUZÁ, Hugo Francisco: *El Mito del Héroe, morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007; SOMERSET, Fitzroy Richard (Lord Raglan): *The hero: a study in tradition, myth, and drama*. London, Methuen & Co., 1936; DUNDES, Alan, RANK, Otto y Lord RAGLAN, *In Quest of the Hero - The Myth of the Birth of the Hero*. New Jersey, Princeton University Press, 1990.

por determinados individuos en la evolución de los hechos históricos. La teoría social, la historia y la ciencia proporcionaron explicaciones sobre la relación entre esos individuos y su entorno. ¿Por qué esta preocupación por algo que en los siglos anteriores no había despertado un interés tan grande? La razón parece clara: la progresiva construcción de una sociedad mesocrática, apoyada en sólidos intereses materiales y en razonables cálculos estratégicos, no constituía suficiente aliciente para una buena parte de la población. Se necesitaban nuevos referentes con los que construir un imaginario que no se podía poblar de santos, reyes y aristócratas. La nueva sociedad burguesa no aceptaba ya que los espejos en los que mirarse fueran gentes cuyos privilegios de nacimiento les habían otorgado un papel significativo en épocas anteriores. Tras el trastorno producido por la Revolución Francesa nada podía ser igual: los reyes iban a necesitar nuevas formas de legitimación, la religión vería socavados sus pilares por los avances de la ciencia y las dificultades económicas de muchos aristócratas les habían restado peso social. Estos cambios se venían observando desde el siglo XVIII en algunos países europeos y en esas transformaciones se hallaban las semillas del nacionalismo y del liberalismo político que marcarían la centuria posterior.

A ello habría que añadir otra cuestión que, también desde finales del siglo XVIII, favoreció la aparición de un arquetipo heroico distinto: un nuevo concepto acerca de la importancia de la subjetividad individual

como medio para interpretar la sociedad y la naturaleza. El mundo ya no era esa realidad objetiva, externa al hombre, regida por unas leyes claramente predecibles, sino que se hallaba conformado por un conjunto de percepciones únicas, distintas entre sí, que configuraban un universo plural, difícil de aprehender, pero a la vez enormemente atractivo. Ello daba valor al individuo concreto, independientemente de su condición social, pues en cada hombre se escondía una forma de entender la realidad. Solo había que ser capaz de salir de la tiranía del pensamiento común, de atreverse a desafiar a lo establecido, de proyectar el yo personal en el mundo para cambiarlo. Esta actitud, el subjetivismo, tenía sus consecuencias. La más evidente de ellas era la ruptura con la sociedad, pero en el desafío se hallaba el gesto que definía al individuo heroico de los demás. Asumir el reto de ser lo que se es realmente, más allá de convenciones sociales, y afrontar las derivaciones que esta decisión traía consigo distinguían al individuo superior. Ni el nacimiento ni la riqueza, solo el valor personal.

El interés del siglo XIX por los hombres únicos se manifestó en un libro muy difundido, producto de un ciclo de conferencias impartidas por su autor, el escocés Thomas Carlyle: *On Heroes and Hero-Worship and the Heroic in History* (1841). Planteaba Carlyle una forma de interpretar la historia a través de las acciones de los grandes hombres, que serían los verdaderos artífices de las transformaciones sociales y

políticas. Los prototipos heroicos de Carlyle eran Odín (el héroe como divinidad), Mahoma (el héroe como profeta), Dante y Shakespeare (el héroe como poeta), Lutero y Knox (el héroe como religioso), Johnson, Rousseau y Burns (el héroe como hombre de letras), y Cromwell y Napoleón (el héroe como rey). No hay que entender que, a partir de este esquema, Carlyle considerase admirables las acciones de esos caracteres heroicos, ni mucho menos: solo hay que leer lo que dice sobre Mahoma para comprobarlo. Sin embargo, el escritor escocés encontraba en ellos a unos individuos capaces de movilizar a cientos de personas, cambiar las conciencias o generar nuevas formas de entender la política y la religión. En esta misma línea escribió Ralph Waldo Emerson los ensayos que formarían el libro *Representative Men* (1850), y en el que aparecen analizados Platón (como filósofo), Swedenborg (como místico), Michel de Montaigne (como escéptico), Shakespeare (poeta), Napoleón Bonaparte (con la significativa denominación de “el hombre del mundo”) y Goethe (como el escritor). Por otra parte, en las tipologías que realizaron los dos autores aquí mencionados, Carlyle y Emerson (que son solo dos de las variadas producciones al respecto), destaca la importancia que van a cobrar los que podríamos denominar “héroes de la palabra” en esta relectura del papel del gran hombre en la sociedad del siglo XIX. Ambos integraron en el panteón de los héroes a figuras que en los prototipos heroicos del pasado habían desempeñado un papel secundario o que no respondían al arquetipo

tradicional. Me refiero en particular al hombre de letras y al poeta. Sin embargo, resulta llamativo que no hagan referencia a los artistas, que desde siglos atrás habían sido asociados a una de las manifestaciones más modernas del héroe: el genio, categoría heroica que estará plenamente vigente en el siglo XIX y que adquirirá nuevos matices que se proyectarán hacia el siglo XX.

Desde luego, el paradigma interpretativo que explicaba la evolución de los acontecimientos históricos a partir de las acciones de los grandes hombres fue discutido por muchos intelectuales de la época bajo distintas ópticas: desde Karl Marx hasta el psicólogo William James, pasando por el naturalista y sociólogo Herbert Spencer. Sin embargo, la simplicidad de este esquema y la pervivencia del imaginario heroico en la cultura occidental lograron su éxito entre el público. Por otra parte, y para la historiografía contemporánea, el estudio de aquellos individuos que han sido instituidos como héroes por la sociedad contemporánea nos revela interesantes parcelas sobre el comportamiento político de esa sociedad, sus aspiraciones, el porqué del culto al líder, las primeras formas de populismo.<sup>130</sup> Hay que tener en cuenta, a este respecto, que es la sociedad la que hace al héroe: son los miembros de una comunidad política los que crean y recrean su imagen, reconocen en él

<sup>130</sup> Sugestivas reflexiones a este respecto en PUHLE, Hans-Jürgen: “El liderazgo en la política. Una visión desde la historia”, en [MEES, Ludger y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel (coords.)]: *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder. Perspectivas comparadas*. Madrid, Tecnos, 2012, pp. 23-43.

los valores a los que todos deben aspirar, le convierten en el portador de una causa. Alguien es un héroe cuando otros se miran en él para convertirse, ellos también, en héroes.

El héroe que nos interesa en estas páginas es el héroe romántico, que tiene unas características propias en la cultura occidental.<sup>131</sup> El héroe romántico, como los héroes del pasado, tiene un carácter trágico pues, en la proyección de su subjetividad sobre el mundo, se topa con una realidad que no le entiende, le repudia o se burla de él. La reacción es, por tanto, el rechazo a ese mundo en el que solo se puede vivir, o al margen de él, o sometiéndolo. En este sentido, el héroe romántico se siente superior al resto de sus congéneres. No superior por su posición social ni por nacimiento, sino por opción personal, por no doblegarse, por su decisión de afrontar la adversidad.<sup>132</sup> Se considera, por tanto, un alma aristocrática. El héroe romántico expresa un problema existencial que puede plantearse en términos políticos (la lucha contra la opresión), artísticos (la ruptura con el canon), sociales (el rechazo a las convenciones) o puramente personales (inadaptación). El héroe romántico busca un paraíso perdido y quimérico que nunca existió, en su anhelo

por entender y llegar al “Todo”, y lo busca a través de la amada, de la guerra, de la política o del arte y la literatura, pero nunca lo encuentra. De ahí su carácter trágico. En este sentido, Rafael Argullol, en un libro imprescindible para conocer las raíces filosóficas de esta categoría histórica (*El Héroe y el Único*), ha descifrado la importancia del suicidio en la caracterización del héroe romántico en tanto que la muerte supone la culminación de un proceso infructuoso por atrapar lo inaprensible. No obstante, no hay que entender el suicidio en un sentido estrictamente literal, sino que el suicidio está ya contenido en la decisión de desafiar al mundo, por lo que la muerte del héroe puede producirse lentamente o puede ser el producto de una resolución instantánea; puede ser llevada a cabo por el propio héroe o por otros, que ejercen así de ejecutores de su destino trágico.

La figura del héroe romántico, con los caracteres anteriormente descritos, se halla presente en todos los países europeos, adquiriendo peculiaridades propias de cada entorno cultural, pero respondiendo a un esquema general que nos muestra la interconexión cultural del continente en aquella época. El héroe romántico es, pues, una categoría transnacional. Incluso se podría decir que es más que una categoría: es una realidad transnacional pues una ligera mirada a la historia política y literaria de la Europa de la primera mitad del siglo nos revela figuras que, luchando por su país, acabaron siendo el icono de los grandes valores del siglo, como la libertad, la independencia o la fraternidad

<sup>131</sup> Un análisis muy interesante sobre el héroe romántico en CLARKE, George: “El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable”,

[https://www.academia.edu/2115907/El\\_h%C3%A9roe\\_tr%C3%A1gico\\_r%C3%B3mantic](https://www.academia.edu/2115907/El_h%C3%A9roe_tr%C3%A1gico_r%C3%B3mantic)

<sup>132</sup> ARGULLOL, Rafael: *El Héroe y el Único: el espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona, Destino, 1990, p. 376.

obrero, simbolizada en personajes como Giuseppe Mazzini, Adam Mickewicz o Mijail Bakunin. Sobre todos ellos sobrevuela la figura de Napoleón Bonaparte que, mitificada hasta la extenuación, simbolizó en su tiempo al héroe romántico por excelencia.<sup>133</sup> Por otra parte, en el concepto de héroe propio del romanticismo, habría que incluir al “héroe colectivo”. Entendido de muy diversas maneras desde la Revolución francesa, constituye un protagonista político de primera importancia en la Europa del siglo XIX.

En las páginas que siguen no se va a hacer un análisis de la figura del héroe en España desde una perspectiva puramente política ni una lectura en clave estrictamente nacionalista, para lo cual remitimos al lector a otros trabajos de gran interés.<sup>134</sup> El objetivo que guía a este estudio es trazar los perfiles del héroe romántico en nuestro país en función del arquetipo europeo para ver cómo se adaptó a la realidad nacional y cómo fue evolucionando el mito heroico en el imaginario colectivo de la sociedad española durante la primera mitad del siglo XIX.

<sup>133</sup> Un muy interesante análisis en HAZAREESINGH, Sudhir: *The legend of Napoleon*. London, Granta Books, 2005. En España, como en los demás países ocupados por las tropas imperiales, la leyenda napoleónica presenta múltiples matices. Véase al respecto: CASTELLS OLIVÁN, Irene y ROCA VERNET, Jordi, “Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 4 (2004) [http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04\\_00\\_1.htm](http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04_00_1.htm)

<sup>134</sup> En particular, los estudios contenidos en MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor y CHUST CALERO, Manuel (coords.), *La construcción del héroe en España y México: (1789-1847)*. Valencia, Universitat de València, 2003.

## 2. - EL HÉROE ROMÁNTICO EN ESPAÑA

España contaba con un terreno abonado para el éxito de las figuras heroicas. La Guerra de la Independencia había favorecido la aparición de héroes patrióticos, algunos de ellos muertos con honor, cuya posteridad iba a ser muy distinta en función de su filiación política. Entre esos patriotas se hallaba el héroe colectivo: el pueblo. También existía el reverso del héroe: el renegado, es decir, el afrancesado. Puede decirse, por tanto, que la guerra contra los franceses reforzó el papel del héroe moderno, un héroe politizado, nacionalista y patriota, en el universo mental de los españoles. A partir de 1814, es decir, cuando Fernando VII regresó a España como rey absoluto, se generó un escenario en el que el unilateral héroe patriota iba a dar paso a otro icono: “el mártir de la libertad”. Este icono respondía plenamente al estereotipo del luchador por la libertad de muchos de los países europeos que se hallaban atados al yugo de la Restauración tras el Congreso de Viena. Se trataba de un individuo vinculado a posiciones políticas liberales que arriesgaba su porvenir, su fortuna y su vida por una causa moralmente elevada como era la implantación de un sistema de libertades en su país. Desde 1814 y hasta 1833, el mártir de la libertad se convirtió, pues, en un referente fundamental para entender la cultura política liberal española, que pudo construir así su panteón de héroes cívicos. A través de este icono, que apelaba a la emoción y al

sentimiento, el liberalismo contribuía a refrendar un pacto generacional que permitía mantener la continuidad de la lucha por los ideales de liberación. Con la excepción del Trienio liberal (que también generó sus propios mártires<sup>135</sup>), el país vivió casi veinte años bajo la férula del absolutismo sin otra posibilidad de lograr el cambio político que el pronunciamiento. De ahí que la mayor parte de los héroes individuales de este periodo fueran militares.

Una vez muerto Fernando VII, podría decirse que se inicia un nuevo periodo en el que los caracteres del héroe romántico español se hacen más complejos. Aunque el país va a entrar en una cierta normalidad por lo que respecta a la construcción de un estado liberal ajustado a los estándares de los países más avanzados de Europa, las prácticas políticas fraudulentas conducirán a que la oposición política, en unión de los militares, siga recurriendo al pronunciamiento como única posibilidad para lograr el cambio de gobierno. A la vez, la guerra civil que arrasó el país entre 1833 y 1840 favoreció la aparición de militares carismáticos que reforzaron su papel político a partir de su condición de héroes militares. El caso de Espartero es, a este respecto, más que evidente. También el campo carlista generó sus propias figuras heroicas, como el general Zumalacárregui, con una proyección más limitada pero que han contribuido

históricamente a la mitificación de la lucha de la dinastía de don Carlos y han facilitado que, durante generaciones, se mantenga viva la llama de lo que Jesús Pabón llamó “la otra legitimidad”. Por estas circunstancias, y otras más que sería muy largo detallar aquí, puede afirmarse que la condición del héroe comienza a hacerse más problemática y a entenderse de formas muy diversas en función de la pluralidad de significados del concepto “libertad”.

En esta descripción general acerca del héroe romántico en España es importante añadir, antes de entrar en detalles más concretos sobre personajes y momentos, algunos elementos que pueden contribuir a perfilar con más concreción este arquetipo. Se ha hablado de los militares como el perfil más habitual, aunque esta simplificación nos podría llevar a cometer un error de bulto. El héroe romántico y el mártir de la libertad han adoptado en España múltiples encarnaciones entre las que cabría destacar la ya mencionada del pueblo como héroe colectivo. Este mito de la Guerra de la Independencia volverá a salir a la luz en diversas ocasiones. A veces aparecerá como razón última por la que se produce el acto de rebeldía del héroe; a veces, reservándose el protagonismo de unas acciones que, con éxito o sin él, han contribuido a crear una conciencia política en la población. Las apelaciones a la ciudadanía de la prensa en el Trienio Liberal o el protagonismo que la gente común adquirió en las revoluciones de 1848 y 1854 son prueba de ello. Detrás se esconde toda una retórica acerca de la consideración que

---

<sup>135</sup> Tal vez el más importante sea el teniente Landáburu, asesinado por sus compañeros de la Guardia Real el 30 de junio de 1822 al oponerse al grito de “¡Viva el rey absoluto!”, que estos profirieron al paso de Fernando VII.

merece el pueblo como agente revolucionario, o del miedo que produce el pueblo en la calle a quienes detentan el poder. A partir de mediados de siglo, y no solo en España, el pueblo como héroe colectivo pasará a ser patrimonio de ideologías situadas a la izquierda, pues para el liberalismo, siempre elitista, la creciente politización de las clases populares comenzaba a representar un peligro potencial, cuyo estallido más evidente se produciría en la sublevación de la Comuna de París en 1871.<sup>136</sup>

Otros dos colectivos interesantes en la configuración del héroe de la libertad en España son las mujeres y los exiliados. A las primeras las dedicaremos un apartado propio, pues su tratamiento tiene unas peculiaridades que lo singularizan. Con los exiliados nos encontramos ante un grupo muy plural, en el que podemos incluir a militares y civiles, a mujeres y a hombres, a jóvenes y a mayores. En realidad, más que una de las manifestaciones del comportamiento heroico, la de exiliado es una condición del héroe, en tanto que aparece como una de las consecuencias de su desafío al poder establecido. En la España de Fernando VII,

el rebelde tiene pocas opciones: la muerte, la cárcel o el exilio. Para muchos de ellos, esta fue la última salida. En el exilio se despliegan los sentimientos de desarraigo, el autoanálisis y la duda. Las dificultades para integrarse en el país de adopción y, a menudo, las duras condiciones de vida en este constituyeron aspectos de primera importancia que motivaron la vuelta, humillados, de muchos de los huidos.

### 3. - EL MÁRTIR DE LA LIBERTAD: DEL PRONUNCIAMIENTO AL PATÍBULO

El mártir de la libertad es, como se ha dicho antes, la más clara expresión del héroe liberal en España y, como arquetipo, pasará a otras ideologías y a otras épocas. La expresión es muy interesante porque une dos cosmovisiones si no opuestas, sí al menos no siempre complementarias en la cultura política de la modernidad: la religiosa y la política. De este modo, la palabra “mártir”, fuertemente asociada en España al sentido clásico de víctima de la intolerancia religiosa, aparece unida a otra palabra, libertad, que alcanza en este periodo el sentido político moderno de emancipación de la tiranía. Al unir ambas palabras, la expresión “mártir de la libertad” tiñe de valor trascendente al sujeto, que se presenta como víctima de una intolerancia que en este caso es política. A su vez, la libertad aparece como un valor moral superior y la lucha por ella alcanza un sentido sagrado. Así, el mártir de la libertad aparece ante nuestros ojos como un nuevo Cristo: el Cristo político. Resulta difícil decir cuándo se

<sup>136</sup> Acerca de estas cuestiones, véase: LIDA, Clara Eugenia: “¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX”, *Historia Social*, 27 (1997), pp. 3-21; ÁLVAREZ JUNCO, José: “En torno al concepto de “pueblo”. De las diversas encarnaciones de la colectividad como sujeto político de la cultura política española”, *Historia Contemporánea*, 28 (2004), pp. 83-84; FUENTES, Juan Francisco: “Mito y concepto de pueblo en el siglo XIX: una comparación entre España y Francia”, *Historia Contemporánea*, 28 (2004), pp. 95-110.

acuñó la expresión, pero lo cierto es que ya se usaba en la época de la Guerra de la Independencia. Al menos así aparece en el *Semanario Patriótico* en 1808 y en 1811. En ambas ocasiones se alude al comunero Padilla en relación a la oda compuesta por Quintana en 1797.<sup>137</sup> Diversos poemas y obras teatrales se escribieron durante la guerra apelando a los héroes de las Comunidades, a quienes se tiene por los primeros mártires de la libertad en España. El interés revivió en el Trienio Liberal y a partir de 1833 con más obras teatrales, novelas históricas y otras producciones literarias. En definitiva, el paralelismo entre los comuneros, leídos en clave política moderna, y los liberales que sufrieron persecución política es algo que sobrevuela durante buena parte del siglo y que se acabó consagrando como un icono de la tradición liberal del país en el cuadro que Antonio Gisbert pintó para la decoración del Congreso de los Diputados en 1860 (*Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo*).<sup>138</sup> Especialmente significativo fue el acto celebrado en 1821 con motivo de los 300 años de la batalla de Villalar, momento en que los liberales conmemoraron públicamente el sacrificio de los héroes del pasado con los del presente. La comisión

encargada de trasladar los restos de los comuneros a un nuevo emplazamiento estuvo presidida por otro héroe del liberalismo: Juan Martín el Empecinado. Además, el gobierno declaró a Padilla, Juan Bravo y Maldonado héroes de la patria. Los comuneros se habían convertido en un símbolo del liberalismo hasta para los absolutistas, pues finalizado el Trienio Liberal, en 1823, sus restos fueron humillados y arrojados al Duero por el carácter simbólico que habían adquirido en el Trienio.<sup>139</sup>

Fue en este hermanamiento intergeneracional de los mártires que habían combatido la opresión donde tendrían su protagonismo los conspiradores contra Fernando VII, que desde el mismo año de 1814 pondrían en marcha diversos pronunciamientos para acabar con el régimen absolutista. Los más conocidos fueron los de Espoz y Mina en Pamplona (septiembre 1814), Díaz Porlier en La Coruña (septiembre de 1815), Vicente Richard en Madrid (febrero de 1816, la conocida como “Conspiración del Triángulo”), Luis Lacy y Milans del Bosch en Barcelona (abril de 1817), Juan van Halen en Madrid (septiembre de 1817), la conspiración de El Palmar (julio de 1819), para terminar con el exitoso pronunciamiento de Riego y Quiroga en las Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820. En la década ominosa el proceso se repetirá, con tentativas como las de Pablo Iglesias (la “Expedición de los

<sup>137</sup> *Semanario Patriótico*, 3.11.1808, [p. 184] y 21.11.1811, [p. 409]. Igualmente, y aludiendo al mismo personaje histórico, en *Abeja Española*, 10.1.1813, [p. 79].

<sup>138</sup> El mito comunero está, además, asociado a la nación en tanto que nación liberal. Sobre esta cuestión: RIVERO, Antonio: “El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español”, en COLOM, Francisco (ed.): *Relatos de nación. La construcción de identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005, vol. 1, pp. 147-158.

<sup>139</sup> BERZAL DE LA ROSA, Enrique: *Los comuneros. De la realidad al mito*. Madrid, Sílex, 2008, p. 219.

Coloraos”, Almería, 1824), los hermanos Bazán (Alicante, 1826), Espoz y Mina y Joaquín de Pablo, conocido como Chapalangarra (Pirineos, 1830), Salvador Manzanares (Algeciras y Estepona, 1831), Marco-Artu (Madrid, 1831) y la de Torrijos (Málaga, 1831).<sup>140</sup> En todo este entramado desempeñó un papel muy significativo la masonería como red articuladora y prestadora de servicios de ayuda y seguridad, más que como marco ideológico de referencia.<sup>141</sup>

Popularmente, tanto los civiles como los militares implicados en estas conspiraciones adquirieron un carácter heroico que es evidente a partir del Trienio Liberal y que será reconocido en diversos actos y reconocimientos públicos.<sup>142</sup> En casi todos ellos concurre un patrón que constituye la base de la construcción de su respectiva leyenda heroica. Nace este patrón con las acciones de los héroes en la Guerra de la Independencia y se va desarrollando

posteriormente, hasta alcanzar en la década ominosa su más clara definición en José María Torrijos. Responde, en realidad, al arquetipo del héroe romántico del que se ha hablado con anterioridad y se cimienta en la atribución al héroe de una serie de virtudes militares y cívicas que le convierten en personaje de referencia. La primera de estas virtudes es poseer una conciencia política volcada hacia la consecución de la libertad, entendida de forma poco precisa en muchos casos, pero lo suficientemente clara y vinculada a la idea de progreso como para no dar lugar a equívocos. La segunda es su capacidad de sacrificio, que le conduce a renunciar a una vida cómoda (por sus orígenes familiares y/o por su lugar en la jerarquía militar) para luchar por una causa común, es decir, el héroe sitúa los intereses generales delante de los particulares. La tercera tiene que ver con una apariencia física que une lo marcial a lo estéticamente bello y a la juventud, según los cánones de la época, adaptándose a uno de los perfiles más importantes del héroe romántico: su carácter masculino. En este sentido, el héroe romántico encarna los valores éticamente superiores de la masculinidad (valor, gallardía, protección a los débiles), mientras que sus enemigos despliegan los valores contrarios y, en particular, la brutalidad y la violencia ciega. Estas tres virtudes del mártir de la libertad son las que configuran un carácter entero, sobrio y varonil que le permite arrostrar las consecuencias de sus acciones: el exilio, la prisión o la muerte. Por otra parte, en la caracterización que la publicística hace del mártir de la libertad hay dos elementos más

<sup>140</sup> Es básico, para conocer estas conspiraciones, el libro de CASTELLS, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*. Barcelona, Crítica, 1989. Para casos más concretos, pueden consultarse también: RAMOS RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup> Pilar: *La conspiración del triángulo*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1970; VARO MONTILLA, Francisco: *La causa del Palmar: conspiración y levantamiento de 1819*. Madrid, UNED, 2009; FERNÁNDEZ ESCUDERO, Agustín: “Consecuencias de la expedición de Pablo Iglesias y los coloraos a Almería. Agosto de 1824”, *Trienio: Ilustración y liberalismo*, 66 (2015), pp. 113-147.

<sup>141</sup> CASTELLS, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo*, op. cit., p. 41.

<sup>142</sup> Véase al respecto: MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc-Andreu: “El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)”, en [Víctor MÍNGUEZ CORNELLES y Manuel CHUST CALERO (coords.)], *La construcción del héroe en España y México*, op. cit., pp. 253-279.

que han de ser tenidos en consideración. Uno de ellos es la faceta sentimental de su biografía, que no siempre está presente, pero que cuando existe, otorga al individuo un valor añadido pues le hace partícipe del mundo de los afectos, le convierte en un ser sensible y, por lo tanto, humano. De esta manera, y tal vez paradójicamente, el héroe, a la vez que se hace más humano, se hace más heroico pues afronta el desafío desde su condición de simple mortal, de su dimensión de individuo igual en su origen a los demás, pero capaz de grandes acciones. Además, la correspondencia al amor de la esposa, de la madre o de la prometida suaviza el perfil más puramente viril del héroe, sentimentalizando su recuerdo. El otro recurso importante utilizado por la publicística ha sido el carácter trágico del héroe. Partiendo del infausto final de todos ellos, la muerte, los creadores del mito miran hacia atrás y reconstruyen todo un proceso de confusiones, traiciones, errores y sucesos fatídicos que parecían anunciar y preparar la muerte del héroe. En una estrategia narrativa claramente heredera de la tragedia griega, el héroe camina predestinado hacia su martirio, sin ser consciente de ello. A este patrón se adaptan los principales mártires de la libertad de la España de Fernando VII, al menos según la leyenda construida sobre ellos, como muestra un ligero repaso a sus trayectorias.

Luis Lacy (1772-1817) pertenecía a una prestigiosa familia de militares de origen irlandés y francés. Ingresó en el ejército muy joven, demostrando desde muy pronto su carácter audaz (o insubordinado). Combatió

con el ejército francés en varias campañas europeas hasta que tuvo lugar la invasión de las tropas napoleónicas, momento en que desertó y se incorporó de nuevo al ejército español, desempeñando importantes puestos militares. Su aproximación a la ideología liberal había comenzado antes de 1808, se consolidó en la guerra al ingresar en la masonería y se refrendó tras el retorno de Fernando VII a España. A partir de ese momento, Lacy se mantuvo en contacto con otros militares, como él, simpatizantes del liberalismo hasta que en abril de 1817 se pronunció en Cataluña con el general Milans del Bosch. El levantamiento fue conocido por las autoridades a causa de la delación de varios oficiales, a pesar de lo cual se llevó a cabo. Una vez fracasado el intento, Milans pudo salir hacia Francia, pero no Lacy quien, escondido en Lloret de Mar, confiaba en que su antiguo amigo el general Castaños (capitán general de Cataluña) respetaría su vida. Finalmente, y cuando casi todos los implicados habían conseguido huir, Lacy fue apresado por el brigadier Manuel Llauder. Es a partir de este momento cuando comienza el carácter trágico de la muerte de Lacy pues, si bien Castaños no estaba dispuesto a tolerar rebeldías en el territorio a su cargo, su relación con el acusado le condujo a dilatar en el tiempo su decisión sobre él. Sin embargo, el intento de atentado contra el capitán general de Valencia, Francisco Javier Elío, le obligó a cambiar de opinión y a utilizar el proceso contra Lacy con carácter ejemplarizante. Parece ser que se había preparado una conspiración para salvarlo, que quedó abortada por las filtraciones sobre

la misma. La implicación de civiles en esta trama y el miedo a que se produjera una revuelta social en Barcelona decidió a Castaños a trasladar a Lacy al castillo de Bellver, en Mallorca, donde se ejecutó la sentencia de muerte contra él en la madrugada del 5 de julio de 1817. La figura de Lacy se reivindicó en el Trienio Liberal como héroe y mártir de la libertad y en especial, a partir de 1833, cuando comenzó la creación del panteón simbólico del liberalismo español, en el que quedó incluido como uno de los predecesores.<sup>143</sup> La realidad, tanto durante la guerra como después de ella, muestra que Lacy no fue, precisamente, un dechado de virtudes morales, pues con sus subordinados se comportaba de forma colérica y autoritaria, y con su esposa, como un maltratador.<sup>144</sup>

Si Lacy personifica a todos aquellos que lucharon por la libertad en la primera época del absolutismo fernandino y Torrijos a los que lo hicieron durante la segunda, Rafael del Riego constituye el eslabón entre ambas y el símbolo más conocido y más controvertido en su tiempo de la cadena heroica del liberalismo español. Riego (1784-1823) nació en Asturias en el seno de una

familia hidalga.<sup>145</sup> La Guerra de la Independencia le proporcionó, también a él, la oportunidad de incorporarse a la lucha contra los invasores franceses, aunque no llegó a desempeñar puestos de responsabilidad. Sin embargo, protagonizó un hecho que después contribuyó a construir su leyenda. Al terminar la batalla de Espinosa de los Monteros y ser derrotado el ejército español, una buena parte de los soldados y de la oficialidad escapó los franceses. Riego, viendo a su superior, el general Acevedo, gravemente herido, decidió permanecer con él y no abandonarle. Como consecuencia de esta acción, fue capturado por el enemigo y pasó una larga temporada como prisionero de guerra en Francia. Más tarde, consiguió huir de Francia, llegar a España, reincorporarse al ejército y, como si se tratara del bautismo en la pila de las libertades, jurar la Constitución de 1812 ante Luis Lacy. Desde 1814 a 1819, Riego será un oficial con ideas liberales y masón, implicado en la conspiración que uno de sus principales promotores, el conde de La Bisbal, denunció a las autoridades, delatando así a sus propios

<sup>143</sup> MONENTE ZABALZA, Adela: “La conspiración de Lacy”, *Hispania*, 137 (1977), pp. 601-621; ROCA VERNET, Jordi: “La Restauración de Fernando VII: la transformación represiva y autoritaria de la monarquía. Barcelona, de Manuel Casamada a Luis Lacy”, *Rúbrica contemporánea*, vol. 4/8 (2015), pp. 15-20.

<sup>144</sup> ROCA VERNET, Jordi: “Emilia Duguermeur de Lacy, un liderazgo femenino en el liberalismo español” en [Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO, y M<sup>a</sup> Cruz ROMEO, (eds.)], *Las heroínas de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Cátedra, 2009, p. 371-378.

<sup>145</sup> El estudio más reciente sobre Riego es el de SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*. Alicante, Universidad de Alicante, 2016. Pueden consultarse también: GIL NOVALES, Alberto: *La Revolución de 1820 día a día: cartas, escritos y discursos de Rafael del Riego*. Madrid, Tecnos, 1976 y “Nuevos, aunque antiguos, datos sobre el final de Rafael del Riego”, *Trienio: Ilustración y liberalismo*, 47 (2006), pp. 121-131; ASTUR, Eugenia: *Riego*. Oviedo, Principado de Asturias, 1984; TUERO BERTRAND, Francisco: *Riego, proceso a un liberal*. Madrid, Nobel, 1995; FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: “‘Yo nada valgo’: Rafael del Riego y la revolución liberal española”, en [Manuel PÉREZ LEDESMA y Isabel BURDIEL (coords.)], *Liberales eminentes*. Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 13-42.

compañeros. Su destino como héroe y, por tanto, su leyenda comenzará a fraguarse a finales de ese último año. Con la distancia que da el tiempo, la mirada a los tres años en los que Riego lo fue todo en España (1820-1823) nos permite ver a un personaje que, más allá de sus méritos, se vio sobrepasado por el mito que la sociedad quiso hacer de él. Un mito que acabó actuando al margen de su voluntad. El levantamiento que impulsó con Antonio Quiroga (interesante caso de lo que podríamos denominar “no-héroe”)<sup>146</sup> no fue tan exitoso en un principio como la leyenda ha querido mostrar. Sin embargo, abrió la espoleta a un proceso de proyección de los logros revolucionarios en la persona de Riego, con resultados positivos y negativos para él. Por una parte, fue objeto de múltiples homenajes, algunos de los cuales pudieran contemplarse ahora con perplejidad, pero alcanzan su sentido en una cultura política propia del Antiguo Régimen y de la forma en la que entonces se entendían las muestras públicas de adhesión al gobernante: cuando en abril de 1820 entró en Cádiz como héroe victorioso, varios vecinos desengancharon los caballos de su carruaje para tirar de él, al igual que se había hecho con Fernando VII seis años antes, al terminar la guerra. Existió un verdadero culto a la figura de Riego en los

años del Trienio Liberal<sup>147</sup>, cuya expresión más clara fue la adopción del himno que lleva su nombre como símbolo nacional.

Pese a todo, será precisamente de ese proceso de glorificación de donde procedan los resultados negativos para Riego de la personificación de la revolución en su persona. Desde muy pronto surgieron recelos en determinados grupos políticos acerca de sus verdaderas intenciones y de su presunto deseo de adquirir un poder desmesurado sirviéndose del ejército. Comenzaron entonces las acusaciones de conspiración contra el sistema representativo por parte de significados prohombres como Argüelles o Martínez de la Rosa que, leídas en clave del arquetipo del mártir de la patria, no eran más que producto de la envidia que suscitaba su arraigo popular. Con la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis en España, Riego abandonó su cargo de diputado y volvió al combate. Encontrándose los liberales de retirada, fue descubierto en Jaén y apresado. A partir de ese momento, comenzó el suplicio de Riego. Lo que los absolutistas entendieron como la degradación de un militar traidor, para los liberales se convirtió en el paso de su condición de héroe a la de mártir. El llamado “héroe de las Cabezas” fue humillado en un proceso que recordaba a los tiempos más oscuros de la Inquisición: vestido con una saya negra, fue paseado por las calles de Madrid y finalmente ahorcado y decapitado. Riego ha tenido una posteridad

<sup>146</sup> En los primeros momentos, Antonio Quiroga (que era la máxima autoridad de los sublevados) fue homenajeado al lado de Riego, considerándose a ambos los autores de la revolución. Sin embargo, las acusaciones de que fue objeto posteriormente (escasa habilidad militar y corrupción) acabaron situándole en un lugar secundario (SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego*, op. cit., pp. 421-430).

<sup>147</sup> FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: “‘Yo nada valgo’: Rafael del Riego y la revolución liberal española”, op. cit., p. 29.

que ningún otro mártir de la libertad en España ha disfrutado. Después de su muerte, su nombre traspasó las fronteras y llegó nada menos que hasta a Rusia, donde se convirtió en un símbolo. En la España isabelina, y por iniciativa de su amigo Mendizábal, la regente firmó un decreto el 21 de octubre de 1835 por el que se recordaba su nombre y se restauraba su memoria. También ha traspasado Riego las fronteras del tiempo para convertirse, ya en el siglo XX, en un símbolo de la lucha contra el fascismo.<sup>148</sup> Por otra parte, y según el arquetipo del héroe romántico expuesto anteriormente, no faltó en el caso de Riego el componente afectivo-sentimental. En 1821 se había casado con su sobrina Teresa, que marchó para el exilio inglés cuando él todavía luchaba contra las tropas del duque de Angulema. Se sabe que, hallándose ya sin escapatoria, escribió a su esposa, angustiada por no tener noticias de ella desde su salida de España. Para ahondar más en el carácter trágico del mito construido a su alrededor, habría que añadir el hecho de que Teresa murió a los pocos meses de instalarse en Londres, habiendo conocido ya el destino de su marido.

José María Torrijos y Uriarte (1791-1831) representa, con toda probabilidad, al héroe romántico español por excelencia. En él confluyen y se perfeccionan todos los caracteres del héroe que hemos visto en los casos anteriores. Procedía de una respetada familia de burócratas de la monarquía. De

hecho, su abuelo fue miembro de Consejo Real y fiscal de la Real Chancillería de Granada, mientras que su padre desempeñó el puesto de ayuda de cámara del rey Carlos IV. Con tales antecedentes, Torrijos podría haber llegado muy lejos si hubiera seguido una cómoda carrera cortesana, lo que no hizo, sacrificando un porvenir tranquilo tanto por su vocación militar como por sus ideales políticos. Ingresó en el ejército muy niño y a la edad de trece años entró en la Academia de Alcalá de Henares para convertirse en ingeniero militar. Su fama de valiente se fraguó en la Guerra de la Independencia, donde sirvió a Daoíz y a Velarde, estuvo a punto de ser fusilado, combatió en la defensa de varias plazas, fue apresado por franceses y estuvo bajo las órdenes de Wellington en la batalla de Vitoria. En estos momentos finales de la guerra se incorpora a su leyenda el elemento sentimental, pues en marzo de 1813 se casó con Luisa Sáenz de Viniegra. En este escenario, Luisa no representa a la tradicional de la esposa pasiva que, como Penélope, aguarda la llegada del héroe, sino a la fiel compañera que comparte los ideales del esposo y arrostra los peligros necesarios por la causa que ambos defienden. Será ella quien, en buena medida, mantenga el recuerdo y forje la leyenda de su marido en la biografía que escribió sobre él titulada *Vida del general D. José María de Torrijos y Uriarte* (1860).

Torrijos comenzó a participar en planes subversivos contra el absolutismo poco tiempo después de la vuelta de Fernando VII, al comprobar que el rey no

---

<sup>148</sup> FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco: “‘Yo nada valgo’: Rafael del Riego y la revolución liberal española”, op. cit., p. 16.

tenía la menor intención de cambiar la forma de gobierno que había regido el país hasta 1808. Como consecuencia de sus actividades sediciosas, a finales de 1817 fue encarcelado en el castillo de Santa Bárbara (Alicante) y después trasladado a la prisión de la Inquisición en Murcia. En 1820 Torrijos va a desarrollar, como tantos otros, una amplia actividad en el seno de las sociedades patrióticas y las tertulias políticas de los cafés, en un proceso de aprendizaje de la ciudadanía que iba a consolidar sus convicciones ideológicas. Este periodo se cierra con el combate, en los últimos momentos del régimen liberal en 1823, contra las tropas invasoras de los Cien Mil Hijos de San Luis. A partir de ese momento, Torrijos y su esposa afrontarán ocho años de exilio en Londres y las mismas penalidades que el resto de los emigrados, pues tuvo que dedicarse a la traducción como medio de vida ante la insuficiencia de los subsidios oficiales. Tradujo al español las memorias de Napoleón y las del general William Miller.<sup>149</sup> Su introducción y notas a estos dos textos nos muestran a un individuo formado y culto, de lo que se desprende que su opción por la libertad no fue producto de veleidades políticas, sino de una decisión fundamentada en sólidos conocimientos y en acendrados principios. En el exilio inglés su leyenda alcanzará una nueva dimensión al saltar las fronteras nacionales y comenzar su relación

---

<sup>149</sup> William Miller había combatido en la Guerra de la Independencia, donde conoció a Torrijos en la batalla de Vitoria. Jugó un destacado papel en las guerras de independencia de las repúblicas americanas, al lado de los independentistas.

con importantes personajes de la escena política europea. En efecto, Torrijos hizo amistad con el general La Fayette, cuyo pedigrí liberal era incontrovertible. La Fayette ayudó en diversas ocasiones a Torrijos y contribuyó a popularizar su causa. Por otra parte, y aunque en el exilio de los liberales en Inglaterra la figura más respetada era el general Espoz y Mina, Torrijos fue poco a poco convirtiéndose en un personaje cada vez más admirado entre la opinión pública inglesa por su juventud y la solidez de sus convicciones. Ello le valió la incondicional amistad de los jóvenes universitarios de la sociedad de debate “Los Apóstoles de Cambridge”, de donde saldría con él para Málaga el irlandés Robert Boyd. La leyenda de Torrijos muestra una cierta tirantez entre el héroe joven, apuesto e idealista y el ya maduro, conservador y pragmático Espoz y Mina. Este tipo de contrapesos, que refuerzan aún más a la figura heroica, siempre son necesarios en contextos como el que se describe.<sup>150</sup> El componente trágico del mito heroico de Torrijos comienza a gestarse con la preparación de la sublevación que acabaría con su fusilamiento. De nuevo, aciagos acontecimientos se mezclaron con las fatídicas decisiones tomadas por el héroe. En este caso, la personificación de los males que desencadenaron la pérdida de Torrijos se halla en otro militar, Vicente González Moreno, con quien el futuro mártir de la libertad había combatido en la Guerra de la

---

<sup>150</sup> Una situación similar se produjo en la contraposición que la publicística realizaría años después entre los generales Espartero y Diego de León.

Independencia. Durante los meses previos al pronunciamiento, Torrijos, masón desde 1816-1817, comenzó a cartearse con un presunto compañero de logia llamado Viriato, quien le tenía al tanto de las circunstancias políticas de España. Viriato, afincado en Málaga, convenció a Torrijos de que el mejor lugar para entrar en el país era, precisamente, esta provincia. Tales fueron los argumentos de Viriato y tanta la convicción de Torrijos en el éxito de su plan que no quiso prestar oídos a las advertencias en sentido contrario de la Junta de Málaga. Esa es la razón por la que los conjurados desembarcaron en la playa de El Charcón y se adentraron en la Sierra de Mijas, en cuyas estribaciones les esperaban las fuerzas realistas, advertidas por el falso amigo, Viriato, que no era otro que Vicente González Moreno, a la sazón, gobernador de Málaga. Torrijos fue fusilado, junto con sus compañeros, el 11 de diciembre de 1831 en la playa de San Andrés. A partir de este momento, la leyenda no hizo más que crecer, apoyada no solo en la biografía de su viuda, sino también en la labor de poetas como Espronceda, quien en su soneto “A la muerte de Torrijos y sus compañeros”, consagró de nuevo el compromiso intergeneracional en la lucha por la libertad en España. No hay ni que decir que el cuadro de Gisbert, *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga*, ha fijado la imagen de estos acontecimientos en el imaginario visual de todo español medianamente informado. Este cuadro se pintó entre 1886 y 1888 y fue un encargo del entonces presidente del gobierno Práxedes Mateo Sagasta, por medio de su

ministro de Fomento (Eugenio Montero Ríos) quien creía necesario plasmar visualmente uno de los momentos heroicos de la lucha por las libertades en España para recordarlo a los ciudadanos. De nuevo, el compromiso intergeneracional apoyado en la memoria del pasado.<sup>151</sup>

Durante la primera parte del reinado de Isabel II el patrón heroico se revalidó a causa de la guerra civil, pero a la vez se creó una clara división entre las dos grandes culturas políticas del liberalismo español, las cuales, además, seleccionaron del pasado reciente aquellos acontecimientos e individuos que sostenían mejor los pilares de sus respectivas cosmovisiones políticas y sociales. Para los progresistas, el héroe fue el general Espartero, en el que confluían unos orígenes populares, un presunto carácter democrático y la defensa de las libertades frente a la arbitrariedad. Para los moderados, su héroe particular fue Diego de León, cuya leyenda se identificaba con el valor, el sentido aristocrático y la fidelidad absoluta a la monarquía. La leyenda heroica de Diego de León tuvo más éxito que la de Espartero a causa de su fusilamiento en 1841. Su destino

<sup>151</sup> Un análisis de la leyenda de Torrijos en MORALES MUÑOZ, Manuel: “Torrijos: historia y memoria de un héroe romántico”, *Jábega*, 99 (2009), pp. 62-73. Sobre la importancia de la fijación plástica de las imágenes de los héroes: REYERO, Carlos: “¡Salvemos el cadáver!: Inmortalidad y contingencia del héroe en la plástica española del siglo XIX”, en [Víctor MÍNGUEZ CORNELLES y Manuel CHUST CALERO (coords.)], *La construcción del héroe en España y México*, op. cit., pp. 175-187. Hay que hacer notar que, a partir de 1939 este compromiso quedó roto, pues para el franquismo los héroes del liberalismo no podían ser sus referentes nacionales (a los que buscaron en los siglos áureos).

trágico y su muerte prematura han permitido que, históricamente, el mito asociado a él haya llegado, incluso, a despolitizarse.<sup>152</sup>

Antes se dijo que el mártir de la libertad es, generalmente, un militar. Sin embargo, y desde nuestra perspectiva actual, también podemos considerar héroes a otros individuos que perdieron su vida por una causa noble, como la de la defensa de la libertad, pero que han pasado a la historia más discretamente. No responden al patrón romántico descrito con anterioridad, por lo que en muchos casos fueron, y son hoy, prácticamente desconocidos para el gran público. No es este el lugar para profundizar en sus trayectorias, pero sí me parece importante hacer constar la existencia de estos individuos que arriesgaron, y en muchos casos perdieron, sus vidas. Nos ofrecen otras formas de heroicidad, más próximas a lo que hoy entendemos por una de las manifestaciones del héroe contemporáneo: el héroe anónimo, el individuo particular, aparentemente anodino. Hay que insistir, de nuevo, en el hecho de que la figura del héroe es una construcción histórica y que el carácter heroico que una sociedad atribuye a determinados individuos responde, como se dijo al principio de este texto, a los valores que para esa sociedad constituyen la base de su fundamento moral,

religioso y político. En la España del absolutismo fernandino, un santo no se podía convertir en un héroe, como tampoco lo podía ser alguien como Isidoro de Antillón, jurista y geógrafo, gran luchador por la libertad (incluida la de los esclavos negros en América) que murió asesinado por los realistas.<sup>153</sup> Lo mismo puede decirse de Cayetano Ripoll, maestro de convicciones deístas, antiguo combatiente contra los franceses, miliciano en el Trienio liberal, acusado de hereje y ahorcado en Valencia en 1826, donde ejercía su magisterio, por la Junta de Fe de la diócesis de Valencia. La muerte de Ripoll fue un escándalo en Europa y revivió los más oscuros episodios de la leyenda negra española.<sup>154</sup> Estos individuos, más que como héroes, fueron percibidos en su tiempo como víctimas del absolutismo y de la intolerancia. En este sentido, es interesante hacer hincapié en la importante distancia que marca la categorización de un individuo como héroe o como víctima. En el primer caso, se trata de una condición activa: de un individuo que lucha, que combate contra una injusticia, aunque perezca en el camino. En el segundo, se trata de una condición pasiva: el individuo es objeto de una injusticia, que no merece, pero contra la que no ha podido defenderse. Al margen de

<sup>153</sup> Véase: HERNANDO, Agustín: *Perfil de un geógrafo: Isidoro de Antillón (1778-1814)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999.

<sup>154</sup> Una vez ahorcado, Ripoll fue metido dentro de una cuba con llamas pintadas y finalmente se le enterró fuera del cementerio, como se hacía en épocas anteriores con los herejes (LA PARRA, Emilio y CASADO, María Ángeles: *La Inquisición en España. Agonía y abolición*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, pp. 187-188). A principios del siglo XX, la figura de Ripoll sería rescatado por el republicanismo blasquista.

<sup>152</sup> SHUBERT, Adrián: "Being and Staying Famous in 19th-Century Spain: Baldomero Espartero and the Birth of Political Celebrity", *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 34 (2015), pp. 211-237; SÁNCHEZ, Raquel: "Héroe y mártir. La construcción del mito de Diego de León", *Revista de Historia Militar*, 112 (2012), pp. 265-296.

que posteriormente hayan sido contemplados de otra forma, lo cierto es estos personajes que han pasado a la historia como víctimas (secundarios de la historia) y no como héroes (protagonistas de la historia).

#### 4. - AMAZONAS DE LA LIBERTAD

En la construcción de los relatos sobre la condición del héroe, las mujeres han sido las víctimas por antonomasia. Cuando la mujer no es víctima, es verdugo, pero entonces pierde su naturaleza femenina para adoptar otra, una naturaleza híbrida, que reúne lo peor, moralmente hablando, de ambos sexos. El carácter pasivo que los estereotipos de género han adjudicado a las mujeres permite catalogarlas en la condición de víctimas también en el romanticismo. Sin embargo, y en el caso español que nos ocupa, ya desde la Guerra de la Independencia encontramos mujeres patriotas que lucharon de las formas más variadas. No me voy a detener ahora en este periodo, que es objeto de atención en otro artículo de este monográfico, pero lo cierto es que tanto en la guerra como posteriormente, es claramente perceptible el rescate de esas figuras femeninas que, por supuesto, nunca están a la altura de los héroes masculinos, pero cuyo papel en la narrativa heroica tiene dos funciones: poner de manifiesto la vileza del enemigo (que se atreve a matar, secuestrar o maltratar a seres débiles) y evidenciar la cobardía de los hombres que huyen, no luchan o traicionan a la patria (los afrancesados, en especial). María del Carmen

Silva, Manuela Malasaña, Agustina de Aragón, Emilia Duguermeur y otras muchas, que han pasado al panteón de los patriotas en la lucha por la libertad.<sup>155</sup> A partir de 1814 y, sobre todo de 1823, las mujeres formaron parte del entramado civil que dio apoyo a las conspiraciones militares, tanto por razones familiares (hermanos, maridos o padres implicados en la lucha) como por razones ideológicas. Esta cuestión es importante pues, como ha demostrado el estudio de J.F. Fuentes y P. Garí, la guerra y, sobre todo, el Trienio liberal habían familiarizado a la mujer con la política y habían favorecido su participación en actos cívicos de diverso cariz.<sup>156</sup> Sin embargo, y como señalan estos autores, la proyección de la mujer en la esfera pública liberal, y después en la clandestinidad, siempre se realizó desde los códigos que le eran propios, es decir, desde labores asistenciales y/o domésticas dirigidas a apoyar la actividad conspirativa masculina. Las mujeres liberales sufrieron represiones, encarcelamientos y otras humillaciones por su participación en estas actividades, pero en muchos casos, cuando cayó sobre ellas una sentencia de muerte, las autoridades la conmutaron por otras penas que, en algunos casos, resultaron ser extremadamente ofensivas.<sup>157</sup>

<sup>155</sup> Véase al respecto: CASTELLS, Irene, ESPIGADO, Gloria y ROMEO, M<sup>a</sup> Cruz (eds.): *Las heroínas de la Guerra de la Independencia*. Madrid, Cátedra, 2009.

<sup>156</sup> FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2014, passim.

<sup>157</sup> Como la que se le impuso a Esperanza Planells Bardají por su implicación en

Es por eso que el caso de Mariana Pineda ha resultado sorprendente a aquellos que se han acercado a estudiarlo. Es cierto que Mariana Pineda tenía, antes de su apresamiento, una larga trayectoria de implicación en actividades subversivas, pero siempre de apoyo. El propio símbolo de la bandera por la que es detenida nos conduce, una vez más, a esas tareas domésticas asociadas a las mujeres: la costura.<sup>158</sup> Sin embargo, Mariana es “la” heroína del liberalismo español. En mi opinión, resulta muy acertada la explicación que proporciona Carlos Serrano cuando señala que en la mitificación de Mariana confluyen elementos masculinos de valentía y entereza con otros puramente femeninos. Por ejemplo, sin saber si fue o no cierto, la leyenda ha asentado la idea de que el jefe de la policía de Granada, Ramón Pedrosa, sentía gran atracción por ella

---

la conspiración de Marco-Artu. Planells fue recluida en la llamada Casa Galera de la Corte, con prostitutas y delincuentes. De nuevo, y siempre dentro de los códigos de la época, esta pena se consideraba un castigo ejemplar para una mujer respetable (FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad*, op. cit., p. 281).

<sup>158</sup> En realidad, la bandera no había sido bordada por Mariana Pineda, sino por unas costureras del Albaicín a las que se lo había encargado. Fueron estas costureras las que, probablemente por dinero, delataron a Mariana. Sorprende que, dada el conocimiento que tenía del mundo de la conspiración, fuera tan ingenua como para encargarse el bordado a personas externas a la trama. Interesantes análisis de su figura en: RODRIGO, Antonina: *Mariana de Pineda*. Granada, Comares, 2000; SERRANO, Carlos: “Mariana Pineda (1804-1831): mujer, sexo y heroísmo”, en [Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.)]: *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 99-126; FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad*, op. cit., pp. 271-280.

y que, al no poder obtener sus favores, habría decidido castigarla políticamente. Es decir, lo que habría detrás de la muerte de Mariana no era su implicación en una trama conspirativa, sino el rechazo a los deseos de Pedrosa. En ese contexto histórico, con un universo mental definido por unos estereotipos de género compartidos por liberales y absolutistas, no cabía esperar que las mujeres murieran por razones políticas y, sobre todo, teniendo hijos pequeños. De este modo, la leyenda liberal identificaba reaccionarismo político con lujuria y violencia ciega y arbitraria con absolutismo. El componente sexual estaría, por tanto, muy presente en el mito de Mariana: para los reaccionarios, su conducta sexual era indecente y eso la convertía en políticamente inmoral; para los liberales, su compromiso político con el liberalismo la llevó al cadalso, a pesar de ser una mujer, es decir, la masculinización de su conducta la permitió acceder a la condición de héroe.

## 5. - UN HÉROE DE NUESTRO TIEMPO

En 1840 Mijail Lermontov publicó una novela titulada *Un héroe de nuestro tiempo*. Su protagonista, Grigori Pechorin, ha sido calificado en muchas ocasiones como la representación literaria del héroe byroniano. Los especialistas señalan, precisando más, que Pechorin es uno de los arquetipos de la literatura rusa: el hombre superfluo.<sup>159</sup> El

---

<sup>159</sup> El hombre superfluo es un personaje refinado, a menudo aristócrata, sensible y cultivado, cuyos horizontes vitales son imprecisos,

héroe byroniano (atractivo, solitario, sofisticado, rebelde) tiene muchas concomitancias con el hombre superfluo, aunque no siempre coinciden, pues en el héroe byroniano hay una voluntad de acción (aunque sea impostada) que no se encuentra en el hombre superfluo. Sin embargo, resulta muy significativo que Lermontov decidiera dar ese título a su libro porque lo que estaba constatando era la presencia de un prototipo social que encarnaba al individuo insatisfecho, al hombre que afronta un problema existencial y no encuentra un camino para superarlo. Este icono del romanticismo, personificado en el poeta Byron, convivió en la Europa del XIX con los héroes militares y políticos. Estos últimos, hombres de una pieza, valientes e íntegros, responden a los criterios de la masculinidad, tal y como se entendía entonces. Este otro tipo de héroe, más enrevesado, con más sutilezas, menos dado a la acción directa y más al análisis, avanza matices del concepto que sobre la masculinidad utilizamos actualmente. El héroe byroniano es un héroe narcisista, alejado de los valores de la domesticidad burguesa<sup>160</sup>, con una relación

más compleja con la sociedad.<sup>161</sup> En España, Mariano José de Larra y José Espronceda encajan perfectamente en este estereotipo, aunque cada uno presenta unas peculiaridades que le singularizan, a pesar de que en su tiempo se les acusara a ambos de ser unos vulgares imitadores de modelos foráneos. Es bien cierto que hay en ambos una “pose”, a veces afectada, pero esa actitud forma parte del escudo de este héroe romántico que en el fondo es un ser, o débil o muy sensible, con dificultades de adaptación, probablemente por su enorme capacidad para percibir aquello que para otros es invisible.

Esto es especialmente evidente para el caso de Larra, cuya crítica a la sociedad de su tiempo, entendida por muchos como las graciosas ocurrencias de un periodista ingenioso, encubría una mirada acerba y, en ocasiones, cruel hacia sus contemporáneos. Su actitud de dandi es, por tanto, el refugio aparentemente despreciativo de quien no logra encajar en unos moldes sociales apoyados en la hipocresía, la avaricia, la mala educación y la ignorancia. De esta forma, Larra no solo criticaba a sus contemporáneos con la palabra, también lo hacía con el gesto: su extremada elegancia era una forma de protestar contra la chabacanería; su gesto altivo buscaba frenar los excesos de una llaneza mal entendida. Recordemos aquí la muy conocida frase de Baudelaire cuando

---

por lo que acaba cayendo en el nihilismo. Su mirada cínica al mundo resulta absolutamente estéril, porque no aporta nada ni a sí mismo, ni a los demás. Pushkin lo retrató antes que Lermontov en su *Eugenio Oneguín* (1833), y Turgueniev le dio nombre en *Diario de un hombre superfluo* (1850). Véase al respecto: Agata Orzeszek, *El “hombre superfluo”: un paseo crítico por la literatura rusa del siglo XIX de la mano del arquetípico héroe*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2000.

<sup>160</sup> Michael JONES, *The Byronic hero and the rhetoric of masculinity in the 19th century British novel*. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company, Inc., 2017, pp. 12-14.

---

<sup>161</sup> No quiere esto decir que fueran impopulares, como demuestra la celebridad que alcanzó el poeta Byron, del que interesaba más el “personaje” que la obra literaria (véase LILTI, Antoine, *Figures publiques. L’invention de la célébrité, 1750-1850*. París, Fayard, 2014, pp. 297-303).

dijo aquello de que el dandismo era “el último resplandor de heroísmo en la decadencia”. El suicidio fue para Larra, por consiguiente, la única salida posible para su angustia existencial cuando fue consciente de que, a su pesar, él también formaba parte de esa sociedad, él también hacía actuado como aquellos a los que despreciaba. Sus últimos artículos son el mejor testimonio de ello.<sup>162</sup>

En Espronceda, por el contrario, no hay tanto un dandismo estético como político y social. La suya es una actitud que asume la rebeldía y la personifica en el más icónico de los héroes románticos: el pirata. La rebeldía contra las leyes, contra los monarcas, contra las injusticias... Para el público contemporáneo, la archifamosa “Canción del pirata” ha perdido todo su contenido subversivo de tanto ser repetida de memoria en las escuelas. Sin embargo, en su tiempo fue la expresión más clara de la actitud del héroe independiente, ajeno a partidos y a banderas. El pirata, el corsario y demás personajes similares o asimilables, seres asociales y marginados, se convirtieron en el imaginario romántico europeo en la máxima expresión de la libertad y la independencia personales. En Espronceda encontramos una fuerte voluntad de actuar, de cambiar el mundo. Su vida, de hecho, se ajusta mucho más al patrón heroico tradicional que la del analítico Larra. Parece ser que, siendo un niño, estuvo presente en el ajusticiamiento de

<sup>162</sup> Aparte de estudios más cercanos en el tiempo, resulta imprescindible para el análisis de Larra desde esta perspectiva dos clásicos como son los libros de AZORÍN, *Rivas y Larra* (varias ediciones) y UMBRAL, Francisco, *Larra, anatomía de un dandy* (varias ediciones).

Riego en la Plaza de la Cebada de Madrid y que, para vengar su muerte, creó con sus amigos una sociedad secreta. Esta y otras acciones debieron levantar las sospechas de la policía de Fernando VII, de modo que en 1827 su familia decidió sacarlo de España para evitar problemas mayores. En el exilio inglés, huyó con una mujer casada, Teresa Mancha, a cuya muerte dedicó una de las grandes elegías de la lírica en español. Su relación con Teresa, al contrario que la de los héroes antes citados y sus sufridas amadas, fue tormentosa y llena de recovecos, propia del héroe byroniano que llegó a ser. Participó en las jornadas revolucionarias de Francia en julio de 1830 y, finalmente, llegó a la España liberal, convertido en periodista insobornable y en político exaltado. Su actitud crítica no cesó hasta la muerte, que se produjo cuando tenía tan solo treinta y cuatro años. Sus últimos versos evidenciaban el vacío existencial y su incapacidad para comprender un mundo injusto. Así, hace decir a Adán en *El diablo mundo*, estas palabras: “El Dios, ése que habita / omnipotente en la región del cielo, / ¿quién es, que inunda a veces de alegría, / y otras veces cruel con mano impía / llena de angustia y de dolor el suelo?”<sup>163</sup>

<sup>163</sup> Algunos trabajos para comprender su figura desde esta perspectiva: RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique, *Espronceda: su tiempo, su vida y sus obras: ensayo histórico-biográfico*. Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo de Val, 1883; PUJALS, Esteban, *Espronceda y Lord Byron*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972; MARRAST, Robert, *José de Espronceda y su tiempo: literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*. Barcelona, Crítica, 1989; MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *La sombra de Espronceda*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999 y *El otro Espronceda*. Sevilla: Ediciones Alfar, 2016.

## 6. - LA HUELLA DEL HÉROE ROMÁNTICO

Es difícil saber a ciencia cierta si los héroes románticos que hemos visto aparecer por estas páginas jugaron un papel significativo en el devenir histórico de la España del siglo XIX o si, por el contrario, el acontecer político y social se movió por sendas más realistas. Que el héroe habita en el imaginario colectivo parece indudable, pero también es innegable que, en muchas ocasiones, quienes cobran los réditos de las acciones heroicas, sobre todo si el héroe ha perecido en la lucha, son los individuos pragmáticos. En cualquier caso, Riego, Mariana Pineda, Torrijos y tantos otros contribuyeron con su ejemplo a mostrar a los españoles que las injusticias, la opresión y el absolutismo no deberían ser las condiciones normales de la vida de las personas. Si con su ejemplo no consiguieron acabar con el reinado reaccionario de Fernando VII, al menos mostraron a los españoles que el ser humano, para serlo, no debe considerar normales los ataques a su dignidad como persona. La otra gran tipología del héroe romántico, el hombre atormentado por su fugaz realidad, el nihilista perdido tratando de comprender mundo, persiste con más fuerza aún, disfrazado con los atuendos morales de nuestro tiempo y cubierto por masas de objetos de consumo, pero encarnado en un momento en que, más allá de las exigencias de nuestra realidad material y sociopolítica nos enfrenta con otra realidad más radical, aunque menos evidente: la existencial.

En definitiva, ¿qué queda hoy en día del héroe romántico? Es cierto que, como tal, el héroe romántico es producto de un tiempo histórico concreto, pero el arquetipo, con sus formas modernas encarnadas en el héroe anónimo, aún pervive en una época como la nuestra, llena de escepticismo hacia los valores que guiaron a los héroes de otro tiempo. Las grandes palabras y las terribles acciones que se han realizado en su nombre nos han llevado a desconfiar de casi todo. Sin embargo, sigue habiendo en el mundo personas que luchan por las mismas razones por las que lo hicieron los héroes del romanticismo, en países donde todavía es un delito la discrepancia política o donde la supervivencia física constituye aún un acto heroico. Incluso en nuestros países occidentales y democráticos sigue habiendo héroes que luchan de forma anónima contra la barbarie y la injusticia. Sin los héroes, estaríamos condenados a vivir bajo la opresión.

## 7. - BREVE RELACIÓN BIBLIOGRÁFICA

ARGULLOL, Rafael: *El Héroe y el Único: el espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona, Destino, 1990.

CARLYLE, Thomas: *On Heroes and Hero-Worship and the Heroic in History*, Londres: James Fraser, 1841.

CASTELLS OLIVÁN, Irene: *La utopía insurreccional del liberalismo: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*. Barcelona, Crítica, 1989.

CASTELLS OLIVÁN, Irene y ROCA VERNET, Jordi, “Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 4 (2004) [http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04\\_001.htm](http://hispanianova.rediris.es/4/articulos/04_001.htm)

CLARKE, George: “El héroe trágico romántico. El camino hacia lo imposible, la seducción del fracaso y la conquista de lo inevitable”, [http://www.academia.edu/2115907/El\\_h%C3%A9roe\\_tr%C3%A1gico\\_r%C3%B3manticico](http://www.academia.edu/2115907/El_h%C3%A9roe_tr%C3%A1gico_r%C3%B3manticico)

FUENTES ARANGONÉS, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: *Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2014.

HAZAREESINGH, Sudhir: *The legend of Napoleon*. London, Granta Books, 2005.

MARRAST, Robert: *José de Espronceda y su tiempo: literatura, sociedad y política en tiempos del romanticismo*. Barcelona, Crítica, 1989.

MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor y CHUST CALERO, Manuel (coords.): *La construcción del héroe en España y México: (1789-1847)*. Valencia, Universitat de València, 2003.

SÁNCHEZ MARTÍN, Víctor: *Rafael del Riego. Símbolo de la revolución liberal*. Alicante, Universidad de Alicante, 2016.

SERRANO, Carlos: “Mariana Pineda (1804-1831): mujer, sexo y heroísmo”, en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 99-126.

UMBRAL, Francisco: *Larra, anatomía de un dandy*, Madrid: Alfaguara, 1965.

# DON QUIJOTE COMO ANTIHÉROE

Rafael Alarcón Sierra

Universidad de Jaén

ISSN: 2386-2491

## RESUMEN:

En el cruce de los siglos XIX y XX, la figura de Don Quijote exacerba su capital simbólico como “biblia profana” para los españoles, en palabras de Clarín<sup>164</sup>, lo que iba a culminar en la celebración, en 1905, del tricentenario de la primera parte del *Ingenioso hidalgo*, alentado desde 1903 por Mariano de Cavia en las páginas de *El Imparcial*<sup>165</sup>. Con este motivo, el cervantismo académico y filológico, partiendo de supuestos historicistas y positivistas, ofreció diversos frutos, que abarcaron desde ediciones del libro y de documentos de archivo hasta volúmenes, individuales o colectivos, de comentario e interpretación. Sin embargo, por encima del esfuerzo filológico de Julio Cejador, Clemente Cortejón o Francisco Rodríguez Marín, entre otros, los jóvenes modernistas convirtieron al mito quijotesco en campo de batalla de su guerra por la conquista del campo literario.

## ABSTRACT:

At the crossroads of the nineteenth and twentieth centuries, the figure of Don Quixote exacerbates its symbolic capital as "profane bible" for the Spaniards, in the words of Clarín, which culminated in the celebration, in 1905, of the tercentenary of the first part of *Ingenious hidalgo*, encouraged since 1903 by Mariano de Cavia in the pages of *El Imparcial*. With this motive, the academic and philological cervantism, starting from historicist and positivist assumptions, offered diverse fruits, that included from editions of the book and archive documents to volumes, individual or collective, of commentary and interpretation. However, above the philological effort of Julio Cejador, Clemente Cortejón or Francisco Rodríguez Marín, among others, the young modernists turned the quixotic myth into the battlefield of their war for the conquest of the literary field.

**PALABRAS CLAVE:** *Quijote, sinfronismo, viajero, cervantino.*

**KEYWORDS:** *Quijote, sinfronism, traveler, cervantis*

---

<sup>164</sup> Clarín, “Del Quijote. Hojas sueltas”, *La Ilustración Española y Americana*, 41 (1899).

<sup>165</sup> Vid. M. Sawa y P. Becerra, *Crónica del centenario del Quijote*, Madrid, A. Marzo, 1905, y J. Mir y Noguera S.J., *El centenario quijotesco*, Madrid, Sáenz de Jubera, Hermanos Editores, 1905.

## 1.- DON QUIJOTE COMO PARADIGMA DEL ANTIHÉROE

En esta renovada *querrela de antiguos y modernos*, la mayor parte de la *gente nueva* mostró su disconformidad con el cervantismo oficial apostando por un quijotismo idealista que reflejara la espiritualidad finisecular. El caballero andante, antihéroe de la modernidad y sublime espíritu fracasado del romanticismo<sup>166</sup>, se convirtió en símbolo enigmático y contradictorio de la realidad española, que, desde un punto de vista regeneracionista, para unos explicaba la decadencia nacional y para otros suponía el ejemplo a seguir en una utópica modernización. A la sombra del *desastre* de 1898 y del rechazo de la política y la sociedad de su tiempo, Don Quijote fue tema de discusión y piedra de toque en la construcción de un nacionalismo liberal durante todo el primer tercio del siglo XX. Lo más característico de este quijotismo fue la creación de una hermenéutica que, partiendo de un heterodoxo subjetivismo interpretativo, hizo de Don Quijote símbolo del vitalismo irracionalista propio del momento. Su figura y su significado fue renovada en los versos de Darío, los Machado, Juan Ramón y otros muchos<sup>167</sup>, no menos que en la prosa y los ensayos de Francisco Navarro Ledesma, José Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga, Américo Castro o Manuel Azaña. Pero, en este

<sup>166</sup> Vid. Anthony Close, *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005.

<sup>167</sup> Rafael Alarcón Sierra, *Entre el modernismo y la modernidad: la poesía de Manuel Machado (Alma y Caprichos)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999, pp. 454-463, “Rubén Darío y Don Quijote”, *Crítica Hispánica*, vol. 27, 2 (2005), 111-131, y “El Quijote modernista (a través de la obra de Manuel Machado)”, *Andalucía en la historia*, III, 10 (julio de 2005), 34-40. Vid. además Enrique Vázquez de Aldana, *Cancionero cervantino. Antología de poemas en honor de Cervantes y El Quijote*, Madrid, Ediciones Studium de Cultura, 1947.

empeño, sobresalen tres autores que crearon una nueva visión, ética y estética, del Quijote, haciendo del caballero andante una figura que les acompañó a lo largo de toda su vida: Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y José Martínez Ruiz, *Azorín*. Si en un primer momento su reacción fue de rechazo, posteriormente fueron los mayores responsables de la *reinvenición* moderna del Quijote, como vamos a ver.

## 2. - EL QUIJOTE UNAMUNIANO: EL HÉROE TRÁGICO

Unamuno fue el escritor de entresiglos que más apasionadamente reflexionó sobre el valor de Don Quijote para la vida de sus compatriotas y para la suya propia. De hecho, construye su autobiografía espiritual al hilo de estas especulaciones sobre el ingenioso hidalgo, al que convierte no sólo en símbolo y figura mesiánica de una nueva religión —el quijotismo—, sino en su otro yo, hasta el punto de caracterizarse como un nuevo y desafiante Don Quijote del siglo XX, en permanente lucha contra todo lo que le rodea.

Aunque el Quijote ya había aparecido en algunos de sus trabajos previos<sup>168</sup>, es en su ensayo *En torno al casticismo*, de 1895, donde Unamuno interpreta de manera sistemática la historia, el ser y las esperanzas de regeneración de los españoles a través del personaje cervantino, que considera símbolo y mito nacional a la vez que universal.

Para el bilbaíno, en una concepción que mezcla el determinismo de Taine con la sugestión simbolista del paisaje como estado de alma, la árida tierra castellana conforma el

<sup>168</sup> Vid. Emilio Salcedo, “El primer asedio de Unamuno al ‘Quijote’ (1889-1895)”, *Anales cervantinos*, 6 (1957), 227-250, así como el completo análisis de F. Vicén González, “La figura de don Quijote y el donquijotismo en el pensamiento de Unamuno”, *Romanische Forschungen*, LVII (1943), 192-227.

espíritu quijotesco, el de los místicos y el de los conquistadores, valores parejos que explican la historia, la cultura y el carácter de la nación, tanto en sus momentos de gloria como en los de decadencia (sugiere además Unamuno el paralelo entre el caballero andante y San Ignacio de Loyola, que luego desarrollará en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, y que Ganivet también apunta en 1897 en su *Idearium español*). Por otra parte, para Unamuno, el espíritu nacional está disociado en las figuras de Don Quijote y Sancho, que encarnan lo ideal y lo real, lo absoluto y lo individual, aunque en la actualidad, según afirma, el más vulgar *sentido común* del peor sanchopancismo, y la razón del bachiller Sansón Carrasco, triunfan sobre la fe y la esperanza de Don Quijote<sup>169</sup>. En este “marasmo”, España lleva la vida retirada de Don Quijote, aunque corre el peligro de realizar otra salida, dada su estima a la voluntad desnuda y a los actos de energía anárquica (Ganivet, todavía más pesimista, escribiría en *El porvenir de España*: “Don Quijote hizo tres salidas, y [...] España no ha hecho más que una y aún le faltan dos para sanar y morir”<sup>170</sup>).

A esta situación, Unamuno encuentra una vía de escape que unifica pasado y presente, tradición y universalismo, en el último capítulo del Quijote, “que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional”: “el sublime final de su *Don Quijote* señala a

<sup>169</sup> Varias décadas después, P. Salinas escribe en carta a K. Withmore el 1 de febrero de 1939, reprochando la actitud de intelectuales como Ortega y Madariaga en la guerra civil española: “Qué razón tenía Unamuno al decir que el enemigo nato de don Quijote no era el bueno y pobre Sancho, sino el bachiller Sansón Carrasco, representante de los intelectuales, los sensatos, los prudentes, los cobardes, los Chamberlaines de siempre”, *Cartas a Catherine Withmore (1932-1947)*, Barcelona, Tusquets, 2002, p. 336.

<sup>170</sup> Á. Ganivet, *El porvenir de España*, en *Idearium español y El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, p. 164.

nuestra España, a la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno”, quien renunció a su individualismo para llegar “al espíritu universal, al *hombre* que duerme dentro de todos nosotros”<sup>171</sup>; “Alonso Quijano el Bueno se despojará al cabo de Don Quijote [...], y *morirá* para renacer”<sup>172</sup>. En la España de hoy, afirma Unamuno, “Hay que matar a Don Quijote para que resucite Alonso Quijano el Bueno”<sup>173</sup>.

Esta propuesta alcanza su corolario en los artículos de 1898 “¡Muera Don Quijote!” y “¡Viva Alonso Quijano el Bueno!”<sup>174</sup>, así como en las cartas que Unamuno cruza con Ángel Ganivet, publicadas en *El porvenir de España*. Allí expone el vasco que el honrado hidalgo, símbolo de la España moribunda, renunció al morir a sus locuras, “volviendo así su muerte en su provecho lo que había sido en su daño”<sup>175</sup>, y que es esto lo que tiene que realizar la España actual si quiere sobrevivir y regenerarse. El grito de “¡Muera Don Quijote!” también supone un rechazo del gobierno que, con su actitud irresponsable, hizo que la aventura colonial acabara en desastre, y una apuesta a favor de la sensatez del pueblo.

En otros artículos de esta última década del XIX, Unamuno enriquece la figura de don Quijote con algunos elementos determinantes que configuran su particular interpretación. En el titulado “Quijotismo” (1895) insiste en que Alonso Quijano, en el momento de morir, convierte las locuras de Don Quijote en acciones positivas, dada la bondad con la

<sup>171</sup> M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 61.

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>173</sup> *Ibid.*, pp. 148-149.

<sup>174</sup> M. de Unamuno, “¡Muera Don Quijote!”, *Vida Nueva* (25 de junio de 1898), y “¡Viva Alonso el Bueno!”, *El Progreso* (1 de julio de 1898).

<sup>175</sup> M. de Unamuno, “El porvenir de España”, *El porvenir de España y los españoles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, pp. 19-20.

que se realizaron<sup>176</sup>. Además, considera a Don Quijote como norma de conducta y como su otro yo, dado que sobre él proyecta biográficamente sus propias obsesiones: la búsqueda de la inmortalidad y de la gloria, que simboliza en Dulcinea, como mantendrá en *Vida de Don Quijote y Sancho*.

En el ensayo “El Caballero de la Triste Figura” (1896) varias certezas se proyectan hacia el futuro: principalmente, la de que Don Quijote no es ente de ficción, sino “un ser vivo y real” que ha tenido, y tiene, una “existencia real, heroica y efectiva”<sup>177</sup>. Ello es así porque, para Unamuno, “Existir es vivir, y quien obra existe. / Existir es obrar, y Don Quijote, ¿no ha obrado y obra en los espíritus” de todos sus lectores? Por otra parte, el héroe no es “otra cosa que el alma colectiva individualizada”, y éste es el caso de nuestro caballero andante. Por tanto, quien quiera retratar a Don Quijote, deberá hacerlo “como símbolo vivo del alma castellana”<sup>178</sup>. La otra idea que el escritor vasco sostiene es consecuencia de la anterior: si Don Quijote es un ser real, Cide Hamete Benengeli fue su biógrafo, y Cervantes, un mero traductor del historiador árabe. Puesto que Unamuno va a procrear en sus entrañas un Quijote a su imagen y semejanza, debe acabar con su primer progenitor, Cervantes, al que le va a negar la paternidad del mito.

Sin embargo, en el epílogo de su *nivola* de 1902, *Amor y pedagogía*, Unamuno se retracta de lo que hasta ahora ha sido su interpretación de Don Quijote. A partir de este momento, sustituye la salvación a través de la cordura de Alonso Quijano por lo contrario, la redención mediante la locura de don Quijote. Unamuno volverá a mostrar su

arrepentimiento en *Vida de don Quijote y Sancho* (1905) y, nuevamente, en *Del sentimiento trágico de la vida* (1912).

La *Vida de Don Quijote y Sancho* es una peculiar “autobiografía espiritual” (como la llamó Azaña<sup>179</sup>), en la que su autor reúne y amplía todas sus obsesiones sobre el ingenioso hidalgo, para fundar con ellas su nueva religión del qui jotismo. Lo que formalmente se presenta como una glosa capítulo a capítulo de la novela cervantina, convierte en realidad a esta en un soporte abstracto, despojado de todo lo que no sea focalización de Don Quijote y su escudero, sobre la que engarza las reflexiones que al hilo del texto cervantino se le suscitan sobre los más diversos temas, predominando las que atañen a la crisis sobre su propia trascendencia. De hecho, el protagonista del libro es el propio Unamuno, quien casi al final del ensayo declara que “mi vida y mi obra son una confesión perpetua”<sup>180</sup>, en la que introduce su desaliento y sus dudas.

Este procedimiento, consistente en meditar y escribir a partir de un texto ajeno, que para el polemista Unamuno actúa como una especie de reactivo, es uno de los métodos más comunes de su creación. Por ello mismo, su discurso se constituye en una verdadera polifonía textual por la cantidad de intertextos de que está preñado. Además, hay que tener en cuenta la variedad de tipologías genéricas y textuales con las que constituye su discurso ensayístico: glosa y juicio crítico, reflexión filosófica, religiosa, histórica o sociopolítica, meditación, confesión biográfica, discusión y autodiálogo, sermón, exposición doctrinal y oración, prosa lírica o visionaria, en una variedad de registros que va del más coloquial al más retórico y del tono más distante hasta el más apasionado.

<sup>176</sup> M. de Unamuno, “Quijotismo”, *La Época* (15 de octubre de 1895).

<sup>177</sup> M. de Unamuno, “El Caballero de la Triste Figura. Ensayo iconológico”, *El Caballero de la Triste Figura*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 73 y 82.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>179</sup> M. Azaña, *Cervantes y la invención del Quijote. Ensayos*, Madrid, Alianza, 1982, p. 292.

<sup>180</sup> M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 504 y 445.

El propio Unamuno, en el prólogo a la segunda edición (1914), explica el principio que guía su escritura: por encima de eruditos y críticos, el Quijote pertenece a “todos y cada uno de sus lectores”; esta libertad de recepción de una obra eterna, hace que cada lector deba “darle una interpretación, [...] como a las que a la Biblia suele darse”. Es lo que ha hecho en su ensayo, que “es una libre y personal exégesis del Quijote, en que el autor no pretende descubrir el sentido que Cervantes le diere, sino el que le da él”; Unamuno declara polémicamente que “pretendo libertar al Quijote del mismo Cervantes”, operación que justifica en que los personajes tienen una vida propia y autónoma al margen de la de su autor, como demostrará en *Niebla*. Por ello, aunque Cervantes sacó a Don Quijote y Sancho “de la entraña espiritual de su pueblo”, afirma que su comprensión de los mismos puede ser mejor que la de su propio autor<sup>181</sup>. En el prólogo a la tercera edición su desplante todavía va más lejos, puesto que, en respuesta a la carta de un profesor, donde este que le avisa de que en un pasaje de su ensayo pone en boca de Sancho palabras que son de Sansón Carrasco, Unamuno contesta que tiene el manuscrito de Benengeli y que fue Cervantes quien leyó mal el texto, y no él<sup>182</sup>.

Unamuno se apropia de don Quijote por encima de Cervantes, al que considera su evangelista, y de Cide Hamete, su historiador. Acata la autoridad del texto cervantino en todo lo que se refiere a los hechos, pero desmiente en varias ocasiones las opiniones e interpretaciones de ambos. Es la fe lo que guía al autor de *Niebla* para conocer incluso el sentimiento del caballero andante, y escribe que si este “no nos lo revela Cervantes es

porque no estaba capacitado para penetrar en él”<sup>183</sup>.

Todavía en *Del sentimiento trágico de la vida* añade: “¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos”<sup>184</sup>. En la introducción a *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920) vuelve a esta defensa activa del lector y del personaje, por encima de su autor, uno de sus temas favoritos.

En la *Vida de Don Quijote y Sancho*, la minusvaloración de Cervantes todavía va más allá. Para el rector salmantino, que aquel escribiera *El ingenioso hidalgo* no deja de ser un milagro, puesto que en el resto de sus obras se muestra muy por debajo de lo que consiguió en esta novela. Por ello, Unamuno idea que fue el propio don Quijote, envuelto en Cide Hamete, quien le dictó su historia a Cervantes, de la misma manera que ahora el espíritu del caballero manchego ha penetrado en él para redactar su libro.

De esta forma, inspirado por don Quijote, Unamuno se convierte en su verdadero y único exegeta. Un exegeta de quien considera un discípulo de Cristo, y que tuvo una verdadera vida, como insiste una y otra vez: “La historia del ingenioso hidalgo fue [...] una historia real y verdadera, y además eterna, pues se está realizando de continuo en cada uno de sus creyentes”<sup>185</sup>. “Si Don Quijote obra, en cuantos le conocen, obras de vida, es Don Quijote mucho más histórico y real que tantos hombres”<sup>186</sup>. Por lo que concierne a la constitución del mito, Unamuno sostiene que

<sup>181</sup> *Ibid.*, pp. 133-135.

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>183</sup> *Ibid.*, pp. 256-257.

<sup>184</sup> M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Aguilar, 1987, p. 282.

<sup>185</sup> M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, *op. cit.*, p. 252.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p. 286

“en lo eterno son más verdaderas las leyendas y ficciones que no la historia”<sup>187</sup>. Reflexiones de este tipo aparecen por todo el ensayo y su autor incluso se propone escribir un libro futuro para probar que Don Quijote y Sancho existieron realmente.<sup>188</sup>

El tema de la existencia del ingenioso hidalgo está incluido en otro mayor, que es el de la verdad. Para Unamuno, como para Nietzsche, “la verdad es lo que hace vivir”<sup>189</sup>. Además, “el arte es la suprema verdad, la que se crea en fuerza de fe”<sup>190</sup>, y este es el caso de don Quijote. Según este vitalismo de base irracionalista, la verdad se forja con la fe, con el corazón, y por ello se opone a la lógica, creada con la razón, dioses idolatrados en los tiempos modernos y enemigos ambos de la vida, según Unamuno.

Por tanto, don Quijote, caballero que, según el escritor vasco, pelea “por la conquista del reino espiritual de la fe” y que, con su locura, la de no morir, hace cuerdos, es el ejemplo que debe imitar todo aquel que quiera vivir por la eternidad. Y aquí llegamos al verdadero motivo que llevó a Unamuno a escribir su ensayo: el anhelo de inmortalidad, su obsesión permanente, que convierte en el motor de su escritura y también, como ya había adelantado en el artículo de 1902 “Glosas al ‘Quijote’”<sup>191</sup>, de la actuación del caballero andante. Es más: una no se explica sin la otra, según escribe al final de su ensayo: “No puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino

quien esté tocado de tu misma locura de no morir”<sup>192</sup>.

### 3. - EL QUIJOTISMO COMO RELIGIÓN NACIONAL

Esta ansia de vida eterna de Unamuno y según él, de don Quijote, es extendida al pueblo español. Y ello deberá constituir la esencia del ser nacional: “¿Hay una filosofía española? Sí, la de Don Quijote. [...] ¿Hay una filosofía española, mi Don Quijote? Sí, la tuya, la filosofía de Dulcinea, la de no morir, la de creer, la de crear la verdad”, la que “surge del corazón”<sup>193</sup>. Para ello, se necesita “el valor de más quilates”, el que tuvo don Quijote, “que le tomen a uno por loco”, porque, según Unamuno, frente a la cobardía moral contemporánea, sólo hay “un modo de triunfar de veras: arrostrar el ridículo”<sup>194</sup>. Y para ello, el ejemplo a imitar es “la burlesca pasión de nuestro Caballero”<sup>195</sup>.

El deseo de inmortalidad, según el rector salmantino, es impulsado al menos por dos resortes: por un lado, “el quicio de la vida humana toda: saber el hombre lo que quiere ser”; y lo que quiere el hombre es ser más que hombre, su yo eterno, lo que Unamuno llama una idea de Dios, entendido como Conciencia del Universo<sup>196</sup> (concepto que parece próximo al sentimiento lírico del último Juan Ramón Jiménez). El segundo resorte de inmortalidad es el amor a la mujer: “En el amor a mujer arraiga el ansia de inmortalidad [...] así fue como Don Quijote juntó en Dulcinea a la mujer y a la Gloria, y ya que no pudiera perpetuarse por ella en hijo

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 287.

<sup>188</sup> *Ibid.*, p. 288.

<sup>189</sup> *Ibid.*, p. 447.

<sup>190</sup> *Ibid.*, p. 408.

<sup>191</sup> M. de Unamuno, “Glosas al ‘Quijote’”, *Los Lunes de El Imparcial* (22 de diciembre de 1902), en *Obras Completas*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, V, pp. 724-725: “el fondo de su locura es lo que en otra parte, en mi novela *Amor y Pedagogía*, he llamado *erostratismo*, el ansia loca de inmortalidad, que, si dudamos de persistir en espíritu, nos hace anhelar dejar siquiera *eterno nombre y fama*”.

<sup>192</sup> M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, *op. cit.*, p. 527.

<sup>193</sup> *Ibid.*, pp. 487-488.

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. 306.

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 312.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 190.

de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu<sup>197</sup>. De hecho, quizá sean las dos inmortalidades, la de carne y la del espíritu, incompatibles; es lo que Unamuno achaca a don Quijote: “Como no lograste vencerte para dar tu vida perdiéndola en el amor, anhelaste perpetuarla en la memoria de las gentes<sup>198</sup>”.

La grandeza de don Quijote, para Unamuno, estribó en no reconocer nunca su vencimiento<sup>199</sup>. Ello fue así porque le acompañaban la fe, la voluntad y el amor, que crean la verdad para que, a su vez, ésta sostenga a su creador. Así interpreta Unamuno la derrota de don Quijote a manos del Caballero de la Blanca Luna, sin que, pese a ello, el ingenioso hidalgo desdiga la hermosura de Dulcinea: “Yo forjo con mi fe, y contra todos, mi verdad, pero luego de así forjada ella, mi verdad, se valdrá y sostendrá sola y me sobrevivirá y vivirá yo de ella<sup>200</sup>”.

Este vivir en la verdad no es sólo norma de vida de don Quijote y de Unamuno, puesto que este la extiende a todo el pueblo español: al igual que el hidalgo tras su combate con el Caballero de la Blanca Luna, el pueblo español vuelve de América derrotado. Recogido en su interior, su misión histórica será “la batalla del Amor y de la Verdad”, pelea en la que “ha de ser el pueblo todo un don Quijote, un pastor Quijotiz más bien<sup>201</sup>”, siguiendo el ejemplo de lo que se proponía el ingenioso hidalgo. De hecho, afirma Unamuno, “Si Don Quijote volviera al mundo sería pastor Quijotiz”, “pastor de almas”, “pastor de pueblos”, “empuñando, en vez del cayado, la pluma o dirigiendo su encendida palabra a los cabreros todos”: está clara la analogía con el propio escritor vasco,

quien añade: “Y ¡quién sabe si no ha resucitado!...”<sup>202</sup>.

La misión de este don Quijote redivivo será la que ya practica el autor de *Niebla*, según escribe, “libertar a los pobres galeotes del espíritu”, “aunque luego te apedreen”, porque “la mayor caridad que puedes rendir a tu prójimo no es aplacarle deseos ni remediarle necesidades, sino encenderle aquellos y crearle estas<sup>203</sup>”; “hay que desasosegar a los prójimos los espíritus [...] aun a sabiendas de que no han de alcanzar nunca lo anhelado<sup>204</sup>”. Es lo que intenta Unamuno en toda su obra, y particularmente en esta *Vida de Don Quijote y Sancho*, como él mismo confiesa.

Unamuno interpreta la muerte de don Quijote como la coronación de su vida; es lo que le vuelve inmortal. En sus últimos momentos, don Quijote hace el mayor acto heroico: renunciar a su gloria y a su obra. La bondad lo eterniza y la gloria lo acoge para siempre. Al confesar que su vida no fue más que un sueño de locura, don Quijote se hermana con Segismundo. Y si la vida es sueño, Unamuno se plantea una sospecha que le obsesiona y cuya formulación más conocida es *Niebla*: “¿Será acaso también sueño, ¿Dios mío, este tu Universo de que eres la Conciencia eterna e infinita? ¿será un sueño tuyo? ¿será que nos estás soñando? ¿Seremos sueño, sueño tuyo, nosotros los soñadores de la vida?”. Ante la duda, Unamuno lanza un ruego desesperado: “¡Sueñáanos, Señor!”, “¡Sueñáanos, Dios de nuestro sueño!”<sup>205</sup>.

Pero si fue sueño la locura de don Quijote, sueño de locura es “todo heroísmo humano, todo esfuerzo en pro del bien del prójimo, toda ayuda a los menesterosos y toda guerra a

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 222.

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p. 186.

<sup>200</sup> *Ibid.*, pp. 471-472.

<sup>201</sup> *Ibid.*, p. 485.

<sup>202</sup> *Ibid.*, p. 491.

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 492.

<sup>204</sup> *Ibid.*, p. 342.

<sup>205</sup> *Ibid.*, pp. 521-522.

los opresores”<sup>206</sup>. Esta es la locura que la humanidad necesita. A imitación de Cristo, en este nuevo mesianismo simbólico, don Quijote resucitará en la humanidad, en Sancho, y como en una heterodoxa Santa Trinidad, Dulcinea estrechará contra su pecho a Don Quijote y Sancho y los hará uno solo<sup>207</sup>.

Unamuno ha convertido a don Quijote en su doble trascendente, su modelo de conducta y su esperanza de inmortalidad. Este mesianismo se enriquece con el ensayo lírico “El sepulcro de Don Quijote”, publicado en *La España Moderna* en febrero de 1906 e incorporado al frente de la *Vida de Don Quijote y Sancho* a partir de su segunda edición. En este texto con forma de epístola, Unamuno establece la nueva religión del quijotismo, cuyo fundador y profeta fue don Quijote, y propone “intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón”, quienes “lo guardan para que el Caballero no resucite”<sup>208</sup>. Para emprenderla, basta tener fe, pasión vital y el valor de saber afrontar el ridículo. El texto acaba con un salto cualitativo. Si atrevido y difícil era el intento de rescatar el sepulcro de don Quijote, más lo es lo que propone el amigo del narrador: “Debemos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y deístas, que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada”<sup>209</sup>.

La conclusión de su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*, titulada “Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea”, es una síntesis actualizada de lo que Unamuno había expuesto en *Vida*

*de Don Quijote y Sancho*. Aquí vuelve a justificar su “culto al quijotismo como religión nacional”; al quijotismo del caballero andante que no murió ni se convirtió ni se volvió cuerdo, que poco tiene que ver con Cervantes y mucho con lo que Unamuno descubre en el texto: una filosofía nacional, espiritualista y mesiánica, así como una norma de vida para alcanzar la inmortalidad, construyéndose un don Quijote interior donde el alma sea campo de batalla. La tragedia simbolizada por el caballero andante se concreta en una lucha entre fe y razón, religión y ciencia, en la que, para el autor vasco, don Quijote pelea contra la Edad Moderna del racionalismo desubstanciado<sup>210</sup>.

El propio Unamuno clamaría en el desierto como el caballero andante en su destierro durante la dictadura de Primo de Rivera, al cual marchó acompañado de un ejemplar del Quijote, que le serviría de inspiración, aliento y ejemplo de rebeldía, como bien consta en diversas composiciones de su *Cancionero*.

#### 4. - MAEZTU: DON QUIJOTE, HÉROE NACIONAL. DEL OCASO AL CONSUELO

La valoración que Ramiro de Maeztu hace del *Quijote* se enmarca en la guerra literaria modernista por la conquista del campo literario, y en su programa vitalista de raíz nietzscheana: “ver la verdad por la óptica del artista, pero el arte por la óptica de la vida”<sup>211</sup>. Desde esta concepción pragmática, la literatura, como vehículo ideológico a la par que artístico, tiene que estar al servicio de la vida, según la situación histórica de una sociedad determinada. Partiendo de estas premisas, el *Quijote* es un mal ejemplo para la

<sup>206</sup> *Ibid.*, pp. 508-509.

<sup>207</sup> *Ibid.*, p. 515.

<sup>208</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>209</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>210</sup> M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Aguilar, 1987, p. 297.

<sup>211</sup> R. de Maeztu, “Mi programa”, *Electra*, 1 (16 de marzo de 1901).

sociedad española actual, porque es un libro decadente. La novela es “Es libro de los viejos”, como titula en su primer artículo dedicado al tema, publicado en 1901. Sostiene Maeztu que el *Quijote* busca el descanso en un ensueño irrealizable, consecuencia de un fracaso y una derrota tanto personal (la de Cervantes) como colectiva (la del Imperio español)<sup>212</sup>.

Estos argumentos son ampliados dos años después, cuando, en el artículo titulado “Ante las fiestas del Quijote”, Maeztu se opone a la celebración en 1905 del centenario de la primera parte del *Quijote*, que el periodista Mariano de Cavia había propuesto en 1903 desde las páginas de *El Imparcial*. La razón principal de este rechazo son los antagonismos que el vitoriano detecta entre “el espíritu que inspiró el Quijote y el espíritu actual de nuestro pueblo”<sup>213</sup>; pero también hay un motivo de índole generacional: Maeztu, como la mayoría de los jóvenes modernistas, arremete contra un proyecto que pertenece a la *gente vieja*, a la España oficial y al academicismo literario.

Sin embargo, el principal motivo de su oposición es, como ya había expresado anteriormente, el carácter decadente de la novela cervantina, aunque se trate, como no deja de reconocer, de “la más genial apología de la decadencia y el cansancio de un pueblo”. Maeztu considera que “expresa el estado de toda la España de su tiempo, pobre, exangüe, despoblada, próxima a la derrota”. Por eso, ante la nueva situación de decadencia que sufre la sociedad española a comienzos del siglo XX, Maeztu, con un propósito regeneracionista, afirma: “Guardemos el Quijote para nuestras fiestas íntimas; pero [...] no pretendamos convertir en libro vital de España ese libro de

abatimiento y de amargura”. La nación necesita una generación de jóvenes que acaben con los culpables de la atonía nacional. Por ello, Maeztu sentencia al final de su trabajo: “Guardemos para nosotros el veneno y demos los antídotos a esa futura España, conquistadora de la alegría y de la fuerza, cuyo primer empeño ha de consistir seguramente en renegar de sus progenitores”<sup>214</sup>.

Este ataque a la *gente vieja* que domina la España oficial es el motivo que ocupa por entero su artículo “Don Quijote en Barcelona”, publicado unos días después. Para Maeztu, el fracaso de la España actual no se debe a la idea de que “todo quijotismo fracasa sin remedio”<sup>215</sup>, sino, al contrario, a la ausencia de verdaderos Quijotes, de hombres de acción que defiendan un ideal. El vitoriano, al igual que Unamuno, y con similar énfasis, se apropia de la figura de don Quijote para reclamar un nuevo idealismo que regenere la nación.

Un año después, en “Hamlet y Don Quijote”, Maeztu profundiza en el contraste de dos de las figuras más representativas de la modernidad<sup>216</sup>. Siguiendo la estela de Turgeniev (cuyo ensayo de título homónimo había sido traducido en 1879 en la *Revista Contemporánea*), el vitoriano considera que Don Quijote es el símbolo de la fe y Hamlet, de la duda. Uno parece estar escrito contra el otro. Paradójicamente, Hamlet, al obrar sobre el público, produce Quijotes, mientras que Don Quijote provoca en los espíritus la actitud analítica de Hamlet. El primero es el libro clásico de España, y el segundo, la tragedia de Inglaterra; ambos cristalizan el alma de sus respectivos pueblos; pero mientras que Inglaterra conquistó un

<sup>214</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>215</sup> R. de Maeztu, “Don Quijote en Barcelona”, *Alma Española* (30 de diciembre de 1903), 9.

<sup>216</sup> R. de Maeztu, “Sobre un folleto. Hamlet y Don Quijote”, *España* (28 de noviembre de 1904).

<sup>212</sup> R. de Maeztu, “El libro de los viejos”, *La Correspondencia de España* (12 de mayo de 1901).

<sup>213</sup> R. de Maeztu, “Ante las fiestas del Quijote”, *Alma Española* (13 de diciembre de 1903), 3.

imperio, España lo perdió. Este paralelismo de las dos figuras como símbolos de sus respectivos caracteres nacionales iba a ser llevado a su extremo por Salvador de Madariaga en ensayos como *Bosquejo de Europa* (1951) o *El Hamlet de Shakespeare* (1955).

Todos estos artículos desembocan, sin apenas variaciones, en “Don Quijote o el Amor”, el capítulo dedicado al caballero andante en su ensayo de 1926 *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. En su proyecto de articulación ideológica nacional, Maeztu analiza los mitos hispánicos más representativos, uniendo en ellos tradición y modernidad: don Quijote, encarnación del Amor, Don Juan, representante del Poder, y la Celestina, símbolo del Saber. En la parte dedicada a la novela cervantina, el vitoriano repite y amplía las ideas que ya conocemos, pasando revista a las fiestas del tricentenario y su reacción ante ellas, la relación del Quijote con Hamlet, la vida y la España de Cervantes, la concepción del Quijote, la crítica que ha suscitado y el valor presente del libro para la nación. Su propósito al analizar la obra es reconocer su valor espiritual y preparar “el ánimo de las generaciones venideras para leerlo en su verdadera perspectiva, con lo que se las inmuniza contra sus sugerencias de desfallecimiento”<sup>217</sup>. El Quijote es el libro nacional por antonomasia, pero desde un punto de vista vital es una obra decadente, porque en don Quijote se encarna un ideal superior a los medios para realizarlo. Quien la lea, con el ejemplo del caballero andante, sólo puede desengañarse de su ideal. Según la analogía entre individuos y pueblos, la obra cervantina es “la voz de una raza fatigada, que se recoge a descansar después de haber realizado su obra en el mundo”<sup>218</sup>. Pero don

Quijote no sólo simboliza la decadencia de la vida en general, y del pueblo español en particular; también se identifica con el fracaso del mismo Cervantes; según Maeztu, “Don Quijote es el mismo Cervantes”<sup>219</sup>; este lo escribió “para consolarse de sus amarguras”, poniendo los “sueños marchitados de su juventud idealista en el cuerpo de un viejo impotente para realizarlos”<sup>220</sup>. De este contraste de vejez y juventud que es don Quijote, un viejo con ilusiones de mozo, se deriva la locura del héroe, el espíritu cómico de la obra y su genial universalidad. Con los ilustres precedentes de Unamuno (en “Glosas al ‘Quijote’”<sup>221</sup>), y de Francisco Navarro Ledesma (en su biografía novelada de 1905 *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*), esta interpretación psicológica haría fortuna, y sería adoptada tanto por Azorín como por Azaña.

Lo que Cervantes se propuso al escribir el Quijote fue, según Maeztu, consolarnos “de nuestros desconsuelos limpiándonos la cabeza de ilusiones”<sup>222</sup>. La novela fue un libro sano en su momento, porque lo que venía a mostrar es que “lo mejor que puede hacer un hombre, cuando se halla cansado, es descansar”, una “cura de descanso” que convenía a la exhausta España del momento<sup>223</sup>. El error fue convertir esta lección histórica en “filosofía nacional”, en una “máxima universal” del “alma española”, fuera de todo tiempo y espacio: no ser quijotes, no tener ideales, para no salir trasquilados<sup>224</sup>. Por ello, Maeztu aboga por colocar la obra en su perspectiva histórica, de

<sup>217</sup> R. de Maeztu, *Don Quijote o el amor*, Salamanca, Anaya, 1964, p. 47.

<sup>218</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>219</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>220</sup> *Ibid.*, pp. 85-86.

<sup>221</sup> M. de Unamuno, “Glosas al ‘Quijote’”. La causa del quijotismo”, *Los Lunes de El Imparcial* (12 de diciembre de 1903), en *Obras Completas*, ed. cit., V, p. 731.

<sup>222</sup> R. de Maeztu, *Don Quijote o el amor*, ed. cit., p. 102.

<sup>223</sup> *Ibid.*, pp. 99 y 103.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 94.

forma que podamos leer la novela inmunizados “contra la sugestión de desencanto que quiera infiltrarnos el Quijote”. Porque, si había que desengañar a los españoles del siglo XVII, los actuales deben “volver a sentir un ideal”<sup>225</sup>. En este nuevo contexto, al final de su ensayo, Maeztu considera al Quijote como “prototipo del amor”, el cual, equilibrando al “espíritu de poder”, logrará el avance colectivo de la nación española asimilándose así a otros pueblos europeos.

En varios trabajos posteriores, Maeztu defendería su interpretación del Quijote (como en “La decadencia y el Quijote”<sup>226</sup>), pero sin dejar de reconocer su capacidad para sugerir cuestiones que ni él ni nadie había resuelto. Por ejemplo, en su conferencia de Buenos Aires “Don Quijote y su lección” (1928), no dejará de referirse al Quijote como “un conflicto de problemas que nunca serán resueltos satisfactoriamente y que nunca tampoco agotarán su actualidad”, o en su artículo “La incompreensión del Quijote” reconocerá que “el problema del poder, como valor espiritual sigue ahora tan sin resolver como en los tiempos de Cervantes”<sup>227</sup>. Todavía en *Defensa de la hispanidad*, su ensayo tradicionalista de 1934, Maeztu volverá a Don Quijote en términos similares a los de “Don Quijote o el amor”, para considerarlo como el término de la epopeya nacional del siglo XVI.

## 5. - AZORÍN Y EL SINFRONISMO: LA CORRESPONDENCIA EMOCIONAL

<sup>225</sup> *Ibid.*, pp. 104-105.

<sup>226</sup> R. de Maeztu, “La decadencia y el Quijote”, *El Sol* (27 de mayo de 1926).

<sup>227</sup> R. de Maeztu, “La incompreensión del Quijote”, *La Prensa* de Buenos Aires (24 de agosto de 1930).

## DE PAISAJE, TIEMPO Y ESPÍRITU NACIONALES

Para Azorín, la vida y los textos de Cervantes, especialmente el *Quijote*, fue una presencia y un misterio obsesionante<sup>228</sup>, hasta el punto de constituir, además de un tema habitual, uno de los principales estímulos desencadenantes de su propia escritura. No sólo le dedicó obras como *La ruta de don Quijote* (1905), *El licenciado Vidriera, visto por Azorín* (1915; Tomás Rueda, 1941) y *Cervantes o la casa encantada* (1931), sino que en la mayoría de sus libros aparecen capítulos en los que, de una manera u otra, se comenta o se recrea algún episodio cervantino. Esto es así hasta el punto de que Martínez Ruíz pudo organizar tres libros que recopilaban sus trabajos al respecto: *Con Cervantes*, en 1947; *Con permiso de los cervantistas*, al año siguiente, y *El buen Sancho* en 1958. Estos tres volúmenes no agotan las entregas de Azorín sobre el particular, que incluso ocuparía la mayor parte del último libro que escribió antes de morir, *Ejercicios de castellano* (1960).

Este afán cervantino hay que encuadrarlo en las coordenadas de su obra literaria: para Azorín, motor principal de su creación es la lectura<sup>229</sup>; sobre todo, la lectura de los clásicos españoles (y el mayor de todos es Cervantes). En toda su obra destaca su reacción vital y artística ante el estímulo que

<sup>228</sup> *Vid.* A. Cruz Rueda, “El cervantismo de un cervantista”, *Cuadernos de Literatura*, V (1949), 85-113; E. Catena, “Azorín, cervantista y cervantino”, *Anales cervantinos*, 12 (1973), 73-113; J. M<sup>a</sup> Martínez Cachero, “‘Con permiso de los cervantistas’ (Azorín, 1948): examen de ‘un libro de melancolía’”, *Anales cervantinos*, 25-26 (1987-1988), 305-314; o R. Alarcón Sierra, “El *Quijote* de Azorín”, *Anales azorinianos*, 9 (2005), 13-30.

<sup>229</sup> *Vid.* E. Inman Fox, “Lectura y literatura (en torno a la inspiración libresca de Azorín)”, *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1988, pp. 121-155.

supone el conocimiento de dichas lecturas. Para Azorín, los libros no sólo son su principal fuente de inspiración y de creación, sino su más importante forma de entender y de vivir la *realidad*.

En la práctica, esto se concreta en que la mayor parte de su obra es comentario de los clásicos españoles, es literatura fecundada por literatura. Este comentario puede ser crítico o creativo; pero lo peculiar de Azorín es que su escritura difumina las fronteras, que su comentario sea a la vez crítica y creación, porque la lectura, para Martínez Ruiz, no es literatura: es vida. En todo ello se adelanta a Borges, con el que ha sido comparado tantas veces. De ahí que el comentario de Azorín no sea letra muerta: su propósito no es la crítica erudita, sino sentir y vivir lo que ha leído. A esto, Ortega y Gasset lo llamó *sinfronismo*: la coincidencia de sensibilidad, pensamiento y estilo de Azorín con los escritores objeto de sus lecturas<sup>230</sup>. Lo más característico de Martínez Ruiz es el intento, repetido una y otra vez, de revivir y de rescribir a los clásicos, Cervantes el primero. Ello supone explicar que, para Azorín, un clásico lo es por sus valores dinámicos. En el prefacio a la segunda edición de *Lecturas españolas*, escribe: “¿Qué es un autor clásico? [...] es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna [...] no será un clásico, si no refleja nuestra sensibilidad. Nos vemos en los clásicos a nosotros mismos. Por eso, los clásicos evolucionan [...] un autor clásico es un autor que siempre se está formando”<sup>231</sup>. Es la sedimentación que produce su recepción a lo largo del tiempo la que crea una obra clásica, como escribirá a propósito del *Ingenioso hidalgo*: “el Quijote no lo ha

escrito Cervantes; lo ha escrito la posteridad [...] sólo a lo largo de las generaciones ha ido adquiriendo su verdadero y profundo valor”<sup>232</sup>.

Azorín revive a los clásicos mediante esa coincidencia de sensibilidad: ante un párrafo, una frase o un detalle de un libro escrito por Cervantes, Azorín percibe que está sintiendo lo mismo que hace tres siglos sintió Cervantes<sup>233</sup>; por un instante han caído las barreras del espacio y del tiempo y Azorín está, físicamente, al lado de Cervantes. Esta identificación tiene mucho que ver con la idea del eterno retorno de Nietzsche, que Azorín hace suya, y con la consagración del instante de eternidad propia de la poética simbolista. Hay una variante de este *sinfronismo*: ante un paisaje o lugar descrito por Cervantes, Azorín siente lo mismo que él o sus personajes sintieron. Esta coincidencia espiritual le da derecho a Martínez Ruiz a recrear las obras clásicas y cervantinas rescribiéndolas de nuevo, cambiando su desarrollo o su final, añadiendo a los mismos episodios apócrifos; imaginando la vida de los personajes, y de sus creadores, al margen de lo que sabemos de ellos; introduciéndose él mismo en las obras y las vidas de Cervantes y de sus creaciones; o, finalmente, trayendo a éstos hasta el presente. Varios de estos procedimientos conforman la mayoría de relatos que fueron reunidos en los volúmenes titulados *Con Cervantes* y *El buen Sancho*, así como su ensayo novelesco y lírico *El licenciado Vidriera, visto por Azorín*, especie de autobiografía ficticia no lejana de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, donde el personaje es convertido en un otro yo de Martínez Ruiz, en un espejo y un símbolo de

<sup>230</sup> Vid. J. Ortega y Gasset, “Azorín: primores de lo vulgar”, *Meditaciones sobre la literatura y el arte (La manera española de ver las cosas)*. Ed. de E. I. Fox, Madrid, Castalia, 1987, pp. 307-349.

<sup>231</sup> Azorín, “Nuevo prefacio”, *Lecturas españolas*, en *Obras escogidas, II. Ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, p. 698.

<sup>232</sup> Azorín, “Cervantes y sus coetáneos”, *Clásicos y modernos*, en *Obras escogidas, II*, p. 901.

<sup>233</sup> Vid. Azorín, “Al margen del Quijote”, *Al margen de los clásicos*: “Hoy, en nuestra vida moderna, al cabo de tres siglos, experimentamos una sensación análoga a ésta de don Quijote”, *Con Cervantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 34.

su sensibilidad y de su educación ética y estética, y también de la que desearía para los españoles.

Traer al autor al presente es lo que hace en *Los clásicos redivivos* (1945). Puesto que los clásicos “son de todos los tiempos”, imagina a Cervantes en pleno siglo XX, sentado en un café madrileño, y traspone su vida al presente, convencido de que Cervantes hubiera sido siempre Cervantes”<sup>234</sup>. Es tan grande el deseo de estar al lado del autor del Quijote, que en su drama *Cervantes o la casa encantada* (1931), ocurre lo contrario: el viaje en el tiempo desde el presente hasta 1605. Azorín construye toda la obra para producir este encuentro, evocando el tiempo y el espacio cervantinos: en el tercer acto, el protagonista, en el delirio mental que le causa una enfermedad, amalgama presente y pasado y consigue reunirse con Cervantes en su casa, donde charla con él “como dos antiguos amigos”<sup>235</sup>.

Es un balance muy satisfactorio para quien, como Unamuno y Maeztu, también empezó el siglo XX rechazando la celebración del tricentenario del Quijote, como una forma de marcar la diferencia entre la gente vieja y la nueva juventud que venía dispuesta a conquistar el campo literario. En uno de sus artículos más resonantes, “Somos iconoclastas”, publicado en 1904 en la revista *Alma Española*, entre el ataque y los denuestos a la España oficial, añadía: “Podemos asegurar que ninguno de los jóvenes del día ha leído a Calderón [...]; y que no son pocos los que sienten un íntimo desvío hacia Cervantes”.

Sin embargo, en 1905 participaría en el homenaje, leyendo “El Caballero del verde

gabán” en el Ateneo de Madrid (luego recogido en *Lecturas españolas*, 1912), prologando con su “Génesis del Quijote” la *Iconografía de las ediciones del “Quijote”*, y recorriendo, para los lectores de *El Imparcial* los lugares manchegos que conformaron la epopeya cervantina en *La ruta de don Quijote*. De este modo, Azorín transforma la novela en materia de actualidad periodística, a través de las crónicas que, como corresponsal, envía al periódico. Estas crónicas tienen mucho que ver con la visión descriptiva, meditativa y poética de la España intrahistórica que ya había practicado en su anterior libro, *Los pueblos*.

Para Martínez Ruiz, don Quijote es símbolo tanto de su propio estado vital de abulia como del carácter de su nación. Antes de su partida, Azorín deja claro el carácter de eterno retorno en que va a basar su iniciación quijotesca. A lo largo de su viaje dos centros de atención despiertan su interés: por un lado, la soledad devastadora del paisaje castellano y la tristeza de la vida rural que se desarrolla en su interior, capaces de explicar, por sí mismas, el desasosiego del espíritu quijotesco.

Esta correspondencia entre paisaje y espíritu hunde sus raíces en la teoría positivista, pero también se abre a la sugerencia simbolista de la ligazón entre paisaje y estado de alma. Azorín descubre un enlace entre la inmensidad del espacio manchego y la intensidad del anhelo quijotesco. Pero, con ser importante el reconocimiento de esta resonancia, hay algo todavía más importante: la implicación de Azorín como intermediario activo, que fusiona pasado y presente, trae el pasado al presente, a través de la emoción que le produce contemplar y experimentar los lugares quijotescos. Es como si Azorín tuviera la sensibilidad de un médium que, en contacto con un espacio determinado, pudiera revivir la emoción que otra persona tuvo en ese mismo sitio siglos antes. Este

<sup>234</sup> Azorín, *Los clásicos redivivos-Los clásicos futuros*, Madrid, Espasa-Calpe, 19473, pp. 49-53,

<sup>235</sup> Azorín, *Cervantes o la casa encantada*, en *Teatro*, Madrid, CIAP, 1931; cito por *Obras escogidas*, III, ed. cit., p. 286.

enlace espaciotemporal muestra, para Martínez Ruiz, que para comprender bien a Cervantes y al Quijote hay que impregnarse de sus lugares, de sus costumbres, de sus vivencias, que todavía laten en la llanura castellana.

En su recorrido, Azorín encuentra otro elemento tan importante como el paisaje: el paisanaje, al que el viajero observa con un humor benevolente. En la forma de ser y de vivir de los manchegos de 1905, Martínez Ruiz también encuentra la explicación de la génesis quijotesca: “ese aire de vetustez, de inmovilidad, de reposo profundo, de resignación secular” es el *caldo de cultivo* en que se producen las ensoñaciones del ingenioso hidalgo<sup>236</sup>.

La conclusión de Azorín trasciende lo anecdótico; el medio natural y humano explican a don Quijote. Pero, a su vez, también explican el alma, la historia y el carácter nacional, y el libro acaba con un apunte regeneracionista nada complaciente: “¿No es esta la patria del gran ensoñador don Alonso Quijano? ¿No está en este pueblo compendiada la historia eterna de la tierra española? ¿No es esto la fantasía loca, irrazonada e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo?”<sup>237</sup>.

El propósito de *La ruta de don Quijote* también tiene que ver con lo que Azorín escribe en *Los valores literarios*: que “el *Quijote* es un libro de realidad”, y que, por ello, la mejor manera de comprenderlo es conocer la realidad que queda recogida en el libro<sup>238</sup>. De esta forma, Azorín logra una correspondencia emocional y vital entre el espacio y el tiempo de

Cervantes y el de sus lectores contemporáneos.

La interpretación azoriniana del Quijote y de Cervantes es psicológica y emocional, puesto que se produce por empatía o afinidad entre ambos autores (que es lo que el propio Martínez Ruiz destaca al analizar las páginas que Heine dedicó a *El ingenioso hidalgo*, a las que califica de “lo más bello, fundamental y sentido que jamás se haya escrito” sobre el mismo, así como la primera interpretación moderna de la novela<sup>239</sup>). De Cervantes, Azorín destaca, en primer lugar, sus valores humanos: “si Cervantes es grande, lo es porque de su obra se exhala ese efluviio de bondad que constituye el verdadero y eterno liberalismo” (y añade: “la doctrina liberal es un humanismo”<sup>240</sup>, lo que escrito en la España franquista de 1940 tenía un valor no sólo literario); el “ambiente moral” del Quijote es “de honda humanidad, de confortación anímica de esperanza y de consuelo”<sup>241</sup>, lo que explica sus logros estilísticos: “La humanidad que rezuma la persona de Cervantes, que transmanan las acciones de Cervantes, es lo que trasciende a su estilo y lo hace superior a los demás”<sup>242</sup>. Además, Azorín hace depender la genialidad del *Quijote* como obra viva directamente de la experiencia vital de su autor.

Por otra parte, destaca los valores literarios que más coinciden con su sensibilidad y con su escritura: lo que podemos llamar el estilo “transparente” (“En Cervantes todo es

<sup>236</sup> Azorín, *La ruta de don Quijote* (1905), en *Obras escogidas*, ed. cit., II, pp. 422 y 425.

<sup>237</sup> *Ibid.*, p. 482.

<sup>238</sup> Azorín, “Sobre el ‘Quijote’”, *Los valores literarios*, en *Obras escogidas*, II, ed. cit., p. 1023.

<sup>239</sup> Azorín, “Heine y Cervantes”, *ibid.*, pp. 1037-1045.

<sup>240</sup> Azorín, “Cervantes nació en Esquivias”, *Pensando en España* (1940), *Con Cervantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 85.

<sup>241</sup> Azorín, “Deprecación a Miguel”, *Con Cervantes*, ed. cit., pp. 141-142.

<sup>242</sup> Azorín, *Ejercicios de castellano* (1960), en *Obras escogidas*, III, ed. cit., p. 1317.

sencillez, limpieza, diafanidad”<sup>243</sup>), que Azorín localiza principalmente en la segunda parte del *Quijote*, cuando “Cervantes se abandona en la vida y en el estilo”<sup>244</sup>, y “el sentido de lo concreto”, la capacidad de reproducir la realidad, que da “una vida profunda” a sus creaciones<sup>245</sup>.

En tercer lugar, el sentido del tiempo; Azorín insiste en que “todo es tiempo en Cervantes”<sup>246</sup>, en que su obra se funda “en el concepto de tiempo”<sup>247</sup>, y ello se concreta en “la intensa emoción en que condensa prodigiosamente el tiempo”<sup>248</sup>. Estos instantes congelados son, para Martínez Ruiz, “los momentos que forman, con su brevedad, con su fugacidad, la trama consistente de la vida” y “el *Quijote* está lleno de esos momentos ideales [...] independientemente de la acción”, en los que “la vitalidad es profunda” y comunican “una sensación de reposo”<sup>249</sup>. Azorín atribuye a Cervantes la recreación simbolista del instante de eternidad, perspectiva de serenidad atemporal en la que Martínez Ruiz encuentra la clave del *Quijote*. Esta idea del tiempo tiene otras consecuencias: para Azorín, Cervantes es “fértil en aventuras” y “hondo en el análisis psicológico”<sup>250</sup>, del mismo modo que don Quijote es a la vez un hombre de acción y de reflexión, de “fantasía y meditación”<sup>251</sup>. Finalmente, para nuestro

autor, el *Quijote* es ante todo “un libro de independencia” y de “afirmación de la personalidad”, tanto de la de su protagonista como la de su autor<sup>252</sup>.

## 6. – CONCLUSIONES

La reinterpretación del Quijote en el período de entresiglos es bien indicativa de la creación tardía de un nacionalismo liberal en un momento de crisis y decadencia, donde la literatura propia se convierte en campo de batalla y objeto de interpretación de las esencias patrias<sup>253</sup>. Ello se produce tanto por la fuerte participación periodística y ensayística de los escritores que he analizado en los debates de su tiempo, como por su esfuerzo por encontrar, a través de su creación, no solo su propio lugar literario, sino también la de su misma nación, acudiendo para ello a las letras más significativas de su pasado. Estas coordenadas son las que permiten realizar sus singulares interpretaciones sobre la magna obra de Cervantes a Unamuno (el quijotismo como religión nacional), Maeztu (Don Quijote como símbolo de la fe y del amor) y Azorín (el *sinfronismo* como particular estético de la recepción y la correspondencia emocional de paisaje, tiempo y espíritu), identificando personaje y nación con una intensa y apasionada originalidad que no se volverá a repetir en tiempos posteriores.

<sup>243</sup> Azorín, “Cervantes en el Persiles”, *Al margen de los clásicos*, en *Con Cervantes*, ed. cit., p. 42.

<sup>244</sup> Azorín, “Corregir el estilo”, *Con permiso de los cervantistas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, p. 117.

<sup>245</sup> Azorín, “Cervantes, moderador”, *ibid.*, p. 98.

<sup>246</sup> Azorín, “Epílogo, si se quiere”, *Con Cervantes*, ed. cit., p. 211.

<sup>247</sup> Azorín, “Su mejor amigo”, *Pensando en España*, en *Con Cervantes*, ed. cit., p. 81.

<sup>248</sup> Azorín, “Deprecación a Miguel”, *Con Cervantes*, ed. cit. p. 141.

<sup>249</sup> Azorín, “Cervantes, irreductible”, *ibid.*, pp. 139-140.

<sup>250</sup> Azorín, “Cervantes en el campo”, *Con permiso de los cervantistas*, ed. cit., p. 71.

<sup>251</sup> Azorín, “Los retratos”, *ibid.*, ed. cit., p. 28.

<sup>252</sup> Azorín, “Decadencia”, *ibid.*, p. 210.

<sup>253</sup> J. C. Mainer, “De historiografía literaria española: el fundamento liberal”, en *Estudios de historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, UIMP, 1981, II, pp. 454-457.

## 7. - BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Alarcón Sierra, Rafael, "La hija del ventero", *Entre el modernismo y la modernidad: la poesía de Manuel Machado (Alma y Caprichos)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999, pp. 454-463.

-, "Rubén Darío y Don Quijote", *Crítica Hispánica* [Duchesne University, Pittsburg, EE.UU.], vol. 27, nº 2, Homenaje a Rubén Darío (2005), 111-131.

-, "El Quijote de Azorín", *Anales azorinianos*, 9 (2005), 13-30.

-, "El Quijote modernista (a través de la obra de Manuel Machado)", *Andalucía en la historia*, III, 10 (2005), 34-40.

-, "El Quijote modernista (Unamuno, Maeztu, Azorín)", en R. Alarcón Sierra (ed.), "No ha mucho tiempo que vivía"... De 2005 a Don Quijote, Jaén, Universidad de Jaén, 2006, pp. 345-389.

-, "El periodismo finisecular de Ramiro de Maeztu", *Anales de la Literatura Española* [Universidad de Alicante], 26 (2014), 11-41.

Alonso, Cecilio, "De mitos y parodias quijotescas en torno al novecientos", *Anales Cervantinos*, 25-26 (1987-1988), 35-45.

Arias Argüelles-Meres, Luis, *La reinvencción del Quijote y la forja de la Segunda República*, Sevilla, Renacimiento, 2016.

Barceló Jiménez, Juan, *Don Quijote visto por los escritores del 98*, Madrid, Asociación de Profesores Universitarios Jubilados, 1998.

Blasco, Javier, "El Quijote de 1905 (apuntes sobre el quijotismo finisecular)", *Anthropos*, 98-99 (1989), 120-124.

Close, Anthony, *La concepción romántica del Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005.

Descouzis, Paul, *Cervantes y la generación del 98. La cuarta salida de Don Quijote*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1970.

Gutiérrez, Carlos M., "Cervantes, un proyecto de modernidad para el Fin de Siglo (1880-1905)", *Cervantes. Bulletin of Cervantes Society of America*, 19 (1999), 113-124.

Gutiérrez Gómez, Carlos, "Bibliografía cervantina finisecular (1880-1910)", *Cuatro estudios de literatura*, Salamanca, Grammarea, 1995, pp. 95-150.

Mainer, José-Carlos, *Moradores de Sansueña (Lecturas cervantinas de los exiliados republicanos de 1939)*, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes, 2006.

Montero Reguera, José, *El Quijote durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005.

Núñez Florencio, Rafael, "Quijotismo", *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp. 197-226.

Peral Vega, Emilio (comisario), *De locura y modernidad. El Quijote entre dos siglos (1898-1905)*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2017 [Catálogo de la exposición].

Pérez Magallón, Jesús, *Cervantes, monumento de la nación. Problemas de identidad y cultura*, Madrid, Cátedra, 2017.

Suárez, Ana, "Cervantes ante modernistas y noventayochistas", en M. Criado de Val (ed.), *Cervantes y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid, EDI-6, 1981, pp. 1047-1055

# LA REBELDÍA HEROICA

Laura Vicente

ISSN: 2386-2491

## RESUMEN:

Un acto de rebeldía es digno del calificativo de “heroico” cuando demuestra la superioridad de quien lo acomete al tratar de cambiar el sistema, enmendar una injusticia o corregir un error<sup>254</sup>. Pese a esta “superioridad”, el héroe rebelde nace y vive entre gente común y tiene problemas semejantes que provocan empatía e identificación con él. Entre la *gente corriente* hay héroes y heroínas que no responden a esta tipología, son personas anónimas<sup>255</sup> y desconocidas para la mayoría, pertenecen a oficios que no suelen considerarse heroicos o a una colectividad sin rasgos de superioridad ni reconocida como ilustre.

## ABSTRACT:

An act of rebellion is worthy of the qualification of "heroic" when it demonstrates the superiority of the one who attacks it when trying to change the system, to amend an injustice or to correct an error. Despite this "superiority", the rebel hero is born and lives among ordinary people and has similar problems that provoke empathy and identification with him. Among ordinary people there are heroes and heroines who do not respond to this typology, they are anonymous and unknown to most people, they belong to trades that are not usually considered heroic or to a collectivity without features of superiority or recognized as illustrious.

**PALABRAS CLAVE:** *Obrero, terrorista, pacifista, líder, mujeres.*

**KEYWORDS:** *Worker, terrorist, pacifist, leader, women.*

---

<sup>254</sup> Philip Zimbardo (2008): *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Paidós, Barcelona, p. 564.

<sup>255</sup> Recordemos, por ejemplo, el acto de audacia de Tess Apslund, la mujer que en mayo de 2016 levanta su puño frente a la cabecera de una manifestación de neonazis violentos en Suecia.

## 1.- UTOPIA Y TIPOLOGIA DEL HEROE Y LA HEROINA

Hablo en masculino al referirme a la tipología habitual del héroe ya que aunque este tiene rasgos diferentes (militante, miliciano, obrero consciente, terrorista, revolucionario, maquis, etc.), se adhiere con fiereza a su género: es varón. La masculinidad se configura como sinónimo de las virtudes heroicas de fuerza, coraje, virilidad, energía, voluntad de acción, solidez de nervios, pero también rectitud moral, generosidad, belleza, nobleza, etc. La otra tipología de héroe permite el femenino porque en ese mundo anónimo tiene cabida la mujer y una heroicidad diferente que es mixta, ensalza virtudes de generosidad, apoyo mutuo, colaboración, empoderamiento, humildad, altruismo, filantropía, emotividad, etc., y la protagonizan personas ordinarias que hacen actos extraordinarios en un momento dado, actos impensables para ellas mismas, actos no “programados”, espontáneos, producto de la creatividad<sup>256</sup>.

En los siglos XIX y XX, el rebelde heroico habitual es el que lidera a la clase obrera, al sujeto revolucionario. La revolución implica una división de género, las mujeres débiles y oprimidas son socorridas por la intervención salvadora del movimiento revolucionario; rara vez aparecen las mujeres como sujetos históricos<sup>257</sup>. En momentos excepcionales pueden apropiarse de los caracteres tradicionales de la virilidad, tales como llevar uniforme, armas y participar en combates: es el caso excepcional de la miliciana republicana española que enseguida

desaparece del frente para asumir un papel más convencional en la retaguardia.

El imaginario subversivo, cuyo origen son las grandes narrativas de la Ilustración (emancipación, progreso, razón, ciencia, etc.), se basa en la idea de que el objetivo de la acción revolucionaria es avanzar gracias a un proyecto claramente definido hacia la confrontación decisiva, representada por la metáfora de *la gran noche*, que crea las condiciones para la construcción de una nueva sociedad, la utopía. Ese imaginario comporta un conjunto de imágenes, entre las cuales la del pueblo asaltando la Bastilla se mezcla con la de los comuneros de un París sitiado y acompaña a la de los insurgentes tomando el Palacio de Invierno, o la de los trabajadores que ocupan las fábricas y colectivizan las tierras en la España de 1936.

En este imaginario revolucionario se constituye un *nosotros* heroica y sacrificialmente enfrentado al poder, que actúa en una lucha cuerpo a cuerpo y a cara descubierta protagonizando la revolución social que se anuncia como inevitable y que está llamada a abarcar la totalidad de la sociedad<sup>258</sup>. Durante más de un siglo este imaginario subversivo se mantiene en sus rasgos principales: sujeto, proyecto y prácticas políticas. Bien es cierto que hay diferencias importantes en las filas revolucionarias (como mínimo entre marxistas y anarquistas) respecto a las prácticas políticas y, en parte, al proyecto. La importancia que el anarquismo da a la crítica del poder y a la libertad le alejan de las prácticas políticas más distópicas y totalitarias en las que el marxismo navega durante décadas.

El imaginario subversivo es cuestionado en la segunda mitad del siglo XX. A partir de ese

<sup>256</sup> Esa creatividad se manifiesta también en actitudes negativas, personas aparentemente normales se pueden convertir en psicópatas o asesinos en masa en circunstancias favorables como una guerra.

<sup>257</sup> Enzo Traverso (2007): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*. PUV, Valencia, p. 174, 178.

<sup>258</sup> Tomás Ibáñez (2017): *Anarquismo a contratiempo*. Virus, Barcelona, p. 68-70.

momento, caída del Muro de Berlín en 1989 y del socialismo real, arranca el eclipse de las utopías. Se acumulan argumentos críticos, protagonizados desde la historia y la sociología, contra las utopías que dejan de ser creíbles para que puedan seguir fundamentando y legitimando el credo moderno. Hoy, la mayoría de los héroes convencionales han sido barridos de la memoria obrera, vivos durante muchos años a través de sus organizaciones (partidos y sindicatos), también en franca decadencia. El rebelde ensalzado en el pasado es considerado hoy una mera marioneta en manos de sistemas totalitarios, borrada la inspiración emancipadora de la utopía.

El cuestionamiento de las utopías no se produce solo en la memoria colectiva sino también en la historiografía<sup>259</sup>. Afirma Pérez Ledesma en 1987 que la necesidad del marxismo de unos agentes históricos dotados de capacidades excepcionales para llevar a cabo la revolución conduce a dotar al proletariado de una esencia subversiva que no se basa en constataciones empíricas<sup>260</sup>. La evolución histórica de ciento cincuenta años no se ajusta al modelo general diseñado por Marx y Engels. El proletariado en realidad no es el sujeto político de la revolución, no hay ninguna *gran noche* que esperar y que alcanzar y la escatología caduca. La ilusión de poder controlar la sociedad en su conjunto implica derivas totalitarias, muy claras en el caso del marxismo, por la voluntad de laminar la expresión de las diferencias en el seno de un proyecto que niega en la práctica el legítimo pluralismo de opciones y valores políticos. Igualmente caducan los acentos mesiánicos<sup>261</sup>

<sup>259</sup> En España fue publicado a finales de los años ochenta el libro de Manuel Pérez Ledesma (1987): *El obrero consciente*. Alianza, Madrid, en el que el autor incide en que la clase obrera tenía más de construcción cultural de una identidad que no de realidad.

<sup>260</sup> Manuel Pérez Ledesma (1987): 17-18.

<sup>261</sup> Resulta muy esclarecedor el libro de George Steiner (1974 [2014]): *Nostalgia del absoluto*. Siruela, Madrid. Steiner afirma que el decaimiento del cristianismo creó un *inmenso vacío* relacionado con

de una escatología que trabaja para supeditar la vida a la promesa de un fin y justificar sufrimientos y renunciaciones en nombre de dicho fin, abstracción que bloquea todo pensamiento crítico<sup>262</sup>. Al quedar amputadas de su potencial emancipador, las revoluciones se perciben hoy como golpes de Estado y puntos de inflexión autoritarios, incluso como antesala de genocidios.

Si el héroe tradicional está hoy desvalorizado e ignorado, crece otra tipología de lo heroico que nadie, o casi nadie, pone en valor. En este caso, el héroe y/o la heroína es quien planta cara, quien se vuelve, quien opone lo que es preferible a lo que no lo es y quien considera que cuando se rechaza una orden humillante de un superior, no se rechaza solo la orden sino la condición de inferior de quien lo hace. La conciencia de quien dice “no”, nace a la luz con la rebeldía<sup>263</sup>. Esta manera de entender al rebelde no está revestida de la retórica heroica del imaginario revolucionario tradicional; de hecho, se reduce muchos grados de intensidad, aunque comparte con dicha retórica la idea del sacrificio en beneficio de un bien que rebasa su propio destino al actuar en nombre de un valor que le es común con todas las personas.

las percepciones de justicia social, sentido de la historia humana, relaciones mente-cuerpo y lugar del conocimiento en nuestra conducta moral. La nostalgia del Absoluto que generó la erosión del cristianismo, dio lugar a tres *mitologías* que trataron de cubrir el vacío cumpliendo tres condiciones: pretensión de totalidad; formas reconocibles de inicio y desarrollo; y un lenguaje propio. Estas mitologías elaboradas en Occidente fueron el marxismo, el psicoanálisis y la antropología estructural, las tres antirreligiosas pero cuya estructura, aspiraciones y pretensiones son religiosas en su estrategia y en sus efectos según el autor. Marx, Freud y Lévi-Strauss, son judíos y, según el autor, hay aspectos judaicos específicos en los tres, los tres arrancan de la metáfora compartida del pecado original y cada uno incorpora aspectos del judaísmo como la promesa de redención, el mesianismo utópico, su furia en pro de la justicia, la lógica de la historia o la visión promisoriosa de Marx.

<sup>262</sup> Tomás Ibáñez (2017): 216-217.

<sup>263</sup> Albert Camus (1951 [2015]): *El hombre rebelde*. Alianza, Madrid, 27 y 29.

Esta otra rebeldía, por tanto, es el movimiento por el que una persona se levanta contra su condición y la creación entera. De estos planteamientos sobre el rebelde aparecen sujetos desconocidos y poco valorados en su momento y que hoy alcanzan gran relevancia. Esta manera diferente de entender la rebeldía sitúa siempre la revolución en el presente, sin esperar la *gran noche*, en cada acto personal o colectivo en el que la persona dice “no” y en el carácter irreductible de las prácticas de libertad que se encuentran enraizadas en la propia subjetividad del ser humano, así como en la unión entre vida cotidiana y acción política.

## 2. - EL OBRERO CONSCIENTE, EL MILITANTE, EL LÍDER

Aclaradas las dos tipologías de héroe que sirven de referencia en este artículo, pasemos a ver algunas de las formas específicas del rebelde que encontramos en España en un periodo de tiempo que arranca de la “Gloriosa” (1868) y que florece de forma espectacular en la década de los treinta del siglo XX. Hasta la llegada de la Iª Internacional a España, favorecida por las libertades de la “Gloriosa”, los trabajadores/as con ideas más avanzadas están cautivadas por un republicanismo (especialmente el federal encabezado por Francisco Pi y Margall) sensible respecto a la llamada “cuestión social”.

La llegada de la AIT tiene el efecto de integrar, a una generación de jóvenes militantes, en el internacionalismo y las ideas socialistas, más acordes con sus ideas. A partir de ese momento la relación amor-odio entre republicanismo e internacionalismo de influencia anarquista es fundamental para entender el obrerismo del último tercio del siglo XIX y del primero del siglo XX. La noticia de la llegada de Fanelli en 1868 para reunirse con los jóvenes obreros madrileños es transmitida por Tomás González Morago

a Anselmo Lorenzo<sup>264</sup> y Manuel Cano y a partir de los primeros contactos con el enviado de la Internacional (en 1871 también con el segundo enviado, Paul Lafargue) se produce paulatinamente la entrada en el socialismo. Entre estos jóvenes, auténticos “obreros ilustrados”, se encuentra Pablo Iglesias, tipógrafo como Lorenzo.

En el último tercio del siglo XIX existe una división que tendemos a olvidar, la frontera entre la escritura y la oralidad. La escritura marca una diferencia de clase: se abre una brecha entre hablantes y escribientes, iletrados o letrados. No dominar la lectura y la escritura es percibido por las clases trabajadoras como una carencia que intentan llenar partiendo, muchas veces, de una formación académica mediocre o a través del autodidactismo. Como su mundo es el oral, dan mucha importancia a la palabra escrita como semilla de rebelión que puede acabar con la opresión. No es rara, por tanto, la proliferación de periódicos y revistas entre los obreros/as anarquistas, de vida efímera muchos de ellos, pero que constituyen un elemento clave de su idiosincrasia.

En este ambiente de libertad, favorecido por la “Gloriosa”, se forma la conciencia revolucionaria del núcleo internacionalista madrileño, el compromiso con la revolución y la aparición de dirigentes obreros, como Anselmo Lorenzo o Pablo Iglesias, “obreros conscientes” que en poco tiempo consiguen un bagaje ideológico y organizativo que les convierte en dos figuras importantes dentro del obrerismo español. La clase obrera en España no sigue el modelo marxista, está más influido por el republicanismo federal, Proudhon y Bakunin (a través de Fanelli) que por el marxismo introducido por Lafargue.

<sup>264</sup> Respecto a la figura de Anselmo Lorenzo resultan de interés los capítulos elaborados por diversos autores y autoras recogidos en el libro editado en 2017, *En el alba del anarquismo. Anselmo Lorenzo, 1914-2014*. Calumnía, Mallorca. En concreto el capítulo de Julián Vadillo, “La organización ante todo. Anselmo Lorenzo en los orígenes de la Internacional. 1868-1875”.

Incluso tras la ruptura de la sección española a partir del Congreso de La Haya en 1872 y la formación de la Nueva Federación Madrileña encabezada por Pablo Iglesias, esta “no tomó hasta muy tarde el ideario de Marx”<sup>265</sup>.

Iglesias logra consagrarse como líder del socialismo, se construye una figura que acumula un compendio de virtudes, íntimas y públicas, por su dedicación a la difusión y defensa de la emancipación obrera que crea en sus seguidores/as una fe sencilla que acentúa la superioridad moral de la clase trabajadora. Considerado casi un santo, crea dogmas y una estructura jerárquica en la que un pequeño grupo de discípulos selectos actúan como mediadores entre el maestro y los seguidores. Es la complejidad de la II República la que acaba con la unidad de esa iglesia y la armoniosa exaltación del patriarca<sup>266</sup>.

La épica revolucionaria en España tiene más un perfil ácrata que marxista, aunque comparten el proyecto de “la gran noche” que implica una confrontación decisiva que lo cambia todo, la utopía anarquista no es tan monolítica y el rebelde adopta caras diferentes e incluso contrapuestas. Un ejemplo es Anselmo Lorenzo, un referente dentro del anarquismo español que no responde exactamente a la figura de un líder mitificado, incluso es expulsado de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) en 1881 acusado de manipular una votación. Lorenzo se integra entonces en los círculos masónicos que son una auténtica escuela de ciudadanía y de formación cultural que capacita al “obrero consciente”.

A mediados de la década de 1880 forma parte de nuevo de una FTRE en decadencia y se dedica al publicismo en *El Productor*, cosa que no le salva de ser detenido, como centenares de anarquistas, tras el atentado de Cambios

Nuevos (1896) e ingresado en Montjuïc. Declarado inocente es obligado al destierro instalándose en París. A su vuelta a España, Lorenzo acaba siendo el hombre clave en un proyecto nuevo acariciado por los anarquistas desde las primeras reuniones de los relojeros del Jura en Suiza: la aspiración de crear una educación racional de verdadera envergadura. De hecho Lorenzo es una figura clave en el desarrollo de este proyecto desde 1901 hasta la feroz represión desencadenada durante la Semana Trágica barcelonesa (1909), un proyecto que le acarrea el destierro y la tristeza en sus últimos años<sup>267</sup>.

La estela de los dirigentes internacionalistas de primera hora es seguida por otros que, tanto dentro del marxismo como del anarquismo, alcanzan un papel relevante: es el caso de Salvador Seguí o Ángel Pestaña en el campo del anarcosindicalismo, Francisco Largo Caballero en el del socialismo o Andreu Nin y Joaquín Maurín en el del comunismo del POUM. Seguí, Pestaña, Buenacasa, Peiró y un equipo menos conocido como Barrera, Grau Jassans, Barjau, Botella, Rueda, Piñón, Quemades, Viadiu, Clara, y otros, forman una generación de sindicalistas que auparon a la CNT a ser una auténtica organización de masas. Los cuatro primeros nacen en el plazo de un año y medio (1886-1887); desarrollan toda, o una parte significativa, de su militancia en Barcelona; los cuatro son de origen humilde y mantienen su condición de obreros: Seguí pintor, Buenacasa carpintero, Pestaña relojero y Peiró trabajador del vidrio; ocupan todas sus energías en la actividad organizativa y sindical, son criticados y cuestionados por otras sensibilidades de las filas libertarias, cumpliéndose la maldición de la dificultad de ser líder en los medios ácratas.

Destaca entre todos ellos Seguí, sindicalista revolucionario, abanderado del posibilismo

<sup>265</sup> Julián Vadillo (2017) en *El alba del anarquismo*: 66.

<sup>266</sup> Manuel Pérez Ledesma (1987): 142-152.

<sup>267</sup> Dolors Marín Silvestre (2017), “Anselmo Lorenzo. Del educador y librepensador al científico social” en *El alba del anarquismo*: 163-164.

libertario y, por tanto, defensor de la flexibilidad ideológica y el apoliticismo para hacer posible la unidad de todos los trabajadores/as en la misma organización sindical para lograr mejoras y, a la larga, la revolución. La lucha sindical tiene, según el “Noi de Sucre”, un valor en sí misma y se basta para construir la nueva sociedad con independencia de partidos y del Estado. Mientras en toda Europa este tipo de sindicalismo desaparece, o queda como opción marginal, después de la Iª GM, en España pasa a ser un sindicalismo de masas con la impronta anarquista.

El crecimiento de la CNT y de los conflictos sociales en la coyuntura de inflación de la Iª GM, la represión, el pistoleroismo, la respuesta violenta desde los grupos de acción, los intentos de Seguí en 1920 de llegar a acuerdos con la UGT, las acusaciones de “mestizo” y “político” a Seguí y otros sindicalistas por buscar dicha alianza, todo ello provoca que se impongan las posturas más radicales en la organización. Seguí es detenido a finales de 1920 y es trasladado al castillo de la Mola, en Mahón, con otros dirigentes cenetistas y pasa todo 1921 en prisión. Liberado en 1922, se lanza de nuevo a reorganizar la CNT y a reconstruir una estrategia posibilista. En marzo de 1923 es asesinado por pistoleros de la patronal. En septiembre el general Primo de Rivera da un golpe de Estado.

El asesinato de Seguí lo convierte en candidato a héroe y su flexibilidad ideológica a ser más o menos mitificado o postergado, incluso en la actualidad, en función de las necesidades organizativas o de la aparición de nuevos movimientos que reclaman su memoria para justificar nuevas realidades. A Seguí lo reclama, incluso, el independentismo anticapitalista catalán como sindicalista nacionalista<sup>268</sup>; actualmente protagoniza una

novela de cierto éxito, *Apóstoles y asesinos*, de Antonio Soler<sup>269</sup>. Esta novela incide en la idea de que Seguí forma parte de un grupo pequeño de anarquistas inteligentes, pacíficos y dispuestos a abandonar la utopía infantil del anarquismo, rodeados de un sangriento grupúsculo de ácratas que sueñan con dicha utopía a golpe de bomba.

### 3. - EL TERRORISTA, EL INSURRECTO, EL EDUCADOR, EL PACIFISTA

Dejando de lado el esquema simplista del anarquista bueno y el anarquista malo, recalamos en dos modelos de rebelde<sup>270</sup> que han dado mucho juego en la historiografía sobre el anarquismo, a saber, el impaciente que pone bombas, utiliza la *star* o defiende la insurrección para acelerar la revolución social (y/o para dar a conocer su causa, estimular a sus seguidores/as y presionar a los gobiernos) y el anarquista sosegado, pacífico, vegetariano o naturista, que pone el acento en la llamada “emancipación interior”.

Respecto al impaciente, la variedad de tipologías de rebeldes es inabarcable. Algunos de los primeros internacionalistas, entre los que se encuentra el mencionado Lorenzo, viajan a Andalucía para difundir la Idea entre jornaleros, artesanos o aparceros. Mucho se ha escrito sobre la supuesta tendencia a la insurrección y a la violencia en el sur español de finales del XIX. Los sucesos de “La Mano Negra” o los de Jerez de 1892, cargados de heroísmo y rebeldía para unos, o de primitivismo para otros, constituyen -como años más tarde ocurre con “Casas Viejas” (1932) – el material esencial para definir a la

---

plaza/anarcosindicalismo-catalan-no-era-independentista.html

<sup>269</sup> Antonio Soler (2016): *Apóstoles y asesinos*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

<sup>270</sup> *El Rebelde* fue un nombre muy utilizado entre los periódicos anarquistas tanto en España como en Latinoamérica e igualmente dio nombre a numerosos grupos de afinidad.

---

<sup>268</sup> Para conocer estas afirmaciones resulta de interés el artículo de Mauricio Bastera recogido en el periódico *Diagonal*, 2-12-2012. <https://www.diagonalperiodico.net/la->

militancia libertaria del sur. La quema de cosechas o la destrucción de viviendas no son exclusivas del campo andaluz; hubo violencia, desde luego, en los enfrentamientos entre jornaleros y terratenientes, sobre todo cuando aparece el hambre; es difícil, por último, mantener una organización social en un medio caciquil de latifundistas donde la represión es habitual y, por tanto, crear sociedades secretas parece la única posibilidad de canalizar las reivindicaciones. Los años 1882-1883 son especialmente duros por la falta de trabajo y el hambre. En ese contexto aparecen sociedades poco conocidas como “La Mano Negra” o se producen, diez años después, los sucesos de Jerez (1892), en los que más de seiscientos jornaleros asaltan la ciudad al grito de “¡Viva la anarquía!”<sup>271</sup>.

Durante la II República, reaparecen los levantamientos armados en diciembre de 1932 y enero y diciembre de 1933, junto con el uso de la huelga revolucionaria por parte de la CNT, medio de presión contra el primer gobierno Azaña por su ineficacia a la hora de solucionar el paro y mejorar las condiciones laborales. El sector mayoritario de la CNT rechaza las medidas reformistas del Gobierno republicano-socialista y acentúa las diferencias con la UGT, considerando que solo hay un objetivo: la llegada final del comunismo libertario. En el insurreccionalismo es la clase trabajadora rebelde la que se ejercita para la heroicidad, a través de la “gimnasia revolucionaria”<sup>272</sup>, hasta llegar a la “gran noche” y no suelen destacar individualidades excepto si se produce la muerte en dichas acciones (“Seisdedos” en Casas Viejas). Al contrario, sucede con el terrorista que siempre es una

individualidad, al menos el que se practica a finales del siglo XIX.

A finales del siglo XIX, principios del XX, en un contexto social complejo aparece la táctica de la “propaganda por el hecho” que, como su propio nombre indica, pretende propagar por medio de actos revolucionarios la idea y el espíritu anarquistas. Este planteamiento implica múltiples formas de rebeldía práctica que no siempre suponen el uso de la violencia, pero es cierto que el atentado es el aspecto más destacado de la “propaganda por el hecho”. Son los anarquistas los que utilizan el atentado personal o la bomba indiscriminada para eliminar a quienes representan la sociedad injusta que provoca desequilibrios sociales. El atentado es el ejemplo más claro de la tipología del impaciente que, desligado del obrerismo, quiere despertar a las masas reformistas para arrasar todo y provocar el derrumbe que abre paso a la utopía. El impaciente tiene vocación de héroe, su papel es acelerar un proceso inevitable para culminar el proceso de transformación, conlleva el espíritu sacrificial.

Los grupos fraternales son la célula organizativa anarquista por antonomasia: se basan en la unión de un pequeño número de personas, no más de treinta, que se unen por afinidad de caracteres y simpatía, en el caso de los grupos violentos, para la realización de actos terroristas o para dar cobertura a quienes están dispuestos a realizarlos, aunque no formen parte del grupo. Estos grupos no tienen presidente, ni centros de reunión, ni comités directivos, ni cotizaciones fijas, con el objetivo de mantener la libertad individual y grupal, además de ser más eficaces ya que no pierden el tiempo en convencer a los que no están de acuerdo, que libremente se desligan de la acción o, incluso, del grupo<sup>273</sup>.

<sup>271</sup> Javier Paniagua Fuentes (2008): *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*. Síntesis, Madrid, p. 117-119.

<sup>272</sup> Idea de Juan García Oliver que consistía en llevar a cabo una acción insurreccional, aunque fracasara, para impedir la consolidación de la República y que la clase trabajadora se ejercitara para cuando llegara “el gran día”.

<sup>273</sup> Laura Vicente (2013): *Historia del anarquismo en España. Utopía y realidad*. Catarata, Madrid, p. 71-73.

No hay una tipología única de terrorista aunque hay algunas similitudes entre ellos<sup>274</sup>. En algunos terroristas prima el atentado como sacrificio, la ejecución individual del mismo, la elección de la víctima por el cargo que ostenta (se les considera puntales de la sociedad) y tras el atentado la reafirmación de sus actos sin arrepentimiento. Otros autores de atentados no pretenden sacrificarse ellos mismos (responden a la imagen del terrorista en la sombra que huye), provocan un número elevado de víctimas sin correr riesgo personal y parecen buscar a través de un acto espectacular, como el atentado contra un monarca, desencadenar la revolución social. La primera oleada de atentados (1893-1897) trae consigo una contraoleada de represión y persecución del anarquismo, acusado de estar tras dichos atentados. El famoso Proceso de Montjuïc (1896-1897) pone de manifiesto los recursos que está dispuesta a utilizar la Restauración para cortar de raíz la amenaza que se cierne sobre la sociedad acomodada.

El conocimiento en profundidad de los autores de estos atentados desvela aspectos que nos indican la dificultad de afirmar una tipología de terrorista en unas personas en las que, como es el caso de Mateo Morral, intervienen aspectos personales e ideológicos complejos<sup>275</sup>. Masjuan considera que el atentado de Morral va más allá de la precedente “propaganda por el hecho” y que constituye una clase diferenciada de terrorismo que la historia de la trayectoria de su autor permite observar a través de las adhesiones y detracciones que tiene según las vicisitudes de la España del siglo XX. La aureola *post mortem* que rodeó a Morral le convierte en un mito que desata iras y admiración. En el anarquismo, incluso en parte del anarcosindicalismo, Morral es

acogido como un anarquista consciente que actúa como terrorista exclusivamente por motivos políticos<sup>276</sup>. El paso del tiempo, como mínimo hasta 1939, convierte a Morral en un justiciero (cuyo reconocimiento se plasma, por ejemplo, en dar su nombre a numerosas calles en la España republicana), un “héroe trágico” con integridad ética y elevado compromiso social tal y como recogen escritores como Baroja o Valle-Inclán<sup>277</sup>, rebeldes formales ellos mismos con posiciones individuales cercanas al anarquismo.

El terrorismo anarquista, individualista o grupal, desligado del sindicalismo que arranca de la década de 1890 tiene su continuidad en el extraño terrorismo barcelonés de la primera década del siglo XX y, especialmente, en el contexto de la Barcelona de 1914-1923. Las bandas de espías al servicio de los contendientes durante la Gran Guerra se pusieron al servicio de la patronal en las luchas sociales de postguerra (destacan la banda del policía Bravo Portillo o la del falso barón Koenig). La durísima huelga de La Canadiense y el *lock-out* posterior ayudan a crear un agudo clima de violencia. Aparecen, entonces, en el seno de los sindicatos, grupos de acción de la CNT que acaban profesionalizándose en el trabajo violento. Uno de estos grupos, Los Solidarios, alcanza más notoriedad por algunos de sus componentes: Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Ricardo Sanz y Juan García Oliver. Este grupo destaca por sus represalias (las más conocidas: los asesinatos del exgobernador de Barcelona, el conde de Salvatierra en 1920 y el del Cardenal Soldevilla en Zaragoza, en 1923) y por los atracos a bancos para obtener dinero destinado a la organización y a la ayuda a las familias de los presos<sup>278</sup>.

<sup>274</sup> Así lo hace en el capítulo 6, Rafael Núñez Florencio (1983): *El terrorismo anarquista (1888-1909)*. Siglo XXI, Madrid. También de este libro la referencia hecha a la “propaganda por el hecho”, pp. 177-178.

<sup>275</sup> Resulta interesante la obra de Eduard Masjuan (2009): *Un héroe trágico del anarquismo español. Mateo Morral, 1879-1906*. Icaria, Barcelona.

<sup>276</sup> Eduard Masjuan (2009): 11-12.

<sup>277</sup> Eduard Masjuan (2009): 259.

<sup>278</sup> Josep Termes (2011): *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*. RBA, Barcelona, p. 340.

Durruti es probablemente el más conocido de los anarquistas españoles y uno de los más destacados hombres de acción. A los veinticuatro años forma el grupo de acción Los Justicieros y forma parte del grupo Los Solidarios con el que participa en todas las acciones desde 1922 hasta la proclamación de la República en 1931. Su participación en la insurrección de 1932 provoca su deportación durante siete meses a la Guinea española, participa en las insurrecciones de enero y diciembre de 1933 y fue encarcelado por la de octubre de 1934 aunque en este caso no participa en ella. Es detenido en varias ocasiones entre 1935 y 1936. Durruti forma parte del Comité de Defensa Confederal de Barcelona tras el golpe de Estado militar, fue miembro del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, pero enseguida parte al frente con su columna participando en acciones de guerra cerca de Zaragoza y Huesca hasta llegar a Madrid donde muere en noviembre de 1936. Los interrogantes sobre la causa de su muerte no han evitado que su figura se haya engrandecido con su muerte en el frente y que sea considerado un héroe por los jóvenes anarquistas actuales por su aureola de hombre de acción.

De los impacientes que practican la violencia pasamos a aquellos/as que, partiendo de posturas pacíficas y sosegadas, optan por poner en valor por encima de todo la “emancipación interna” y con ella los/las anarquistas vinculadas a los ateneos, escuelas, grupos de ayuda mutua y sociabilidad alternativa a la burguesa y todo un proyecto pedagógico-cultural al margen del Estado. Los y las rebeldes vinculadas a este camino que requería tiempo dibujan biografías muchas veces casi desconocidas porque no son héroes o heroínas populares al estilo de los líderes sindicales o los “héroes trágicos”. Son personas que se mueven en el mundo de la intelectualidad, en el obrerismo, en la marginalidad, en el mundo de la bohemia, educadores/as que crean pequeñas escuelas laicas y ateneos, *chinchés* de fábrica, en definitiva, hombres y mujeres que luchan y

dedican su vida a la emancipación mientras sueñan con que la utopía es posible. Sus pequeñas biografías nos acercan al rumor constante de habitaciones donde escriben periódicos efímeros o hacen reuniones eternas donde se discute de la Idea o de la huelga revolucionaria próxima. Acercándonos a sus vidas parece que podemos observar la adrenalina de las barricadas, acosadas por las fuerzas de orden público a caballo, las cárceles o la expatriación por pueblos que no conocen la palabra anarquismo, como sucede con los expatriados/as de la Semana Trágica barcelonesa en 1909. Capaces de practicar el amor libre, vegetarianos y nudistas, usuarios de los primeros preservativos o practicantes del contacto con los fallecidos a través del espiritismo, conspiradores y masonas, en fin, la suma de muchas individualidades que dotan al anarquismo de ese carácter variopinto y poliédrico<sup>279</sup>.

La “emancipación interior” tiene en la educación uno de sus pilares fundamentales, tal y como se recoge en varios acuerdos internacionalistas (mociones sobre educación integral aprobadas en el Congreso de Zaragoza y en el de Córdoba, 1872 y 1873 respectivamente), que dieron lugar a la aparición de escuelas laicas impulsadas por individualidades como Teresa Mañé que funda la primera escuela laica de niñas en Vilanova i la Geltrú (1887) y, una vez casada con Juan Montseny en 1891, una pequeña escuela en Reus, cerrada tras el atentado de Cambios Nuevos cinco años después. Otro precedente importante es José López Montenegro que, por su participación en la insurrección cantonalista de Cartagena, es desterrado en Sabadell, donde funda el periódico anarquista *Los Desheredados* en 1884, convirtiéndose en un referente para los jóvenes (entre quienes destaca Teresa Claramunt). En otro de sus destierros, en Sallent, funda una escuela racionalista en

<sup>279</sup> Este mundo poliédrico aparece descrito en Laura Vicente (2013): 58-59.

1896 y edita libros educativos presentes en las bibliotecas libertarias.

La enseñanza anarquista basa su concepto de enseñanza “integral” en el concepto racionalista, laico y coeducador de pedagogos como Paul Robin y Sebastián Faure en su escuela La Ruche en Francia y en la Escuela Moderna de Francisco Ferrer y Guardia fundada en Barcelona en 1901. Estas escuelas llegan a ser una cuarentena en toda España antes de ser prohibidas en 1906, año del atentado de Mateo Morral, relacionado con este proyecto<sup>280</sup>. La fundación de CNT favorece la aparición de maestros/as autodidactas y pequeñas escuelas vinculadas a los sindicatos que son suprimidas en los años del pistolero y que reaparecen durante la Dictadura de Primo de Rivera. De la semiclandestinidad se pasa a la legalidad durante el periodo 1931-1936 y de aquí a la expropiación de grandes fincas en que se ubican nuevos proyectos escolares durante toda la Guerra Civil.

Entre las muchas individualidades que se sienten cómodas en este ámbito que apostaba por la “emancipación interior” está el aragonés Ramón Acín (1888-1936)<sup>281</sup>, un rebelde con una indomabilidad que se manifiesta en él como artista, escritor, pedagogo y activista de la CNT. En su trayectoria destaca su espíritu inquieto que, con sus limitaciones, explora distintos terrenos de la vida y la creación e interviene con ello en la sociedad de su tiempo. A través de sus obras artísticas, la enseñanza, los escritos y las actividades sindicales, Acín procura que el mundo cambie y sea más justo y habitable para los más débiles<sup>282</sup>. Censura a los que se meten a pistoleros porque la

pistola “no puede ser justiciera” y la lucha no justifica “salpicar de cadáveres sin ton ni son la Vida misma”<sup>283</sup>. Desde este punto de vista Acín, que es fusilado en Huesca poco después de producirse el levantamiento militar del 18 de julio de 1936, no forma parte de los grandes nombres del anarquismo, pero sí es un ejemplo de anarquista integral que forma parte de la tradición de una educación laica, mixta e integral. Una educación que favorece el desarrollo de la autonomía personal y que en el caso de las mujeres es relevante.

#### 4. - LAS REBELDES, MUJERES CONSTRUYENDO GENEALOGÍA

La rebeldía, aunque de predominio masculino, también aflora en femenino pese a que, a través de leyes y de otros mecanismos culturales de control social informal, son confinadas al ámbito doméstico, dándoles una identidad única de madres y esposas. Las leyes aprobadas en Europa y EUA durante el siglo XIX establecen el dominio masculino y la desigualdad femenina: las mujeres carecen de la ciudadanía (derechos políticos y civiles), tienen restricciones para acceder a la propiedad, la herencia, la educación, el trabajo, etc., y su presencia en los espacios públicos está limitada a la vez que se mantiene su dependencia del hombre (padre, marido, hijo). En España, a finales del siglo XIX, los códigos Civil y Penal establecen claramente esta subordinación femenina. Estas leyes son derogadas por la II República en 1931 y reintroducidas durante el franquismo.

En el siglo XIX algunas mujeres, sin duda rebeldes, emprenden una crítica abierta a los dictados del discurso de género dominante y construyen poco a poco una genealogía compartida por diversas corrientes ideológicas que se inicia con la tradición del

<sup>280</sup> Dolors Marín (2010): *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*. Ariel, Barcelona, p. 241.

<sup>281</sup> Carlos Mas y Emilio Casanova (coords.) (2015): *Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)*. Penguin Random House, Barcelona. José Luis Ledesma Vera (2015): “El hombre ante el mundo y la política: el anarquismo de Ramón Acín”, p. 321.

<sup>282</sup> José Luis Ledesma Vera (2015): 310.

<sup>283</sup> José Luis Ledesma Vera (2015): 320.

obrerismo francés de las utópicas vinculadas al saintsimonianismo y al fourerismo que buscan proyectos alternativos de vida que cuestionan las restricciones sociales impuestas sobre las mujeres. Lo que empieza siendo patrimonio del socialismo utópico, fourerista en particular, a mediados de la centuria, se transforma en militancia republicana durante el Sexenio, hasta desembocar en el internacionalismo.

Hay mujeres que confían en que la República puede amparar la emancipación de género. Su defensa de la liberación de la mujer es una auténtica heroicidad puesto que se mueven en un medio hostil a sus reivindicaciones por el predominio masculino, pero no por ello desisten de publicitarlas y extenderlas a través del activismo en múltiples escritos, mítines, manifestaciones y organizaciones femeninas. Gran parte de sus críticas se encaminan a destruir los pilares patriarcales de la institución matrimonial y a cuestionar la jerarquía masculina en el seno de la familia. Plantean una manera nueva de entender las relaciones amorosas basadas en la libertad y la autonomía conseguidas a través de la educación y el trabajo. Cuestionan la influencia de la Iglesia católica, allanando el camino de las mujeres hacia el librepensamiento de la generación posterior<sup>284</sup>.

En el seno del internacionalismo hay un cierto grado de integración femenina: Guillermina Rojas Orgis, procedente del núcleo fourerista gaditano, clama en 1871 contra la familia en un mitin de la Federación Madrileña de la AIT. No hay muchas mujeres en la Internacional, pero desde el primer Congreso celebrado en Barcelona (1870) se forma un núcleo de obreras entre las que destaca el protagonismo de la mencionada Rojas que, es la impulsora de iniciativas que fructifican en el Congreso de Zaragoza (1872) al aprobarse un dictamen, titulado

“De la mujer”, que se opone a su reclusión en el espacio doméstico y defiende la autonomía que proporciona el salario.

Dentro del internacionalismo de la posterior FTRE (1881) se inscriben las iniciativas de Teresa Claramunt y Teresa Mañé (“las dos Teresas”). La primera participa en fecha temprana en la creación de un organismo de obreras llamado “Sección Varia de Trabajadoras anarco-colectivistas de Sabadell” (1884). La “Agrupación de Trabajadoras de Barcelona” (1891) o el posterior “Sindicato de Mujeres del Arte Fabril” (1901), son versiones del mismo intento iniciado por la “Sección Varia”: crear organizaciones cuya base organizativa es la sociedad de oficio y su objetivo la emancipación de los dos sexos ya que la lucha es común, pero haciendo especial hincapié en la lucha contra la explotación de las obreras.

El fracaso de los organismos de obreras, anima a Claramunt a mantener relación con otras organizaciones de mujeres totalmente diferentes como la “Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona” (1889), la “Asociación Librepensadora de Mujeres” (1896) y la “Sociedad Progresiva Femenina” en 1898. Son organizaciones de mujeres de condición social muy variada y con una procedencia ideológica diversa que encuentran puntos de coincidencia dentro del movimiento librepensador. Su objetivo principal es un feminismo de base social que da relevancia a la educación y al trabajo. La “Autónoma” funciona de forma regular hasta 1892 y está muy ligada a tres mujeres que simbolizan la apertura de miras del librepensamiento: Ángeles López de Ayala, republicana y masona, la espiritista Amalia Domingo Soler y la anarquista Teresa Claramunt. Un ejemplo claro de sororidad, es decir, de alianza entre mujeres que propicia la confianza, el reconocimiento recíproco de la autoridad y el apoyo, algo imprescindible para estas rebeldes que tienen tanto a lo que enfrentarse para negar los roles tradicionales.

<sup>284</sup> Gloria Espigado, “Mujeres radicales: utópicas, republicanas e internacionalistas en España (1848-1874)”. *Ayer* n° 60, 2005 (4):15-43.

Las librepensadoras, rebeldes donde las haya, pertenecientes a la pequeña burguesía urbana y en menor medida a las clases populares, imparten docencia en las escuelas laicas, participan en mítines, crean su propia prensa, ingresan en la masonería y frecuentan los centros espiritistas y teosóficos. No fue ajeno al librepensamiento el Neomalthusianismo que llega desde Francia a Cataluña y la zona de Levante. Este movimiento aboga por la limitación de la natalidad (mediante el uso de anticonceptivos y la venta de preservativos) a través de la “Liga de la Regeneración Humana”. La editorial *Salut i Força* o las revistas *Estudios* y *Ética*, plantean una nueva ética basada en los valores positivos de la sexualidad, en la oposición a la prostitución y la lucha contra la opresión de la mujer. El control de la fertilidad puede ser liberador para las mujeres ya que hace posible la separación de procreación y placer y tienen gran influencia sobre la concepción del amor y la pareja a través del “amor libre” o “amor plural”<sup>285</sup>.

Muchas mujeres, conocidas y desconocidas, sirven de eslabón entre la generación de las pioneras (además de “las dos Teresas”, mujeres como Cayetana Griñón, Francisca Saperas o Tomasa “la de Sants”) y la generación de “Mujeres Libres”. Un eslabón son Federica Montseny, Libertad Ródenas y Teodora, la madre de María Batet, que asisten con frecuencia a las tertulias que se organizan en la casa donde vive Claramunt cuando, en los años veinte, queda postrada en una silla. Otro más acorde con la necesidad de crear organizaciones de mujeres se produce cuando tres años después de la muerte de Claramunt (1931) se forma en Barcelona, por iniciativa

de mujeres jóvenes de la CNT como Soledad Estorach, Lola Iturbe, Pepita Carpena o Concha Liaño, el “Grupo Cultural Femenino” con el objetivo de fomentar la solidaridad entre ellas y adoptar un papel más activo en los sindicatos. En Madrid poco después, Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch, emprenden una tarea similar. En 1936 los dos grupos se reúnen en Barcelona y adoptan el nombre “Agrupación Mujeres Libres”. La organización crece rápidamente y se extiende por toda la España republicana durante los años de la guerra. Esta organización alcanza a tener unas 20.000 afiliadas y 147 agrupaciones.

Muy pronto queda claro que la guerra no es un suceso breve, y que requiere el sostén de la retaguardia y el concurso de las mujeres. Nadie duda de la necesidad de que se movilicen, especialmente en las zonas donde la revolución acompaña el inicio de la guerra. Eso significa un crecimiento absoluto y relativo del empleo femenino. Las mujeres acceden al espacio y a las responsabilidades públicas y se produce una inversión de los roles. Los dos núcleos de mujeres organizados, el madrileño y el barcelonés, se suman a diversas tareas de apoyo a la movilización popular preparando a las mujeres para sustituir a los hombres y entrar como obreras en las industrias de guerra participando del esfuerzo colectivizador allá donde se desarrolla la autogestión de la producción. Se atienden los servicios sociales con la apertura de guarderías y el desarrollo de un intenso programa de ayuda a los refugiados/as.

Algunas mujeres llegan a desempeñar responsabilidades políticas como es el caso de Federica Montseny, primera mujer ministra en España al asumir la cartera del recién creado Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Montseny nombra como colaboradoras a la Dra. Mercedes Maestre (UGT) en Sanidad y a la Dra. Amparo Poch (“Mujeres Libres” y CNT) en Asistencia

<sup>285</sup> Para el tema de Neomalthusianismo se puede consultar: Eduard Masjuan, (2009), *Un héroe trágico del anarquismo español. Mateo Morral, 1879-1906*. Icaria, Barcelona.; Xavier Diez (2007), *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*. Virus, Barcelona.

Social, cuando esta se traslada en el otoño de 1937 a Barcelona es nombrada directora del *Casal de la Dona Treballadora* dedicado a la capacitación de la mujer obrera. En los pocos meses que Montseny es ministra (noviembre 1936-mayo 1937) se elabora, entre otros proyectos, uno de Despenalización del Aborto, inspirado en el que aprueba el Conseller de Sanidad Pública y Asistencia Social de la Generalitat, el anarquista Antonio García Birlán.

El conflicto bélico constituye una experiencia de libertad y de responsabilidad sin precedentes para las mujeres: muchas trabajadoras toman conciencia de sus capacidades y valoran su nueva independencia económica. La gran novedad es que la mujer tiene que vivir sola, salir sola y asumir las responsabilidades familiares sola, algo que se considera imposible y peligroso. Las mujeres conquistan la libertad de movimientos y de actitud en la soledad y el ejercicio de responsabilidades: libres del corsé, de los vestidos largos y ajustados, de los sombreros molestos y, a veces, de los moños y las trenzas, aparecen los peinados de las mujeres masculinizadas, el uso del pantalón con el que el cuerpo femenino puede moverse, pueden salir solas, explorar la sexualidad y, a veces, decidir su propia vida. Lucía Sánchez es un ejemplo claro de esta ruptura de estereotipos en esa imagen en la que camina al lado de Emma Goldman con el pelo corto, pantalones y corbata, pero no es un caso único. En Barcelona las mujeres de los ateneos, antes de la guerra, eran tachadas de prostitutas por atreverse a llevar pantalones –o incluso pantalones cortos- y cortarse el pelo<sup>286</sup>.

Estos cambios explican biografías como la de Julia Hermosilla Sagredo (1916-2009), hija de dos cenetistas de Sestao, Vizcaya, militante de las Juventudes Libertarias que con 18 años

hace de enlace en el estallido revolucionario de octubre de 1934. Cuando estalla la guerra, Julia con 20 años se enrola, a los diez días, como miliciana en Bilbao; al desplazarse en uno de los seis autobuses al cuartel general en Ochandiano, y tras un violento bombardeo, es herida gravemente y pierde la audición de ambos oídos. En el verano de 1936, la figura heroica de la miliciana se convierte en el símbolo de la movilización del pueblo español contra el fascismo. La heroicidad de mujeres como Julia Hermosilla (o como Lina Odena de las Juventudes Socialistas Unificadas o Rosario Sánchez, conocida como la *Dinamitera*) se convierten, en las primeras semanas, del conflicto en un mito y símbolo de la resistencia contra el alzamiento militar, aunque la realidad es que muy pocas mujeres se incorporan al frente como milicianas, adoptando la mayoría la imagen más conveniente de madres combativas o “heroínas de la retaguardia”<sup>287</sup>. En sus discursos inflamados, Dolores Ibárruri, La *Pasionaria*, lanza proclamas al mundo entero para que escuche el grito doloroso de madres y esposas.

Pero Hermosilla no se limita a este primer impulso de ir al frente y a la caída de Bilbao se traslada a Santander; allí embarca hacia Francia, donde está dos meses, entrando de nuevo con su familia en España por Cataluña. Embarazada, da a luz en octubre de 1937 a su hija Vida (toda una metáfora del optimismo de su madre) y se traslada a Barcelona, donde trabaja en una fábrica de cintos para el Ejército republicano. Pasa con su pareja y su familia de nuevo a Francia al caer Cataluña, ingresa en un campo de concentración, pero logra reunirse con toda la familia para trabajar en las minas de carbón de Decazeville. En 1940 se integra en la resistencia contra los nazis y tras la liberación de Francia toda la familia se traslada a Montpellier.

<sup>286</sup> Dolors Marín, (2010): *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*. Ariel, Barcelona, p. 47.

<sup>287</sup> Mary Nash (1999): *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Taurus, Madrid, p. 93.

En los años cuarenta, tras el fin de la II Guerra Mundial, Julia pasa numerosas veces la frontera clandestinamente hacia Bilbao o hacia Barcelona llevando prensa y documentación. Realiza con Joaquín Delgado (ejecutado junto a Francisco Granados el 17 de agosto de 1963) misiones de contacto a principios de la década de 1960 y realiza una importante misión de estudio de los alrededores del Palacio de Ayete en San Sebastián para el proyecto de atentado contra Franco de 1962.

Otras mujeres toman la decisión de echarse al monte, a la guerrilla o maquis, en lugar de marchar al exilio. La mayor parte de estas rebeldes, que no aceptan la derrota, lo hacen en parecidas circunstancias a las de los hombres: cierto número de mujeres se incorporan al final de la guerra civil, otras huyendo de los castigos, vejaciones y represalias que sufren en sus lugares de origen o tras ser descubiertas haciendo de enlaces con el maquis. En este aspecto hay una diferencia a destacar: la mayoría de los enlaces varones descubiertos se incorporan al maquis, mientras que muchas mujeres prefieren cambiar de zona para pasar desapercibidas o se ocultan en lugares que consideran seguros. La mayoría de estas mujeres acaban siendo detenidas. Estas heroínas en el exilio o en la sierra, casi siempre anónimas, además de militar, trabajar y sufrir penalidades, crían a sus hijos e hijas y desde su humildad acostumbran a pensar que no han hecho nada importante.

## 5. - ALGUNAS CONCLUSIONES

Asociamos el heroísmo a unos actos especiales realizados por personas superiores. Pero a la noción aceptada tradicionalmente de que los héroes son personas excepcionales, hemos añadido una perspectiva diferente: que algunos héroes o heroínas son personas ordinarias que han hecho algo extraordinario. La primera imagen

es la más romántica y ha sido popularizada por los mitos de la antigüedad y por los medios de comunicación modernos. Da a entender que lo que hace el héroe o heroína no quiere o no puede hacerlo ninguna persona ordinaria que se halla en la misma situación. En este artículo se añade la perspectiva que se fija en la interacción entre la situación y la persona, en la dinámica que impulsa a una persona a actuar de una manera heroica en un lugar y en un momento determinado. Estas personas ordinarias que hacen un acto excepcional y dicen “no”, plantan cara ante una amenaza, una orden humillante o cualquier otro hecho que aceptan hasta ese momento y ahora consideran inaceptable, acostumbran a pensar que no hacen nada heroico, que hacen lo que parece necesario hacer, lo que es decente, desarrollan un acto de bondad, “la banalidad del heroísmo”<sup>288</sup>.

Hemos constatado que el heroísmo y la condición de héroe o heroína siempre son atribuciones sociales. Alguien más aparte del actor confiere ese honor a la persona y al acto: debe haber un consenso social en torno a su significado y sus consecuencias. Dependiendo de quién hace la atribución, unos son héroes y otros traidores. Eso significa que las definiciones de heroísmo siempre están ligadas a la cultura y a la época. Para que los actos de un héroe pasen a formar parte de la historia de una cultura deben ser anotados y conservados por personas instruidas que pueden transmitir lo sucedido a posteriores generaciones en forma escrita u oral. Por ese motivo las clases populares, las mujeres, los colectivos analfabetos, etc., tienen pocos héroes y heroínas conocidas si no hay un aparato político (un partido obrero por ejemplo) o un Estado que ensalza a dichos sectores<sup>289</sup>.

Por último, hoy hay un desplazamiento de la mirada del héroe excepcional, el combatiente, el obrero consciente, el líder popular, etc.,

<sup>288</sup> Philip Zimbardo (2008): 593.

<sup>289</sup> Philip Zimbardo (2008): 566-567.

que contaba con consenso social, a la víctima. El recuerdo de los combatientes pierde toda dimensión ejemplar, salvo como un modelo negativo: se impone el humanitarismo como la gran causa y se censura el fanatismo de la utopía y de las ideologías<sup>290</sup>. Los héroes sacrificiales dispuestos a inmolarse por una causa son vistos como fanáticos capaces de matar con la excusa de un fin noble, sacrificando chivos expiatorios en nombre de la ideología. A esta moral execrable que produce héroes y verdugos, a menudo al azar de las circunstancias, anteponen una moral apolítica que se preocupa del ser humano real, evita provocar víctimas o las socorren: estos son los que encarnan las virtudes del humanitarismo<sup>291</sup>.

## 6. - BIBLIOGRAFÍA

-Marín, Dolors (2010): *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*. Ariel, Barcelona.

-Masjuan, Eduard (2009): *Un héroe trágico del anarquismo español. Mateo Morral, 1879-1906*. Icaria, Barcelona.

-Nash, Mary (1999): *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Taurus, Madrid.

-Núñez Florencio, Rafael (1983): *El terrorismo anarquista (1888-1909)*. Siglo XXI, Madrid.

-Paniagua Fuentes, Javier (2008): *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*. Síntesis, Madrid.

-Pérez Ledesma, Manuel (1987): *El obrero consciente*. Alianza, Madrid.

-Traverso, Enzo (2007): *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*. PUV, Valencia.

-Vicente, Laura (2013): *Historia del anarquismo en España*. Catarata, Madrid.

-VVAA (2017): *En el alba del anarquismo. Anselmo Lorenzo, 1914-2014*. Calumnia, Mallorca.

Zimbardo, Philip (2008): *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*. Paidós, Barcelona.

<sup>290</sup> Enzo Traverso (2007): 14.

<sup>291</sup> Max Weber (1919): *La política como vocación*. <http://disenso.info/wp-content/uploads/2013/06/La-politica-como-vocacion-M-Weber.pdf> El cambio de mirada se basa en la distinción que señala Weber en este trabajo entre la “ética de la convicción” y la “ética de la responsabilidad”. Hoy se opone la segunda a la primera como la única capaz de tomar en cuenta las consecuencias de cada acción a fin de excluir aquellas que desembocan en el mal.



# LOS ROSTROS DEL HÉROE MILITAR: EL *ESPADÓN*, EL *CIRUJANO DE HIERRO* Y EL *KATECHON*

Pedro Carlos González Cuevas

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ISSN: 2386-2491

## RESUMEN:

El método histórico, como señaló Wilhelm Dilthey, “consiste siempre en formar conceptos que expresen el ser propio de la época”<sup>292</sup>. La figura del héroe es una figura universal, que aparece en todas las épocas y culturas. Según el psicoanalista Joseph Campbell, se trata de una suerte de arquetipo inherente a la psique humana<sup>293</sup>. Sin embargo, el concepto de héroe se encuentra relacionado históricamente con las variaciones en el espíritu del tiempo.

## ABSTRACT:

The historical method, as Wilhelm Dilthey pointed out, "consists always in forming concepts that express the being of the age." The figure of the hero is a universal figure, who appears in all times and cultures. According to the psychoanalyst Joseph Campbell, it is a kind of archetype inherent to the human psyche. However, the concept of hero is historically related to variations in the spirit of time.

**PALABRAS CLAVE:** *Militar, dictador, katechon, Guerra Civil, líder.*

**KEYWORDS:** *Military, dictator, katechon, Civil War, leader.*

---

<sup>292</sup> Wilhelm Dilthey, *Mundo histórico*. FCE. México, 1944, p. 313.

<sup>293</sup> Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. FCE. México, 2016, pp. 17-62.

## 1.- HEROÍSMO Y ESPÍRITU DEL TIEMPO.

El estudio del espíritu del tiempo supone la exploración de todas las magnitudes de un período, sin desdeñar ninguna dimensión representativa de la vida humana. Implica, además, la aceptación de los cambios de mentalidad de los humanos según las distintas épocas. La fuente principal del espíritu del tiempo son los intelectuales, unas veces porque lo configuran; otras porque dan fe de él.

Como portavoces o como guías, como testigos o como autores, siempre hay unos hombres de pluma que dan contenido y perfil a las épocas. En ese sentido, el concepto contemporáneo de héroe se encuentra directamente ligado al romanticismo. Como movimiento estético y, a la vez, social y político, el romanticismo es de una gran ambigüedad ideológica. Como señala Carl Schmitt: “Hay un romanticismo de la energía y uno de la decadencia, romanticismo como vida inmediata y actual y romanticismo como fuga hacia el pasado y a la tradición”<sup>294</sup>. No obstante, una de las facetas esenciales del romanticismo ha sido el culto a la originalidad y al genio, frente a la progresiva homogenización de las sociedades europeas. Y es que, como señaló Alexis de Tocqueville, el advenimiento de la democracia llevaba consigo una nueva visión e interpretación de la historia, basada en la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual<sup>295</sup>.

La esencia de ese culto era el concepto de héroe y de lo heroico, que resaltaron los escritores y poetas alemanes del movimiento

*Sturd und Drang* de Weimar<sup>296</sup>. Sin embargo, el concepto de héroe romántico tuvo su máxima expresión en la obra del historiador escocés Thomas Carlyle. No obstante, Carlyle, a diferencia de los románticos alemanes, no insistía en el desenlace trágico de una trayectoria vital, sino a un personaje histórico que se esforzaba en desarrollar su personalidad y cuyo ímpetu procedía de su propio interior. Los héroes eran “los Conductores de hombres”; y la historia universal era “la Historia de los Grandes Hombres que han actuado en él”. En ese sentido, destacaba las figuras de Cromwell y Napoleón<sup>297</sup>. En la lejana y democrática Norteamérica, Ralph Waldo Emerson desarrolló el concepto de “hombres representativos”. El gran hombre era aquel que “habita en una esfera superior de pensamiento, a la que otros ascienden con trabajo y dificultades”<sup>298</sup>. El heroísmo consistía, para Emerson, en una “actitud militar del alma”, basada en el “desprecio de la seguridad y tranquilidad que constituyen los atractivos de la guerra”. “El heroísmo es la obediencia a un impulso interior del carácter individual”<sup>299</sup>. El propio Hegel hizo referencia a “los individuos históricos” como aquellos que “realizan el fin conforme al concepto superior del espíritu”. “En ese sentido hay que llamarles *héroes*”<sup>300</sup>.

<sup>296</sup> Rudiger Safranski, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Tusquets. Barcelona, 2012, pp. 66 ss. George L. Mosse, *La cultura europea del siglo XIX*. Ariel. Barcelona, 1997, pp. 56 ss.

<sup>297</sup> Thomas Carlyle, *Tratado de los héroes., de su culto y de lo heroico en la Historia*. Obras Maestras. Barcelona, 1984, pp. 3-5.

<sup>298</sup> Ralph Waldo Emerson, *Hombres representativos*. Cátedra. Madrid, 2008, pp. 51 ss.

<sup>299</sup> Ralph Waldo Emerson, “Heroísmo”, en *Confianza en uno mismo y otros ensayos*. Biblok. Barcelona, 2015, pp. 242-243.

<sup>300</sup> G.W. F. Hegel, *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*. Alianza. Madrid, 2008, p. 91.

<sup>294</sup> Carl Schmitt, *Romanticismo político*. Universidad de Quilmes, 2001, p. 44.

<sup>295</sup> Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*. FCE. México, 2015, p. 453.

## 2. EL MILITAR COMO HÉROE DEFENSOR DEL ORDEN EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX.

La sociedad española en modo alguno fue ajena al espíritu romántico del tiempo. Como señaló José Luis López Aranguren, el romanticismo español fue “mucho más importante en el plano existencial que en el literario”. Y es que “el romanticismo encarnado y vivido por los españoles apareció, a los ojos de los europeos, como la *realización* del romanticismo, el romanticismo hecho existencia”. El romanticismo español legó una serie de figuras, no siempre imaginadas, como realmente vividas: el Conspirador, el Bandido, la Gitana, el Mendigo y, por supuesto, el General romántico<sup>301</sup>.

No resulta extraño que el militar se perfilara, en la España liberal, como héroe. Las resistencias tradicionales al liberalismo, representadas por el absolutismo fernandino y luego por el carlismo, tuvieron como consecuencia la tutela militar del nuevo régimen. El Ejército se convirtió en el baluarte por antonomasia contra el tradicionalismo carlista. Por otra parte, los propios liberales fueron incapaces de articular lo que Julien Freund ha denominado “Estado agonal”, es decir, una situación política que lograra desactivar los conflictos dentro del propio liberalismo y sustituirlos por otras formas de rivalidad, conocidas como competición, competencia o concurso<sup>302</sup>. Por ello, el sistema parlamentario español, en la época de Isabel II, resultó falaz. Y el Ejército hubo de ejercer la tutela del régimen liberal<sup>303</sup>. Así, el militar se configuró, en una

serie de individualidades, como la representación del héroe romántico: Riego, Torrijos, Diego de León, Fernández de Córdoba, Serrano, Prim, Narváez y O'Donnell<sup>304</sup>. Sin duda, el militar más popular de la época fue Baldomero Espartero, a cuya figura se dedicaron, todavía en vida, numerosas biografías, novelas e incluso poemas<sup>305</sup>.

Sin embargo, el progresismo que acaudillaba Espartero careció de pensadores políticos de talla. Por el contrario, una de las primeras teorizaciones de la dictadura militar en el contexto del régimen liberal vino de la pluma del moderado Juan Donoso Cortés, quien, en sus *Lecciones de Derecho Político*, condenaba tanto la soberanía de derecho divino como la soberanía popular, expresadas ambas en el principio de omnipotencia social, es decir, en la tiranía. En su lugar, defendía la soberanía de la “inteligencia”, encarnada socialmente en las clases medias. En circunstancias normales, la soberanía de la “inteligencia” debería estar limitada por los derechos de los ciudadanos propietarios y los contrapesos institucionales. Sin embargo, ello no podía ser una constante. Aquí Donoso introducía su reflexión sobre el estado de excepción y la dictadura, necesarios cuando imperase la “anarquía” insurreccional y/o revolucionaria. Durante la situación excepcional, la “inteligencia” y la omnipotencia se encarnaban política y socialmente en el “hombre fuerte”<sup>306</sup>.

---

Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España*. Alianza. Madrid, 2009.

<sup>304</sup> Véase Raquel Sánchez García, “La leyenda del caballero. Diego de León entre los héroes militares”, en *Románticos españoles. Protagonistas de una época*. Síntesis. Madrid, 2005, pp. 121-149.

<sup>305</sup> Véase Marie-Hélène Buisone Soubeyroux, “Espartero, l’armée, le peuple et la politique”, en Jean Claude Rabaté, *L’Armée dans la société espagnole 1808-1939*. Editions du Temps. Nantes, 2003, pp. 100 ss. Raúl Martínez Arranz, “Espartero: figuras de legitimidad”, en José Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*. CIS. Madrid, 1987, pp. 101 ss.

<sup>306</sup> Juan Donoso Cortés, “Lecciones de Derecho Político”, en *Obras Completas*. Tomo I. BAC. Madrid, 1970, pp. 349 ss.

---

<sup>301</sup> José Luis López Aranguren, *Moral y sociedad. La moral social española en el siglo XIX*. Edicusa. Madrid, 1974, pp. 85-87.

<sup>302</sup> Julien Freund, *Sociología del conflicto*. Ediciones Ejército. Madrid, 1995, pp. 72 ss.

<sup>303</sup> Véase Stanley G. Payne, *Ejército y sociedad en la España liberal, 1808-1936*. Akal. Madrid, 1976.

En esta etapa, Donoso siempre plantearía el tema de la dictadura en un sentido “comisario”, es decir, en defensa del régimen político vigente; no en sentido “soberano”, a la hora constituir un sistema político nuevo<sup>307</sup>. No obstante, en su obra aparecen ya tendencias no sólo en defensa del régimen liberal moderado, sino de un decidido antisocialismo y de admiración por las nuevas tendencias cesaristas personificadas en la figura de Luis Napoleón Bonaparte. Y es que el sistema liberal entró claramente en crisis a raíz de las revoluciones de 1848. La caída de Luis Felipe de Orleans en Francia fue el inicio de una serie de revoluciones que pusieron en cuestión el orden social y político postnapoleónico. La alarma producida por los acontecimientos franceses llevó, por tanto, al general Narváez, el líder militar de los moderados, a la asunción de los poderes excepcionales<sup>308</sup>. Al mismo tiempo, la oleada revolucionaria de 1848 contribuyó a exacerbar las posiciones políticas de Donoso Cortés, para quien la caída de la Monarquía de Julio no suponía un simple cambio de régimen político; se trataba del primer intento de revolución socialista ocurrido en Europa. Su célebre discurso sobre la dictadura fue la manifestación más elocuente de este estado de ánimo. Donoso estimaba que cuando la religión había dejado de constituir el principal fundamento de la sociedad sólo quedaba el recurso a la fuerza. En este discurso, Donoso no añade nada nuevo a lo ya dicho en sus *Lecciones de Derecho Político*, limitándose a aplicar su esquema a la situación nacional, defendiendo la dictadura del general Narváez. Reitera que la dictadura está más allá de las leyes positivas vigentes; y que ésta debe encontrarse en “una mano”<sup>309</sup>.

En otros discursos, Donoso se dirige ya no sólo a las elites dirigentes españolas; lo hace

igualmente a las europeas, aconsejándoles nuevas formas de acción política. En aquel contexto, Donoso no veía más solución que “la disolución de todos los partidos antiguos y la formación de uno nuevo”, que aglutinara a las fuerzas sociales conservadoras: Iglesia, Ejército, Monarquía, aristocracia, burguesía, etc. A ese respecto, estableció un paralelo entre las figuras del militar y del sacerdote, en cuyas manos se encontraba el porvenir de las sociedades europeas: “El encargo del militar es velar por la independencia de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa”<sup>310</sup>.

Narváez en España y Luis Napoleón Bonaparte en Francia eran los héroes de Donoso. Nombrado embajador en París, el político extremeño tuvo oportunidad de contemplar el desarrollo del bonapartismo, convertido, en su opinión, en “el representante de la reacción universal”; y cuya fuerza descansaba en haber buscado sus puntos de apoyo tanto en el Ejército como en la Iglesia, “los dos grandes instrumentos de la organización y conservación que existen en el mundo”. No ocultaba Donoso entonces su desprecio hacia la burguesía, “la clase discutidora”, carente de las dos grandes virtudes de toda minoría dirigente: “la obediencia y la capacidad de mando”<sup>311</sup>.

Hasta su final en septiembre de 1868, el régimen isabelino vivió bajo la hegemonía militar. Narváez siguió siendo el líder de facto de los moderados; Espartero lo fue de los progresistas y Leopoldo O’Donnell de la Unión Liberal. Cada vez más monopolizado por el moderantismo, el régimen fue objeto de rechazo por los restantes grupos políticos. Las conspiraciones contra Isabel II se multiplicaron. Llegó a firmarse el pacto de Ostende entre progresistas, unionistas y demócratas para acabar con el monopolio moderado. La muerte de Narváez y de

<sup>307</sup> Carl Schmitt, *La dictadura*. Revista de Occidente. Madrid, 1968.

<sup>308</sup> Véase Sonsoles Cabeza Sánchez Albornoz, *Los sucesos del 48 en España*. FUE. Madrid, 1981.

<sup>309</sup> Juan Donoso Cortés, “Discurso sobre la dictadura”, en *Obras Completas*. Tomo II. BAC. Madrid, 1970, pp. 218 ss.

<sup>310</sup> Juan Donoso Cortés, “Discurso sobre la situación de Europa”, en *Obras Completas*. Tomo II. BAC. Madrid, 19970, p. 465.

<sup>311</sup> *Ibidem*; pp. 792, 827, 851, 853 ss.

O'Donnell contribuyó a agravar en mayor medida esa situación. El 18 de septiembre de 1868 tuvo lugar un pronunciamiento militar cuya figura más emblemática fue el general Juan Prim Prats, conocido como el “héroe de los Castillejos” por su exitosa participación en la guerra de África<sup>312</sup>. El golpe militar acabó no sólo con el moderantismo, sino con Isabel II como reina de España. Además, inauguró un período inédito no sólo en España, sino en el resto de Europa, ya que el gobierno provisional decretó la instauración del sufragio universal masculino y la libertad de cultos. La Constitución de 1869 fue la primera constitución democrática de la historia española. Sin embargo, la coalición gobernante, integrada por unionistas, progresistas y demócratas, nunca llegó a ser estable. En un primer momento, la figura carismática de Prim contribuyó a la cohesión política, pero su asesinato dejó al nuevo monarca, Amadeo de Saboya, y al nuevo régimen sin una base política sólida. El príncipe italiano careció de legitimidad ante el conjunto de la población. Los acontecimientos posteriores –fracaso de la Monarquía amadeísta, insurrección carlista, la Comuna de París, el advenimiento de la I República, el cantonalismo, la guerra de Cuba, etc- generaron en el grueso de la opinión pública el “Gran Miedo”<sup>313</sup> y contribuyeron eficazmente a realzar el movimiento monárquico alfonsino dirigido por Antonio Cánovas del Castillo. El 29 de diciembre de 1874 el general Arsenio Martínez de Campos proclamaba al príncipe Alfonso en Sagunto rey de España. Se iniciaba así el período de la Restauración.

### 3. CÁNOVAS DEL CASTILLO: LA RACIONALIZACIÓN DEL MILITARISMO.

<sup>312</sup> Véase Pere Anguera, *El general Prim. Biografía de un conspirador*. Edhasa. Barcelona, 2003.

<sup>313</sup> José María Jover Zamora, *La imagen de la I República en la España de la Restauración*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1981.

Con frecuencia, se ha presentado al período de la Restauración como un paréntesis en la tradición militarista que ha caracterizado a la historia contemporánea española<sup>314</sup>. Sin embargo, su máximo representante, Antonio Cánovas del Castillo, siempre se encontró muy cerca de Donoso Cortés en lo relativo a la legitimación de los estados de excepción y de la dictadura. Durante el Sexenio, Cánovas consiguió en dos ocasiones salir elegido diputado. En sus intervenciones parlamentarias, propugnó un “rey de acero” que “combata frente a frente a la demagogia que hoy impera, y la reduzca al silencio, y restablezca el orden y la disciplina en el país, y devuelva a los intereses conservadores el puesto que deben tener en una sociedad bien organizada”. No obstante, una de sus intervenciones más significativas fue en la que dio su apoyo a la decisión gubernamental de prohibir la I Internacional en suelo español tras los sucesos de la Comuna de París. Su condena de la Internacional fue rotunda; e invocó la necesidad de “un cesarismo formidable”<sup>315</sup>.

Ya en el poder, Cánovas situó el problema de la dictadura, como lo había hecho Donoso Cortés, no en términos de legalidad, sino de necesidad y eficacia. En circunstancias excepcionales, la omnipotencia de la autoridad estatal no debería carecer de límites. Las circunstancias excepcionales eran la revolución o el peligro revolucionario: “El legítimo ejercicio de la soberanía se escinde al juicio de la mayoría y quizá al de toda la nación. Si surge entonces *algún hombre extraordinario* que interprete y finalmente ejecute aquella que tal o cual nación necesita y debiera querer en sus condiciones del momento, es, ha sido y será siempre, pese a quien pese, un legítimo soberano”<sup>316</sup>. Hasta el

<sup>314</sup> Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*. IEE. Madrid, 1984.

<sup>315</sup> Diario de Sesiones del Congreso, 8-IV-1869, 11-XII-1869, 6-VI-1870, 3-XI-1871, 6-XI-1871.

<sup>316</sup> Antonio Cánovas del Castillo, *Problemas Contemporáneos*. Tomo II. Madrid, 1890, p. 170.

final de sus días, Cánovas sostuvo que “los ejércitos serán por largo plazo, quizá para siempre, robusto sostén del presente orden social, e invencible dique a las tentativas ilegales del proletariado, que no logrará por la violencia otra cosa sino derramar inútilmente su sangre en desiguales batallas”<sup>317</sup>.

A lo que Cánovas siempre se opuso fue a los pronunciamientos militares del partido. Por ello, vio en la Monarquía el instrumento para estabilizar el orden liberal, poniendo fin a la preponderancia militar directa, mediante la figura del “Rey-Soldado”<sup>318</sup>. La prerrogativa regia respecto al mando de las Fuerzas Armadas era el elemento esencial para lograr la estabilidad del sistema. Se trataba de unificar al máximo el poder fáctico en torno a un solo centro de obediencia y lealtad política<sup>319</sup>.

De esta forma, se creó una relación entre el Ejército y el monarca que no pasaba necesariamente por el gobierno. El canovismo consiguió erradicar los pronunciamientos al viejo estilo, pero no el militarismo en sí, que adquirió nuevos perfiles y nuevos contenidos. La Ley Constitutiva del Ejército de 1878 fue el reflejo de la autonomía disfrutada por las Fuerzas Armadas en el interior del Estado con respecto a la misma Constitución. La Ley definía como objetivo de la institución “defender la Patria de los enemigos exteriores e interiores”. No era el Parlamento el que se identificaba desde tales supuestos con la Patria, sino el Ejército profesional, que entraba así en el terreno de las concepciones que podía compartir con la propia Monarquía. Al igual que ésta se situaba sobre la nación y sobre la Constitución. En consecuencia, a lo largo de la Restauración las

suspensiones de las garantías constitucionales fueron constantes y las atribuciones del Ejército sobre todo en lo relativo al orden público aumentaron considerablemente<sup>320</sup>.

#### 4. LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN: DICTADURA “TUTELAR” Y ESPÍRITU DEL 98.

Sin duda, Cánovas triunfó donde moderados y progresistas habían fracasado. Logró un consenso básico entre las distintas familias del liberalismo mediante su pacto con Sagasta. Durante la Restauración, los españoles disfrutaron, al menos en teoría, de amplias libertades. Sin embargo, el régimen de la Restauración no podía considerarse como expresión política del conjunto nacional. Alta burguesía, aristocracia e Iglesia católica gozaban de grandes privilegios. Y la vida política se configuró, en realidad, como patrimonio de un reducido grupo de profesionales de la política, “los amigos políticos”, que actuaban siguiendo sus propios criterios, y cuyo poder se basaba en el clientelismo, el caciquismo y la desmovilización de la mayoría de la población<sup>321</sup>.

En este contexto, el tema de los poderes excepcionales reapareció en la obra de algunos intelectuales como Joaquín Costa, quien estimaba que la dictadura era un recurso extremo, pero normal, y que incluso podía estar previsto en la Constitución. La

<sup>317</sup> Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos en el Ateneo*. Fundación Cánovas del Castillo. Madrid, 1981, p. 226.

<sup>318</sup> Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España*. Alianza. Madrid, 2009, pp. 110-115.

<sup>319</sup> Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos parlamentarios*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1987, pp. 311-312.

<sup>320</sup> Véase Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*. Alianza. Madrid, 1983.

Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Alianza. Madrid, 1990. Joaquín Lleixá, *Cien años de militarismo en España*. Anagrama. Barcelona, 1986. Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España*. Alianza. Madrid, 2009. Rafael Núñez Florencio, *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*. CSIC. Madrid, 1990.

<sup>321</sup> Véase José Varela Ortega, *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1878-1900)*. Alianza. Madrid, 1977.

dictadura tenía una función “terapéutica”, “medicinal” o “curativa” y, por lo tanto, respetable; lo que, traducido al lenguaje jurídico, se convierte en “tutelar”. La dictadura era, para Costa, una tutela excepcional y plena que ciertas naciones requieren en etapas de inmadurez o crisis<sup>322</sup>. Por su parte, Rafael Altamira pronunció en el Ateneo madrileño una conferencia titulada “El problema de la dictadura tutelar en la Historia”, donde se declaraba partidario de la legalización y ordenación jurídica de la dictadura. Para avalar sus tesis, el historiador levantino no sólo citó a Costa, sino a Carlyle, Donoso Cortés, Napoleón III y Emerson. El problema fundamental era, a su juicio, “la explicación de cómo de un pueblo infante, o enfermo, y aún moribundo, se pueden producir personalidades vivas y superiores que saquen al pueblo mismo de su estado inferior”<sup>323</sup>.

En un sentido análogo, se pronunciaron arbitristas como Lucas Mallada o Ricardo Macías Picavea. Ambos propugnaban una serie de reformas económicas e institucionales que no podrían llevarse a cabo a través del Parlamento, sino mediante el recurso a la dictadura. Mallada aludió a un “Caudillo”, mientras que Macías Picavea hizo referencia a un “hombre histórico”<sup>324</sup>.

A ese respecto, el Desastre de 1898 supuso un auténtico aldabonazo nacional, al menos a nivel de élite intelectual y política. Los valores en que hasta entonces se había asentado el concepto de patria española y la legitimidad del régimen político se hundieron y no se veía claro el futuro nacional. Un acontecimiento que favoreció la emergencia de los nacionalismos periféricos catalán y

vasco, algo que demostró a su vez la debilidad del entramado estatal. Todo lo cual pareció dar la razón a los críticos del régimen. En concreto, Joaquín Costa exigió la jubilación de la clase política. Y es que la situación española se asemejaba a la de Francia tras la derrota de Sedán y los gobernantes españoles debían sufrir la suerte de Napoleón III y sus partidarios<sup>325</sup>. El Parlamento era “órgano de oligarcas, un simulacro de Parlamento”. Los partidos eran “oligarquías de personajes sin ninguna raíz en la opinión ni más fuerza que la puramente material que les comunica la posesión de la Gaceta”. Esta denuncia era complementaria de su célebre tesis sobre la constitución real de España como cacicato oligárquico<sup>326</sup>. Costa no confiaba en el Parlamento para llevar a cabo las reformas que la sociedad española necesitaba; tampoco en la dinastía. Su fórmula política unía el elitismo y el populismo. El aragonés popularizó el lema de “la revolución desde arriba”. El primer impulso debía proceder de la elite y apoyarse en las llamadas “clases neutras”. El gobernante costista era resueltamente autoritario: el llamado “cirujano de hierro”, “brazos de acero”, “mucho bisturí”, capaz de aplicar un “tratamiento quirúrgico”. Y esta era su descripción de su acción gubernamental: “Se requiere sajar, quemar, reseca, amputar, extraer pus, transfundir sangre, injertar músculo, una verdadera política quirúrgica”<sup>327</sup>.

Por su parte, el republicano José Nakens opinaba que la dictadura era “la única idea viable para traer y consolidar la república”. Se trataba de una dictadura “nacida de la conjunción del pueblo y del ejército, a cuyo frente se pusiera un militar para garantizar la eficacia de la acción”<sup>328</sup>.

<sup>322</sup> Joaquín Costa, “La vida del Derecho, ensayo sobre el Derecho consuetudinario”, en *Obras*. Tomo VI. Guara. Zaragoza, 1982, pp. 235-239.

<sup>323</sup> Rafael Altamira, “El problema de la dictadura tutelar en la Historia” (1895), en *De Historia y Arte. Estudios críticos*. Madrid, 1898, pp. 149-150 y 168.

<sup>324</sup> Lucas Mallada, *Los males de la Patria*. Madrid, 1890. Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional*. Madrid, 1899.

<sup>325</sup> Joaquín Costa, *¿Quiénes deben gobernar después de la catástrofe?*. Madrid, 1900, p. 32.

<sup>326</sup> Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo* (1902). Tomo II. Revista de Trabajo. Madrid, 1975, p. 94.

<sup>327</sup> *Ibidem*, pp. 81, 86 y 110.

<sup>328</sup> José Nakens, *La dictadura republicana. Artículos publicados recientemente*. Madrid, 1905.

Sin embargo, el régimen de la Restauración logró sobrevivir. La rapidez de la derrota ante Estados Unidos y la atonía con que fue recibida por el conjunto de la población impidieron la consiguiente articulación de una alternativa autoritaria, como había ocurrido en Francia con el general Boulanger. En un primer momento, se habló de una dictadura encabezada por el general Valeriano Weyler, que se había distinguido en la guerra de Cuba, pero pronto fue descartada. Apareció igualmente la figura del general Camilo Polavieja, antiguo capitán general de Filipinas, conocido como “el general cristiano”, bien visto en la Corte y en un sector de la jerarquía católica; pero pronto fue hábilmente neutralizado por los dirigentes de los partidos dinásticos<sup>329</sup>.

No obstante, el régimen nunca se repuso del proceso deslegitimador iniciado por los regeneracionistas. De hecho, un importante sector de sus élites políticas asumió el contenido de no pocas de las críticas de Costa, Macías Picavea o Mallada. La Restauración quedó estigmatizada como un régimen basado en la oligarquía y el caciquismo. No obstante, los proyectos reformistas de Antonio Maura y José Canalejas fracasaron<sup>330</sup>. A pesar de ello, tampoco surgió ninguna alternativa autoritaria o la figura carismática de un militar que pudiera llevar a cabo los planteamientos regeneracionistas. En ese sentido, la figura del nuevo monarca, Alfonso XIII, resultó de singular importancia. Alfonso XIII se sintió identificado con el papel de “Rey-Soldado”, y, en lo sucesivo, se inclinó de parte de los militares cuando se

<sup>329</sup> Véase Melchor Fernández Almagro, “Polavieja”, *En torno al 98. Política y literatura*. Madrid, 1948, pp. 49 ss. José Andrés Gallego, “Regeneracionismo y política confesional”, en *Archivo Hispalense* n.º 166, 1971, pp. 52 ss. Joaquín Romero Maura, *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*. Alianza. Madrid, 1989, pp. 35 ss.

<sup>330</sup> Véase María Jesús González Hernández, *El universo conservador de Antonio Maura*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1997. Salvador Forner, *Canalejas. Un liberal reformista*. Gota a Gota. Madrid, 2014.

producían conflictos entre éstos y el poder civil, procurando mantener la unidad de las Fuerzas Armadas<sup>331</sup>.

Al mismo tiempo, la sociedad española, como el resto de las sociedades europeas, experimentó una suerte de “revolución intelectual”, que ponía en cuestión sus fundamentos de culturales y religiosos. La filosofía volvía a teñirse de vitalismo e irracionalismo, tributario de los planteamientos de Nietzsche, Schopenhauer o Bergson. Una suerte de neorromanticismo se abría paso en el horizonte. Lo irracional resurgía<sup>332</sup>. Este tipo de “revolución intelectual” tuvo una clara repercusión en España a través de lo que podemos denominar “el espíritu del 98”<sup>333</sup>, heredero igualmente de los tópicos regeneracionistas. Y es que el tono unánime de sus representantes, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, “Azorín” o Valle Inclán, fue, en todo momento, crítico y opositor, una apelación, a su vez, tributaria del ambiente filosófico del período, influido, sobre todo, por Nietzsche, Carlyle o Schopenhauer<sup>334</sup>. Algo que explica el voluntarismo que caracteriza al conjunto de su obra. Los representantes del “espíritu del 98” no fueron liberales ni demócratas; combatieron los valores tradicionales y aspiraron a una España nueva. El más identificado con los valores militares fue, sin duda, Ramiro de Maeztu, quien en todo

<sup>331</sup> Véase Carolyn P. Boyd, “El Rey-Soldado. Alfonso XIII y el Ejército”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Marcial Pons. Madrid, 2003, pp. 213 ss.

<sup>332</sup> H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930*. Aguilar. Madrid, 1972. John W. Burrow, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*. Crítica. Barcelona, 2001.

<sup>333</sup> Gonzalo Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*. Rialp. Madrid, 1979, pp. 55 ss.

<sup>334</sup> Véase Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*. Gredos. Madrid, 1967. Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Trotta. Madrid, 1996, pp. 324 ss. José Luis Abellán, *Sociología del 98*. Península. Barcelona, 1973.

momento se autodefinió como militarista convencido<sup>335</sup>.

De la misma forma, ha podido hablarse de un noventayochismo militar<sup>336</sup>, cuyo principal representante fue Ricardo Burguete, combatiente y laureado en Cuba. Su personaje Zorrapastro, trasunto del Zaratustra nietzscheano, es el transgresor que se burla de los valores tradicionales, en pos una perspectiva vitalista representada por “Nietzsche y sus discípulos, con D’Annunzio a la cabeza”, apologistas de “la guerra y los guerreros para formar el superhombre<sup>337</sup>. Burguete admiraba el Japón Meiji, que, mediante una auténtica revolución desde arriba, había logrado no sólo derrotar a la decadente Rusia zarista, sino aunar el valor moral tradicional con el progreso técnico; algo que contrastaba con la “resignación política” reinante en España<sup>338</sup>.

Una perspectiva regeneradora que puede verse igualmente en la obra de Joaquín Fanjul, *Misión social del Ejército*, en cuyas páginas expresaba su pensamiento sobre la milicia, la política y la reforma social. Para Fanjul, el Ejército era la representación de la Patria, “el pueblo mismo”; y, en ese sentido, debía convertirse en educador de las masas. Era, además, el garante de una nueva religión, “la de la Patria”<sup>339</sup>.

Por otra parte, la ofensiva de los nacionalistas periféricos, sobre todo en Cataluña, dio mayor empuje a la progresiva militarización de las instituciones, como lo demostraba la Ley de Jurisdicciones que dio

al Ejército extensas facultades censoras sobre la prensa<sup>340</sup>.

Otro factor decisivo a la hora de perfilar el rol del estamento militar en la vida política fue la guerra de Marruecos, que dio lugar no sólo a un importante sector en el Ejército, los “africanistas”, sino a la fundación de la Legión, en la que se formó una nueva élite militar con figuras carismáticas como José Millán Astray, Rafael Valenzuela o Francisco Franco<sup>341</sup>.

#### 4. LA GUERRA CIVIL EUROPEA Y LA RESURRECCIÓN DEL HEROÍSMO.

A la crisis política y de identidad nacional de 1898, se sumó una profunda crisis social. A pesar de su neutralidad en la Gran Guerra, la sociedad española sufriría las consecuencias del conflicto. Al final de la guerra, el conjunto de las sociedades europeas entraron en una fase de inquietud interna y de inestabilidad política y social. La Monarquía cayó en Rusia, Grecia, Alemania, Hungría y Austria. Este eclipse de la legitimidad tradicional favoreció el desarrollo de otras legitimidades como la democrática y la carismática<sup>342</sup>.

Por otra parte, la nueva coyuntura abrió un período descrito por el historiador Charles S. Maier como de “refundación” de la Europa capitalista, en la que fue fraguándose una alternativa social y política a la movilización de masas suscitada por la guerra y por la crisis revolucionaria surgida a partir del triunfo de

<sup>335</sup> Véase Pedro Carlos González Cuevas. *Maextu. Biografía de un nacionalista español*. Marcial Pons. Madrid, 2003.

<sup>336</sup> Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco. Un siglo de España*. Tomo I. Editora Nacional. Madrid, 1972, pp. 66-67.

<sup>337</sup> “El Comandante”, *Así habla Zorrapastro*. Madrid, s/f, pp. 48 ss.

<sup>338</sup> Ricardo Burguete, *Morbo nacional*. Madrid, 1906, p. 85.

<sup>339</sup> Joaquín Fanjul, *Misión social del Ejército*. Madrid, 1907, pp. 10, 17 ss.

<sup>340</sup> Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional*. Alianza. Madrid, 1983, pp. 277 ss. Ricardo Lezcano, *La Ley de Jurisdicciones, 1905-1906 (Una batalla perdida por la libertad de expresión)*. Akal. Madrid, 1978.

<sup>341</sup> José Millán Astray, *La Legión*. Madrid, 1922, pp. 11, 21, 23, 33, 34.

<sup>342</sup> Guiglelmo Ferrero, *El Poder. Los Genios Invisibles de la Ciudad*. Tecnos. Madrid, 1991, pp. 147 ss.

los bolcheviques en Rusia. Por de pronto, la crisis implicó un profundo cuestionamiento de los fundamentos del Estado liberal y del sistema parlamentario. Y es que la sociedad no podía ya ser concebida como un mero conglomerado de individuos; tampoco podía seguirse manteniendo que la voluntad política fuese el resultado de la agrupación de voluntades individuales. De esta forma, el conjunto de las sociedades europeas asistió a la construcción de un nuevo sistema sociopolítico. Maier denomina a este nuevo sistema “corporativo”, cuya edificación implicaba la creación de nuevos mecanismos de distribución del poder que favorecieran a las fuerzas organizadas de la sociedad en detrimento de los parlamentos<sup>343</sup>. Como señalaría Carl Schmitt, el Parlamento parecía en aquellos momentos “más una enorme *Antichambre* de las oficinas o las comisiones de los invisibles poderosos”<sup>344</sup>.

Además, la experiencia de la guerra y la emergencia de movimientos de masas – católico-corporativos, socialistas, comunistas, fascistas, nacional-socialistas- suscitaron la aparición de nuevos tipos de liderazgo político. La figura del “héroe” resurgía. En su *Psicología de las masas*, Sigmund Freud insistió en la importancia del liderazgo –caudillo- en la configuración de las sociedades: “El padre primitivo es el ideal de la masa, y este ideal domina al individuo, sustituyendo a su ideal del yo”<sup>345</sup>. Significativamente, Freud envió su libro *El porqué de la guerra*, a Benito Mussolini, con una dedicatoria: “De un anciano que saluda en el Duce al héroe de la cultura”<sup>346</sup>. El liderazgo carismático adquirió nueva relevancia. Tal como lo definiera Max Weber,

la autoridad carismática, como tipo-ideal, reposa sobre las cualidades que hacen aparecer al jefe como hombre dotado de poderes excepcionales. El “carisma” es una cualidad determinada por percepciones subjetivas de los partidarios ganados a la causa, garantizada por la lealtad individual, derivada de las hazañas y hechos de los que el jefe había sido protagonista<sup>347</sup>. En ese sentido, el sociólogo Robert Michels hizo referencia a “la institución del duce”<sup>348</sup>.

En el nacimiento de los movimientos fascistas, el principio carismático sirvió de elemento motor de unificación, movilización y legitimación. Las figuras de Mussolini e Hitler sirvieron a sus respectivos movimientos y regímenes para rebasar las reivindicaciones y los intereses particulares gracias al ideal primordial de unidad nacional y popular que representaban<sup>349</sup>. Con Lenin y, sobre todo, con Stalin el marxismo revolucionario igualmente aceptaría el principio de liderazgo carismático, a la hora de garantizar la estabilidad política y la unidad del partido único. Posteriormente, se denominaría “culto a la personalidad”<sup>350</sup>.

En el mundo de la cultura y de la filosofía, el ideal heroico adquirió una nueva perspectiva. En *Ser y Tiempo*, Martin Heidegger defendió que el ser es un producto histórico y la historia se determina como una estructura ontológica fundamental, es decir, como una característica del ser. Trasladado este principio a la condición humana, Heidegger sostuvo que el individuo humano tenía dos opciones de vida: una actitud heroica o la

<sup>343</sup> Charles S. Maier, *La refundación de la Europa burguesa*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1988.

<sup>344</sup> Carl Schmitt, *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en la situación actual* (1923) Tecnos. Madrid, 2008, pp. 19 ss.

<sup>345</sup> Sigmund Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras Completas*. Tomo 7. Biblioteca Nueva. Madrid, 2006, pp. 2595, 2599.

<sup>346</sup> Véase Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo III. Lumen-Horné. Buenos Aires, 2006, p. 198.

<sup>347</sup> Max Weber, “El poder carismático”, en *Estructuras de poder*. Coayacán. México, 2012, pp. 67-91. Charles Lindholm, *Carisma*. Gedisa. Barcelona, 2001, pp. 42 ss.

<sup>348</sup> Robert Michels, *Introducción a la sociología política* (1927). Comares. Granada, 2006, pp. 106.

<sup>349</sup> Véase Ian Kershaw, “La mythe du Führer et la dynamique de l’Etat nazi”, en *Annales. ESC num. 3, mai-juin 1988*, pp. 593-614.

<sup>350</sup> Véase A. James Gregor, *Los rostros de Jano: marxismo y fascismo en el siglo XX*. Biblioteca Nueva/Universidad de Valencia. Valencia/Madrid, 2002.

existencia de rebaño que sigue la masa<sup>351</sup>. No muy distante de estos planteamientos, Max Scheler exaltó a los individuos excepcionales que actuaban como modelos de la encarnación de diversos ideales axiológicos, como el Santo, el Genio, el Héroe<sup>352</sup>. Oswald Spengler, en su célebre obra *La decadencia de Occidente*, profetizaba el advenimiento de la era de los Césares, cuyo principal antecedente había sido Napoleón, basado en el “poder personal”<sup>353</sup>.

En cualquier caso, el factor más relevante fue el desafío que implicó para el conjunto de las sociedades europeas el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. Por vez primera, la civilización burguesa-cristiana sufría una amenaza radical. El nuevo régimen soviético y el conjunto de los partidos comunistas desafiaban los fundamentos de esa sociedad: la religión, el mercado y la nación. En ese sentido, Carl Schmitt evocaría posteriormente la figura apocalíptica del *Katechon* –presente en la segunda epístola a los Tesalonicenses de San Pablo-, un dique, una fuerza que impediría, en términos teológico-políticos, el triunfo del Anti-Cristo<sup>354</sup>. A lo largo de lo que Ernst Nolte ha denominado “guerra civil europea”<sup>355</sup>, los nuevos regímenes políticos autoritarios/totalitarios, y sus dirigentes, iban a considerarse *katechon* frente al advenimiento del Anti-Cristo representado por el comunismo.

<sup>351</sup> Martin Heidegger, *Ser y Tiempo*. FCE. México, 1976, pp. 234 ss.

<sup>352</sup> Max Scheler, *El Santo, el Genio, el Héroe*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1961, pp. 85 ss.

<sup>353</sup> Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (1923). Tomo II. Duodécima edición. Madrid, 1976, pp. 503-504 ss.

<sup>354</sup> Carl Schmitt, *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*. Trotta. Madrid, 2005, pp. 63-64. Véase igualmente Massimo Cacciari, *El poder que frena. Ensayo de teología política*. Amorrortu. Buenos Aires, 2013, pp. 11-36.

<sup>355</sup> Ernst Nolte, *La guerra civil europea*. FCE. México, 1995.

## 5. MIGUEL PRIMO DE RIVERA: DICTADOR TUTELAR Y AUSENCIA DE CARISMA.

La sociedad española no fue ajena, ni podía serlo, a la nueva situación que implicaba una transición desde el liberalismo a la nueva sociedad corporativa. Sin embargo, este tránsito tuvo, naturalmente, su propia especificidad. No fue sólo la condición de neutral en la Gran Guerra lo que hizo que, en un primer momento, no se plantearan con tanta radicalidad los problemas de postguerra; fue igualmente la situación española, con el auge del localismo y de los nacionalismos periféricos, que adquirieron, a lo largo de la crisis, un nuevo protagonismo, impidiendo la cristalización de un movimiento conservador a nivel nacional; o el papel determinante de la Iglesia católica y del Ejército, la debilidad y el fraccionamiento de las burguesías y de las clases medias; y el papel marginal de España en el concierto internacional. No obstante, la crisis del Estado liberal español tuvo su fecha emblemática en 1917; y se produjo en diversas oleadas: aparición de las Juntas de Defensa; la asamblea de parlamentarios, configurada por los partidos políticos marginados del “turno” liberal/conservador; y la huelga general de agosto, protagonizada por el PSOE y los grandes sindicatos UGT y CNT, con el apoyo de los republicanos. A ello hay que añadir el permanente conflicto de Marruecos, agravado por el desastre de Annual; y el llamado “Trienio Bolchevique” en Andalucía y la conflictiva situación en Cataluña<sup>356</sup>. A diferencia de Italia, Alemania y otros países europeos, en España no tuvo lugar la emergencia de partidos de corte

<sup>356</sup> Véase Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*. Ciencia Nueva. Madrid, 1970. Francisco Villacorta Baños, *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX. Siglo XXI*. Madrid, 1989. Ignacio Olábarri, “Un conflicto entre nacionalismos: la cuestión regional en España”, en Fernando Fernández Rodríguez (dir.), *La España de las autonomías*. Espasa-Calpe. Madrid, 1993.

fascista o nacionalista de masas. En su lugar, surgieron pequeños grupos, como el maurismo y el catolicismo social; además, el viejo legitimismo carlista sobrevivió a sus permanentes crisis. Sin embargo, estos grupos fueron excesivamente minoritarios y débiles como para ser capaces de dar respuesta a la crisis del régimen y a los conatos revolucionarios. Todo lo cual hizo recaer el grueso de la acción antirrevolucionaria en el Ejército<sup>357</sup>.

Poor otra parte, un sector de la intelectualidad apostaba por la revalorización de las elites y del heroísmo. Ramiro de Maeztu, siempre identificado con los valores militares, estimaba que tras la Gran Guerra y el triunfo de la revolución rusa era necesario “sacarnos de entre las entretelas un ideal original”<sup>358</sup>. En sus artículos periodísticos, Maeztu exaltó el comportamiento de los militares españoles en la guerra de Marruecos y profetizaba el advenimiento de una nueva élite rectora cuya tabla de valores se encontraría en los libros de caballería, defensores del heroísmo y de las normas absolutas frente al relativismo y la anomia contemporáneas<sup>359</sup>. En ese sentido, defendía una síntesis entre la mentalidad de los intelectuales y de los soldados: valor e inteligencia<sup>360</sup>. A juicio del escritor vasco, la solución a la crisis se encontraba en manos de “cuarenta y nueve capitanes”, en “un puñado de hombres que sean a la vez buenos y duros”<sup>361</sup>. El catalán Eugenio D’Ors llamaba, en el mismo sentido, a formar “algo así como una aristocracia de la conducta”, para lo cual resultaba necesario la introducción del “espíritu heroico” en la

educación frente al igualitarismo propugnado por Rousseau<sup>362</sup>. En sus biografías filosóficas, D’Ors exaltaba las figuras heroicas de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, Colón y Cisneros como “imagen de Estadista”<sup>363</sup>. En su etapa vitalista e historicista, el liberal José Ortega y Gasset, heredero del 98, valoraba la fuerza como signo de vitalidad histórica y reivindicaba el espíritu guerrero medieval frente a los valores burgueses y utilitarios representados por la sociología de Herbert Spencer. Para el filósofo madrileño, la crisis española tenía su raíz en la ausencia de minorías dirigentes, al igual que en la “indocilidad” y “aristofobia” de las masas españolas<sup>364</sup>.

El advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923 tuvo importantes consecuencias a nivel político, social y cultural. Lo más significativo fue que cuando el militar jerezano suspendió la Constitución de 1876 y la pluralidad de partidos, estableció la censura previa y el Directorio militar, la sociedad española en su conjunto no se manifestó en contra. Tan sólo un pequeño sector de la clase política de la Restauración salió en defensa de la Monarquía constitucional, pero no fueron apoyados por el grueso de la opinión pública. Alfonso XIII no dudó en dar su apoyo a Primo de Rivera. El nuevo régimen que se perfilaba significó el ascenso de una nueva clase política proveniente del maurismo, del catolicismo social, del tradicionalismo y de la jerarquía militar. No obstante, la experiencia dictatorial iba a ser igualmente el reflejo de las contradicciones y de la inmadurez de este nuevo sector de la derecha. En su desarrollo, la Dictadura supuso la constatación de las insuficiencias de un poder político excepcional que, por emplear la terminología

<sup>357</sup> Un resumen de dicho proceso en Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2000, pp. 221-271.

<sup>358</sup> “En busca de orientación. La tragedia de Inglaterra ante el porvenir”, en *Hermes* n° LXXIII, julio 1921, p. 10.

<sup>359</sup> “Los libros de caballería”, *El Sol*, 29-V-1923.

<sup>360</sup> “El héroe muerto”, *El Sol*, 6-VI-1922. “El capitán Troncoso”, *El Sol*, 9-V-1922.

<sup>361</sup> “El millón de Larache”, *El Sol*, 12-III-1923.

<sup>362</sup> Eugenio D’Ors, “Aprendizaje y heroísmo” (1915), en *Diálogos*. Taurus. Madrid, 1981, pp. 59 y 66.

<sup>363</sup> Eugenio D’Ors, *La vida de Fernando e Isabel* (1932). Juventud. Barcelona, 1982, p. 27.

<sup>364</sup> José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1922). Revista de Occidente. Madrid, 1981, pp. 33, 76y 85.

de Carl Schmitt, nacido en un primer momento como meramente “comisario”, intenta posteriormente convertirse en “soberano”, sin conseguirlo<sup>365</sup>.

La Dictadura fue un sistema político de carácter personal, no institucionalizado y, por lo tanto, inseparable de la figura de Miguel Primo de Rivera<sup>366</sup>. Recientemente, el Dictador ha aparecido, en una serie de trabajos cuyo contenido juzgo enormemente discutible, como un líder carismático y su régimen político poco menos que como profascista o totalitario<sup>367</sup>. Nada más lejos, en nuestra opinión, de la realidad histórica. En el fondo, Primo de Rivera fue un personaje a medio camino entre la época liberal y la nueva democracia de masas. No deja de ser significativo que el socialista Julián Zugazagoitia definiera la Dictadura como “paternal y liberal”<sup>368</sup>. Y es que Primo de Rivera se sintió heredero y seguidor, no de las nuevas tendencias políticas, sino del regeneracionismo de Mallada, Macías Picavea y Costa. Siempre se consideró como una especie de “dictador tutelar”. Su mentalidad era una curiosa amalgama de espíritu militar, arbitrio regeneracionista, nacionalismo conservador y tradicionalismo aristocratizante. En esa mentalidad, subyacía una perspectiva fundamentalmente antipolítica, que intentaba suplantar los

conceptos políticos por categorías morales. Como señaló en su manifiesto de septiembre de 1923, era necesario liberar a los españoles de “los profesionales de la política”; y es que la política no era otra cosa que “entelequia y enredo”<sup>369</sup>.

De hecho, las cuestiones de orden doctrinal y cultural fueron el talón de Aquiles del primorriverismo. El Dictador no supo sacar provecho de la inicial actitud benevolente de un considerable número de intelectuales<sup>370</sup>. Al final, como le reprochó José María Salaverría, Primo de Rivera había despreciado a los creadores de cultura “desde el punto de vista de aristócrata y de guerrero, en una reacción moral de hombre simple, leal y primitivo”<sup>371</sup>.

En concreto, la Unión Patriótica, el partido creado desde el poder por Primo de Rivera, fue incapaz de crear una auténtica legitimación carismática de la Dictadura. En ese sentido, las izquierdas se adelantaron a las derechas. El primer líder carismático español fue, sin duda, Pablo Iglesias, a quien sus seguidores presentaron como “un santo laico”, un santo anticlerical y antirreligioso. El fundador del PSOE encarnaba “la honradez”, “la austeridad”, “la abnegación”, “la rectitud”, “la sinceridad”. Era, además, “el apóstol de las reivindicaciones proletarias”, “el redentor del obrero”, “el otro Mesías”<sup>372</sup>. Igualmente, Alejandro Lerroux representó el típico liderazgo de carácter populista, como

<sup>365</sup> Carl Schmitt, *La dictadura*. Revista de Occidente. Madrid, 1968. Véase Mariano García Canales, *El problema constitucional en la Dictadura de Primo de Rivera*. CEC. Madrid, 1980.

<sup>366</sup> No disponemos de una biografía completa académica del general Primo de Rivera; tan sólo la apología de Ana de Sagrera, *Miguel Primo de Rivera. El hombre, el soldado y el político*. Jerez de la Frontera, 1973.

<sup>367</sup> Véase Alejandro Quiroga Fernández de Soto, “Miguel Primo de Rivera: la espada y la palabra”, en *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Comares. Granada, 2010, pp. 30-64. Del mismo autor, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2008.

<sup>368</sup> Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles* (1940). Tusquets. Barcelona, 2001, p. 101.

<sup>369</sup> Miguel Primo de Rivera, *El pensamiento de Primo de Rivera. Sus notas, artículos y discursos*. Madrid, 1929, pp. 19, 68 y 33.

<sup>370</sup> Véase Genoveva García Queipo de Llano, *Los intelectuales y la Dictadura de Primo de Rivera*. Alianza. Madrid, 1987.

<sup>371</sup> José María Salaverría, *El instante dramático*. Espasa-Calpe. Madrid, 1934, p. 17.

<sup>372</sup> Véase Manuel Pérez Ledesma, “¿Pablo Iglesias, santo?. La mitificación de un líder socialista”, en *El obrero consciente*. Alianza. Madrid, 1987, pp. 77 ss.

representante de las masas populares y del proletariado<sup>373</sup>.

Las derechas, en cambio, permanecieron todavía y durante bastante tiempo, prácticamente hasta el advenimiento de la II República, en la lógica de la legitimación tradicional encarnada en la Monarquía. En las obras más significativas de la doctrina primorriverista, las que se deben a las plumas de José María Pemán y José Pemartín, la figura del dictador carismático apenas aparece. En *El hecho y la idea de la Unión Patriótica*, de José María Pemán, Primo de Rivera brilla por su ausencia. En *Los valores históricos de la Dictadura española*, obra de José Pemartín, el Dictador responde a la imagen de un buen padre de familia, tradicional y abnegado. Era “el salvador de la Patria”, “el restaurador de nuestra prosperidad, gloria y prestigio”, “el protector de nuestros hijos”, “el defensor de nuestros altares y de nuestros hogares”, una “figura hidalga y generosa”<sup>374</sup>. Emilio Rodríguez Tarduchy hizo referencia igualmente a su ausencia de crueldad, su intuición aguda, ímpetu e inspiración: “Pasión, voluntad, firme propósito de llegar hasta el fin”<sup>375</sup>.

La mayoría de los intelectuales fueron militantemente antidictatoriales. Unamuno fue desterrado y luego se autoexilió, convirtiéndose en el máximo representante de la disidencia<sup>376</sup>. Ortega y Gasset llegó a decir que “es sumamente difícil encontrar en todo el ámbito de la historia, incluyendo los pueblos salvajes, un régimen de poder público como el que ha sido de hecho nuestra Dictadura”<sup>377</sup>. Tan sólo Ramiro de Maeztu ofreció a la Dictadura un proyecto

político que aunara tradicionalismo cultural y modernización económica<sup>378</sup>, pero Primo de Rivera prescindió de sus servicios, enviándolo de embajador a la República Argentina<sup>379</sup>.

Así perfilado, el gobierno primorriverista dependía de su eficacia a corto plazo. Sin duda, se vio beneficiado por el final de la impopular guerra de Marruecos. No obstante, fracasó en su política social y económica, que los sectores conservadores juzgaron excesivamente atrevida. Además, se enemistó con los sectores catalanistas y con las propias Fuerzas Armadas. Fue incapaz de institucionalizarse cuando promovió un nuevo proyecto de Constitución, que no logró consenso alguno en la opinión pública. Finalmente, Alfonso XIII y un sector del Ejército rechazaron el liderazgo de Primo de Rivera, que, sin apoyos, dimitió en enero de 1930. Meses después, falleció en París. Y Ramiro de Maeztu diría: “Y no sabemos si en la hora del peligro contaremos con *otro salvador*”<sup>380</sup>. Desde Francia, Charles Maurras interpretó la Dictadura como “un largo y poderoso gabinete de funcionarios, llevado al poder por la presión de circunstancias impersonales”<sup>381</sup>.

## 6. EL APOCALIPSIS REPUBLICANO: TRIUNFO DE LA TEOLOGÍA POLÍTICA Y BÚSQUEDA DEL KATECHON.

El advenimiento de la II República supuso una auténtica ruptura política. No se trató de una transición sino de una revolución. La democracia republicana vino de golpe; no

<sup>373</sup> Véase José Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Alianza. Madrid, 1990.

<sup>374</sup> José Pemartín, *Los valores históricos de la Dictadura española*. Madrid, 1929, pp. 685 ss.

<sup>375</sup> Emilio Rodríguez Tarduchy, *Psicología del Dictador*. Madrid, 1929, p. 43.

<sup>376</sup> Véase Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Trotta. Madrid, 1996, pp. 399 ss.

<sup>377</sup> “El error Berenguer”, *El Sol*, 15-XI-1930.

<sup>378</sup> Ramiro de Maeztu, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. Espada-Calpe. Madrid, 1926

<sup>379</sup> Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Marcial Pons. Madrid, 2003.

<sup>380</sup> “El entierro del general”, *Criterio*, abril de 1930.

<sup>381</sup> *La Nación*, 25-II-1930. Charles Maurras, “La Révolution espagnole”, en *Dictionnaire politique et critique*. Tome V. A la Cité des Livres. Paris, 1933, pp. 67 ss.

como fruto de una evolución. Y como una revolución fue percibida por el conjunto de las derechas, obrando en consecuencia. Dada la constelación de fuerzas políticas y sociales que propiciaron su instauración, el nuevo régimen nació escorado a la izquierda. Los grandes temas se convirtieron pronto en grandes conflictos. Así ocurrió con las relaciones Iglesia/Estado, ya que los proyectos de secularización desembocaron en una clara ofensiva anticlerical; y lo mismo podemos decir de los intentos de reforma agraria o de descentralización del Estado, las relaciones laborales o el papel de las Fuerzas Armadas en la sociedad.

En ese sentido, el período republicano significó el triunfo de la teología política, ya que cristalizaron varios sistemas de creencias en torno al Estado, al poder, a la sociedad y a la historia —anarquismo, comunismo, socialismo revolucionario, republicanismo jacobino, catolicismo político, monarquismo tradicional, fascismo, etc- caracterizados por la certeza colectiva de poseer la verdad total y la apremiante necesidad de llevarla a la práctica. De hecho, las izquierdas no desdeñaron la colaboración con los militares a la hora de instaurar la República, como se demostró en las intentonas de Jaca y Cuatro Vientos; luego, recurrirían a las armas en octubre de 1934. Por su parte, algunos grupos de la derecha buscaron, desde el principio, su katechon en el Ejército y en un caudillo militar. Y es que, como dijo Guglielmo Ferrero, la II República fue “una forma de gobierno prelegítima”, es decir, un régimen que “tiene necesidad de ser sostenido contra la oposición abierta o soterrada que, por todas partes, encuentra en sus intentos para sostenerla”<sup>382</sup>.

Por otra parte, el advenimiento de la II República aceleró el proceso de democratización y de socialización de la vida política nacional e impuso la configuración de nuevos partidos de masas, con afiliaciones

amplias y estructuras articuladas. No había ya espacio para los viejos partidos de notables. Lo cual supuso la consolidación del liderazgo carismático. En el PSOE, el carisma de Pablo Iglesias fue heredado por Francisco Largo Caballero, a quien sus partidarios pronto denominaron “El Lenin español”<sup>383</sup>. El incipiente PCE contó con la combativa líder Dolores Ibárruri Gómez, conocida por “Pasionaria”, y que fue presentada por la propaganda como una especie de “Mater Dolorosa”, identificada por completo con la clase obrera<sup>384</sup>. Acción Popular y luego la CEDA se convirtieron en los primeros partidos de masas de la derecha española. Y contaron con el liderazgo del joven abogado católico José María Gil Robles, presentado ante las masas como “El Jefe” e incluso “El Caudillo”, cuya presencia en la vida política española adquirió un aire providencial<sup>385</sup>.

Hasta 1933 no se consolida en España un partido específicamente fascista. Como ya sabemos, el principio de caudillaje carismático es esencial para el fascismo. Ernesto Giménez Caballero consideraba que el líder era “un rey natural”<sup>386</sup>. José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange Española, afirmó, en referencia a la figura de Benito Mussolini, que el único aparato capaz de dirigir a los hombres era “el jefe. El Héroe”. Mussolini era el “Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo”<sup>387</sup>.

Otros grupos de la derecha, como los sectores sociales y políticos herederos de la Monarquía de Alfonso XIII, apostaron,

<sup>383</sup> Julio Aróstegui, *Largo Caballero. El tesón y la quimera*. Debate. Barcelona, 2012, pp. 330-331.

<sup>384</sup> Rafael Cruz, *Pasionaria. Dolores Ibárruri. Historia y símbolo*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1999, pp. 81 ss.

<sup>385</sup> Juan Monge Bernal, *Acción Popular (estudios de biología política)*. Madrid, 1936, pp. 212 ss.

<sup>386</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña (profecías españolas)* (1932). Turner. Madrid, 1975, pp. 19-20.

<sup>387</sup> José Antonio Primo de Rivera, Prólogo a *El Fascismo*, de Benito Mussolini. Madrid, 1934, pp. 3-5.

<sup>382</sup> Guglielmo Ferrero, *El Poder. Los Genios invisibles de la ciudad*. Tecnos. Madrid, 1988, p. 142.

desde el principio, por el golpe de Estado militar de cara a la instauración de la Monarquía tradicional y corporativa. Estos sectores representados por Renovación Española, y luego por el Bloque Nacional, y la revista *Acción Española*, no reivindicaron el caudillaje carismático, sino la legitimidad tradicional. Su intelectual más prestigioso, Ramiro de Maeztu, seguía pensando que la clave de la estabilidad social y política descansaba en el Ejército. En realidad, la auténtica constitución de la sociedad española era lo que denominaba la “Monarquía militar”, ya que en una sociedad tan fragmentada y dividida socialmente como España la única fuerza unitaria real eran las Fuerzas Armadas, que exigía, además, la unidad de mando. En consecuencia, la democracia republicana lleva al caos social y político y, por ende, a la revolución<sup>388</sup>. Maeztu se perfiló como el maître-à-pênsar de la revista y sociedad de pensamiento *Acción Española*, desde cuyas páginas se teorizó sobre el “derecho a la rebeldía” y el “derecho” a la resistencia contra el “poder ilegítimo” de la República anticlerical y jacobina<sup>389</sup>. De ahí la participación de algunos de sus miembros en el pronunciamiento del general Sanjurjo en agosto de 1932. Fracasada la intentona, Sanjurjo se convirtió en el héroe de los sectores contrarrevolucionarios. En la revista monárquica se exaltó el intento de golpe de Estado, al que se comparaba con el 2 de mayo de 1808 y que había intentado “restablecer la disciplina en España y restaurar mediante la paz interior, como bases fundamentales para la vida nacional”. Sanjurjo era “el soldado-tipo de nuestras campañas africanas, el pacificador de Alhucemas, el jefe que llevó tantas veces la victoria a sus tropas españolas y moras”<sup>390</sup>.

<sup>388</sup> Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. Marcial Pons. Madrid, 2003.

<sup>389</sup> Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*. Tecnos. Madrid, 1998.

<sup>390</sup> “Páginas de la dictadura parlamentaria”, *Acción Española* n° 17, 16-XI-1932, pp. 451 y 510. Véase

Sin embargo, no era Sanjurjo, preso en el penal de Dueso, el único candidato militar a encarnar el caudillaje salvador. Francisco Franco, uno de los fundadores de la Legión Extranjera y prototipo del militar “africanista”, era igualmente uno de los más prestigiosos representantes del estamento militar. Sin embargo, se negó a sumarse a la conspiración protagonizada por Sanjurjo. Ya a comienzos de los años veinte, Franco había adquirido celebridad como líder legionario. En la prensa, se hacía referencia a “los bravos muchachotes de Franco”, al “bravo Franco”, al “as” de la Legión, como fama de “modesto” y de disfrutar de “baraka”; era el “caudillo heroico”<sup>391</sup>. Gentilhombre de Alfonso XIII, nunca dejó de sentirse monárquico. En sus diarios, Manuel Azaña lo consideraba el “más temible”, el “único temible” de los militares sospechosos de antirepublicanismo<sup>392</sup>. A lo largo de la etapa republicana, votó por la CEDA, aunque fue suscriptor de *Acción Española*. Era un hombre frío, distante y reservado. Su actuación frente al alzamiento socialista de octubre de 1934 le valió el apoyo de los sectores republicanos conservadores y de los católicos. Diego Hidalgo, ministro de la guerra en aquellos momentos, destacaba su “capacidad de trabajo” y “su clara inteligencia”<sup>393</sup>. El líder falangista José Antonio Primo de Rivera le envió una significativa carta, en la que denunciaba el peligro de una revolución socialista, ya que “el Estado español, en manos de aficionados, no existe”<sup>394</sup>. Cuando José María Gil Robles ocupó el Ministerio de la Guerra, Franco fue nombrado Jefe del Estado Mayor Central. Ante la victoria del

---

también César González Ruano y Emilio Rodríguez Tarduchy, *Sanjurjo (Una vida del novecientos)*. Acción Española. Santander, 1933.

<sup>391</sup> Véase Laura Zenobi, *La construcción del mito de Franco*. Cátedra. Madrid, 2011, pp. 39-43, 52 ss.

<sup>392</sup> Manuel Azaña, *Diarios completos*. Crítica. Barcelona, 2004, pp. 217 y 219.

<sup>393</sup> Diego Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado al Ministerio de la Guerra?* (1934). Drácena. Madrid, 2015, pp. 62-63.

<sup>394</sup> Carta 24-IX-1934. José Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*. Tomo I. IEP. Madrid, 1976, pp. 434-436.

Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, presionó infructuosamente al presidente del gobierno Manuel Portela Valladares para que declarase el estado de guerra<sup>395</sup>.

Y no deja de resultar significativo que el líder socialista Indalecio Prieto, en su célebre discurso de Cuenca el 1 de mayo de 1936, destacara su figura como posible caudillo de una eventual insurrección contra el gobierno del Frente Popular: “El general Franco, por su juventud, por su dotes, por la red de sus amistades en el Ejército, es hombre que, en un momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades –todas las que derivan de su prestigio personal– un movimiento de este género”<sup>396</sup>.

## 7. FRANCISCO FRANCO: LOS ROSTROS DEL KATECHON.

Muerto José Sanjurjo en accidente de aviación, Francisco Franco se convirtió en el katechon deseado por las derechas españolas. Según parece, el propio Carl Schmitt reconoció al militar español como el katechon que logró derrotar a la revolución en la guerra civil española<sup>397</sup>. Desde los inicios de la sublevación, una Junta de Defensa comenzó a actuar como gobierno en ciernes. En una reunión de la Junta, se propuso a Franco como titular del nuevo mando, que apareció como “Jefe del Gobierno español” y “Generalísimo de las Fuerzas Nacionales de Tierra, Mar y Aire”<sup>398</sup>. En un primer momento, no estuvo claro el modelo de régimen político gestado en la zona dominada por los rebeldes. Según

Franco, oscilaba entre el italiano y el portugués<sup>399</sup>.

Pronto Franco logró convertirse en el auténtico árbitro de la situación y decidió unificar al conjunto de las fuerzas políticas concurrentes en el alzamiento: monárquicos alfonsinos, tradicionalistas carlistas, falangistas, social-católicos, etc. Poco dado a las especulaciones ideológicas, Franco era consciente de que necesitaba un frente y una retaguardia perfectamente unidos. En el decreto de unificación, se daba por hecho que en España se establecía un “régimen totalitario”. Su norma programática eran los 26 puntos de Falange. La nueva entidad política se denominaba “movimiento”, no partido. De hecho, lo que se establecía, siguiendo la tipología elaborada por Carl Schmitt, era una dictadura soberana, en la que el dictador no se encontraba sometido, en principio, a ninguna norma previa, a causa de que la legitimidad que le acompañaba no era ab origine, sino quo ad exercitum, es decir, por su efectiva capacidad para alcanzar los fines propuestos, como era ganar la guerra. Así, el poder de Franco fue, desde el principio, inmenso, consiguiendo un grado de autonomía que resultaba extraordinario. El papel de su autoridad como “Caudillo” fue decisivo, Franco acertó a situarse por encima de las tendencias políticas concurrentes en el alzamiento y, gracias a su imagen de “Salvador de España”, le fue atribuida una personalidad carismática, de la que se aprovechó para afianzar su poder. Desde el principio, su carisma estuvo impregnado de un claro componente religioso. La fórmula “Caudillo por la gracia de Dios” no sólo era producto del propio contexto social, impregnado de instancias religiosas, sino de la propia situación en que hubo de perfilarse su liderazgo. A diferencia de Hitler y Mussolini, no era el jefe de un partido de masas, ni, por su condición de militar, podía ser exaltado como tribuno del pueblo. La legitimidad religiosa tendía a enfatizar su carácter

<sup>395</sup> Fundación Nacional Francisco Franco. *Archivo Documental. Apuntes personales del Generalísimo sobre la República y la guerra civil*. FNFF. Madrid, 1987, pp. 23-31.

<sup>396</sup> Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales*. Turner. Madrid, 1975, p. 257.

<sup>397</sup> Véase Miguel Saralegui, *Carl Schmitt, pensador español*. Trotta. Madrid, 2016, pp. 161 ss.

<sup>398</sup> *Boletín Oficial del Estado*, 1-X-1936.

<sup>399</sup> José García Mercadal, *Ideario del Generalísimo*. Zaragoza, 1937, pp. 37-38.

irresponsable, como alguien que no debe su poder a la voluntad del pueblo, ni, en el fondo, a ningún otro factor, salvo el control que la Iglesia católica pudiera efectuar de su liderazgo. En tales circunstancias, las fuerzas políticas concurrentes en el alzamiento no pudieron tener, en lo sucesivo, otra estrategia que, por emplear la expresión de Carl Schmitt, el “acceso al poderoso”<sup>400</sup>. A ese respecto fue muy significativa la estrategia de los monárquicos de *Acción Española*. José Pemartín expresó en su libro *¿Qué es lo nuevo?*, la esperanza de que el dictador se convirtiera en “Hacedor de Reyes”<sup>401</sup>.

No obstante, el régimen fue en todo momento y desde el principio, a pesar de la instauración del partido único, plural, una maraña de organizaciones rivales que se hostilizaban entre sí. El predominio de una u otra “familia” estuvo siempre en manos de Franco, que tuvo el papel de árbitro y moderador entre ellas. De ahí que su carisma fuese esencial, ya que su régimen fue más personal que institucionalizado. En ese sentido, la trayectoria del régimen pasó por varias fases, al igual que la interpretación del carisma de Franco. En la etapa más próxima al modelo fascista, el más coherente teórico fue Francisco Javier Conde, discípulo de Carl Schmitt, quien, en 1942, elaboró su célebre doctrina del caudillaje, a la que no fue ajena la influencia de Max Weber y a la del propio Schmitt. Conde criticaba el intento de Hans Kelsen de sustituir el mando y el poder de los hombres concretos, capaces de acaudillar carismáticamente, por el imperio de las normas abstractas. Mandar era acaudillar carismáticamente. Y, siguiendo a José Antonio Primo de Rivera, Conde afirmaba que, en el fondo, “el Caudillo es el héroe hecho padre”<sup>402</sup>.

<sup>400</sup> Carl Schmitt, *Diálogos. Diálogo de los nuevos espacios. Diálogo sobre el poder y el acceso al poderoso*. IEP. Madrid, 1962, pp. 76 ss.

<sup>401</sup> José Pemartín, *¿Qué es lo nuevo?*. Cultura Española. Santander, 1938, pp. 112-113.

<sup>402</sup> Francisco Javier Conde, “Espejo de Caudillaje” (1942), en *Escritos y fragmentos políticos*. Tomo I.

Una vez derrotado el Eje, el carisma de Franco retornó a su carácter religioso, que, en realidad, nunca había abandonado. Según el obispo de Córdoba, “el caudillo es como la encarnación de la Patria y tiene el poder recibido de Dios para gobernarnos”<sup>403</sup>. En plena guerra fría, el antiguo maurista Luis de Galinsoga hacía referencia al “Centinela de Occidente”<sup>404</sup>. En los libros de texto, Franco aparecía como “nuestro Caudillo, el hombre siempre vencedor”, “el forjador de la España Una, Grande y Libre”<sup>405</sup>. En la etapa tecnocrática, Laureano López Rodó y Gonzalo Fernández de la Mora, legitimaron su caudillaje, siguiendo las tesis desarrollistas de Rostow: Franco había cubierto el papel de los grandes hombres que, como Bismarck, supieron catalizar, a través de su carisma, los impulsos endógenos que garantizaban el “despegue” económico de las naciones<sup>406</sup>.

Sin embargo, el papel que mejor cuadró a Franco fue, en definitiva, el de “dictador tutelar”, al lado del de “Hacedor de Reyes”. Así, la legitimidad carismática llegaría a metamorfosearse, al menos formalmente, en legitimidad tradicional.

IEP. Madrid, 1974, pp. 301 ss. “El Caudillo”, en *Arriba*, 4-XI-1942.

<sup>403</sup> Albino Menéndez Reigada, *Catecismo patriótico español*. Madrid, 1939.

<sup>404</sup> Luis de Galinsoga, *Centinela de Occidente*. Ediciones Españolas. Madrid, 1956.

<sup>405</sup> Edelvives, *El libro de España*. Luis Vives. Zaragoza, 1960, pp. 243-244.

<sup>406</sup> Laureano López Rodó, *Política y desarrollo*. Aguilar. Madrid, 1971, pp. 53 ss. Gonzalo Fernández de la Mora, *El Estado de obras*. Doncel. Madrid, 1976, pp. 311 ss.

## EL HÉROE A SU PESAR

Octavio Ruíz-Manjón

Historiador

ISSN: 2386-2491

*“Debemos respeto a los vivos. A los muertos sólo le debemos la verdad.” (Voltaire)*

### RESUMEN:

No parece que haya figura que case mejor con el relato histórico que la del héroe e, incluso, cabe pensar que la figura del héroe está en el mismo origen de la Historia como género literario propio.

Los relatos históricos se forjaron en el entorno del poder y, en muchos de los casos, con la intención de exaltarlo. Es algo en lo que la historia se ha comportado de la misma manera que las artes, puestas al servicio del príncipe, lo que no tiene nada de extraño para cuantos nos sentimos incómodos con las pretensiones científicas de la disciplina.

Zurbarán, por ejemplo, recibiría en 1634 el encargo de la realización de diez pinturas del ciclo de las pinturas de Hércules para los huecos inferiores del Salón de Reinos del viejo Palacio Real de Madrid. El encargo buscaba la presentación de escenas emblemáticas, símbolos de virtud y fortaleza, propios de los príncipes y, más concretamente, de Felipe IV, presentado en aquella serie pictórica como el *Hércules hispanicus*.<sup>407</sup> La misma función sería realizada por todos los escritores de corte que pusieron su pluma al servicio del príncipe, desde las cortes de los príncipes humanistas de la península italiana del siglo XIII hasta el gran triunfo de las Monarquías absolutas de los siglos siguientes.

La figura del héroe, sin embargo, se ha transformado notablemente en los siglos más cercanos, en la misma medida en la que se ha producido el despliegue del individuo en el acontecer histórico.

### ABSTRACT:

It seems that there is no better case with the historical story than the hero and, even, it is possible to think that the figure of the hero is at the very origin of history as its own literary genre.

Historical accounts were forged in the environment of power and, in many cases, with the intention of exalting it. It is something in which history has behaved in the same way as the arts, put at the service of the prince, which is not strange for those of us who are uncomfortable with the scientific pretensions of the discipline.

Zurbarán, for example, would receive in 1634 the order of the realization of ten paintings of the cycle of the paintings of Hercules for the inferior hollows of the Hall of Kingdoms of the

<sup>407</sup> BROWN, Jonathan; ELLIOTT, John H., *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 162

old Royal Palace of Madrid. The order sought the presentation of emblematic scenes, symbols of virtue and strength, typical of the princes and, more specifically, of Philip IV, presented in that pictorial series as the Hercules hispanicus. The same function would be performed by all court writers who put their pen to the service of the prince, from the courts of the humanist princes of the Italian peninsula of the thirteenth century to the great triumph of the absolute monarchies of the following centuries.

The figure of the hero, nevertheless, has been transformed remarkably in the nearest centuries, in the same measure in which the unfolding of the individual has taken place in the historical happening

**PALABRAS CLAVE:** *Guerra Civil, líder, Tercera España.*

**KEYWORDS:** *Civil War, leader, Third Spain.*

## 1.- LA FLORACIÓN DEL INDIVIDUO

El fortalecimiento del individuo, protagonista de su propio destino, frente a sociedades denominadas por la concepción de estamentos -o por la pertenencia a una casta o a una tribu- permitió que la historia reparara en la posibilidad de los comportamientos heroicos. "No sadder proof can be given by a man of his own littleness -escribió Thomas Carlyle<sup>408</sup>- than disbelief in great men."

La primera gran figura heroica del mundo contemporáneo tal vez sea Napoleón: una gran personalidad que se afirma como resultado de una firme voluntad individual hasta el punto de que albergó la pretensión de personificar el gran impulso revolucionario que se desencadenó en la segunda mitad del siglo XVIII.

No se trata de afirmar que la floración del individuo no se hubiera producido hasta ese momento porque esa realidad ya está contenida en el mensaje cristiano desde sus inicios, en la misma medida en que liberó a

las personas de otro tipo de dependencias colectivas, como podía ser la *gens* romana.<sup>409</sup>

Para algunos resulta claro que las *Confesiones* (397) de Agustín de Hipona constituyen una larga requisitoria del individuo ante su Dios, que le convertiría en un gran defensor de la conciencia individual que se mueve entre los principios de la razón y los apetitos de cada ser humano.<sup>410</sup> Esa línea agustiniana ya no se volvería a perder en los tiempos siguientes, por más que la inserción de la Iglesia en la estructura social y política de las diversas naciones europeas, durante siglos, dificulte la percepción de esos conceptos.

En todo caso resulta claro que, durante el siglo XVIII, se produjo un claro proceso de afirmación del individuo, que tuvo como herramienta el uso de la razón humana que afianzó, como nunca antes se había producido, la confianza del individuo en sí mismo, su capacidad para alcanzar la felicidad, la percepción de la radical igualdad entre todos los individuos y la confianza en la razón a la hora de resolver los conflictos y arbitrar los modos de regular la vida social.

Sabemos que esos principios no se traducirían, de una forma inmediata, en unas

<sup>408</sup> *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, 1841

<sup>409</sup> SIEDENTOP, Larry, *Inventing the Individual: The Origins of Western Liberalism*, The Belnap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass. (USA), 2014, p. 7

<sup>410</sup> *Ibidem*, p. 101

formas distintas de organización social y política, pero el camino quedaba señalado y los últimos doscientos cincuenta años han presenciado un largo proceso de afirmación de estos principios, sin que hayan faltado ni retrocesos ni resulte ahora claro que la forma de imponer la igualdad no termine por ahogar la libertad e impida la deseada fraternidad, por referirnos a los tres famosos elementos de la invocación surgida del proceso revolucionario francés.

Pero el individuo ha permanecido y permanece como testigo de aquella profunda inflexión antropológica de la segunda mitad del siglo XVIII y, desde entonces, reclama la atención de los historiadores hasta el punto de que, como escribiera Fustel de Coulanges, el verdadero objeto de estudio de la Historia es la mente humana. Ella aspira a conocer lo que esa mente ha creído, pensado, y sentido en las diferentes épocas de la vida del ser humano.<sup>411</sup>

En esa línea de pensamiento resulta evidente que cualquier situación humana es susceptible de demandar de cada individuo un comportamiento adecuado, que puede convertirse en heroico si las circunstancias lo hacen especialmente arduo. Eso ha permitido que la historia pueda albergar hoy la experiencia de grandes individualidades. Desde aquellos que se encontraban situados en los puestos claves de la sociedad (príncipes, sabios, filósofos, grandes escritores), hasta personajes oscuros que, con su comportamiento, hacían posible la comprensión de fenómenos de gran envergadura. Fue lo que hizo Carlo Ginzburg, en *Il formaggio e i vermi*, (1976), o Emmanuel Le Roy Ladurie, en *La sorcière de Jasmin*, de 1983<sup>412</sup> y, sobre todo, en *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1324*, de 1975.

<sup>411</sup> *La Cité antique* (1864). Citado en SIEDENTOP, L., *Inventing...*, p. VI

<sup>412</sup> MORALES MOYA, Antonio, *En el espacio público*, Universidad de Salamanca, 2008, p. 25

## 2. - GENTE CABAL

Esa línea de trabajo ha llevado a una creciente preocupación de los historiadores por la vida y el comportamiento de personalidades que no son especialmente destacadas, pero cuyo comportamiento puede ser especialmente significativo: abandonar el mundo de los grandes acontecimientos y centrarse en las preocupaciones ordinarias de los individuos. Los estudios de la vida cotidiana se hicieron muy frecuentes en la década de los setenta del pasado siglo, de la misma manera que se incrementó la atención hacia personas corrientes que, como escribiera Tony Judt podían hacer cosas extraordinarias por simple decencia.<sup>413</sup>

En realidad, esos comportamientos iban directamente encaminados a resaltar el papel de la conciencia individual en momentos de crisis. En su libro *Los Baroja*, Julio Caro escribió que el liberalismo en el que pensaba y soñaba era el que hacía de la libertad de conciencia individual la base de toda operación política y social. Son las mismas convicciones que me guiaron en la redacción de *Algunos, hombres buenos*<sup>414</sup> un libro en el que me empeñé en seguir la huella de un puñado de entre aquellos miles de mujeres y de hombres que trataron -dentro de las enormes limitaciones que impone una guerra civil- de no abdicar de los dictados de su conciencia y trataron de mejorar la situación de las personas de su entorno, en medio de aquel abismo moral que fue aquel conflicto.

Tony Judt constataba hace no mucho la realidad de esa banalización del mal que ya había denunciado Hannah Arendt. Y se preguntaba cómo una persona puede llegar a aceptar lo inaceptable y terminar por ver como normal lo que era patentemente

<sup>413</sup> JUDT, Tony, "On 'The Plague'", *The New York Review of Books*, XLVIII, 19 (29.1.2001), p. 6

<sup>414</sup> Espasa, Madrid, 2016

anormal. La explicación la encontraba en unas palabras que Leon Tolstoy había puesto en boca de su Ana Karenina: “No hay situación en la vida a la que un ser humano no pueda acostumbrarse; especialmente si ve que la aceptan los que están a su alrededor.” Esto se podría aplicar tanto a los que sufrieron los horrores de los campos de exterminio nazi -judíos, comunistas, gitanos, homosexuales-, como a sus verdugos, entre los que ya sabemos que no faltaron quienes participaron voluntariamente.

Lógicamente, también a las circunstancias de la guerra civil española porque, como ha escrito Alfonso Lazo, “salta a la vista que en los dos bandos hubo santos y en los dos hubo criminales; que en los dos existieron gentes convencidas de la verdad de sus ideas y de la justicia de su lucha, y que en los dos fueron asesinadas personas inocentes.”<sup>415</sup>

Lazo, sin embargo, utiliza la palabra santo que preferí rehuir en el libro porque parece difícil separarla del reconocimiento solemne posterior -la canonización- en donde se propone a un determinado individuo como un ejemplo a seguir. Un reconocimiento solemne que algunos no podrán conseguir nunca, y que otros rechazarían sin más. “True heroes often have trouble talking about themselves. Unlike our modern pastoral liberators, they accomplished remarkable feats in profound humility.”<sup>416</sup>

Estamos ante una situación de clara estirpe religiosa, pero que encontró también un eco secular en muchas sociedades más recientes. La versión clásica de *pro patria mori* estuvo ya presente en los héroes del ciclo revolucionario de finales de siglo XVIII y

<sup>415</sup> LAZO, Alfonso, "Historia y propaganda", prólogo a BAHAMONDE, Antonio, *Un año con Queipo de Llano. Memorias de un nacionalista*, Espuela de Plata, Sevilla, 2005, p. 14

<sup>416</sup> STRACHAN, Owen, “Many heroes, so little heroism”, *First things*, 2.5.201 (Publicación on line, consultada el 31.7.2017)

alcanzó un más profundo sentido en la imagen de los soldados caídos en la gran guerra europea de 1914, donde se representa en ocasiones a los soldados caídos en los brazos de Cristo, como nuevos mártires:

“Martyrdom is a common symbol in the pictures surrounding the first world war as fallen soldiers lay in the arms of Christ. The fallen were truly made sacred in the imitation of Christ. These themes that came to surround the myth of war experience were sanctified by millions of families in Europe on both sides of the war awaiting their cult heroes to return.”<sup>417</sup>

La imagen persistiría en la guerra civil española donde el martirio puede ser reclamado, con derecho, por ambos bandos:

“Tenga presente que en las dos zonas se han hecho mártires; que la sangre de los mártires, en religión como en política, es siempre fecunda; que la Iglesia, sea por lo que fuere, figurará como mártir en la zona republicana y formando en el piquete de ejecución en la zona franquista.”<sup>418</sup>

### 3. - A LA BÚSQUEDA DE UNA TERCERA ESPAÑA EN EL INTERIOR DE LA CONTIENDA

Una persona que es ahora conocida como paradigma de una tercera España que se negaba a participar en el enfrentamiento fratricida, como fue Manuel Chaves Nogales, no dudó en utilizar todos estos adjetivos -*A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de*

<sup>417</sup> LEITHART, Peter J., “Modern heroism” *First things*, 29.2.2005 (Publicación on line, consultada el 31.7.2017)

<sup>418</sup> Carta de Manuel de Irujo al cardenal Vidal i Barraquer, de 4 de julio de 1938. Archivo Vidal i Barraquer, parte inédita. Citado en RAGUER, Hilari, “Nadando contra corriente: Cristianos por la República”, *Iglesia viva*, 241 (1.2010)

*España*<sup>419</sup>- en su caracterización más temprana de la contienda fratricida de 1936. “Lo que se dice en sus páginas de la Guerra Civil: [es] acaso lo mas inteligente brillante y lúcido que se haya dicho nunca por un español de su época sobre ese peliagudo asunto”, ha escrito Andrés Trapiello.<sup>420</sup>

Los textos de Chaves Nogales, como el temprano testimonio de Julián Zugazagoitia, o los textos que publicó Julián Marías de forma anónima, en el ABC republicano de los meses finales de la guerra<sup>421</sup>, nos permiten columbrar una España de personas cabales que trataron de no perder de vista las exigencias de la verdad y de la justicia, y trataron de ajustar su comportamiento a esas convicciones.

Esa actuación les convertiría en héroes dentro de unos límites que una guerra civil convierte en muy estrechos, pero de los que ha sido posible encontrar suficientes huellas como para hacer posible la publicación de *Algunos hombres buenos*, convencido, como lo estoy, de que pudieron ser sólo una pequeña parte de los que se negaron a dejarse arrastrar por aquella gran “ola de odio y criminalidad”, que arrasó a los españoles en 1936.<sup>422</sup>

En última instancia, como escribiera Machado durante aquellos terribles años, "es

mas difícil estar a la altura de las circunstancias que *au dessus de la mêlée*.”<sup>423</sup>

#### 4. - UN BREVE COMENTARIO DE CARÁCTER BIBLIOGRÁFICO

He procurado que este brevísimo ensayo - muy lejano a las instrucciones proporcionadas por el coordinador del encuentro no apareciera desprovisto de referencias historiográficas que tratan de ser penetrantes a la vez que significativas. Desde la cita inicial de Voltaire, que me ha parecido siempre sugerente -a pesar de la antipatía que siento por su autor- hasta ese profundo pensamiento final de Antonio Machado, una pequeña perla rescatada por Andrés Trapiello desde el fango por el que tuvo que arrastrarse el gran poeta sevillano durante la guerra civil.

Otras citas responden a la a la fascinación que muchos historiadores sentimos por la Autoridad, en uno de los sentidos más clásicos del término. Nos da tanto vértigo adentrarnos en el mundo de las nuevas ideas como el miedo que sentimos a que nos acusen de vivir del pensamiento ajeno. El refugio de la intertextualidad nos parece un penoso recurso en los que han intentado navegar en el proceloso mundo de las ideas, tan difíciles de aprehender a veces.

Puede tener por eso el lector -si es que lo hubiese- la impresión de un cierto desorden en la selección de las citas bibliográficas que aquí se hacen, que han estado guiadas por la voluntad las huellas de quienes no quisieron abdicar de su dignidad personal cuando extraordinarias circunstancias les pusieron frente a la indignidad y la mentira.

El trabajo que dio lugar a esta breve reflexión podría situarse en el ámbito de una historia especialmente atenta a la encrucijada moral de algunos individuos. Algunos que

<sup>419</sup> Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937 (Hay una reciente reedición de Espasa-Calpe, Madrid, 2001). Escrito en París, en los momentos iniciales de su exilio.

<sup>420</sup> “La dura realidad”, en *Cuatro historias de la República*, Destino, Barcelona, 2003, pp. 201-202)

<sup>421</sup> CARPINTERO, Helio, *Una voz de la "tercera España". Julián Marías, 1939*, Biblioteca Nueva, v, 2007

<sup>422</sup> MARÍAS, Julián, *Una vida presente. Memorias. 2 (1951-1975)*, Alianza, Madrid, 1989, p. 215

<sup>423</sup> Citado en TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras (Literatura y guerra civil 1936-1939)*, Destino, Barcelona, 2010, p. 224

conocieron el proyecto tuvieron la generosidad de calificarlo como “historia moral”.

No sé si me hubiera atrevido yo a tanto, pero me resultó reconfortante que cuando el proyecto estaba en sus primeros balbuceos, pude encontrarme con testimonios que parecían apuntar en la misma dirección. Es el caso del periodista Eyal Press, nacido en Jerusalén y que ha trabajado en los grandes medios periodísticos de Nueva York, que desarrolló algunas intuiciones profundas de Hannah Arendt con su libro *Beautiful Souls: Saying No, Breaking Ranks and Heeding the Voice of Conscience in Dark Times* (Farrar, Straus and Giroux, 2012).

Los sucesos que narró Press nos dieron a conocer experiencias como la de Paul Grüninger, un jefe de policía de St. Gallen (Suiza), que permitió el paso de judíos austriacos, pese a la prohibición de las autoridades suizas. Su comportamiento le llevó a ser destituido en abril de 1939, antes del comienzo de la segunda Guerra Mundial, y murió en 1972 sin ser rehabilitado.

También aparece en sus páginas el caso de Aleksander ("Aco") Jevtic que, noviembre de 1991, salvó la vida de muchos croatas identificándolos como serbios en un campo de detención. En una entrevista con el autor dijo que lo hizo porque había sido así como se lo habían enseñado sus padres: “Ellos me enseñaron a amar a todas las personas. Ellos me enseñaron a respetar a los demás y a mí mismo. Mi padre solía decirme que las demás personas me respetarían, sólo si yo me respetaba a mí mismo. Esa era una máxima de su vida.”

La expresión “beautiful souls”, que se entiende perfectamente, pero que no tiene una traducción obvia y exclusiva al español, procedía del comportamiento de un pequeño grupo de soldados, con ocasión de una matanza de 1.800 judíos en un pueblo polaco, a mediados de julio de 1942.

Separaron a los varones de edad laboral para mandarlos a campos de trabajo, y al resto los fusilaron tumbados en hileras. La matanza duró todo el día pero previamente, otro grupo de soldados había rehusado formar parte de la unidad que realizó los fusilamientos, dando el ejemplo de que no hay que escudarse en el cumplimiento de órdenes para tratar de justificarse por la realización de actos objetivamente inmorales por contrarios a la dignidad humana. Los grandes crímenes de la Humanidad han sido realizados por pocas personas. La mayoría fue, simplemente, espectadora, mirona. No tomó parte activa; simplemente permitió que sucediera.

El trabajo de Eyal Press no era el único. Unos años antes James Waller había publicado ya otro con un título bien expresivo: *Becoming Evil. How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing* (Oxford University Press, 2007).

Alguna ficha bibliográfica lo ha incluido en apartados de perfiles poco definidos como el de la moderna psicología social, el estudio personas corrientes (*Ordinary men*) o las circunstancias de los crímenes masivos que se han hecho tan corrientes en nuestra época. En los mismos momentos en que redacto estas líneas los medios de comunicación están complementando las informaciones sobre la algarada del populismo separatista catalán, con la información de un tiroteo indiscriminado que ha provocado más de medio centenar de muertes durante un concierto en Las Vegas.

Según Gregory H. Stanton, que prologa el libro de Waller:

“... there is a moral law in every human society that is embedded in the human conscience. That moral law is the absolute standard against which all human behavior must be judged. It is the reason that genocide is not just a relative choice, but absolutely evil. Genocide idolizes one national, ethnic, racial, or religious groups and treats the

'other' as subhuman. It denies the moral fact that we are all members of the same race - the human race.”

Desde esa perspectiva, que comparto plenamente, me parece más acertado situar en el plano de la conciencia el verdadero foco de atención de las reflexiones que provocaron mi libro y de las que ahora hago en este breve ensayo.

En esa línea, las páginas de las memorias de Julián Marías<sup>424</sup> me proporcionaron la guía eficaz para encontrar ese tipo de héroes silenciosos en la experiencia de nuestra guerra civil en la que el propio Marías brindó las claves de un tipo de comportamiento que no fue nada fácil, que fue incluso heroico en muchas ocasiones y que, en definitiva, nos permite seguir llamando hoy día a las cosas por su nombre.

Quienes actuaron de acuerdo con esos principios tal vez no se corresponda perfectamente con la contraposición héroes/traidores que aborda este coloquio pero permite asentarnos en la idea de que, como decidieron los técnicos de marketing de la editorial que publicó el libro, existieron algunos hombres *bombres buenos*. Probablemente muchos, y muchas de ellas mujeres.

---

<sup>424</sup> *Una vida presente. Memorias*, Alianza, Madrid, 1988-1989. 3 vols.



# EL HÉROE PERJURO: LOS CASOS DE SUÁREZ Y JUAN CARLOS I

Rafael Núñez Florencio

Historiador

ISSN: 2386-2491

## RESUMEN:

La atribución de las calificaciones de traidor y héroe resulta problemática. Incluso sobre premisas comunes o compartidas, el traidor lo es siempre respecto a una causa específica o unos determinados principios y otro tanto cabe decir del héroe. Quienes no comparten aquella –la causa antedicha- o estos –los susodichos principios- tenderán a una percepción invertida, de modo que el traidor para unos resultará héroe para otros y viceversa. Más allá de esta discrepancia elemental, la propia antítesis teórica entre la traición y el heroísmo (aparentemente alguien no puede ser héroe y traidor desde la misma perspectiva) choca con una realidad siempre más compleja y poliédrica.

## ABSTRACT:

The attribution of traitor and hero qualifications is problematic. Even on common premises or shared, the traitor is always about a specific cause or certain principles and the same can be said about the hero. Those who do not share that-the above-mentioned cause-or these-the aforementioned principles-will tend to an inverted perception, so that the traitor for some will be a hero for others and vice versa. Beyond this elementary discrepancy, the very theoretical antithesis between betrayal and heroism (apparently someone can not be a hero and a traitor from the same perspective) clashes with a reality that is always more complex and polyhedral.

**PALABRAS CLAVE:** *Traidor, héroe, Transición, Rey.*

**KEYWORDS:** *Traitor, Hero, Transition, King.*

## 1.- TRAIADOR Y HÉROE

Las variantes son múltiples, desde el traidor que busca su redención abrazando heroicamente la causa que antes ha despreciado hasta el héroe que se desmorona

en el momento decisivo. Los seres humanos difícilmente son de una pieza, ángeles o demonios. Incluso estos pueden alegar su condición de ángeles caídos. Este es un ámbito que la literatura ha recreado de innumerables formas desde tiempo inmemorial. Para no retrotraernos demasiado lejos, bastarán tres ejemplos recientes – dentro de nuestro ámbito cultural- que nos

sirvan de referencias, al modo de pequeñas pistas que nos pondrán en el camino de aquello que en este trabajo se pretende exponer y argumentar.

Empezaremos por un clásico poco menos que inevitable ya desde el propio título, el *Tema del traidor y del héroe*, un brevísimo cuento de 1944 de Jorge Luis Borges, incluido en *Ficciones*<sup>425</sup>. El texto, muy borgiano en todos los sentidos, escrito en primera persona, refiere el asesinato de un héroe irlandés, Fergus Kilpatrick. Cuando la rebelión estaba madura, los conspiradores descubren que hay un traidor en su seno. James Nolan, el más estrecho colaborador de Kilpatrick, demuestra que el traidor es el idolatrado héroe, el mismo Kilpatrick. Primera vuelta de tuerca: “los conjurados condenaron a muerte a su presidente. Este firmó su propia sentencia, pero imploró que su castigo no perjudicara a la patria”. Ahora un paso más: “Nolan propuso un plan que hizo de la ejecución del traidor un instrumento para la emancipación de la patria. Sugirió que el condenado muriera a manos de un asesino desconocido, en circunstancias deliberadamente dramáticas, que se grabaran en la imaginación popular y que apresuraran la rebelión. Kilpatrick juró colaborar en ese proyecto, que le daba ocasión de redimirse y que rubricaría su muerte”. Y al final, otra vuelta de tuerca: el narrador decide no contar la verdad y seguir manteniendo la ficción del heroísmo de Kilpatrick: “también eso, tal vez, estaba previsto”.

*El general Della Rovere* es una conocida película italiana dirigida en 1959 por Roberto Rossellini sobre un relato de Indro Montanelli y protagonizada por Vittorio de Sica. Este último interpreta a un timador de poca monta apellidado Bardone, un granuja cínico que se aprovecha de las desgracias

ajenas. Pero las circunstancias particularmente dramáticas –la ocupación nazi de Italia– terminan por envolverle. Obligado por el mando alemán a delatar a sus compatriotas combatientes y en particular a revelar la identidad de uno de los jefes de la resistencia, el general Della Rovere, Bardone sufre una metamorfosis que le lleva no solo a rechazar el rol de traidor sino a desempeñar con todas sus consecuencias el papel del héroe. De hecho, Bardone se convierte en otro, lo más opuesto a él, nada menos que en el mítico general Della Rovere y acepta el sacrificio supremo, dar su vida por una causa que en principio le era completamente ajena. Cuando llega el momento crucial, el suplantador, el falso partisano, termina siendo un héroe: resulta de facto más héroe que el auténtico general Della Rovere.

Impresionado por la oleada de revoluciones que tuvieron lugar en 1989 –en particular las del este europeo– el polifacético ensayista y literato alemán Hans Magnus Enzensberger publicó una aguda reflexión que llevaba por título “Los héroes de la retirada”<sup>426</sup>. Tras evocar al héroe clásico, el escritor germano constata que en su momento –postrimerías de siglo– lo que abunda es su caricatura involuntariamente cómica, representada por gerifaltes tan infatuados como en el fondo simplemente ridículos. El lugar del verdadero héroe clásico ha pasado a ser ocupado por “héroes de un nuevo estilo que no representan el triunfo, la conquista, la victoria, sino la renuncia, la demolición, el desmontaje”. Si la grandeza de un héroe, continúa Enzensberger, se mide por la dificultad de su misión, el esquema heroico tiene que ser invertido: “Cualquier cretino es capaz de arrojar una bomba. Mil veces más difícil es desactivarla”. El héroe ya no es inequívoco sino ambiguo. “El *ethos* del héroe se halla precisamente en su ambivalencia. El especialista en desmontaje

<sup>425</sup> Borges, Jorge Luis: *Ficciones*, Alianza/Emecé, Madrid, 1974.

<sup>426</sup> Enzensberger, Hans Magnus: “Los héroes de la retirada”, *El País*, 26-XII-1989.

demuestra su valor moral asumiendo esa ambigüedad”. Frente al héroe clásico, este nuevo héroe no debe aspirar a la comprensión. Por el contrario, debe asumir otra carga: el recelo, la desconfianza, el menosprecio incluso. “Una cosa, y solamente una, tiene garantizada el héroe de la retirada: la ingratitud de la patria”. ¿Hace falta que especifiquemos a qué tipo de héroes se refiere Enzensberger? Son, entre otros, Nikita Jruschov, que inició el desmontaje del imperio soviético, y Gorbachov, que lo culminó. Janos Kadar, que dedicó su vida a enterrar la autocracia del partido comunista en Hungría. Wojciech Jaruzelski, que salvó a Polonia en 1981 de una inminente invasión soviética. Y cita también el ensayista alemán a un gobernante español, el gran traidor para algunos, el gran héroe de la retirada en nuestro país en el análisis de Enzensberger. ¿Su nombre? ¡Adolfo Suárez!

## 2. - EL DIRIGENTE... ¿PROVIDENCIAL?

Durante las casi cuatro décadas de franquismo la propaganda del Régimen se encargó de machacar en todos los tonos posibles que Franco era el guía providencial que España necesitaba, la mano firme contra las amenazas externas e internas. Como dice Bartolomé Bennassar sin un ápice de ironía, la consigna era “Franco siempre tiene razón” y el mismo dictador, con su visión maniquea del mundo, se consideraba “un hombre providencial”, investido de “una misión providencial”<sup>427</sup>. No es descartable que esta concepción providencialista del dirigente máximo arraigara en la sociedad española y fuera un nada desdeñable factor que jugara en contra del sucesor de Franco. Comparado con este, incluso con el dictador ya senecto,

<sup>427</sup> Bennassar, Bartolomé: *Franco*, Edaf, Madrid, 1996, 2ª ed., p. 260.

el rey parecía débil y sobre todo prisionero de la poderosa maquinaria del régimen. De ahí la desconfianza que su persona suscitaba, que a su vez se insertaba en un panorama general de incertidumbre y temores. Es imprescindible retener esta situación como punto de partida para entender las valoraciones subsiguientes.

La muerte de Franco concita la atención mundial. En un mundo bipolar y con una fuerte tensión internacional, preocupa el nuevo rumbo que pueda seguir el país. Se acaba de producir la revolución portuguesa. La península ibérica no es Oriente próximo o los Balcanes pero su importancia geoestratégica no es asunto menor. ¿Franquismo sin Franco, *aggionamento* del régimen, una nueva guerra civil? Nadie sabe lo que va a pasar. El sucesor de Franco es un perfecto desconocido. Es interesante acudir a la prensa extranjera y a las crónicas de los corresponsales de los principales rotativos foráneos en nuestro país para comprender el incierto panorama de los primeros meses, conjeturas en un mar de ignorancia y recelos. En conjunto, el relato de los periodistas extranjeros dibuja una transición más que precaria en sus albores. Se mantiene una profunda desconfianza sobre la posibilidad de transformación del régimen y desde luego no se atisba aún el camino pacífico y ordenado que después irá desbrozándose desde un sistema autoritario a una democracia semejante a las del entorno europeo. Así que, en el mejor de los casos, las “dudas sobre la capacidad de Juan Carlos para gestionar el cambio persisten durante muchos meses”<sup>428</sup>.

<sup>428</sup> Guillamet, Jaume, ed.: *Las sombras de la Transición. El relato crítico de los corresponsales extranjeros (1975-1978)*, Universitat de València, 2016, pp. 259-260. Es interesante observar que, tal y como aparece aquí dibujada, la transición española dista muchísimo de presentar esa imagen de éxito sorprendente que se instaurará después. Los esfuerzos, primero del rey y luego del rey y

Desde el punto de vista interno no se puede decir que haya tanta ignorancia pero sí la misma o mayor incertidumbre y, también una escasa confianza en las posibilidades del rey para la transformación del sistema. Sus primeras decisiones no despiertan entusiasmo ni sirven para contener la impaciencia de la prensa democrática. Así, por ejemplo, “la concesión de un indulto limitado (...) no satisfizo a quienes más lo esperaban. La prensa lo interpretó más como el último acto del Gobierno de Franco que el primero del Gobierno de la monarquía”. Algo parecido puede decirse del conjunto de primeras medidas, interpretadas como tibias o timoratas y que, en cualquier caso, parecían poner de relieve más una voluntad continuista que un afán de ruptura, siempre según los rotativos que apostaban por el “cambio”, como se decía entonces<sup>429</sup>. Estos diarios y revistas sufrían los embates de la aún muy poderosa censura y las innumerables cortapisas de un gobierno, el de Arias Navarro, más dispuesto a preservar las esencias del anterior régimen que a una auténtica “apertura” (otro de los conceptos fetiche de la época). El propio protagonismo de Arias disminuía el margen de maniobra del rey: quien era garantía de continuidad para los franquistas constituía obviamente un obstáculo para las aspiraciones democráticas<sup>430</sup>.

---

Suárez, no parecen suficientes. Por lo general, se juzga que ambos, y en particular el presidente del gobierno, no tienen la fuerza suficiente para enfrentar con éxito tantas dificultades. De hecho, el volumen se cierra con apreciaciones muy críticas (pp. 254-255). La excepción puede venir representada por el hispanista Hugh Thomas, que se deshace en elogios de la nueva Constitución (p. 256).

<sup>429</sup> Uno de los más completos estudios sobre la prensa del período es el de Castro Torres, Carmen: *La prensa en la transición española, 1966-1978*, Alianza, Madrid, 2010. La cita textual, en p. 195.

<sup>430</sup> Como es sobradamente conocido, la bibliografía sobre la transición es inmensa. Me ceñiré por tanto a referencias puntuales, a sabiendas que hay cientos de libros en los que se

Por si fuera poco, para empeorar más las cosas (o, para ser más exactos, esta percepción de primera hora) la primera gran decisión del rey, el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno el 3 de julio de 1976, fue acogido de un extremo a otro del espectro político -con escasas excepciones- con marcado distanciamiento y un escepticismo que en sus extremos se convertía en rechazo frontal (la gran ocasión perdida, según la mayoría de los medios democráticos). *Cuadernos para el diálogo*, una de las revistas emblemáticas de la oposición, presentaba una portada en negro con una pequeña foto de Suárez en el centro y un gran titular: “El apagón”. Era una portada con más fuerza que si hubiera sido una esquila convencional. Quedó para la posteridad también la reacción del historiador Ricardo de la Cierva, que luego rectificaría y llegaría a ser ministro de Suárez: “¡Qué error, qué inmenso error!”. La impresión de la decisión real como oportunidad desperdiciada era compartida por la mayor parte de la prensa europea: “*Le Figaro* decía que el rey había cambiado un caballo tuerto por otro ciego; *Le Monde* hablaba de error histórico”<sup>431</sup>.

El primer gobierno de Suárez fue tildado despectivamente de “gobierno de penenes”, en alusión a la situación laboral provisional y precaria de buena parte del profesorado universitario de la época. Paradójicamente, hay quien considera que ese fue “uno de los mejores gobiernos que ha tenido España en este siglo”<sup>432</sup>. Pero aquí – conviene enfatizarlo- lo que interesa no son

---

puede hallar la misma información. En este caso concreto de los primeros pasos de la transición y la incompatibilidad Arias-Juan Carlos, es revelador el libro de Bardavío, Joaquín: *Crónica de la transición, 1973-1978*, Ediciones B, Barcelona, 2009 (cf. en especial pp. 115-126, 225-234 y 355-361).

<sup>431</sup> Ansón, Rafael: *El año mágico de Adolfo Suárez*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014, p. 89.

<sup>432</sup> Navarro, Eduardo: *La sombra de Suárez*, Plaza Janés, Barcelona, 2014, p. 119.

tanto los hechos o resultados concretos como la percepción de los mismos y sus consecuentes valoraciones. Hiciera lo que hiciera el nuevo presidente del gobierno y fueran cuales fuesen las realizaciones de su gobierno, lo cierto es que a duras penas podía sacudirse el lastre de su nombramiento *digital* (en alusión al dedo real), es decir, su falta de legitimidad de origen y, lo que era aún más imperdonable para la opinión pública comprometida con la ruptura democrática, su ejecutoria en los últimos años como miembro del *establishment* franquista, bien como gobernador civil, como director de televisión española o, más reciente aún, como ministro secretario general del Movimiento.

Puede argüirse con razón que las reformas del gobierno Suárez y sobre todo los sucesivos pasos para una democratización efectiva –Ley para la Reforma política, masivamente aprobada en el referéndum de 15 de diciembre de 1976; primeras elecciones democráticas el 15 de junio del año siguiente y gestación de un texto constitucional– dotaron de legitimidad, primero de facto y luego de *iure*, al joven presidente y de paso contribuyeron a la estima y el prestigio del rey. Cierto, sin duda, pero en estos primeros tiempos tanto uno como otro estaban lejos para la opinión pública de desempeñar nada parecido al rol del dirigente providencial. Faltaba perspectiva histórica, obviamente, pero sobre todo los árboles, en forma de problemas acuciantes –crisis económica, terrorismo, amenazas de involución–, eran tan descomunales e inmediatos que no dejaban ver el bosque, o sea, el panorama general de todo lo que se estaba consiguiendo en tan breve lapso de tiempo.

En cuanto a las valoraciones, Suárez, que se ufanaba de ser la encarnación del centro político, sufría los ataques desmedidos y probablemente injustos de la derecha y la izquierda. Más que críticas, eran descalificaciones y las más hirientes y peligrosas no venían del entramado político

convencional –lo cual hubiera entrado dentro de la normalidad democrática– sino de otros sectores. Era inevitable que Suárez concitara la animadversión de los franquistas –sus partidos, asociaciones y terminales mediáticas– pero el problema mayor procedía del estamento militar, que se sentía inquieto por la dinámica centrífuga de las autonomías y traicionado por el supuesto incumplimiento de la promesa que Suárez había hecho en su momento de no legalizar al partido comunista. Al Suárez perjuro de primera hora se le superponía ahora la imagen del Suárez traidor, incapaz de cumplir la palabra dada. Desde la perspectiva castrense, no cabía mayor ofensa: Suárez había mancillado los valores supremos del militar, la “unidad de la patria, el honor, el respeto a la palabra dada, a la Bandera”<sup>433</sup>. Como ya se ha señalado, la cuestión que aquí interesa no es tanto si la acusación de los altos jefes militares estaba o no fundada (hay múltiples autores que exoneran al presidente del gobierno con distintos argumentos<sup>434</sup>) sino la mera existencia de ese estado de opinión en los ambientes militares. Con razón o sin ella, se presentaba a Suárez como un mentiroso, un oportunista, un manipulador, un chaquetero capaz de las más sucias maniobras. “Traidor” era la palabra más repetida.

Desde el polo político opuesto no se veía a Suárez como el dirigente providencial que había traído la democracia sino como un obstáculo para la democratización efectiva y

<sup>433</sup> Martínez Inglés, Amadeo: *La Transición vigilada. Del Sábado Santo “rojo” al 23-F*, Temas de Hoy, Madrid, 1994, pp. 46-49.

<sup>434</sup> Véase por ejemplo Ónega, Fernando: *Puedo prometer y prometo*, Debolsillo, 2005, pp. 272-273. El autor se alinea en primera fila entre los fervientes admiradores de Suárez. Su retrato del presidente se mueve entre el respeto y la familiaridad, siempre en las antípodas del Suárez traidor. De hecho, en la contraportada de este libro hay un entrecomillado del diario *El País* que afirma que para Ónega el “hombre de Estado” que, junto al rey, trajo la democracia es “el último héroe nacional”.

el acceso de la izquierda al poder. Se despreciaba su talla humana casi en la misma medida –si no más- que se vituperaba su figura política. La andanada más brutal en este sentido vino de un joven periodista entonces casi desconocido, Gregorio Morán, que escribió un libro vitriólico sobre la trayectoria íntima y pública del personaje con un título que no dejaba lugar a dudas sobre su contenido: *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*. Visto desde la perspectiva actual lo primero que sorprende es la temprana fecha de publicación del libro (la primera edición sale en octubre de 1979, cuando Suárez llevaba poco más de tres años en el poder). Morán presenta la carrera de Suárez como un camino de servilismo y abyección. El abulense es un trepa de la peor calaña, un “lacayo” hipócrita al que solo le mueve una ambición inconmensurable. Es verdad, escribe con sorna Morán, que la reforma política necesitaba alguien así, pero esto significa algo muy distinto de un ditirambo: “Un hombre moldeable, disciplinado, con una fabulosa capacidad para ocultar sus sentimientos y por tanto para la doblez, animoso y por encima de todo excelente relaciones públicas, que no se creara enemigos con facilidad porque se le considerase muy poquita cosa, y que fuera a prometer todo lo que hiciera falta con el rostro tan seguro como si pensara concederlo”.<sup>435</sup>

El retrato de Adolfo Suárez que hace Morán no ahorra descalificaciones de todo tipo y carga las tintas hasta la caricatura. El presidente aparece en estas páginas como un sujeto carente de la mínima dignidad personal –bien es verdad, matiza el autor, que como el conjunto de la clase política franquista a la que pertenece- pero sobre todo vulgar y vacuo. Esta vaciedad política es esencial para su misión: Suárez es la criatura que cumple la misión urdida por otros (el rey y Torcuato

Fernández Miranda). No es casualidad que estos dos hayan elegido a un sujeto así: necesitaban a un hombre ambicioso pero sin altura de miras, sin una sólida formación, con inmensas lagunas como dirigente. Morán concibe a Suárez como el reverso del “hombre providencial”. Y, sin embargo, ¡oh, paradoja!, lo es en cierto sentido. Con una especie de instinto reflejo, Suárez se aferra al poder. El poder por el poder. Una vez llegado arriba no es fácil desbancarlo. Por ello, Morán acaba su libro con estas palabras: “Acaso nuestro destino durante el siglo XX sea soportar hombres providenciales para quienes dejar el poder es como una sentencia de muerte, porque el poder es el motor de su vida”<sup>436</sup>. Haría falta muy poco tiempo para demostrar cuán equivocado era el diagnóstico de Morán. Él mismo lo reconocería parcialmente pasados los años.

### 3. - LA NOCHE MÁS LARGA

Si hubiera que poner rostros concretos a la transición, el consenso en tres figuras sería abrumador: en primer lugar, el rey como impulsor o, en expresión que hizo fortuna, el “piloto del cambio”<sup>437</sup>; en segundo término, Torcuato Fernández-Miranda, el “guionista de la transición”<sup>438</sup> y, en tercer lugar –*last but not least*, según la conocida expresión inglesa-, Adolfo Suárez, el artífice, la cara más visible del cambio político. La colaboración y cordial relación entre esos tres personajes se rompió pronto: el primero en quedar desgajado fue Fernández-Miranda, que además murió no mucho después (1980).

<sup>436</sup> *Ibidem*, p. 392.

<sup>437</sup> Uno de los mejores análisis del papel del rey en ese proceso lleva dicho título: Powell, Charles T.: *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1991.

<sup>438</sup> Fernández-Miranda, Juan: *El guionista de la transición. Torcuato Fernández-Miranda, el profesor del rey*, Plaza Janés, Barcelona, 2015.

<sup>435</sup> Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979, p. 384.

Quedaron al frente del timón del Estado los otros dos protagonistas, con desigual fortuna por esas fechas, es decir, al comienzo de la década de los ochenta: mientras el rey se consolidaba lentamente, el presidente del gobierno y de UCD sufría una contestación sin precedentes tanto por su agresividad como por la magnitud de la misma, pues hasta en su propio partido se conspiraba abiertamente contra él. Dicha campaña, unida al rumbo errático y casi autista que había adoptado la política suarista, dieron como resultado una brecha cada vez más acusada entre el rey y el presidente. Si la colaboración leal entre ambos había tenido mucho que ver con el éxito del proceso<sup>439</sup>, la ruptura significaba la primera gran crisis interna de nuestra incipiente democracia. Sin haber sido reconocido como héroe, Suárez se había convertido de pronto en el gran villano de la política española. Hasta el rey compartía esa valoración y de ahí vino una parte importante de los problemas que eclosionarían en la crisis del 23-F.

No podemos entrar, como es obvio, en todos los recovecos de la mencionada crisis. Señalaremos a continuación solo los aspectos relevantes para el asunto que aquí nos ocupa, siguiendo el relato que nos parece más ajustado a los hechos, la biografía de Suárez de J. F. Fuentes. Tras la moción de censura del PSOE de mayo de 1980, Suárez había quedado seriamente tocado. Sin embargo, los males venían de algunos meses atrás, como demuestra el deterioro de sus relaciones con el rey: “las cosas –escribe Fuentes– iban de mal en peor desde que a finales de 1979 la tirantez había sustituido a la cordialidad que siempre existió entre ellos”. Se atribuye al rey un ultimátum en junio de

1980: “No hay que cambiar a Adolfo, pero Adolfo tiene que cambiar”. Asediado por propios y extraños, Suárez adopta la pose casi teatral del héroe dispuesto a resistir los embates: “Hacía tiempo que guardaba un revólver calibre 22 en la cómoda de su dormitorio”. Cuando se empieza a barajar una solución para sacarlo de la Moncloa a cualquier precio, Suárez es taxativo y hasta melodramático: “No aceptaré este tipo de presiones aunque tenga que salir de la Moncloa en un ataúd”. Hay sólidos indicios de que a comienzos de 1981, probablemente el 4 de enero, el rey tuvo una tensísima conversación con Suárez. En contra de lo que se dijo entonces y se especuló luego, Fuentes considera excesivo que le pidiera la dimisión para evitar un golpe militar, pero admite que “el lenguaje del Rey transmitía mucha frialdad y escasa confianza”. El choque entre ambos se recrudece por el empeño real de colocar a su amigo, el general Armada, en un puesto en Madrid. Según muchos analistas, el rey impulsó o propició la dimisión de Suárez o, cuando menos, fue uno de los factores determinantes de la misma. Quienes no llegan a tanto sostienen que reaccionó ante la misma con un acusado distanciamiento personal y, más aún, desde el punto de vista político respiró aliviado porque se quitaba un problema de encima. A esas alturas, Adolfo era el problema.<sup>440</sup>

Luis Eduardo Aute popularizó en una canción, *Al alba*, equívocamente vinculada a los últimos fusilados del franquismo, los versos “Presiento que tras la noche / vendrá la noche más larga”. Superado ya el franquismo, España viviría su noche más larga entre el 23 y el 24 de febrero de 1981, con el Congreso y el gobierno en pleno prisioneros de un destacamento de guardias civiles al mando del teniente coronel

<sup>439</sup> La historia menuda de las relaciones entre Suárez y el rey ha sido objeto de criba periodística en numerosas ocasiones. Cf. Hernández, Abel: *Suárez y el rey*, Espasa, Madrid, 2009. También desvela numerosas confidencias Herrero, Luis: *Los que le llamábamos Adolfo*, La Esfera de los libros, Madrid, 2007.

<sup>440</sup> Fuentes, Juan Francisco: *Adolfo Suárez, Biografía política*, Planeta, Barcelona, 2011. Las citas corresponden a las pp. 332, 342, 353, 362, 364, 367 y 384.

Tejero y con los tanques en las calles en algunos puntos de la geografía española. Una vez más, retengamos tan solo los hechos que resultan significativos para trazar los perfiles de nuestros protagonistas. Cuando Tejero, pistola en ristre, asalta el Congreso, secundado por un puñado de guardias civiles que empujan, avasallan y en algún caso hasta realizan disparos intimidatorios, tres diputados se niegan a arrojarse al suelo – Carrillo, Gutiérrez Mellado y Suárez- e incluso estos dos últimos, los más próximos físicamente a los golpistas, se encaran con ellos. Dos hombres desarmados frente a un puñado de rebeldes armados. Hoy sabemos que la sangre no llegó al río pero en aquel momento era imposible saberlo. El valor y la dignidad de estos hombres –constatable por las cámaras de televisión que estaban grabando la sesión- queda fuera de toda duda. Si a estas alturas les hurtamos el término de héroes, ¿a quién o quiénes podríamos aplicarlo con más merecimiento?

Quien mejor ha sabido verlo, valorarlo y contarlo en un libro de excepcional agudeza ha sido Javier Cercas. *Anatomía de un instante* se titula su obra. Un instante puede condensar milagrosamente toda una vida. Un instante puede condenar, salvar o redimir. El novelista catalán tiene muy presente a Enzensberger –y su “héroe de la renuncia, el derribo y el desmontaje”- y, más aún, al general Della Rovere o, mejor dicho, al impostor, el tal Bardone, que se hace pasar por el general y que al final termina asumiendo e interiorizando el papel de héroe de la Resistencia. Del mismo modo, Suárez viene a ser durante buena parte de su vida un pícaro, un arribista, un “gallito falangista, adulador y trapacero”. Cercas carga las tintas en la caracterización negativa para que resalte luego su perfil más presentable, en particular su valor y dignidad. ¿Fue Suárez un buen gobernante?, se pregunta el ensayista. Esa no es la cuestión, viene a decir. Suárez tuvo indudablemente

muchos defectos, cometió muchos errores, quizás incluso pueda decirse que fue un mal presidente, sobre todo en la parte final de su mandato. Pero apenas puede caber duda de una cosa: Suárez fue el mejor presidente posible para afrontar una situación excepcional (el golpe de Estado) “porque ningún político español del momento sabía manejarse mejor que él en circunstancias extremas ni poseía su sentido dramático, su fe de converso en el valor de la democracia, su concepto mitificado de la dignidad de un presidente de gobierno, su conocimiento del ejército y su valentía para oponerse a los militares rebeldes”. Suárez es nuestro héroe, pero es un héroe moderno, como lo dibuja Enzensberger; el héroe que es al mismo tiempo el gran traidor, el que traiciona su pasado “para no traicionar el futuro”. Suárez, matiza Cercas, es “un colaboracionista del franquismo convertido en héroe de la España democrática”. Pero el escritor catalán se atreve a dar un paso más en su interpretación de la heroicidad del presidente. Su gesto valiente es un símbolo que trasciende su figura humana e incluso su dimensión política. Al obrar como lo hizo, Suárez actuó como espejo, representante y símbolo del país. Sus virtudes y defectos eran los del país. Es precisamente esta identificación del conjunto del país con el personaje la que hace posible la catarsis redentora: “permaneciendo en su escaño mientras las balas zumbaban a su alrededor (...) Suárez no solo se redimía él, sino que (...) redimía a todo su país de haber colaborado masivamente con el franquismo”<sup>441</sup>.

<sup>441</sup> Cercas, Javier: *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009. Cf. en especial pp. 335 y 383-385. Conviene dejar claro que el ensayo de Cercas no trata solo de Suárez sino también –y al mismo nivel de protagonismo- de Gutiérrez Mellado y Carrillo, porque lo que le interesa es una reflexión de conjunto sobre el heroísmo, la lealtad y la traición. Todos ellos –los tres citados- “traicionaron su lealtad a un error para construir su lealtad a un acierto; traicionaron a los suyos para no traicionarse a sí mismos; traicionaron el

La mayor parte de los observadores y analistas del momento reconocieron el valor y la dignidad del entonces presidente del gobierno en funciones. Pero en aquellos momentos traumáticos e inciertos, un gesto, por muy significativo y trascendente que fuese –ese “instante” decisivo que acabamos de considerar– no podía retener durante mucho tiempo la atención pública, todavía en estado de shock y pendiente de lo que aún pudiera suceder. Sí, sin duda, la conducta del ex presidente ante los golpistas había sido encomiable pero había cosas mucho más urgentes, empezando nada más y nada menos que por restablecer el orden constitucional y aplicar la justicia a los culpables. Hay además un factor nada desdeñable: volviendo a Cercas, sorprende una frase de su obra: “nadie es un héroe para sus contemporáneos”. El juicio probablemente es falso en su rotundidad y casi puede decirse que hoy en día los medios construyen heroísmos y héroes de manera continuada, banal o precipitada, hasta el punto de que el supuesto héroe de hoy apenas aguanta el paso de una semana antes de caer sumido en el más profundo de los olvidos. Pero la frase tiene otro matiz que sí resulta revelador. El héroe y su heroicidad se tienen que construir, y esa construcción tiene que ser siempre a posteriori, cuando los hechos se contemplan con una cierta perspectiva, les dotamos de un significado y le conferimos un sentido. Ahí, en esa interpretación del pasado, se inserta el héroe. Esta reflexión es particularmente adecuada para una figura como Suárez, denostado casi universalmente en la última parte de su mandato y ensalzado años después, cuando su obra en concreto y la transición como conjunto o contexto se valoran de forma diferente.

---

pasado para no traicionar el presente”. Y, en términos más globales, añade: “Tenemos una ética de la lealtad, pero no tenemos una ética de la traición. Necesitamos una ética de la traición. El héroe de la retirada es un héroe de la traición” (p. 274).

La distancia –o sea, la perspectiva citada– permite bosquejar un perfil más nítido de héroe. Por lo que respecta a su nobleza y coraje el 23-F, el comportamiento de Suárez constituirá un motivo de admiración casi unánime para los historiadores e investigadores de la transición. Suárez – escribe por ejemplo J. F. Fuentes– dio un ejemplo inolvidable de grandeza y dignidad, estableció la supremacía de la democracia y la soberanía popular sobre la fuerza bruta y la imposición de unos cuantos: “Sin pronunciar palabra (...) dejó para la posteridad la intervención más elocuente de la historia del parlamentarismo español”. Nos cuesta trabajo entender el heroísmo sin una vena melodramática pero, como ya apuntamos, Suárez era propenso a ella. Un presidente, parece que dijo, no puede permitirse morir por un tiro en la espalda cuando se apresta a tumbarse en el suelo. “Si me mataban –dijo después– tenía que ser cara a cara”. Parece petulante y un tanto artificioso, pero lo cierto es que el propio Tejero le amenazó poniéndole una pistola en el pecho y Suárez reaccionó diciéndole “¡Cuádrese!”. Un hombre desarmado le daba al matón “lecciones de valor y disciplina”. “Suárez se había reencontrado consigo mismo”. Dio una lección no solo política sino también moral a los golpistas. Esa dignidad se prolongaría poco después cuando solicitó al general Gabeiras en presencia del rey el arresto de Armada. Gabeiras dudó y buscó el asentimiento del Monarca. Suárez le abroncó: “No mire usted al Rey, míreme a mí”<sup>442</sup>.

Acudamos a un testimonio todavía más significativo por venir de donde viene. Si quedaba alguna duda de la redención de Suárez, su conversión de gran villano en héroe o, por lo menos, en el personaje con más dignidad personal y política del momento, esa duda la disipa la nueva edición

---

<sup>442</sup> Fuentes, *op. cit.*, pp. 416-419, 433-434. También sobre la dignidad de Suárez el 23-F, Ónega, *op. cit.*, p. 291.

de la biografía de Gregorio Morán. El periodista que había trazado el retrato más despiadado del abulense, el mismo que había denigrado toda su trayectoria política como un trepa mezquino, pergeña tres décadas después una imagen muy diferente. Frente a tantos figurones de la política, Suárez aparece al menos como una figura que sabe lo que quiere. Es político, solo político y nada más que político, y en cuanto tal, solo se interesa por una cosa: el poder. Con todos sus defectos, sigue diciendo Morán, Suárez tenía unas cualidades que faltaban en todos los que le rodeaban. Esta última afirmación, aunque podría referirse a muchos acontecimientos, se aplica y entiende sobre todo en el contexto del 23-F. Aquí es donde la figura de Suárez se agiganta en dignidad, coherencia y valentía. Nadie le llega a la altura de los talones. Es la excepción en un mar de cobardía generalizada: “La gallardía, el valor fehaciente de Adolfo Suárez aquel día en el Congreso de los Diputados, cuando los rufianes lo asaltaron, causó un impacto que aún hoy, cuando repasamos las imágenes, nos conmueve (...); el valor físico que exhibió hizo enmudecer hasta a los más zafios”. Insiste después Morán en “el derroche de dignidad” que exhibió. No es una valoración casual porque en distintas ocasiones repite los mismos calificativos: “Valiente, incluso rozando la temeridad”, dice más adelante. Morán no llega a usar el concepto de héroe pero apenas oculta su admiración por aquel hombre “que salió a partirse el pecho cuando trataron de ofender a (...) Gutiérrez Mellado, que no se inclinó en ningún momento, que demostró la dignidad y el valor de un presidente”<sup>443</sup>.

Pero, como ya hemos apuntado y ahora conviene subrayar, este encomio del presidente solo será posible desde la distancia y la perspectiva histórica. Todo lo contrario de lo que sucede con el rey. Si hay alguien

que sale inmediatamente reforzado del 23-F ese es sin la menor duda don Juan Carlos. En la percepción del momento, el monarca es el héroe de la crisis, el que con su autoridad para o manda parar el golpe. Esta es la versión oficial o versión canónica que se ha mantenido desde el día siguiente del asalto de Tejero, que sobrevive al juicio de los golpistas, que se mantiene pese a numerosas revelaciones confidenciales que han ido saliendo a la luz durante los últimos años y que en definitiva, con mayor o menor convicción, han abrazado también la mayoría de los historiadores. A día de hoy, cuando ya se puede vislumbrar el conjunto del reinado con una cierta perspectiva histórica, la tesis antedicha se mantiene como hegemónica, pese a las dudas, enmiendas y críticas de las que luego se hablará. Así, cuando un conjunto de historiadores y especialistas del máximo prestigio reúnen sus reflexiones sobre el reinado en un volumen colectivo, la tesis que emerge y que todos defienden de modo unánime es que el rey trajo, salvó y mantuvo la democracia. De hecho, el volumen al que nos referimos lleva en su frontispicio el inequívoco título de *Rey de la democracia*. En apoyo de la interpretación antedicha, el historiador militar F. Puell de la Villa sostiene que el ejército en aquella tesitura histórica se sentía a las órdenes del rey “para lo que fuera”. Esto significaba, para bien y para mal, que las fuerzas armadas estaban dispuestas a hacer exactamente lo que la Corona ordenase. Como confesaron abiertamente algunos altos jefes, si el rey se hubiera posicionado a favor del golpe, las unidades militares del país se hubieran “puesto inmediatamente en pie de guerra”. Por ello, no es desorbitado hablar del monarca como el héroe providencial. Lo dice así el filósofo Javier Gomá en el mismo volumen: “Así, la ejemplaridad de Juan Carlos I ofreció un perfil inicialmente heroico, protagonista principal en la epopeya

<sup>443</sup> Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, Debate, Barcelona, 2009, pp. 22, 264, 297.

de la Transición y busto televisivo resistente a los golpistas”<sup>444</sup>.

El hispanista británico Paul Preston, en la biografía considerada más completa y equilibrada, esboza un cuadro francamente positivo del personaje del rey que trasciende el momento puntual del 23-F pero que le sitúa también en una esfera cuasi heroica. Para el historiador, las bases de su “innegable popularidad” (la primera edición de su obra es de 2003) radican en su afabilidad, franqueza, campechanía y el valor que demostró en los momentos del golpe. No niega “esta percepción, perfectamente lógica y basada en la realidad” pero considera que “hay un lado menos público, y más meritorio, de este éxito”. Son las virtudes de las que hizo gala al aceptar la tutela de Franco y que luego ha sabido mantener durante su reinado: sacrificio, perseverancia, paciencia, abnegación, sentido del deber, dignidad, inteligencia, carácter, patriotismo, valentía, madurez y prudencia<sup>445</sup>. Podría pensarse con algún fundamento que Preston, un intelectual que jamás ha ocultado sus abiertas simpatías izquierdistas, escribía esto a comienzos del siglo XXI pero que su valoración del rey una década más tarde, conocidos los escándalos y en picado su popularidad, sería bien diferente. No es así. Al presentar la edición actualizada de su biografía (2012), Preston hacía unas declaraciones al diario *El País* reafirmando su convicción en el balance positivo del reinado. Mostraba igualmente el hispanista una gran comprensión hacia las “debilidades” de don Juan Carlos, pero sobre todo destacaba nuevamente sus virtudes, sus aciertos y su papel determinante para que la transición llegara a buen puerto. De ahí su reafirmación taxativa: “yo creo que tuvo un

papel realmente heroico durante la transición”<sup>446</sup>.

Otro hispanista, Tom Burns, que conoce bien nuestro país y que amalgama la visión distanciada con la proximidad, prefiere hablar de una heroicidad de más calado, menos sujeta a episodios concretos. El rey, dice, presenta una “personalidad compleja, muy seria y calculadora, que contrasta con la imagen campechana”. Desde el punto de vista político, su “presencia activa en el proceso de cambio era inapelable (...) Su liderazgo era indispensable”. Desde la perspectiva personal estamos, en opinión de Burns, ante un ser superior: “Rompió primero con su padre al aceptar ser el sucesor de Franco, y rompió después con el franquismo que heredó”. Bastaría uno solo de esos quebrantos para marcar a un individuo. “Superar dos con gallardía está reservado a muy pocos”. Burns es de los que piensa que, comparado con don Juan Carlos, Adolfo Suárez era muy poca cosa, apenas un *outsider* sin bagaje intelectual, sin trasfondo político y sin capacidad para liderar a la derecha española. Por todo ello considera que el mérito fundamental de la transición corresponde sin duda al Rey, el dirigente providencial. Nunca hubo alrededor nadie de su talla<sup>447</sup>.

El periodista Fernando Ónega, estrecho colaborador en su momento de Suárez y muy próximo también al rey, ofrece de este un retrato particularmente interesante porque, sin pretender competir con los historiadores, trata con su proyección mediática de atemperar la caída de popularidad del monarca en su último tramo

<sup>444</sup> García Delgado, José Luis (ed.): *Rey de la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017, pp. 136 y 262.

<sup>445</sup> Preston, Paul: *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Plaza Janés, Barcelona, 2003, pp. 567-569.

<sup>446</sup> “El Rey Juan Carlos ya no es el bombero de la democracia”, *El País*, 9-11-2012. Disponible en Internet:

[http://cultura.elpais.com/cultura/2012/11/09/actualidad/1352488684\\_954949.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2012/11/09/actualidad/1352488684_954949.html)

<sup>447</sup> Burns Marañón, Tom: *De la fruta madura a la manzana podrida. El laberinto de la Transición española*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015, pp. 163-168, 270-273.

de reinado con argumentos que convergen con una buena parte del *establishment* político e intelectual. Coincide con Preston en que sus últimos errores no deben oscurecer sus aciertos previos y coincide también con los historiadores de *Rey de la democracia* en que lo importante en una valoración de conjunto es la contribución decisiva del monarca en la instauración y consolidación de un régimen democrático en España<sup>448</sup>. Con todo, el matiz que aquí se termina imponiendo en la valoración positiva del rey no es tanto su condición excepcional o heroica –que no se niega– cuanto la vertiente pragmática, que se reconoce como tal explícitamente. Por encima de todo, Juan Carlos I “fue útil” a su país. Bajo su mandato, España se transformó como nunca en su historia. Es cierto que esa transformación no solo fue obra suya pero él la auspició y la favoreció. En ningún ámbito se percibe esto tan claramente –argumenta el autor– como en la política exterior y en la imagen de España en el mundo. El rey fue sin duda el “mejor embajador” de nuestro país, pues desplegó un auténtico arte de

seducción en beneficio de los intereses españoles<sup>449</sup>.

La referencia es interesante porque da pie a considerar una llamativa divergencia que va a producirse según avanza la década de los ochenta. Por un lado, la valoración dubitativa y cautelosa de la transición y sus protagonistas que tiene lugar en nuestro país; por otro, la aprobación sin reservas y hasta admirativa del proceso español que tiene lugar en el resto del mundo. Ya en sus inicios –todavía en los años setenta– los españoles que participaban en foros internacionales sobre el tránsito a la democracia mostraban su estupefacción por el llamativo contraste entre el desencanto interno y el entusiasmo de la óptica foránea. Lo cierto es que Suárez y el rey Juan Carlos eran saludados en sus viajes al extranjero como auténticos héroes que habían traído un régimen de libertades a nuestro país en un proceso modélico de transición ordenada y pacífica<sup>450</sup>. La imagen de España en el mundo vivió una transformación asombrosa en apenas dos décadas: de nación atrasada y oscurantista con el franquismo pasó a tener una vitola de empuje y modernidad que los fastos del 92 (en particular las Olimpiadas y la *Expo*) vinieron a sancionar de modo concluyente.

Bien es verdad, para volver al asunto específico que aquí nos ocupa, que a esas alturas la suerte de nuestros protagonistas había experimentado una evolución absolutamente contrapuesta. Suárez, una vez abandonado el gobierno, vivió una dura etapa de ostracismo: su amago de resurrección política al frente de un nuevo partido, el Centro Democrático y Social (CDS) no pasó

<sup>448</sup> En cuanto a lo primero, los errores, se pregunta si “¿sería justo que Juan Carlos I, el hacedor de la democracia, fuese recordado por la cacería y los elefantes de Botsuana? ¿Resultaría lógico que toda la institución se viese censurada en la historia de España debido al daño causado por Iñaki Urdangarín (...)?” En cuanto a lo segundo, el “balance global”: “Por encima de esos fallos y esos aciertos encontraremos el balance global. En lo humano se mostró sensible a las necesidades ajenas, supo preguntar y escuchar, practicó la cercanía, compensó sus carencias con una formidable intuición y supo pedir perdón cuando tuvo que hacerlo. Como jefe de Estado, fue un rey popular, no solo en España, sino en el mundo. Supo arbitrar y moderar, como le encomienda la Constitución. No encontré ni un solo reproche en el cumplimiento de sus deberes y limitaciones constitucionales. Fue capaz de ceder el poder absoluto que heredó y que resultó fundamental para el éxito de la Transición (...)” Ónega, Fernando: *Juan Carlos I. El hombre que pudo reinar*, Plaza Janés, Barcelona, 2015, 2ª ed (original 2014), pp. 10-11.

<sup>449</sup> *Ibidem*, pp, 232-233 y sobre todo cap. 12 (pp. 250-288).

<sup>450</sup> Núñez Florencio, Rafael: “¡Bravo...! La transición española desde la perspectiva exterior”, en Payne, Stanley G. y VV.AA.: *La transición a la democracia. Estudios, testimonios y reflexiones*, Univ. Rey Juan Carlos, CSED, Madrid, 2016, pp. 105-120.

de ser un espejismo y sus afanes para desplazar políticamente al PSOE y sustituir a Felipe González en el poder se revelaron completamente ineficaces. Tardó tiempo en comprender que su momento había pasado pero al final tuvo que rendirse a la evidencia, constatar su absoluto fracaso y abandonar por completo la esfera pública sin cosechar con todo ello más que una indiferencia generalizada en la opinión pública. Todo lo que Suárez no había sabido o podido rentabilizar a partir de la crisis del 23-F, lo cosechó el rey, convertido de la noche a la mañana de manera unánime en el héroe indiscutido e indiscutible del mantenimiento y consolidación de las instituciones democráticas. En esta ocasión sí coincidieron las opiniones nacional e internacional, aupando ambas a don Juan Carlos a las más altas cimas de respeto, reconocimiento y prestigio. El rey se convirtió en el nuevo símbolo de España, de la nueva España moderna y democrática.

#### 4. - LOS HÉROES QUE NUNCA EXISTIERON

El término revisionismo es uno de esos conceptos historiográficos que se ha contaminado tanto de las doctrinas políticas, las proclamas ideológicas y las controversias partidistas que hoy en día se ha convertido más en un arma arrojada o una simple descalificación que en una acuñación con significado operativo<sup>451</sup>. A pesar de que en el contexto internacional tiene un larguísimo recorrido, en el plano interno y sobre todo en los últimos años, la etiqueta de revisionismo y la calificación de revisionistas se han aplicado

<sup>451</sup> Pérez Garzón, Juan Sisinio: “Revisionismo: ¿calificación sectaria u obligación científica?”, *Con-Ciencia Social*, n° 20 (2016), pp. 127-133.

peyorativamente por la historiografía autodenominada progresista –hegemónica en el ámbito universitario- a los historiadores críticos con la II República y en particular con el papel desempeñado por los sectores de izquierda en el régimen del 14 de abril. Pero a su vez, aquellos críticos, que podríamos denominar en sentido amplio conservadores o liberales, han acusado a la izquierda, en particular desde la etapa de Zapatero, de un revisionismo revanchista<sup>452</sup>. En particular, por lo que atañe a la transición, este nuevo revisionismo se caracterizaría por condenar dicho tránsito como un fraude –un apaño entre las elites-, descalificar la democracia resultante como insuficiente –“de baja calidad”- y, sobre todo, denunciar que la impunidad se había impuesto a la justicia (la rendición de cuentas por los crímenes franquistas) y la memoria histórica había sido sepultada por un vergonzante pacto de silencio. En esta línea de análisis, que se ha ido extendiendo entre los sectores de izquierda, nacionalistas, populistas y nuevas generaciones, queda hecha trizas la visión canónica -y durante mucho tiempo preponderante dentro y fuera de España- de la transición como éxito y proceso modélico<sup>453</sup>.

Desde finales del siglo XX y sobre todo los comienzos del presente siglo, la literatura, ensayística e historiografía sobre la

<sup>452</sup> Se produce de este modo una confrontación entre las valoraciones de la II República y la transición –cuanto más se encomie una, más se critica la otra y viceversa-. Los conceptos de memoria y pacto se convierten así en antitéticos en los análisis historiográficos. Dos muestras significativas desde perspectivas enfrentadas: Álvarez Tardío, Manuel: *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978*, Gota a gota, Madrid, 2005. Cuesta, Josefina: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Alianza, Madrid, 2008.

<sup>453</sup> Una excelente síntesis de este proceso en Palacios Bañuelos, Luis: “Transición y revisionismo histórico”, en “La transición desde la dictadura a la democracia, con el Rey y Suárez”, vol. IV de *Las bases de la España actual*, Dilex, Madrid, 2016, pp. 259-275.

transición han sufrido una transformación tan acusada que casi puede hablarse de un vuelco valorativo, dependiendo de los ámbitos a los que nos refiramos (por ejemplo entre los jóvenes y los nuevos partidos). La hasta hace bien poco predominante evaluación laudatoria debe convivir ahora con estimaciones mucho más críticas que llegan al rechazo frontal, en el fondo y en la forma, del paso a una democracia cuyos fundamentos mismos también se cuestionan. De hecho, los defectos que se perciben en nuestro actual ordenamiento resultan ser, desde esta perspectiva crítica, consecuencia directa o colateral de una transición viciada y nada modélica. Se pone así en cuestión, por ejemplo, uno de sus aspectos más celebrados, el carácter pacífico de aquel momento, enfatizando la represión, el terrorismo y la violencia en las calles<sup>454</sup>. Algunos analistas hablan de una “nueva Restauración”, en el sentido de una reproducción de los aspectos más deplorables del “tinglado canovista” en 1875<sup>455</sup>. Según este planteamiento no puede

haber auténtica democracia cuando las reformas se hacen desde arriba y no son consecuencia de la movilización popular. Este es un enfoque particularmente caro a los teóricos de izquierda y son muchos los historiadores que de una manera más o menos explícita lo sustentan y argumentan, socavando así en parte o en todo – dependiendo de la radicalidad de cada caso – las bases mismas del modelo español de transición<sup>456</sup>.

De entre la abundantísima producción reciente sobre la transición en esta onda crítica y hasta hipercrítica –poco menos que una enmienda a la totalidad– consideramos que es particularmente significativo un ensayo publicado por Juan Carlos Monedero, no solo por su gran acogida en forma de sucesivas ediciones, sino sobre todo por el papel relevante que ocupa su autor como ideólogo del nuevo partido (o conglomerado de partidos) que ha revolucionado el sistema político español. En *La Transición contada a nuestros padres*, se pueden leer frases que funcionan como consignas de *agitprop*: el “modelo español de transición” fue una “herramienta para preservar la impunidad”. Impunidad de los franquistas y de los colaboradores de los franquistas, que pudieron así blanquear sus

<sup>454</sup> “Desde el 20 de noviembre de 1975 hasta el 30 de diciembre de 1983 (...) entre muertos y heridos hospitalizados, la transición española se cobró más de 2.633 víctimas por violencia política, incluyendo en este concepto los terrorismos de extrema izquierda, nacionalistas, de extrema derecha, la guerra sucia, la represión en la calle, la tortura y otras manifestaciones de violencia política emanada de instituciones del Estado”. Sánchez Soler, Mariano: *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Península, Barcelona, 2010, p. 353. Cf. también Baby, Sophie: “Volver sobre la Inmaculada Transición. El mito de una transición pacífica en España”, en Chaput, Marie-Claude y Pérez Serrano, Julio (eds.): *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, pp. 75-94. Aparicio Rodríguez, Víctor: “La violencia política en la historiografía sobre la transición”, *Vínculos de Historia*, núm. 6 (2017), pp. 328-351. Casals, Xavier: *La transición española. El voto ignorado de las armas*, Pasado y Presente, Barcelona, 2016.

<sup>455</sup> Rodríguez López, Emmanuel: *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015. Repárese en la primera parte del título, toda una declaración de principios sobre el sistema político español. Según

este autor, hubo continuidad social entre el franquismo y la supuesta democracia “en casi todos los aspectos clave”. La transición fue un pacto entre élites que no cuestionó “las herencias sociales del franquismo” (pp. 347-351).

<sup>456</sup> Sartorius, Nicolás y Sabio, Alberto: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975-junio de 1977*, Temas de Hoy, Madrid, 2007. Ruiz-Huerta Carbonell, Alejandro: *Los ángulos ciegos. Una perspectiva crítica de la transición española, 1976-1979*, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2009. Cf. también los artículos de Jaime Pastor, “Un balance crítico de la Transición política española”, pp. 295-304, Eugenio del Río, “La reforma política desde la perspectiva actual”, pp. 305-312, y José Vidal-Beneyto, “La Transición o la perpetuación de la clase dominante”, pp. 327-334, en Chaput, Marie-Claude y Pérez Serrano, Julio (eds.), *op. cit.*, pp. *cit. supra*.

biografías. La mayoría de los dirigentes de la democracia han sido los hijos de los vencedores. El relato mítico de la transición ha servido para que la mayoría del país “desconozca los crímenes de la dictadura”. La prioridad ha sido la “ocultación de un pasado traumático”. “Un poso franquista se pasea por nuestra cotidianeidad democrática”. Franco “es más peligroso muerto que vivo”. “¿Fue modélica una Transición donde el último presidente del franquismo fue el primer ministro de la monarquía?”<sup>457</sup>. Monedero no oculta que su alegato contra el pasado es fruto de una exigencia política del presente. Así lo pone de relieve el título de uno de sus capítulos “Si la transición fue tan maravillosa, ¿por qué la democracia española es tan débil?”

Pero, más allá de esta descalificación global del proceso, resulta interesante para nuestro propósito la crítica de las que hasta ahora habían sido interpretadas como grandes virtudes de nuestra metamorfosis política, la moderación, el pacto, la prudencia, la superación del pasado traumático o la aceptación del adversario, que ahora son contempladas como silencio ominoso, olvido, traición, mentiras, componendas, corrupción e intereses inconfesables. Todo ello está expresado además en términos muy gruesos: “La democracia española, desde la transición, viene guardando silencio”. La llamada prudencia democrática se ha construido sobre el silencio, es decir, sobre el ocultamiento de los muertos de las cunetas, sobre la falta de soberanía de nuestro país, sobre la imposición de los intereses de una oligarquía. ¡Y cuántos cómplices!: de ahí una “visión retribuida de la Transición al servicio de una democracia simulada”. “Los olvidos se alzan sobre el silencio de los cementerios y

sobre la violencia de la exclusión”. “Una transición de mentira (...) sólo podía construir una democracia de mentira”: mentiras de una derecha “que sigue reclamando sin sonrojo su pasado fascista”, de “una iglesia autoritaria” y mentiras también, entre otras muchas, “de un rey rico, con amigos ladrones y ligero en el cumplimiento de las normas familiares”. En suma, insiste Monedero, “solo cuando entendamos que la *inmaculada Transición* es un mito lleno de mentiras, tendremos oportunidades para construir una democracia más decente”<sup>458</sup>.

Se habrá observado que, así, como al desgaire, aparece señalada una de las figuras que nos interesan, el titular de la Corona. ¿Un héroe el rey? Como ya se ha adelantado, el análisis de la izquierda no contempla en estas coordenadas el heroísmo individual y, mucho menos, el heroísmo de una persona a la que se considera privilegiada o miembro de una élite. El héroe es el pueblo o, para decirlo mejor, los millones de personas que lucharon tenazmente, arriesgando su vida (y en muchos casos perdiéndola), para hacer posible la democracia en nuestro país. Pero incluso aunque excepcionalmente se admitiera el rol de héroe, no sería precisamente el rey el candidato para ese honor. La revisión izquierdista de la transición afecta -como no podía ser menos- al rey, tanto en lo relativo a su cometido institucional como a su comportamiento personal. Más concretamente, y en lo que atañe a su protagonismo en el 23-F, una de las claves fundamentales de su reinado, la reinterpretación crítica que va a efectuarse desde las huestes sedicentemente progresistas va a converger punto por punto con la que se lleva a cabo desde la trinchera opuesta. Entre ambas conforman una pinza que, por un lado, negará la heroicidad del rey la fecha de marras y por otro, lo que es mucho más grave, le imputará graves cargos (acusándole

<sup>457</sup> Monedero, Juan Carlos: *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013 (la primera edición es de 2011 y hay varias ediciones posteriores). Las citas están tomadas de las páginas iniciales, 14-18.

<sup>458</sup> *Ibidem*, pp. 244-249.

de implicación en el mismísimo golpe de Estado por torpeza o imprudencia).

Uno de los autores que con más crudeza ha reflejado en sus obras esa interpretación ha sido Jesús Palacios, autor entre otras muchas de *23-F. El golpe de CESID* (2001) y *23-F: el rey y su secreto* (2010). Ciñéndome tan solo a este segundo libro, baste consignar que Palacios sostiene que “todo se hizo en torno al rey. Todo pasó por el rey. Y durante un buen puñado de horas, el rey estuvo ‘a verlas venir’. Sin la figura del rey, jamás habría habido ni existido 23-F (...) Por lo tanto, no es que el rey tuviera conocimiento del mismo, que sí lo tuvo, sino que estuvo absolutamente involucrado en la operación”. O sea, según Palacios, don Juan Carlos fue el principal inductor de uno de los golpes (solución Armada) para deshacerse de Suárez. No se implicó más por el manto protector del secretario de la Casa Real (Sabino Fernández Campos). Lo que en cualquier caso interesa destacar en esta versión de los hechos es el rechazo de la actuación heroica del rey, presentado muy al contrario como dubitativo, oportunista, ingrato y casi un punto traidor. Ni siquiera se acepta la extendida convicción de que el rey parara la maquinación pues esta simplemente abortó por la resistencia de Tejero a aceptar el previsto gobierno de Armada<sup>459</sup>.

Con matizaciones más o menos relevantes, en las que aquí es imposible entrar, los críticos de la transición –y del papel del monarca- coinciden en lo esencial, refutando el supuesto heroísmo del rey como adalid de las libertades y responsabilizándolo en mayor o menor medida en la urdimbre de la intentona sediciosa. Así, en la abundante producción historiográfica y periodística al respecto, en general de un valor más

especulativo que documental, no se pierde ocasión de descabezar uno de los mitos fundacionales de la democracia española, con propósitos sensacionalistas que en la mayor parte de los casos van más allá del estricto respeto a los hechos<sup>460</sup>. Como buena muestra de ello, baste consignar que el antes citado Monedero considera sorprendentemente que, en contra de lo que se afirma, el golpe del 23-F triunfó porque, por vías imprevistas, se alcanzaron todos los objetivos de los golpistas, “coincidentes con los presupuestos de la derecha”: entrada en la OTAN, centralismo, militarización, etc.<sup>461</sup> Como muestra impagable de las vueltas que da la historia o, al menos, las valoraciones que hacemos de los acontecimientos históricos,

---

<sup>460</sup> Medina, Francisco: *23-F. La verdad*, Plaza Janés, Barcelona, 2006. Ya desde la portada se destacan tres frases sensacionalistas: “La implicación del Rey. La relación entre Armada y PSOE. Los intereses de Estados Unidos”. En el contenido, abundan las supuestas confidencias y escasean datos contrastados. Martínez Inglés (*La Transición vigilada, op. cit.*, pp. 195-200 y 206-211) no acusa directamente al monarca pero considera que todos los pasos que dio Armada estaban guiados por su lealtad monárquica y que, con razón o sin ella, se consideraba portavoz de los deseos del rey. Quizá don Juan Carlos no aparezca aquí como el villano que otros mantienen pero según el autor estuvo lejos de desempeñar el papel de héroe. Su posición fue dubitativa y débil hasta que tuvo atado todos los cabos, ya muy entrada la madrugada del 23-F. Y resultó bochornosa – siempre según Inglés- su compulsión por salvarse a toda costa, arrojando el balón sobre los demás. Con más rigor, Muñoz Bolaños hace un análisis exhaustivo de todos “los golpes” que se dieron cita en el golpe del 23-F. Muñoz Bolaños, Roberto: *23-F. Los golpes de estado*, Última Línea, Madrid, 2015. Según otros autores, la dificultad de acceso a las fuentes propicia la confusión. Cf. Castro Berrojo, Luis: “Tres versiones sobre el golpe del 23-F... o alguna más”, *Hispania Nova*, 13, págs. 294-307, en <http://www.uc3m.es/hispanianova>.

<sup>461</sup> Monedero, *op. cit.*, pp. 152-158.

---

<sup>459</sup> Palacios, Jesús: *23-F: El rey y su secreto. 30 años después se desvela la llamada "operación De Gaulle"*, Libroslibres, Madrid, 2010. Véanse especialmente pp. 20-21, 47-48 y 227-229.

hay que consignar aquí, no por su valor intrínseco sino por su condición representativa de una cierta opinión y unas determinadas actitudes políticas, el libro de Pilar Urbano *La gran desmemoria*.

Se trata de un volumen que causó un gran impacto y una acre polémica por la personalidad de la autora –popular periodista de larga trayectoria–, por lo que el libro decía y, sobre todo, por el modo desinhibido y provocador en que lo decía. La periodista jugaba hábilmente con el tema de la memoria para poner pretendidamente negro sobre blanco todo aquello que uno (Adolfo Suárez) no podía recordar y que otro (el rey) prefería olvidar. Si inmediatamente después del 23-F Suárez fue postergado y el monarca elevado a los altares como el héroe salvador de la democracia, ahora se acometía una operación de signo inverso: el entonces aún presidente del gobierno sería el héroe incomprendido e ignorado (“el héroe maldito” se titula el capítulo 3) y don Juan Carlos el gran villano que había tirado la piedra (urdidido todos los hilos de la solución Armada para descabalgalar a Suárez) y luego, asustado, había escondido la mano (refugiándose en Sabino Fernández Campos). El libro no se sostiene como obra seria y documentada –pese a sus numerosas notas– porque es evidente que la autora reconstruye y fabula hasta límites inauditos, pero da a todo lo que cuenta una apariencia de verdad (lo que en un cierto periodismo se denomina verosimilitud). Lo que queda para la opinión pública es un retrato demoledor del rey como un personaje egocéntrico, colérico, inmaduro, dubitativo y hasta un punto mezquino y cobarde. Al rey solo le interesa, según Urbano, su poltrona y juega sus cartas –las que sean, trampas incluidas– solo con ese objetivo, mientras que Suárez aparece como patriota, estadista, demócrata, leal y valiente<sup>462</sup>.

<sup>462</sup> “Los años de pupilage cerca de Franco hicieron de Juan Carlos un perito en el arte de no quedarse

La *gran desmemoria* quiere ser en suma la alternativa a la memoria oficial, caracterizada como una memoria hipócrita, espuria, manipulada, un relato falaz construido para proteger a determinadas personas y muy especialmente al monarca, que es el que sale peor parado en este libro. La rehabilitación de Suárez a costa del rey es también la baza que juega Gregorio Morán en la actualización de la biografía de aquel. Para Morán, Juan Carlos de Borbón es un sujeto “escaso de experiencia y sin demasiadas luces”, bocazas, imprudente, veleidoso y presto a “borbonear” a la menor ocasión. Contrasta el autor la liviandad del monarca con el temple del líder de la UCD, añadiendo el trágico agravante de que la “frivolidad del Rey fue premiada; el rigor de Suárez, penalizado”<sup>463</sup>.

Habían bastado un puñado de años, menos de tres décadas, para que don Juan Carlos, el aclamado héroe del 23-F se convirtiese en traidor para los más radicales o en responsable indirecto del golpe para los críticos no tan audaces. De modo complementario, tanto su itinerario político general como su peculiar comportamiento público y privado, hasta entonces

---

nunca sin cartas que jugar. El Rey se está guardando ahora el último naípe dentro de la manga. Marca así su diferencia con el resto de los mortales. Un Rey nunca se equivoca.” (Son las frases finales del cap. 6) Y, en cambio, este es Suárez: “Lejos de hundirse, talló la estatua de su gallardía. Plantó cara a Tejero y le provocó: «Si me descerraja un tiro y me mata —pensaba en aquel instante—, el golpe será cruento y con magnicidio, y no lo aceptarán ni dentro ni fuera. Si me mata, el golpe no podrá triunfar. Así, al menos, mi muerte habrá sido útil.» Y al día siguiente, les cantó las cuarenta a los altos mandos de la Guardia Civil y de la Policía, a los cuatro jinetes de la JUJEM... Y al Rey. Con quien nunca fue desleal. Al contrario, al Rey siempre le dijo las verdades más crudas a la cara, como un valiente. Pero a sus espaldas en toda ocasión se batió por él.” Urbano, Pilar: *La gran desmemoria. Lo que Suárez ha olvidado y el Rey prefiere no recordar*, Planeta, Barcelona, 2014. Consultado en formato e-book.

<sup>463</sup> Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Ambición y destino, op. cit.*, pp. 23, 136-137, 259-265.

escrupulosamente preservados todos ellos de la crítica al uso, se fueron oscureciendo gradualmente: los medios periodísticos se iban haciendo eco de modo cada vez más alto y claro de unas actitudes –las suyas propias y las de algunos miembros muy cercanos de su familia– que no resultaban precisamente modélicas. Como es obvio –y ocioso subrayarlo– esta nueva imagen de la monarquía –menos complaciente, por decirlo de manera suave– no surgió de pronto ni se convirtió sin más en interpretación generalizada o mayoritaria, pero sí concitó la atención de los medios –siempre muy receptivos al enfoque sensacionalista– y terminó también por abrirse paso paulatinamente en una sociedad golpeada por la crisis económica y convulsionada por los escándalos<sup>464</sup>.

---

<sup>464</sup> En *Juan Carlos I. El hombre que pudo reinar*, *op. cit.*, pp. 294-296, Fernando Ónega data el comienzo del deterioro de la imagen del rey en 1995. El barómetro del CIS de diciembre le da una nota de 7,48. Un año después, con Aznar, baja al 6,68. En octubre de 2006 con Zapatero se sitúa en 5,19. En abril de 2013 está 3,68 (con leve recuperación de cuatro décimas en abril de 2014). Para Ónega todo se explica no por las contingencias concretas sino por el cambio generacional. En 1996 llegaron a la mayoría de edad los que nacieron el año de la Constitución. No habían vivido la transición. “No tienen conciencia de los méritos de la Corona en aquella fantástica operación política (...) No valoran los méritos de la Corona ni del conjunto de la clase política, ni siquiera del conjunto del pueblo español, para hacer un tránsito ejemplar”. Luego, sigue Ónega, “la segunda gran recaída de popularidad se produjo a partir de noviembre de 2008, cuando se despertó la conciencia social de que habíamos entrado en crisis económica”. Para la periodista Ana Romero, especializada en información sobre la Casa Real, el declive empieza en 2004, año en el que se ponen las semillas de la destrucción: conoce a Corinna, su íntimo amigo Manuel Prado entra en prisión y presta un millón de euros a su hija Cristina y a su yerno Iñaki Urdangarín para comprar un palacete en Pedralbes. El desastre absoluto tiene dos partes: primero entre 2010 y 2012, con el escándalo Nóos, y la culminación, entre 2012 y 2014, con la cacería de Botsuana como símbolo. Romero, Ana:

Mientras tanto, el otro protagonista del 23-F al que hemos prestado atención, el presidente Adolfo Suárez, vivía su particular bajada a los infiernos: su retirada de la política –siendo él un “animal político” en estado puro– apenas fue nada en comparación con la tragedia familiar que le fue acechando en forma de cáncer. Tras un largo sufrimiento debido a la enfermedad, fallecieron su mujer, Amparo, en 2001 y su hija mayor, Mariam, en 2004, y él mismo, desde 2003 al menos, fue víctima del Alzheimer. Como han señalado algunos analistas, que Suárez perdiera completamente la memoria en el último tramo de su vida parecía un castigo bíblico o un episodio de una tragedia griega<sup>465</sup>. Quien mejor acertó a expresar la trágica trayectoria del personaje, como si fuera un inmortal arquetipo literario, fue Javier Cercas: “tras haber interpretado a un joven arribista de novela decimonónica francesa y a un pícaro adulto convertido en héroe aristocrático de película neorrealista italiana, un demiurgo le [reservó] para el último tramo de su vida el trágico papel de viejo, piadoso y devastado príncipe de novela rusa”. En suma, Cercas retrata a Suárez como el héroe fáustico que ve en el final de su vida “que el diablo había venido a cobrarse su parte del trato”<sup>466</sup>.

¿Puede decirse en última instancia que la distancia temporal –la perspectiva histórica– hizo justicia a Suárez restituyéndole su condición de héroe? Algo así dio la impresión de que sucedió a su muerte, cuando tirios y troyanos coincidieron en las alabanzas a su papel en la transición. Un observador distanciado repararía empero en que había menos convicción que emotividad. Prueba de ello es que Suárez emerge más como héroe trágico que como el dirigente providencial que a buen seguro él hubiera

---

*Final de partida. La crónica de los hechos que llevaron a la abdicación de Juan Carlos I*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2015, pp. 17-18.

<sup>465</sup> García Abad, José: *Adolfo Suárez. Una tragedia griega*, La esfera de los libros, Madrid, 2005.

<sup>466</sup> Cercas, *op. cit.*, pp. 396-397.

preferido ser (o ser reconocido). Una biografía equilibrada y rigurosa, como la de J. F. Fuentes, le presenta como “un actor excepcional para momentos excepcionales” y que por ello mismo “mostró todas sus carencias cuando tuvo que pasar de esa trepidante secuencia histórica que fue la transición, llena de riesgos y sobresaltos, a interpretar la cotidianidad política de una democracia que tendía a normalizarse”<sup>467</sup>. El siempre cáustico Gregorio Morán venía a decir lo mismo de modo más gráfico y descarnado. Suárez –como también sostenía, según vimos, Tom Burns- era un *outsider*, un arribista. Concitó por ello en el *establishment* todo el odio que se reserva al advenedizo: un odio ciego, mayor que el que se dispensa al enemigo convencional. En cierto modo, por la tarea de desmontaje que acometió, a Suárez se le odió más como traidor que como enemigo. Y a los traidores “no solo cabe exterminarlos sino además ensañarse con ellos, hasta hacerles pagar ese plus que es la traición”. Por todo ello, Morán utiliza para describir la trayectoria de Suárez una metáfora muy esclarecedora, la cucaña. Argumenta que el símbolo que mejor se adecua al trepa que fue Suárez no es, como suele decirse, la escalera. “Lo suyo, muy español, fue la cucaña, que se diferencia de la escalera en todo (...) porque la escalera está hecha para subir e incluso para bajar, pero la cucaña está pensada para que te vean sufrir conforme haces el esfuerzo de coronarla, y porque solo es susceptible de trepar por ella quien asume el reto de romperse la crisma en el intento”<sup>468</sup>.

Si el retrato de Suárez quedaba a las alturas de su fallecimiento (marzo de 2014) provisionalmente bosquejado a base de claroscuros, la figura del rey Juan Carlos I sufría, como ya se ha adelantado, un deterioro imparable debido a la conjunción

de dos fenómenos en principio independientes pero que convergieron de forma letal para el prestigio de la Corona. El primero, como ya queda dicho, fue el cuestionamiento de la transición por parte de las nuevas generaciones y los nuevos partidos que accedieron a la esfera pública, en particular los de acusada vocación populista. Si se ponía en entredicho la forma en que se había hecho la transición y el régimen resultante de la misma, era obvio que tanto la forma monárquica del Estado como el propio titular de la Corona caerían más pronto que tarde en el apartado de lo rechazable. Por si fuera poco, a las críticas contra la monarquía de estos sectores se unieron complacidos unos movimientos nacionalistas cada vez más radicalizados (sobre todo en Cataluña y el ámbito vasco), que vieron en el debilitamiento del régimen su gran oportunidad para caminar hacia el objetivo siempre acariciado de una mayor independencia. En este contexto, ¿qué se critica de la monarquía? En el fondo, algo muy sencillo, aunque luego tenga varias ramificaciones y distintos matices: su condición de heredera del franquismo, el hecho de haber sido “impuesta” por Franco sin haber dado a los españoles la posibilidad siquiera de haber optado entre monarquía y república. Desde esta perspectiva la falta de legitimidad de origen contamina todo, hasta el punto de que la mencionada “sombra de Franco” determina las insuficiencias y lacras de un régimen cuyo mismo carácter democrático es sistemáticamente puesto en duda<sup>469</sup>.

<sup>467</sup> Fuentes, *op. cit.*, p. 553.

<sup>468</sup> Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, *op. cit.*, pp. 24, 297, 542.

<sup>469</sup> La expresión “la sombra de Franco” se convierte en una metáfora recurrente. Hay hasta más de un libro con ese título, como Grimaldos, Oberon, Madrid, 2004; y González Duro, Enrique: *La sombra del general. Qué queda del franquismo en España*, Debate, Barcelona, 2005. Ese planteamiento de la persistencia de Franco y del franquismo más allá de la muerte del dictador, también en otras muchas obras, como en Reig Tapia, Alberto: *Franco: el César superlativo*, Tecnos,

El segundo de los fenómenos arriba anunciados es la profunda crisis económica y política, pero presenta dos vertientes diferenciadas: la primera es el propio contexto, la fortísima recesión y quiebra de las finanzas internacionales que se desata en 2008 y que afectará a España con especial virulencia. La crudeza de la crisis, con cierre de empresas, grandes recortes en los servicios públicos, caída del sistema financiero y altísimas tasas de desempleo, genera una acusada sensibilidad de la sociedad española hacia los escándalos económicos de una elite político-empresarial que no solo no sufre la situación de penuria, sino que además se ha lucrado ilícitamente por los más variados medios (fraudes, cohechos, estafas, desfalcos, malversaciones, comisiones ilegales y un interminable etcétera). Esta es la segunda vertiente. En esta elite se sitúa de modo prominente algunos íntimos amigos del rey y algunos miembros de la familia real, en especial la segunda hija del rey, Cristina y su marido, Iñaki Urdangarín, que terminan siendo encausados. El propio rey se ve salpicado directamente por informaciones y rumores que apuntan a negocios privados y una agitada vida sentimental al margen de su matrimonio. Lo que en otro país o en otras circunstancias pudieran considerarse asuntos particulares, que en poco o nada tendrían que afectar al perfil institucional del personaje, en la España de la crisis y los escándalos se convierten en auténticos torpedos en la línea de flotación de una monarquía aún no del todo consolidada como institución. La aceptación de la monarquía en España se basaba en buena medida en una legitimidad de hechos concretos y en la popularidad del rey, que ahora cae en picado. El héroe popular del 23-F que, como vimos, ya había

sido cuestionado en su actuación concreta en el golpe por sectores minoritarios, es ahora objeto de desaprobación en buena parte de la sociedad española. Los medios que durante tanto tiempo le habían aplaudido o, como mínimo, habían silenciado sus errores, critican ahora abiertamente múltiples aspectos de su conducta pública y privada.

Aparecen múltiples libros que trazan un retrato descarnado del monarca. Es un vendaval crítico que amenaza con llevarse no solo a la persona concreta sino a la propia institución, dada la crudeza de los cargos. Así, para alguien tan influyente en los nuevos movimientos políticos como Juan Carlos Monedero, el titular de la Corona es un ser indigno, el gran traidor (traidor a todos, desde traidor a su pueblo hasta traidor a su esposa): “El mito de un rey comprometido con su pueblo, que ha dejado paso a la certeza de que navegaba en las aguas de sus únicos intereses: ser rey. Y que también deja abierta una lectura shakesperiana del monarca que lo presente como una persona inadapta desde la infancia por haber sido moneda de canje entre Franco y su padre (...); que siempre estuvo amenazado por un búnker que confiaba más en su primo Alfonso de Borbón (...) Un rey que terminó traicionando a su padre no dejándole reinar (...); que traicionó a su benefactor Francisco Franco poniendo fin a su régimen; que mató accidentalmente a su hermano (...); que engañó tantas veces como pudo a su mujer, la resignada Sofía de Grecia; que sacrificó a su valido Adolfo Suárez cuando dejó de serle útil”<sup>470</sup>.

Un relevante político del PNV, Iñaki Anasagasti, destila en un ensayo -que en muchas páginas parece más bien el panfleto incendiario de un antisistema- todo el odio que la monarquía española y su representante despierta en una parte importante del nacionalismo vasco: “un rey que cruzaba el

---

Madrid, 2005. De ahí por tanto, la transición como fraude: Morán, Gregorio: *El precio de la transición*, Akal, Madrid, 2015. Cf. también Rey, Fernando del: “Por la república. La sombra del franquismo en la historiografía ‘progresista’”, *Stud. hist. H.ª cont.*, 33, 2015, pp. 301-326.

---

<sup>470</sup> Monedero, *op. cit.*, pp. 250-251.

mundo para cazar osos y elefantes en safaris carísimos, una reina humillada desde hacía años por las infidelidades de su marido, un yerno que al ver cómo funcionaba la Casa Real montó un tinglado para enriquecerse, un lujosísimo estilo de vida, hijos ocultos y disputas familiares, una actuación extraordinariamente frívola y ligera hacia el presidente Adolfo Suárez que desencadenó un intento de golpe de Estado que el propio rey propició, opacidad total en sus cuentas y una campechanía que solo ha escondido mucha vulgaridad<sup>471</sup>. Como puede apreciarse, aquí se mezcla todo, lo personal y lo político, sin que importe en absoluto la ecuanimidad del balance.

Así las cosas, no es de extrañar que desde la izquierda más radical la crítica degenera en el libelo o en el insulto más procaz. De creer a estos exaltados, el rey no sería ya solo el traidor por antonomasia sino el ser más mezquino y despreciable que pisa la tierra. Valgan dos pequeñas muestras. En *Hasta la coronilla*, Iñaki Errazkin, dibuja en lo personal un rey frívolo, voluble, bocazas, indiscreto, antojadizo, lujurioso y chantajeador. Se le atribuye una fortuna personal amasada con malas artes. En lo que respecta a su papel político, dice que ha sido turbio, maniobrero, golpista, mentiroso, manipulador, cobarde y traidor. En definitiva, un rey corrupto, que encabeza una monarquía franquista que mantiene oprimidos a las Españas en “una cárcel de pueblos”<sup>472</sup>.

Aunque parezca imposible, Rebeca Quintans carga aún más las tintas en su biografía sobre Juan Carlos I, un extenso panfleto de más de setecientas páginas que no halla nada positivo

en el rey y que en algunos momentos constituye un insulto a la inteligencia. Así, por ejemplo, establece la “responsabilidad del rey en la trama del GAL (...) siguiendo la misma argumentación lógica de Arnaldo Otegi (...): el rey es el jefe supremo de las Fuerzas Armadas; la Guardia Civil forma parte de las Fuerzas Armadas; hay guardias civiles que torturan; ergo el rey es el jefe de dichos torturadores”<sup>473</sup>. El rey no solo no fue el héroe del 23-F, no solo no paró el golpe sino que fue... ¡su artífice! Se insinúan métodos mafiosos para deshacerse de sus amantes, que llegan hasta el asesinato. Por decirlo en breve y ahorrando las expresiones de dudoso gusto que se deslizan a veces, Juan Carlos sería un “moderno señor feudal” que ha gozado durante todo su reinado de impunidad absoluta para sus caprichos, negocios y vilezas<sup>474</sup>.

Lo peor, con todo, no era que con la crisis proliferara este tipo de libelo<sup>475</sup> pues al fin y al cabo un sistema de libertades tiene que amparar todo tipo de críticas y en última instancia estas podían entenderse como la expresión vehemente y exasperada de un sector radicalizado de la sociedad y del espectro político en una coyuntura penosa. Lo peor fue sin duda que en unos momentos muy duros para la sociedad española, la elite en su conjunto –y el rey en primer término– carecieron de reflejos para replegarse y, sobre todo, para asumir el papel de ejemplaridad que le exigían quienes sufrían los embates de la crisis<sup>476</sup>. Muy al contrario, por lo que al monarca respecta, la continuación de una conducta que podía disculparse en tiempos

<sup>473</sup> Quintans, Rebeca: *Juan Carlos I. La biografía sin silencios*, Akal, Madrid, 2016, p. 393.

<sup>474</sup> *Ibidem*, pp. 219, 353, 578, 618-619.

<sup>475</sup> Véanse por ejemplo VV. AA.: *¿Por qué no te callas, Borbón?*, Txalaparta, Tafalla, 2008. Martínez Inglés, Amadeo *Juan Carlos I, el último Borbón. Las mentiras de la monarquía española*, Styria, Barcelona, 2008.

<sup>476</sup> Gomá, Javier: *Ejemplaridad pública*, Taurus, Madrid, 2009.

<sup>471</sup> Anasagasti, Iñaki: *Una monarquía nada ejemplar*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2014, pp. 14-16.

<sup>472</sup> ¡Y todo eso está escrito en 2008 (publicado en 2009), antes de que estallara el caso Noos y otros escándalos de la familia real! Cf. Errazkin. Iñaki: *Hasta la coronilla. Autopsia de los Borbones*, Txalaparta, Tafalla, 2009, pp. 271-277.

de bonanza, pero difícilmente en tiempos de vacas flacas, llevó a ponerle en el disparadero. El accidente durante una cacería de elefantes en Botsuana fue en este sentido la gota que colmó el vaso, como el mismo rey tuvo que reconocer (“Lo siento mucho. Me he equivocado y no volverá a ocurrir”) y fue asimismo determinante para la abdicación (junio de 2014). Tres meses antes, recordamos, había muerto Adolfo Suárez. Un capricho más de la historia: ambos mandatarios -cuyas trayectorias habían estado tan entrelazadas- desaparecían (el uno, física y el otro, institucionalmente) el mismo año.

Indudablemente fue un triste final. Escribe la periodista Ana Romero en uno de los relatos más minuciosos del arduo proceso de abdicación: “Pudo y tuvo que haber habido más honor en el final de un rey que fue un político excepcional”<sup>477</sup>. En realidad, según aquí lo entendemos y hemos argumentado, el problema del monarca trascendía con mucho la órbita personal. La decadencia de Juan Carlos I debe entenderse en el contexto de la crisis del régimen del 78, tal y como es percibida por unos movimientos políticos emergentes, amplios estratos de la sociedad española y las nuevas generaciones: corrupción, falta de representatividad, politización de la justicia, desigualdades sociales, crisis económica, precariedad del trabajo, incapacidad de integración de las hornadas juveniles, etc. De esos polvos, estos lodos: rechazo de la transición como pacto de silencio, reivindicación de la memoria histórica, cuestionamiento de la legitimidad del régimen, impugnación de la monarquía como heredera de la dictadura, petición de referéndum sobre monarquía o república...

Así, a estas alturas del camino recorrido desde la muerte de Franco, cualquier intento de balance arroja un resultado ambiguo, hasta el punto de que no es disparatado señalar que

hemos estado refiriéndonos a unos héroes... que nunca existieron. No existieron como tales en sus comienzos, cuando nadie confiaba en ellos, cuando juraron fidelidad a unos principios que no pensaban cumplir. Su misión fue exactamente la contraria, desmontar el sistema que les había llevado hasta la cúspide, para convertirse en expresión de Enzensberger, en héroes de la retirada. Por un momento pareció que al menos se les reconocería su papel heroico en esa misión imposible. Pero era, como dice Cercas, un heroísmo muy peculiar, el heroísmo de la paradoja, que bien podía contemplarse también como la gran traición. Es verdad que traicionaron a los suyos (o así al menos lo vieron muchos) para no traicionarse a sí mismos. Traicionaron el pasado porque sabían que era el único modo de ganar el futuro. Con todo, los dos, Suárez y Juan Carlos, tuvieron sus momentos de gloria, acaso tan solo un fulgor en el conjunto de su trayectoria. ¿Un espejismo? Hoy por hoy, apenas queda casi nada de ese reconocimiento en el conjunto de la sociedad española. ¿Héroes? Casi podría decirse que podrían darse por satisfechos si no se les vuelve a tildar de traidores, como pasó en tantos momentos de sus azarosas trayectorias. Roma no pagaba a los traidores. España ni siquiera les reconoce los servicios prestados.

## 5. – BIBLIOGRAFÍA

Nota importante: algunos de los títulos que se relacionan a continuación no integran la lista por su carácter científico o documental sino por resultar sintomáticos o representativos de ciertas corrientes de opinión.

Álvarez Tardío, Manuel: *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978*, Gota a gota, Madrid, 2005.

Anasagasti, Iñaki: *Una monarquía nada ejemplar*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2014.

<sup>477</sup> Romero, *op. cit.*, p. 19.

- Bardavío, Joaquín: *Crónica de la transición, 1973-1978*, Ediciones B, Barcelona, 2009.
- Casals, Xavier: *La transición española. El voto ignorado de las armas*, Pasado y Presente, Barcelona, 2016.
- Castro Torres, Carmen: *La prensa en la transición española, 1966-1978*, Alianza, Madrid, 2010.
- Cercas, Javier: *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009.
- Chaput, Marie-Claude y Pérez Serrano, Julio (eds.): *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.
- Errazkin, Iñaki: *Hasta la coronilla. Autopsia de los Borbones*, Txalaparta, Tafalla, 2009, pp. 271-277.
- Fuentes, Juan Francisco: *Adolfo Suárez. Biografía política*, Planeta, Barcelona, 2011.
- García Delgado, José Luis (ed.): *Rey de la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.
- Grimaldos, Alfredo: *La sombra de Franco en la transición*, Oberon, Madrid, 2004.
- Guillamet, Jaume, ed.: *Las sombras de la Transición. El relato crítico de los corresponsales extranjeros (1975-1978)*, Universitat de València, 2016.
- Martínez Inglés, Amadeo: *Juan Carlos I, el último Borbón. Las mentiras de la monarquía española*, Styria, Barcelona, 2008.
- Monedero, Juan Carlos: *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013.
- Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, Debate, Barcelona, 2009.
- Morán, Gregorio: *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979.
- Núñez Florencio, Rafael: “¡Bravo...! La transición española desde la perspectiva exterior”, en Payne, Stanley G. y VV.AA.: *La transición a la democracia. Estudios, testimonios y reflexiones*, Univ. Rey Juan Carlos, CSED, Madrid, 2016, pp. 105-120.
- Ónega, Fernando: *Juan Carlos I. El hombre que pudo reinar*, Plaza Janés, Barcelona, 2015, 2ª ed (original 2014).
- Ónega, Fernando: *Puedo prometer y prometo*, Debolsillo, 2005, pp. 272-273.
- Palacios, Jesús: *23-F: El rey y su secreto. 30 años después se desvela la llamada "operación De Gaulle"*, Libroslibres, Madrid, 2010.
- Palacios Bañuelos, Luis: “La transición desde la dictadura a la democracia, con el Rey y Suárez”, vol. IV de *Las bases de la España actual*, Dilex, Madrid, 2016.
- Powell, Charles T.: *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1991.
- Preston, Paul: *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Plaza Janés, Barcelona, 2003.
- Quintans, Rebeca: *Juan Carlos I. La biografía sin silencios*, Akal, Madrid, 2016.
- Rodríguez López, Emmanuel: *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015.
- Romero, Ana: *Final de partida. La crónica de los hechos que llevaron a la abdicación de Juan Carlos I*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2015.
- Ruiz-Huerta Carbonell, Alejandro: *Los ángulos ciegos. Una perspectiva crítica de la transición española, 1976-1979*, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2009.
- Sánchez Soler, Mariano: *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso*

*democrático en España (1975-1983)*, Península, Barcelona, 2010,

Sartorius, Nicolás y Sabio, Alberto: *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975-junio de 1977*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.

Urbano, Pilar: *La gran desmemoria. Lo que Suárez ha olvidado y el Rey prefiere no recordar*, Planeta, Barcelona, 2014.

VV. AA.: *¿Por qué no te callas, Borbón?*, Txalaparta, Tafalla, 2008.

*Artículos*

---

Miscelánea



## AGRESIVIDAD INFANTIL Y ENTORNO FAMILIAR

Fátima Martín Sánchez

Dr. Universidad de Salamanca. Profesora Honorífica del Instituto de Humanidades URJC

### RESUMEN:

El artículo estudia el contexto familiar como uno de los factores más influyentes en la génesis de la agresividad infantil. Comienza analizando el ambiente que respira el niño en la familia, descubre las causas que generan la violencia infantil en dicho contexto, distingue entre familias que tratan a sus hijos con atención y competencia en contraste con las que carecen de ellas y, finalmente, estudia el equilibrio entre control y libertad en cuanto extremos dentro de los cuales se desarrolla la función educativa de los padres.

### ABSTRACT:

This paper analyzes the familial context as one of the most influential factors in the genesis of aggressiveness in children. It begins by analyzing the child's environment in his family; finds out the causes that create violence in children in this context; distinguishes the families that deal with their kids with attention and competence, in comparison to those who lack it; and finally, studies the balance between control and freedom regarding the development of the parents' educative role.

**PALABRAS CLAVE:** *Agresividad, frustración, niños capaces/niños no capaces, familias competentes/familias menos competentes, habilidad/ineptitud, familias monoparentales.*

**KEYWORDS:** *Aggressiveness, frustation, able children, disable children, competent families/non competent families, skills, ineptitude, one parent family.*

A solicitud de la autora del presente ensayo, la Consejería de Educación de Castilla y León concedió una Licencia por Estudios para realizar una investigación sobre la *violencia en la escuela*. Fruto de aquel encargo es el trabajo, que llevé a cabo en su momento, sobre prevención de la agresividad y violencia en centros escolares suburbanos: estudio que fue aplicado en el Colegio “León Felipe”, de un barrio periférico de la ciudad de Salamanca.

La deriva que ha experimentado la violencia escolar, su incremento en los últimos años y las consecuencias que se siguen de la misma, justifican la presente reflexión sobre este tema de actualidad permanente en una revista como *La Albolafia*, dedicada a potenciar las Humanidades.

Por estas razones hemos creído oportuno iniciar una serie de ensayos en la que entresaquemos los resultados más importantes y actuales de la investigación arriba nombrada.

Uno de los factores más influyentes en la vida de un niño es la *familia*, de ahí que centremos en ella nuestra atención. Comenzaremos analizando el ambiente que respira el niño en el contexto familiar, descubriremos las causas que generan la violencia en ese contexto, distinguiremos entre familias que tratan a sus niños con atención y competencia en contraste con las que carecen de ellas y finalmente cerraremos la exposición estudiando el equilibrio entre control y libertad en cuanto extremos dentro de los cuales se desarrolla la función educativa de los padres.

### 1.- ¿QUÉ EDUCACIÓN RECIBEN NUESTROS HIJOS EN LA FAMILIA?

Los malos tratos en el seno de la familia, las relaciones problemáticas y tensas entre los cónyuges y, a su vez, entre padres e hijos, las ausencias por motivos laborales, la falta de cultura en los progenitores, la conflictividad escolar, las drogas, las fugas del hogar, la maternidad prematura, el fracaso escolar, el paro laboral... son algunas de las circunstancias que ocasionan la carencia de una compromiso responsable de los padres con la educación familiar. De ello se hacen eco frecuentemente las noticias que ponen en tela de juicio la eficacia de la educación que estamos dando a nuestros hijos.

De hecho, muchos padres se preguntan hoy si están educando bien a sus hijos de manera que éstos sean capaces de afrontar y, en su caso, superar la influencia del exterior. Los tiempos que corren nos impiden que hagamos con

nuestros hijos lo que nuestros padres hicieron con nosotros. Ahora los padres precisan más conocimientos y preparación para ejercer de educadores pero, en muchas ocasiones, los padres no dedican más tiempo a sus hijos porque no disponen de él, por falta de formación y porque encuentran serias dificultades para ejercer una función pedagógica. En su quehacer diario o se encuentran agobiados por exigencias laborales o dispersos por los usos vigentes en nuestras sociedades.

Entre los cambios sociales más profundos acontecidos durante el siglo XX en España destaca el vuelco que ha sufrido la institución familiar. La familia ha dejado de ser eminentemente rural y numerosa para convertirse en ciudadana y de pocos miembros. Ello ha descontextualizado la vida familiar, desarraigando formas de vida y tradiciones. Interacciones antaño sólidas en el colectivo familiar tienden en el presente a desaparecer mientras vínculos otrora intocables se rompen bajo presión de influjos externos. A ello habría que añadir las nuevas formas de unión hombre-mujer normalizadas hoy en día, tales como uniones de homosexuales, divorcios conflictivos, situaciones monoparentales... En una palabra: el modelo de familia que estuvo vigente, se ha visto debilitado y aún no se han encontrado modelos nuevos estables que respondan a la realidad actual y que cubran las necesidades que tienen hoy día las familias.

Tiempos atrás los hijos se integraban por inercia natural en la vida de la familia desde su tierna infancia y se sentían útiles colaborando con padres y hermanos en las tareas comunes

cotidianas; hoy, por el contrario, los intereses comunes se difuminan en las ausencias prolongadas, los juegos en soledad, el tiempo obsesionado con la televisión o los juegos de la informática. Se ha vulgarizado la figura de solitario acompañado cuya conducta se canaliza por sendas preestablecidas. En ese caso las exigencias y deberes de la familia tienden a desaparecer juntamente con los valores y vínculos que los sustentaban. Los padres apenas ponen exigencias a los hijos y éstos desarrollan su propia personalidad en el vacío de la falta de cuidado. La vida familiar pierde el disfrute de la colaboración con sus padres en las labores domésticas porque no se dispone de tiempo para permitir al niño que realice estos trabajos “a su ritmo”; se prefiere la inacción ante el televisor y que “no estorben” con una colaboración que pueda complicar las tareas domésticas. De esta forma, a los niños se les priva de iniciativa y creatividad, negándoles la posibilidad de que adquieran un alto grado de responsabilidad, a la vez que se les priva tanto de las satisfacciones del éxito como de las lecciones del fracaso.

Desde otro punto de vista, el consumismo desbocado que predomina en nuestras sociedades mercantilizadas, ha transformado la imagen que los hijos tienen de sus padres. La figura de éstos se diseña no en una atmosfera en la que predomine la cercanía, el afecto o la ayuda recíproca sino como proveedores del dinero que sustenta la vida familiar y a las madres, cuando no trabajan fuera del hogar, como suministradoras de servicios. Situaciones intercambiables hoy en día, dadas las inestables condiciones del mercado laboral.

## 2.- EL PAPEL DE LA FAMILIA EN SITUACIONES DE AGRESIVIDAD

Uno de los factores más importantes y que ejerce notable influjo en la aparición y en la evolución de la agresividad infantil es la familia. En ella nace y se desarrolla buena parte de nuestro carácter. La pregunta que nos hacemos, por tanto, dando por supuestas otras bases naturales del fenómeno, es ¿qué papel juega la familia en el surgimiento y el desarrollo de la agresividad y en el modelado de la conducta de los hijos?

Abundan los trabajos de investigación y de divulgación que podemos consultar para tratar esta cuestión (1).<sup>478</sup> En uno de ellos, los autores eligieron un grupo de 174 chicos junto con sus familias, de clase predominantemente baja y previa comprobación de que ninguno de ellos hubiese cometido actos delictivos. Se trató de verificar la importancia y la incidencia que tiene el ambiente inicial del niño en el

1. SEARS, R. R., DOLLARD, J., DOOB, L. W., MILLER, N. E. y MODWRER, O., *Frustración y agresión* (1939), citado en E. I. MEGARGEE y J. E. HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976; McCORD, W., McCORD, J., y HOWARD, A., *Correlativos familiares de la agresión en niños no delincuentes* (1961), citado en E. I. MEGARGEE y J. E. HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976 en este trabajo se trata de poner de relieve a través de un prisma conductista, que el comportamiento agresivo es aprendido por el niño a partir de las primeras experiencias familiares; los de BANDURA A. y WALTERS, R. H., *Agresión en adolescentes* (1959), citado en E. I. MEGARGEE y J. E., HOKANSON, *Dinámica de la agresión*, México, Trillas, 1976 sobre la agresión en los jóvenes delincuentes; MELENDRO, M., *Repercusión ambiental de la pérdida o del abandono de los padres* (1988), citado en *Niños difíciles, límites personales y sociales*, Ciencias del Hombre, Cuaderno n° 9 (1988) Madrid; ROF, J., “Niños frustrados”, en *Niños difíciles, límites personales y sociales*, Ciencias del Hombre, cuaderno, n° 9 (1988) Madrid.

desarrollo de tres tipos de comportamiento futuro: agresivo, no agresivo y afirmativo. Para ello se tuvieron en cuenta factores como la ocupación de los padres, el grupo étnico, las relaciones emocionales de la familia, las actitudes de los padres, relaciones afectivas con el hijo, etc.

Como punto de partida se adoptaron cuatro premisas fundamentales:

1ª) La relación emocional del niño con sus padres puede ser decisiva para el nivel de frustración del niño y, en el futuro, para la idea que se forje de las relaciones humanas.

2ª) Los modelos paternos y maternos de disciplina influyen en el modo de inhibir los deseos agresivos.

3ª) El comportamiento de los padres brinda al hijo un modelo de reacción ante la frustración.

4ª) El nivel o el grado de ayuda, cooperación o consenso entre los padres determinará el grado en el que el niño interiorice sus demandas (2)<sup>479</sup>.

Atendiendo a las diversas variables sobre las que se trabajó a lo largo del estudio, se pueden obtener varios grupos de resultados:

A) Es probable que los niños agresivos y afirmativos hayan sido disciplinados de manera punitiva por sus madres, en mayor medida que los no agresivos.

Los niños agresivos solían padecer más frecuentemente amenazas por parte de sus padres, que los no agresivos y que los afirmativos.

Existía una mayor relación entre padres que rechazaban al niño y niños agresivos que entre los no agresivos y los afirmativos.

B) Se asumió como más probable que los niños agresivos y los afirmativos habían sido educados por padres condescendientes y poco exigentes.

Resultó menos probable que los niños agresivos y afirmativos hubiesen sido menos controlados por sus padres que los no agresivos.

Por lo general los niños afirmativos y no agresivos se distinguían en que éstos últimos eran educados con riguroso control por madres vigilantes. Aparecía como más probable que los niños no agresivos hubiesen sido controlados por sus madres de manera más firme que los agresivos (3)<sup>480</sup>.

Los niños agresivos y los afirmativos, en mayor medida que los no agresivos, habían sido criados en un porcentaje más elevado, por padres (ambos) punitivos y con demandas escasas.

En contra de lo esperado, se llegó a la conclusión de que la agresión paterna no está directamente relacionada con los niveles de agresión del niño. Sin embargo, sí parecía que guardaba relación con ciertos comportamientos del padre como escapismo o extravagancia. Por su parte, los niños no agresivos, habían sido

---

2. MELERO MARTÍN, J., *Conflictividad y violencia en los centros escolares*, Madrid, 1993, Siglo XXI de España Editores, S. A. p. 69.

---

3. *Ibidem*, pp. 70-71.

educados generalmente en familias de padres no agresivos, que tenían comportamientos responsables y que ejercían un gran control frente a las conductas desviadas.

Cambiando de planteamientos y atendiendo a otros factores, las conclusiones a que se llegaba eran las siguientes:

Los niños agresivos y los afirmativos procedían con bastante frecuencia de familias en las que existían serios conflictos entre los padres.

Los niños agresivos y afirmativos provenían frecuentemente de familias en las que uno de los progenitores subestimaba al otro.

Los niños agresivos pertenecían, en muchas ocasiones, a hogares en los que los padres expresaban su disconformidad con su rol en la vida personal, laboral, etc.

Los niños agresivos provenían con mayor frecuencia de familias en las que ambos padres estaban en desacuerdo en los métodos de educación.

Los niños agresivos procedían de hogares en los que los padres no se mostraban afecto entre sí (4)<sup>481</sup>.

Los datos precedentes ponen de relieve la importancia y la influencia que ejercen las relaciones de los padres en la conducta del niño. En general, se puede afirmar que los niños con comportamientos

agresivos proceden de hogares en los que los conflictos entre los progenitores son la tónica general, así como la falta de respeto, la descoordinación, la falta de apoyo y respaldo en la educación y donde uno de los cónyuges ataca o mina la labor que realiza el otro.

Como conclusión general, se puede afirmar que los niños agresivos suelen ser educados por padres que, o los rechazan o tratan de forma punitiva, su conducta no está regulada por controles adecuados, presencian ejemplos de desviación en la familia y ésta se enzarza frecuentemente en conflictos domésticos. Por el contrario, los niños no agresivos pertenecen a hogares donde reciben afecto y cariño, no se les trata punitivamente, se ejerce un firme control, se les presentan ejemplos de conformidad social y los padres son afectuosos y están satisfechos.

### 3.- VIOLENCIA FAMILIAR: EXPRESIÓN DEL DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE PADRES E HIJOS.

La violencia familiar es la expresión frecuente del deterioro de las relaciones, en primer lugar, entre los padres (insultos, amenazas, maltrato físico y psicológico, generalmente a la mujer) y posteriormente, de los padres respecto a los hijos. Por desgracia, la agresión no se produce una sola vez. Suele ser reiterativa. A veces, no somos conscientes de que los menores viven escenas que configuran un tipo de violencia psíquica de gravísimas consecuencias cuando son testigos

---

4. Cf. MELERO MARTÍN, J., *Conflictividad y violencia en los centros escolares*, Madrid, 1993, Siglo XXI de España Editores, S. A., p. 71.

presenciales de las agresiones dirigidas a la madre o a los hermanos.

Además, es bastante frecuente que en los hogares en los que se practica la violencia con los hijos, ésta tenga lugar también entre los padres. Se ha comprobado que cuando la madre es maltratada, éste hecho produce en los hijos el mismo efecto que si el maltrato se dirigiera a ellos directamente.

Actualmente se ha demostrado que la violencia aumenta cuando el nivel de estrés experimentado por los padres es superior a la capacidad que éstos tienen para hacerle frente. Entre las fuentes de estrés se encuentran la pobreza extrema y la incertidumbre que genera el no saber cómo se cubrirán las necesidades más perentorias e inmediatas. Por otra parte, la familia violenta suele estar aislada de sus parientes y vecinos, carece de amistades y no se inserta en asociaciones o grupos con aficiones comunes.

Por todo ello, la lucha contra la violencia debe enfocarse desde la ayuda a las familias con problemas económicos y desde el esfuerzo por conseguir la integración de los más desfavorecidos. Situaciones de marginación y exclusión proporcionan el ambiente en donde la agresividad brota como en suelo abonado. De ahí la urgencia de erradicar la pobreza y marginación abriendo perspectivas favorables a niveles más altos de cohesión familiar.

El apoyo social, en su doble vertiente de cantidad y calidad, aminora el riesgo de violencia, pues constituye una ayuda para solventar los problemas, que desde la perspectiva de la intimidad

familiar y sin posibilidad de desahogo, culminan en tensiones y disputas.

#### 4.- AGRESIVIDAD, FAMILIAS COMPETENTES Y FAMILIAS MENOS COMPETENTES.

Un análisis de la familia al hilo de los conceptos de **capacidad** y **competencia** nos permite descubrir aspectos del desarrollo del niño y de la

actividad familiar que canalizan tanto la conducta de los padres como la de los hijos en relación a comportamientos agresivos. Aquéllas son, pudiera decirse, los soportes sobre los que se asientan los proyectos de acción familiares, dentro de los cuales tanto los progenitores como los hijos, encuentran los elementos afectivos y racionales, y lo que es más concreto, los medios instrumentales, de sus actos. De carecer de tales soportes, los programas de acción se mueven en desequilibrios que provocan desafección, rechazo y frecuentemente agresividad.

Una buena preparación y formación de los padres se traduce en su estilo de vida y se transfiere a la descendencia; consecuentemente criarán hijos **capaces**. Los niños se consideran **capaces** cuando, comparados con sus iguales, por un lado no tienen problemas de conducta, inmadurez, ansiedad y depresión, y por otro, gozan de autoestima, popularidad entre sus iguales y éxito escolar. Por el contrario, los niños **no capaces** presentan abundantes carencias y deficiencias en sus programas de acción. En una sociedad dominada por la eficacia en el uso de técnicas e instrumentos, pensemos en el protagonismo que en la actividad de los niños juega hoy en día el

uso de aparatos y los datos que la informática proporciona, el estar dotado de capacidad y habilidades allana el acceso a las pretensiones de adultos y de niños.

Los dos tipos citados de familia, es decir, las **capaces** y las **no capaces**, afrontan los problemas de conducta de sus hijos de distinta manera. Hay estudios acertados sobre las causas y los efectos de los pares capacidad/incapacidad, competencia/incompetencia de los familiares en la conducta de los niños, sin olvidar la falta de habilidades por parte de los padres en la crianza de sus hijos. Las familias **capaces**, debido a los recursos y habilidades que poseen, resolverán los problemas de conducta de sus hijos de manera más satisfactoria y los educadores encontrarán el campo mejor abonado para trabajar con ellas. Algo que no ocurre con las familias **no capaces**.

A resultados similares nos lleva un análisis del problema bajo el prisma del concepto de **competencia familiar**. Si el significado de **capacidad** remite a “un poder hacer” cosas, el significado de **competencia** añade el aspecto cualitativo de la acción: poder hacer las cosas mejor o peor. Entre las familias **competentes** y las **menos competentes** existe un amplio abanico de diferencias sustanciales, tanto en sus interacciones normales día a día como en el modo de afrontar los problemas de conducta del niño. Veamos algunas de estas diferencias:

Existen muchos tipos de familias **competentes** pero el común denominador de las mismas es que todas reconocen los problemas de conducta del hijo y muestran una actitud abierta y

receptiva al cambio que conlleve la resolución de sus problemas. De ahí se deduce que las familias **competentes** suelen advertir los problemas de conducta del niño con más facilidad y prontitud que las **menos competentes**. Por tal razón inmediatamente recurren a fuentes que pueden prestarles información y ayuda y, sin dilación, toman decisiones encaminadas a resolverlos satisfactoriamente, recabando los medios necesarios para lograr su objetivo y se ponen a disposición de los peritos (profesionales) de fuera de la familia como son los terapeutas y los maestros.

Por el contrario, las familias **menos competentes** no son plenamente conscientes de los problemas de conducta del hijo o se preocupan poco por sus comportamientos. No acumulan esfuerzos ni para conocer ni para solventar los problemas de conducta del niño. La dejación de responsabilidades y el pasotismo dominan la escena. Los episodios de agresividad no provocan el interés de los padres. A veces las soluciones que se les presentan no satisfacen a todos los miembros de la familia, generando conflictos de rebote. A ello se añade que no siempre los cuidadores externos a la familia gozan de su pleno apoyo.

Las familias **competentes** promueven el cambio de conducta del niño recurriendo a estrategias eficaces: evitando repetición de situaciones de tensión, suavizando aristas de carácter, soslayando conflictos, limando egoísmos... El cambio de conducta en el niño agresor reporta disfrute y reconocimiento al conjunto familiar. Con todo, los padres han de asumir las

diferencias que deben existir entre ellos y sus hijos. Cada generación tiene sus preferencias y cambios de mentalidad. También despliega sus planes de acción y proyectos en contextos a veces muy diferentes. El cambio, en ese caso, es ley de normalidad de la vida.

Por otra parte los progenitores, tanto por continuidad biológica como por afinidad psicológica disponen de predisposiciones que facilitan el conocimiento de los aspectos positivos y negativos de cada hijo. Programar la conducta hacia sendas de concordia, solidaridad y convivencia exige tener en cuenta que la tarea educativa de la familia tenga por finalidad el preparar a los hijos para la vida adulta en un mundo completamente diferente al suyo. Los padres también conocen sus limitaciones y, consecuentemente, no pueden dar respuesta a todos los interrogantes que se plantean pero sí pueden preparar a sus hijos para conocer su escala de valores y buscar soluciones acordes con sus principios.

#### 5.- HABILIDAD E INEPTITUD PARA LA RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS.

Resulta pertinente añadir al par **capacidad/competencia** anteriormente nombrado, otro par que afecta al uso de los medios de que los familiares disponen para solucionar problemas es el de la **habilidad/ineptitud**. A este respecto, se trata de cualidades de comportamiento de las personas, no siempre disponibles, pero que, para muchos, son imprescindibles para criar niños capaces y competentes. La acción pedagógica exige

estar dotados de unas aptitudes y de una habilidad especial. Y de una inclinación afectiva que la tradición llamaba “vocación”, que suele llevar por compañeras la dedicación, la satisfacción, el premio al esfuerzo...

#### 6.- HERENCIA Y SITUACIÓN FAMILIAR

Los episodios de **agresividad** recíproca en los que se entrecruzan conflictos internos de la vida familiar suelen estar lastrados por resentimientos no superados y por situaciones que las familias arrastran. La crisis de la familia y de las relaciones hombre-mujer al respecto condicionan en el presente los comportamientos de sus miembros. De todos son conocidas las situaciones de agresividad tan hoy reiteradas: pendencias marido-mujer, divorcios conflictivos, intereses encontrados... La familia en vez de lugar de afectos devine escuela de conflictos para niños y adolescentes. Todo ello genera una herencia perniciosa que determina la situación familiar.

La habilidad de un padre para criar hijos de conducta saludable suele responder a las soluciones que él ha dado a los problemas más importantes de la vida, como son: finalizar los estudios, obtener y mantener un trabajo, resolver conflictos interpersonales, etc. (5)<sup>482</sup>. Por el contrario, aquéllos que viven situaciones económicas precarias, carecen de un empleo estable, tienen conflictos con la esposa o la ex pareja, no han

---

5. Cf. BLECHMAN, E. A., *Cómo resolver problemas de comportamiento en la escuela y en casa*, Ceac, Barcelona, 1990, p. 33.

logrado dar una respuesta acertada a estas situaciones, se encuentran carentes de bagaje propio a la hora de encauzar soluciones. En ese caso, la incompetencia prevalece sobre la capacidad y la tensión y conflicto se transforman en agresividad. Disponer de patrimonio, no de herencias pecuniarias o de fortunas, sino de hábitos y costumbres asentados sobre valores humanos, canaliza la concordia.

Los padres que han llevado a cabo aprendizajes lentos en diversas áreas de su vida, suelen experimentar ciertas dificultades cuando crían a los niños. Ahora bien, estos aprendices lentos pueden transformarse en padres **competentes** que requieren algún tipo de ayuda. El problema surge cuando los aprendices lentos carecen de una red de familiares y amistades de los que puedan obtener una completa enseñanza informal sobre la crianza de los niños y, simultáneamente, puedan recibir orientación acerca del acceso a una buena enseñanza formal por parte de profesionales respecto a la formación de los hijos. Los padres **capaces** han conseguido independizarse de sus familias sin traumas y, una vez obtenida la autonomía, han entablado relaciones amistosas y distendidas con otros miembros de sus propias familias y con los de otras familias **competentes**. Estos lazos permiten a los padres **competentes** obtener información así como recibir ayuda física y respaldo emocional para criar a sus hijos.

## 7.- FAMILIAS MODERNAS Y TRADICIONALES.

Pocas instituciones sociales han experimentado cambios tan variados y profundos como la institución familiar.

La transformación del mundo en *aldea global*, el intercambio de culturas, el trasiego incesante de población, las nuevas estructuras laborales, las migraciones masivas... han modificado en profundidad el contexto de las relaciones hombre-mujer dando origen a nuevas situaciones en las que la familia tradicional se ha ido paulatinamente diversificando en formas inéditas de unión mujer-varón con la consiguiente proliferación de relaciones diversas padres-hijos, hermanos-no/hermanos y padres entre sí. Las nuevas formas de familia han generado otras formas de conflicto y agresividad hasta ahora desconocidas.

Son muchos los críticos que cuestionan el papel que juega la vida de los niños en la familia moderna. Entre los cambios más espectaculares se pueden destacar el gran incremento de madres trabajadoras y el aumento de familias con la madre como única cabeza. Estos cambios están originando convulsiones en las sociedades tradicionales que propugnan abiertamente que sólo la presencia de un padre trabajador al frente de la familia y de una madre entregada al hogar puede preparar a los hijos para una vida adulta dotada de confianza en sí misma y con una plena integración y participación en una sociedad pacífica y democrática.

Múltiples males de la educación de los hijos se atribuyen a las familias monoparentales y a las familias con madres trabajadoras. Así, la delincuencia, la drogadicción, el alcoholismo, el fracaso escolar, etc. se imputan a la nueva estructura familiar. Para algunos especialistas, un padre con autoridad moral y una madre solícita en las tareas

cotidianas de una familia son imprescindibles para que los hijos puedan identificarse con un hombre adulto y las hijas con una mujer adulta. Los expertos en pedagogía mantienen también que la identificación con el propio sexo es crítica para lograr el ajuste psicológico de un adulto sano. Se está de acuerdo, por otro lado, en que la ruptura con los juegos tradicionales propios de cada sexo puede desembocar en adultos desequilibrados debido a las preferencias desacostumbradas o cambios de roles en los juegos infantiles.

Las estadísticas apuntan a que existen otros factores más extendidos como son: la pobreza, la educación paterna con excesivo control, las desavenencias entre los progenitores, uno o más padres con graves problemas de conducta como alcoholismo, vagancia, etc. que inciden notablemente en el comportamiento del hijo y en su ajuste adulto. Los padres que no han finalizado sus estudios escolares, que carecen de un trabajo estable, que echan en falta los amigos y que no pueden resolver conflictos con sus semejantes sin recurrir a la violencia física o verbal presentan graves dificultades para criar hijos de conducta pacífica.

Los niños que han sido criados por una sola madre trabajadora **competente** presentan diferentes facetas positivas y negativas que las de los niños criados por un padre trabajador y una madre ama de casa igualmente **capaces**. Los episodios de conflictos y agresividad también se diversifican. No obstante, no es de excluir que los niños de ambos tipos de familias se comporten con normalidad (6)<sup>483</sup>. Así,

los niños criados por madres solas **capaces**, sobre todo las chicas, es muy probable que se orienten a su realización personal y los niños criados por parejas de padres **capaces**, especialmente los chicos, apreciarán probablemente la vida familiar tradicional.

También existen diferencias en cuanto a la masculinidad y feminidad de los niños criados en los dos estilos de familias. La competencia o la capacidad que tienen los niños en sus relaciones interpersonales y en sus logros está más en función de sus habilidades para resolver problemas que de su masculinidad o feminidad. Los niños más **capaces** tienen probablemente una gama más amplia de intereses y habilidades, unas en consonancia con las tradicionalmente masculinas y otras con las femeninas.

Las familias de pareja **competentes** suelen tener características comunes. En estas familias, al ser más fuerte la unión entre los padres, también es más fuerte y sólida entre cada padre y cada hijo. Si en una madre tradicional abundan los cuidados de criar a sus hijos, el padre tiene la responsabilidad de respaldar a su esposa y de darle el apoyo emocional que se precisa en estos casos. Si, por el contrario, trabajan ambos padres, es muy normal que compartan la responsabilidad de la crianza de los niños así como la toma de decisiones. Partiendo de estas experiencias y vivencias, los hijos de familias **competentes** de pareja aprenden a cómo compartir un matrimonio para toda la vida.

Por otro lado, las familias **competentes** de un solo padre/madre suelen tener unas características comunes.

---

6. *Ibidem*, p. 36.

En esas familias la unión entre el padre y los hijos es mucho más fuerte que en las familias de pareja. Los padres **competentes** únicos son conscientes de la importancia que tienen para sus hijos, por eso, éstos no temen ser abandonados o rechazados. Los padres **competentes** únicos se ven obligados a realizar tareas múltiples en poco tiempo: cuidar a los niños, trabajar, entablar relaciones con adultos que les proporcionen soporte social, intimidad y satisfacción sexual. Como consecuencia, los niños de estas familias adquieren muy temprano responsabilidades que se traducen en el cuidado del hogar, en una atención propia y a sus hermanos y están habituados a estar en manos de distintos cuidadores adultos. Con estas experiencias los niños de una familia **competente** de un solo padre aprenden a ser autoconfiados e innovadores y flexibles en sus relaciones con los demás (7)<sup>484</sup>.

#### 8.- CONTROL Y LIBERTAD: UN DIFÍCIL EQUILIBRIO

Las familias **competentes**, en lo que a educación se refiere, persiguen un difícil equilibrio entre dos elementos clave en el ejercicio de la pedagogía: el control y la libertad al educar a sus hijos. Tal equilibrio se torna difícil en los episodios de conflicto y de agresividad al prevalecer en las acciones componentes irritables. Se da por descontado que el cometido

de la familia es formar y socializar al niño para cuando sea adulto. Las dos tareas

paternas: socialización y protección exigen una buena dosis de control sobre la conducta del niño. Los padres consiguen ese control desde los primeros días de la vida de sus hijos, proporcionan refuerzos primarios como son: el alimento, calor, limpieza, tacto agradable y suprimiendo los estímulos incómodos, tales como los pañales sucios y húmedos, etc. (8)<sup>485</sup>. Más adelante, los padres observan que el niño goza y disfruta con su presencia, su sonrisa y sus palabras de aprobación; estos hechos constituyen los refuerzos secundarios.

Los padres **competentes** se muestran hábiles en el arte del control: en marcar pautas, en formar, describir y explicar cómo debe ser la conducta deseable, en invitar y animar a la imitación de su comportamiento. En definitiva, saben bien cómo proporcionar la estructura y los límites que constituyen la antesala del desarrollo del autocontrol. Estos padres son también hábiles para proporcionar márgenes de libertad. Y así brindan a sus hijos oportunidades en consonancia con su edad, capacidad, desarrollo y madurez para que conozcan nuevas formas de conducta y experimenten por sí mismos las consecuencias de las elecciones buenas y malas. De esta forma, estos padres ofrecen a sus hijos oportunidades para que ensayen sus capacidades y habilidades en la resolución de problemas y situaciones adecuadas a la etapa por la que atraviesan aquéllos, siendo ecuanímes siempre en cuanto al control y a la supervisión a distancia por parte de los adultos. Manteniendo un equilibrio entre el control y la libertad, los padres

---

7. *Ibidem*, p. 37.

---

8. *Ibidem*, p. 34.

**competentes** enseñan a sus hijos a comportarse y a asumir los riesgos que se siguen de sus decisiones, al mismo tiempo que adquieren confianza en sí mismos y que afrontan los desafíos.

Las familias **menos competentes** se exceden en el control o la libertad que dan al niño, sobrevalorando uno en detrimento del otro.

Por una parte, los padres “autoritarios” están obsesionados con el control y paradójicamente, tienen serias dificultades para conseguir un control efectivo sobre sus hijos ya que se sirven del castigo como estímulo para que reaccionen pues no pueden ofrecerles como modelo su conducta por ser muy pobre en cuanto a control se refiere y por otro lado, son tan desagradables en su comportamiento, que los niños no pueden imitar sus cualidades. Algunos padres sin formación sobre el desarrollo normal del niño y excesivamente preocupados por el control, no comprenden que sus bebés, por ejemplo, no controlen los esfínteres. Estos padres encuentran la solución en el maltrato físico de los niños. En estas familias autoritarias se dan también conflictos matrimoniales abiertos o encubiertos. Cuando el padre castiga duramente a los niños, maltrata también a su esposa. Consecuentemente, madre e hijos se alían para protegerse mutuamente contra el padre que se deja llevar por la ira y la cólera al verse rechazado por la familia. El último cuadro de esta representación es el comienzo de una escalada de violencia que genera hijos agresivos con escaso autocontrol. En el polo opuesto a estos padres se encuentran los excesivamente permisivos e indulgentes que se caracterizan porque “dejan hacer”

ya que su máxima preocupación es que los niños tengan libertad. Piensan que si todas las necesidades del niño son satisfechas, éste llegará a ser un adulto saludable. Los padres que “dejan hacer” implantan un rol de refuerzo primario tomando como punto de partida la cobertura de las necesidades más elementales de sus hijos pero no utilizan el control positivo para formar al niño en la capacidad de resolver independientemente los problemas. Fomentan la inmadurez y la dependencia de sus hijos mediante la concesión de caprichos. No ponen límites a la conducta de sus hijos y les niegan la oportunidad de sufrir cualquier frustración y de afrontar los desafíos por sí mismos. Aunque son conscientes de que ceder ante las rabietas y los lloros de un niño es nefasto para él, sin embargo, no toleran sus quejas. Sus hijos nunca aprenden a sobreponerse ni a animarse a sí mismos porque sus padres están pendientes de proporcionarles todo tipo de consuelo.

Reseñas  

---

bibliográficas

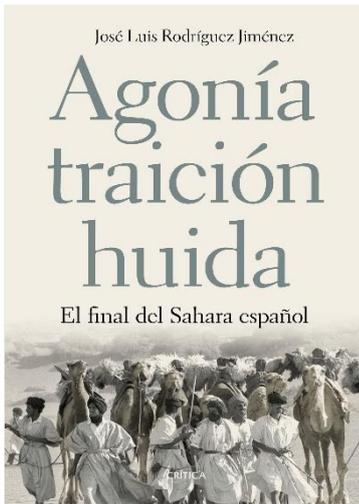


## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

RODRÍGUEZ JIMENEZ, J. L.: *Agonía, traición y huida. El final del Sahara español*

Barcelona, Ed. Crítica, 2015 (676 páginas).

ISSN: 2386-2491



libro que aquí comento.

José Luis Rodríguez Jiménez es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Rey Juan Carlos, doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense y diplomado en Defensa Nacional por el CESEDEN. Ha dedicado una parte de su actividad investigadora a la extrema derecha, el fascismo y el neofascismo, así como a cuestiones de seguridad, defensa y terrorismo, con especial atención a las misiones en el exterior de las Fuerzas Armadas de España, y, en la actualidad, trabaja sobre la colonización y descolonización de España en África y las relaciones de España con sus ex colonias. Fruto de sus últimas investigaciones son los títulos “Relaciones de España con Guinea Ecuatorial y Sahara occidental: dos modelos de colonización y de descolonización” (Universidad de Granada, 2015), “La necesidad de conocer África” (Dykinson, 2017) y el

Se han cumplido ya cuarenta años de la salida de España del Sahara occidental, la última colonia de España en África. Sin embargo, siendo una colonia, el territorio y sus habitantes no fueron descolonizados, dado que España, con la complicidad de la Organización de Naciones Unidas, y bajo la presión de Estados Unidos y Francia, coordinó su salida con la invasión de otros dos Estados, Marruecos y Mauritania. Una decisión sorprendente la del gobierno de España, en la coyuntura de agonía del dictador y de crisis de sucesión del franquismo, dado que gobiernos anteriores se habían comprometido a su descolonización y a velar por la soberanía del territorio, que es, intransferible, de sus habitantes originales; sorprendente por el abandono, tras la insatisfactoria descolonización de Guinea Ecuatorial, el único Estado africano donde el español era el idioma oficial, del único territorio de cultura musulmana donde se habla español; sorprendente que se regalase, sin crear un Estado asociado, sin crear un Estado amigo, una tierra rica en fosfatos, cobre oro y uranio, con grandes reservas de aguas subterráneas, y con una plataforma marina riquísima en pesca y, ¿no se sabía entonces? en petróleo.

Este libro se construye con una amplia gama de fuentes: una revisión de la bibliografía disponible; documentación de archivos, Archivo General Militar de Ávila, Real Academia de la Historia, Archivo General de la Administración, Fundación Nacional Francisco Franco y Archivo Carlos Arias Navarro; archivos privados o papeles conservados por protagonistas de los hechos; y fuentes orales, más de 200, civiles y militares, hombres y mujeres, españoles y saharauis. Material con el que construir un ensayo de historia en el que los hechos políticos y militares se complementan con la historia cultural, con las historias de vida, para dar más sentido y emoción al relato.

*Agonía, traición, huida. El final del Sahara español* se divide en tres partes. La primera sitúa al lector ante la tardía colonización española del Sáhara atlántico, precisamente cuando ya estaba en marcha el proceso de descolonización del continente africano. El autor se ocupa de las características del territorio y de sus habitantes y de la colonización española y al gobierno colonial. También dedica atención a la descolonización de Guinea Ecuatorial, reclamada por los independentistas guineanos y por Naciones Unidas. Es ésta una cuestión interesante y poco contemplada por la historiografía. El historiador no olvida lo importante que es contextualizar el tema Sahara en el conjunto de la política exterior española y relacionarlo con las cuestiones de Guinea y Gibraltar. En este sentido, observa el Dr. Rodríguez el pésimo resultado que tuvo para España la descolonización de la Guinea Ecuatorial, dirigida por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y torpedeada por Presidencia del Gobierno. En efecto, este hecho agravó las disensiones en el gobierno español en cuestiones de política interior y exterior y dejó una herida abierta de la que obtendría beneficios el equipo del ya vicepresidente Carrero Blanco, contrario a las descolonizaciones a corto y medio plazo, para paralizar los proyectos de gobierno autónomo para el Sahara.

La segunda parte atiende al período 1970-1974. Durante esta etapa nace el nacionalismo saharauí, comienza la explotación de la mina de fosfatos de Bu Craa, técnicos españoles descubren nuevas riquezas minerales, avanza la exploración de las aguas saharauis a la búsqueda de petróleo y el tema Sahara español se convierte en una cuestión internacional, en el contexto de la Guerra Fría. Es también entonces cuando, muerto Carrero y con Carlos Arias como presidente, el gobierno español elabora varios proyectos para el futuro de la colonia, pensando en un Estado asociado a España o alguna otra forma de Estado marioneta. El libro aporta documentación hasta ahora desconocida y relevante para entender las dudas del gobierno español respecto a qué medidas adoptar en el asunto Sahara. El gobierno de Arias-Franco dedicó atención a esta cuestión inmediatamente después de su formación y analizó los datos aportados por los equipos técnicos encargados de la búsqueda de nuevas riquezas en el territorio. La documentación sobre el viaje del ministro de la Presidencia, Carro, a la colonia es tan novedosa como reveladora del valor del territorio.

Asimismo, la documentación obtenida en archivos privados de colaboradores de la Dirección General de Promoción de Sahara y del Ministerio de la Presidencia muestran la voluntad real del gobierno español, al menos de una parte de la clase política, de sustituir la situación colonial del Sahara atlántico por la de un gobierno semiautónomo que fuera el paso previo a un Estado saharauí ligado a España, de forma que esta conservase sus intereses económicos y estratégicos en el territorio. De lo expuesto por el autor sacamos la conclusión de que una parte de la clase política y militar franquista tenía la voluntad de avanzar en materia de autogobierno de la colonia, aun siendo consciente de que existía un riesgo de conflicto con Marruecos y de que este país tendría que ser compensado, haciéndole partícipe de las riquezas del Sahara.

Sin embargo, el gobierno de Marruecos, y sobre todo su rey, Hassan II, habían hecho del Sahara occidental el principal tema de su política exterior -también de la interior- y fueron su labor diplomática y su presión política sobre el gobierno español, incluida la amenaza de un conflicto militar, los elementos que Franco tuvo en cuenta para no promulgar el Estatuto para el Sahara, elaborado durante la primera mitad de 1974.

El autor maneja una documentación que le permite concluir que la acción marroquí fue exitosa, que quedó paralizado el Estatuto para el Sahara, que España aceptó que no fuera

Naciones Unidas sino el Tribunal Internacional de Justicia el organismo que decidiera sobre la soberanía del territorio, como había pedido Marruecos, y que, también bajo presión, aceptó suspender la consulta a los saharauis sobre su futuro político, un referéndum que el Gobierno había anunciado después de reiteradas peticiones de Naciones Unidas y que estaba convencido de ganar.

Pero la documentación localizada en archivos privados y públicos muestra también que el gobierno español buscó, reiteradamente, la forma de sortear las maniobras marroquíes. Lo hizo desarrollando contenidos del Estatuto sin que fuera promulgado y publicado, lo que se concretó en la incorporación de saharauis a las tareas administrativas y políticas del Gobierno General y en medidas encaminadas a crear una identidad saharauí propicia a España. El libro aporta cuestiones diversas sobre al pueblo saharauí. Se explican el crecimiento del Frente Polisario, la principal fuerza independentista, sus acciones militares contra España, mediante guerra de guerrillas, y la respuesta española. La documentación procedente del servicio militar de información aporta datos sobre este crecimiento del Frente Polisario y sobre sus relaciones exteriores y el apoyo a su causa de Argelia, Libia y, durante un tiempo, Mauritania. Parece indudable la voluntad española de responder al desafío marroquí y buena muestra es la creación por la administración española de un partido amigo, el PUNS. Sin embargo, este diseño de una alternativa al Frente Polisario fracasaría.

La tercera parte desarrolla los acontecimientos de 1975, que finalizan con la huida de España del Sahara occidental, cediendo la administración del territorio, que no su soberanía, a Marruecos y Mauritania. El texto explica lo sucedido con testimonios de protagonistas de esta historia y con documentación nueva que sitúa al lector ante por qué y cómo el gobierno de Arias-Franco-Juan Carlos I entregó a otros Estados el territorio. El autor atiende a las cuestiones de índole internacional, como la postura de Estados Unidos y Francia, favorables a que Marruecos se apoderase del territorio, pero muestra la importancia de otros factores, como la decepción española ante la actitud de los saharauis durante la estancia en el territorio de una Misión Visitadora de Naciones Unidas.

Lo sucedido, explica el autor, reforzó la posición de los sectores pro marroquíes en la clase política, las fuerzas armadas y el mundo empresarial, quienes decían que sería un error afrontar un riesgo de guerra con Marruecos para defender a una población que en buena parte rechazaba a España, o preguntaban qué sentido tenía asumir el riesgo de un empeoramiento de las relaciones con Marruecos y, a la vez, tratar de negociar la permanencia de los intereses españoles en el Sahara atlántico con el Frente Polisario, pro argelino, y que decía que no negociaría nada con España, no habiendo otro interlocutor, ya que los jefes tribales aliados de España habían perdido buena parte de su influencia sobre la población. En esta parte destaca el valor de las fuentes orales y la documentación de archivos privados. España se iba del Sahara, y parecía evidente que entregaría el territorio a Marruecos, cuyas fuerzas armadas llevaban meses desplegadas en la frontera norte del Sahara español. Ese parecía ser ahora el plan de Madrid, a la espera de negociar las compensaciones de Rabat. Pero no existía unanimidad.

Son muchas e importantes las aportaciones de este libro. Una e importante es enmarcar el tema Sahara en la falta de planificación de los asuntos coloniales y en la crisis de sucesión del franquismo y la consiguiente división en las filas del régimen, en su personal político, militar y económico. Sin olvidar el contexto, una etapa de la Guerra Fría en la que los dirigentes de las potencias occidentales miraban con preocupación lo que estaba ocurriendo en Portugal y España sin perder de vista lo que pudiera acontecer en Marruecos.

Aportación importante también es la documentación que presenta sobre el avance de la *Marabunta*, de la Marcha Verde sobre el Sahara español, y sobre las respuestas que manejó la Junta de Jefes de Estado Mayor. Son interesantes las fuentes orales que maneja sobre la reunión de la Junta de Defensa Nacional y sobre el ofrecimiento hecho a Arias por el ministro secretario general del Movimiento, José Solís (que trabajaba para sustituir a Arias), para entrevistarse con Hassan II y llegar a «unos posibles futuros acuerdos» que evitasen el riesgo de conflicto militar.

Una de las partes de mayor interés la encontramos en el relato sobre la reunión del Consejo de Ministros del día 21 de octubre, el segundo infarto de Franco y la negociación en Marrakech entre Hassan II y Solís, en la que el ministro español dijo, entre otras cosas, lo siguiente a su interlocutor: deseo «que estemos de acuerdo para que el Sahara sea para Marruecos».

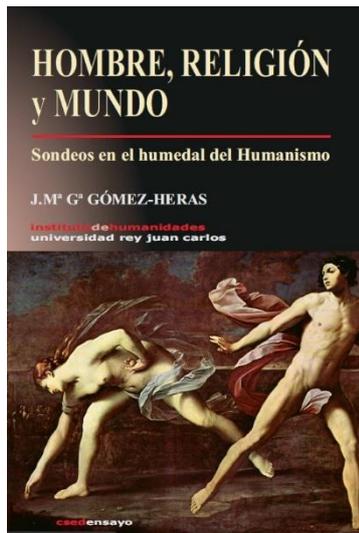
En resumen, el libro del prof. José Luis Rodríguez es riguroso, bien documentado y novedoso en sus muchas aportaciones originales. Un buen ejemplo de lo que ha de ser un libro de historia de nuestro tiempo.

Luis Palacios Bañuelos  
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Rey Juan Carlos

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

GÓMEZ-HERAS, J. M.: *Hombre, religión y mundo. Sondeos en el humedal del humanismo*  
Madrid, Ed. CSED, 2017, (238 páginas).

ISSN: 2386-2491



La “Cuando aquí, - se lee en el prólogo del libro citado,- disertamos sobre las Humanidades en la Universidad, sobre la felicidad que los hombres desean, sobre el nihilismo como cáncer de Europa, sobre la religión en relación con el mundo y con España, sobre el fanatismo y sus atentados contra la libertad, sobre los límites metodológicos de las neurociencias o sobre la validez perenne del diálogo socrático, queremos testimoniar una sola convicción: la de ser leales a lo que significa la palabra *hombre*”.

Lealtad al *hombre* y a la tradición humanista de nuestra cultura occidental es lo que rezuman las páginas de este nuevo libro del Prof. Gómez-Heras frente a contemporáneos autores como P.

Sloterdijk que muestran desconfianza ante nuestro patrimonio humanista.

Se trata de la compilación de una serie de ensayos, dispersos por publicaciones varias y que su autor reúne en un muy cuidado volumen de 238 páginas, haciéndolos más accesibles a sus posibles lectores o, si prefieren, rescatándolos de los fríos espacios frecuentados por los adictos a bibliotecas universitarias y revistas especializadas. Estamos ante unos textos con un solo tema: *el Humanismo*, abordado desde diferentes perspectivas y situaciones, pero siempre con un interés constante: lo que interesa al hombre.

Y es que el *humedal del humanismo* viene siendo desecado por vientos que soplan desde múltiples direcciones y que agostan los abundantes brotes verdes que otrora succionaron de sus aguas. Son vientos de secano que hacen languidecer a las Humanidades en los planes académicos de nuestras universidades, que reducen al hombre a mero objeto material en las neurociencias, que destierran al *homo religiosus* del solar hispano, que avocan a Europa, por boca de Nietzsche, por la senda del nihilismo, que se dejan seducir por tentaciones de fanatismo tanto religioso como político y que, por todo ello, piensan que resulta extemporáneo y casposo que el hombre quiera pensar en si mismo y multiplique sus experiencias de felicidad.

Si todo lo dicho, además, encaja en un contexto de la sociedad española en la que a los muchos tránsitos que esta lleva transitando desde unos años a esta parte, añadimos una descripción de la *transición de valores y costumbres* acontecida en España durante las últimas

décadas y que el autor titula “*De la moral del Estado confesional a la ética de la sociedad civil*”, no resulta impertinente encajar el libro del Profesor salmantino entre los ensayos que se suman a una “España por pensar”.

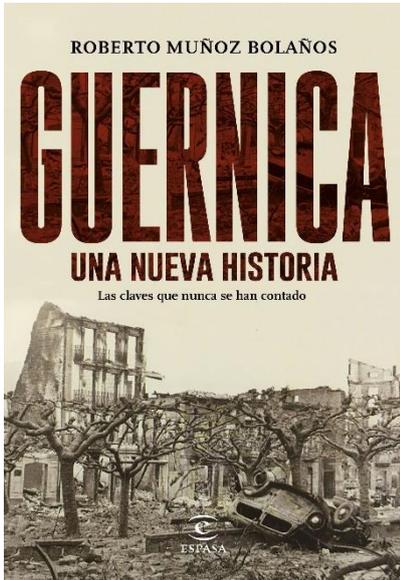
Por todo ello nuestra enhorabuena al autor, a la Editora del volumen y al Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos, que una vez mas, testimonia su querencia por el humanismo.

Felipe R. Debasa Navalpotro  
Universidad Rey Juan Carlos

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

MUÑOZ BOLAÑOS, R.: *Guernica: una nueva historia. Las claves que no se han contado*

Espasa, 2017.



La En la película *J.F.K.: caso abierto* (1991), Oliver Stone introduce una escena ficticia donde un coronel de Ejército perteneciente al Servicio Secreto de nombre X (Donald Sutherland) mantiene un encuentro con el fiscal de Nueva Orleans Jim Garrison (Kevin Costner) en el *National Mall* de Washington, con objeto de proporcionales datos sobre el asesinato del presidente Kennedy. En un momento de la conversación, tiene lugar el siguiente diálogo:

– Garrison-Costner: “Nunca hubiera pensado que Kennedy fuera tan peligroso para el sistema. Fue por eso, ¿no?”

– X-Sutherland: Bueno, esa es la pregunta clave: ¿por qué? El cómo y el quién sólo son montajes para el público.

Durante ochenta años, diferentes historiadores, periodistas e investigadores que han estudiado el bombardeo de Guernica se han centrado fundamentalmente en esas dos preguntas: ¿Quién fue el responsable?, y en menor medida ¿cómo se realizó el ataque? Sin embargo, para Roberto Muñoz Bolaños, la clave para entender este acontecimiento histórico radica precisamente en la tercera: ¿Por qué fue bombardeada esa histórica villa? Para responderla, ha planteado en su obra la siguiente hipótesis: el ataque a Guernica fue consecuencia de tres dinámicas complementarias:

1. El fracaso de las negociaciones que, desde antes del estallido de la Guerra Civil, habían sostenido la élite del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y los dirigentes políticos y militares de la sublevación del 17 de julio de 1936.
2. La disputa del poder político en la zona sublevada entre los generales Francisco Franco Bahamonde y Emilio Mola Vidal.
3. El papel de la Legión Cóndor en España, no sólo como un instrumento militar que primaba la experimentación de nuevas tácticas aéreas por encima incluso de su apoyo a los ejércitos sublevados, sino también como un arma política encargada de proyectar los intereses políticos y económicos de Alemania en nuestro país.

Para desarrollar esta hipótesis, ha manejado una amplia documentación. Así, además de servirse de las fuentes ya utilizadas por los muchos historiadores que han investigado el tema, se ha esforzado por acceder directamente a la documentación que se guarda en el Fondo de la Guerra Civil del Archivo General Militar de Ávila y del Archivo Histórico del Ejército del Aire; a la de la Causa General, depositada por la Fiscalía General del Estado en el Archivo Histórico Nacional; a los fondos del Archivo Francisco Franco, custodiados por la Fundación Nacional Francisco Franco; a los del Archivo del Partido Nacionalista Vasco, conservados en la Fundación Sabino Arana de

Bilbao, y a los del Fondo Fal Conde, del Archivo de la Universidad de Navarra. Además, se desplazó a la villa foral para observar y analizar directamente los lugares donde se desarrollaron los hechos, y también acceder a la valiosísima documentación depositada en el Centro de Documentación del Bombardeo de Guernica. Entre ella, destaca la procedente de los archivos vaticanos, del Ministerio de Exteriores y del Ejército del Aire italianos, del archivo privado del teniente general Alfredo Kindelán y del manuscrito original del diario de Wolfram von Richthofen. Este conjunto de fuentes primarias confieren al libro de Muñoz Bolaños un gran valor, que queda patente en su resultado final.

La estructura de la obra se divide en siete capítulos.

En el primero, explica las diferentes tramas conspirativas contra la II República que existieron desde 1931 hasta abril de 1936; dando especial importancia a dos aspectos. Por un lado, las conspiraciones carlista y militar desarrolladas entre marzo y abril de ese último año. Por otro, el papel jugado por los nacionalistas vascos (*jeltzales*) en todos los intentos de sublevación contra la II República.

En el capítulo II, el autor se centra en un aspecto fundamental en la reciente historia de España: la gran conspiración cívico-militar puesta en marcha por el general Mola entre abril y julio de 1936. Dentro de la misma, estudia con mayor atención el papel jugado por los distintos generales, especialmente los que denomina el “triumvirato republicano” –Miguel Cabanellas Ferrer, Mola y Gonzalo Queipo de Llano–, así como de Manuel Goded Llopis. También se abordan los pactos establecidos entre militares y civiles y las negociaciones que desarrollaron los conspiradores con la élite del PNV.

En el capítulo III, aborda la sublevación y los primeros meses de la Guerra Civil en las provincias vascas y Navarra, tanto desde el punto de vista militar como político; incluyendo el desarrollo de las primeras negociaciones entre *jeltzales* y sublevados con el objetivo de que los primeros abandonasen el conflicto. Igualmente, analiza el proceso de ascenso del general Franco a la jefatura política y militar de la España sublevada y de José Antonio Aguirre a la presidencia del Gobierno autónomo vasco.

El capítulo IV, uno de los más interesantes y novedosos para el público español, estudia el concepto, origen y características de la Guerra Total; así como el surgimiento del Poder Aéreo y su desarrollo en las principales potencias y en España, con objeto de contextualizar el bombardeo de Guernica.

El capítulo V es clave para comprender el bombardeo de Guernica; ya que el autor explica la intervención de Alemania e Italia en la Guerra Civil española, el desarrollo de las negociaciones entre *jeltzales* y sublevados en el primer trimestre del 1937, el surgimiento del “partido militar” liderado por Mola como oposición al poder personal de Franco, y el diseño de la ofensiva sobre Vizcaya. Sobre esta operación, analiza las características de acción militar vinculándolas con el concepto de Guerra Total y las tensiones políticas existentes en la zona sublevada. El capítulo finaliza con un estudio exhaustivo de la primera manifestación de este tipo de guerra en esta campaña: el bombardeo de Durango.

El VI constituye el capítulo central de la obra, pues se centra en el bombardeo de Guernica. Para explicar este acontecimiento histórico, el autor primero lo contextualiza dentro de la dinámica política y militar de la zona sublevada en ese momento. A continuación, procede a analizar el ataque, describiendo las características de la villa el 26 de abril de 1937, los objetivos y responsabilidad del bombardeo, su desarrollo y sus consecuencias, especialmente en relación con

los muertos que provocó. El capítulo termina con un análisis comparativo entre los bombardeos de Durango y Guernica. Las principales aportaciones de este capítulo son dos. Por un lado, una carta inédita del general Alfredo Kindelán Duany, jefe de la aviación sublevada al general Franco, fechada en Salamanca, el 12 de abril de 1937, donde se demuestra que no existía un mando unificado entre las distintas fuerzas aéreas que apoyaban la rebelión, actuando tanto la Legión *Condor* como la *Aviazione Legionaria* con absoluta libertad. Y por otro, las páginas del diario de Von Richthofen donde queda patente que la decisión de bombardear Guernica fue exclusivamente alemana y que se trató de una operación militar, con cierto componente experimental.

En el capítulo VII, el autor analiza las consecuencias del ataque, explicando su impacto internacional y la creación de una versión oficial del mismo por parte de los sublevados. Igualmente, proyecta en el tiempo las tres dinámicas sobre las que articula su hipótesis, haciendo mención a la muerte de Mola, el pacto de Santoña que supone la salida de los *jeltzales* del conflicto, y las experiencias recogidas por la Legión Córdor en la Guerra Civil española.

Finalmente, la obra termina con una conclusión donde describe si se ha demostrado su hipótesis de trabajo.

El resultado final es, sin duda, el de una obra brillante que pone en tela de juicio algunos mitos creados en torno al bombardeo, especialmente en cuanto a su responsabilidad y objetivos perseguidos, y que abre nuevas vías para el estudio de este acontecimiento político clave en la historia reciente de España.

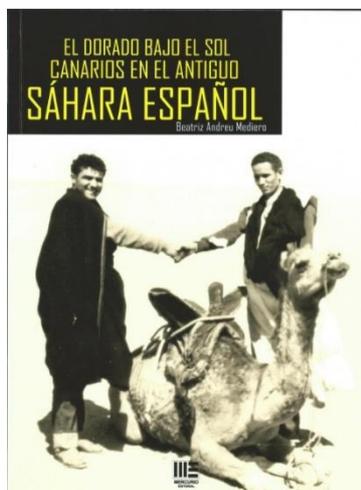
Carlos Pulpillo Leiva  
Profesor Honorífico del Instituto de Humanidades



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

ANDREU MEDIERO, B.: *El dorado bajo el sol. Canarias en el antiguo Sahara español.*

Madrid, Mercurio, 2017 (238 páginas).



El tema del Sahara interesa -¡por fin!- a la historiografía española. Buena muestra es que este número de LA ALBOLAFIA reseña dos importantes libros recientes dedicados a este tema: el de Beatriz Andreu (2017) y el de José Luis Rodríguez (2015). ¿Es que este tema no ha interesado a los historiadores? ¿Es que resulta difícil investigar sobre el Sahara y lo que allí pasó? Las respuestas las encontramos en ambos libros. El prof. Rodríguez apunta ya en su primer párrafo: “nos ha sorprendido que el tema del Sahara occidental, y en concreto lo ocurrido durante la fase final de la colonización española, interese, preocupe más bien, en las alturas, todavía hoy, cuarenta años después de que un gobierno español diera la orden de huir de allí”. Y realizada su investigación y, en consecuencia, con conocimiento de lo que allí pasó se queja de que “lo único que transmitieron era que España se

iba con honor” y se pregunta “¿es compatible el honor con la huida, cuando atrás se deja a un pueblo indefenso ante las armas del invasor?”.

Beatriz Andreu ha escrito un interesante libro con un atractivo título: *El dorado bajo el sol. Canarias en el antiguo Sahara español*. La Dra. Andreu viene investigando en los últimos años desde la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, donde es profesora, la historia del Sahara español y sus relaciones con Canarias, con especial atención al movimiento migratorio de canarios a la colonia. Dos son los objetivos que se ha planteado en este libro. El primero, ofrecer una visión general de la historia del Sahara español: por qué se colonizó el territorio; qué recursos económicos posee; por qué el gobierno de España decidió retrasar la descolonización, cuando casi todo el continente africano había sido descolonizado, y luego se abandonó, como si nada importante de lo que allí había, comenzando por sus habitantes, tuviese importancia para España y las consecuencias de esa decisión, tema éste importante y abierto a la investigación y al debate. El segundo objetivo del libro es estudiar las relaciones entre las Islas Canarias y el Sahara español, destacando el papel de los canarios en el desarrollo de la colonia y cómo les afectó la evacuación a finales de 1975. No hace falta señalar que esta es la parte más original de la investigación.

Lo primero que hay que destacar es que se trata de un libro bien documentado, como debe ser todo libro que salga de manos de un historiador. Es el resultado de una concienzuda revisión de la bibliografía disponible sobre el tema, la prensa y otras fuentes documentales impresas encontradas en archivos: el AGA, el AGMA, National Archives of the United Kingdom, Archivo Naval de Canarias y el de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Gran Canaria. Más aún, la autora también ha echado mano de la historia oral recogiendo testimonios de emigrantes canarios al África occidental. El resultado es este libro que combina perfectamente la historia política con la historia cultural y social.

Canarios en el antiguo Sahara español. En su estudio la Profra. Andréu descubre que esta emigración aportó el mayor número de colonos, hasta conformar la población *extranjera* más numerosa, en cuanto a civiles se refiere, ya que el dispositivo militar español aportaba una

población distinta y superior en número. Todo ello en una época en la que Guinea Ecuatorial, Ifni y Sahara habían sido definidas como provincias españolas. El libro explica las consecuencias de la colonización del Sahara occidental a partir del crecimiento del dispositivo militar, tras la guerra de Ifni-Sahara, situando la llegada de canarios en el contexto de las necesidades del Sector del Sahara (dependiente de la Capitanía General de Canarias) y de la voluntad del gobierno de Franco de proceder a una tardía colonización, lo que supuso inversiones en sanidad, educación e infraestructuras. Con un eficaz empleo de las fuentes, la autora nos muestra la vida en la colonia y el difícil trance de la evacuación, pues para la mayoría fue un retorno a Canarias no deseado, al menos en ese momento, en los meses finales de aquel año de 1975, cuando murió Franco y accedió a la jefatura del Estado el príncipe Juan Carlos.

Quiero destacar la especial sensibilidad de la autora al hablar de esos emigrantes de su propia tierra. De esos canarios que miraron a su espalda y se encontraron “con el enorme país que se extendía más allá de la punta de La Entallada, en la isla de Fuerteventura”, después de décadas, siglos incluso, en las que la miseria secular del Archipiélago había expulsado allende el Atlántico “a sus desesperados habitantes y del vecino africano se conocía poco más que la franja de mar que les unía”. O, como escribe Javier Márquez en el Prólogo, “separaba, a islas y continente”. De singular interés son las páginas dedicadas a explicar cómo afectó a las personas *corrientes* la orden de salida forzosa de la población española de aquella *provincia*. Beatriz Andreu nos ofrece un impresionante y vivo relato de la desesperación y de la incomprensión de aquellos canarios durante los días previos a la evacuación y de cómo tuvieron que rehacer su vida en una tierra en la que, décadas atrás, sus gobernantes les habían empujado a marcharse.

Estamos ante un libro que nos aporta conocimiento de aquella realidad que fue el Sahara español y que, junto a las muchas respuestas, plantea interesantes preguntas. Sí, que se hace y nos impele a hacernos muchas preguntas sobre las muchas cosas que seguimos sin saber de la relación España-Sahara occidental: ¿Por qué los propios canarios no conocían su Historia, que tan vinculada quedaba a ese lugar? ¿Por qué el silencio envuelve todo lo que tenga que ver con el Sahara occidental?

Luis Palacios Bañuelos  
Catedrático de Historia Comperánea de la Universidad Rey Juan Carlos

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

PALACIOS BAÑUELOS, L.: VOL. V DE LAS BASES DE LA ESPAÑA

ACTUAL: *El reinado democrático de Juan Carlos I.*

Madrid, Ed. Dílex, 2017, (527 páginas).



Si El volumen V de los cinco de que consta la obra del Catedrático y Director del Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, D. Luis Palacios Bañuelos: *Las bases de la España actual*, obra calificada en el prólogo por el Prof. Stanley Payne como *Opus magnum* del autor, culmina un proyecto de amplios vuelos en el que D. Luis Palacios ofrece a los lectores una magnífica síntesis del periodo de la historia de España comprendido entre los años 1975-2014, periodo que se corresponde, como el título expresa, con el *Reinado Democrático de Juan Carlos I.*

El argumento, expuesto a lo largo de 527 páginas, sintetiza cuatro décadas del que quizás haya sido el periodo mas brillante de nuestra historia contemporánea. Con sus luces, abundantes, y también con las sombras que acompañan a toda historia humana. Historiadas, en este caso, con estilo brillante, exposición diáfana, pensamiento denso, refinados análisis y documentación abundante. Un texto lejano de tópicos y rico en sobriedad de lenguaje en el que cualquier lector de mediana cultura puede adentrarse sin temor a divagaciones o zigzagueos ambiguos y mas bien, por el contrario, disfrutar de rigor, objetividad y también amenidad.

El plan del autor, se nos dice en la *nota preliminar*, ha sido completar con este vol. V la colección de los cinco titulada *Las bases de la España actual* en la que su autor nos dibuja un intenso fresco histórico de la España contemporánea en estilo directo, sobrio en la narración, riguroso en la información y ameno en la lectura. Para lograrlo el Prof. Palacios maneja material abundante: sus numerosos trabajos escritos a lo largo de una dilatada vida académica, la extensa bibliografía y otros testimonios existentes sobre el tema, abundancia que ha impuesto una exigente labor selectiva y actualizadora. El resultado es una obra tan distante de partidismos cuanto esforzada por acercarse a la verdad objetiva de los hechos. Con las perplejidades que toda síntesis conlleva al jerarquizar argumentos y decidir relevancia de los mismos.

Por el denso texto de la narración desfilan los acontecimientos que configuran el reinado de D. Juan Carlos I y cuyo encuadre sociopolítico fue el desguace del entramado de la dictadura franquista y la construcción del Estado social y democrático de derecho de la España contemporánea. Dentro de ese encuadre general el autor distingue cuatro partes diferentes: la **primera** sitúa al reinado de J.C. I en el contexto internacional que nos

enmarca: Europa, OTAN, nuevas tecnologías, la información a nivel planetario que convierten a nuestro mundo en una *aldea global*... Un escenario definido por dos palabras: globalización y democracia. La **segunda**, rotulada *Una España moderna, alegre y confiada*, desglosa los 25 primeros años de vida democrática y desarrollo socioeconómico bajo los gobiernos de A. Suárez, L. Calvo Sotelo, F. González y J. Ma. Aznar. La **tercera**, anegada en crisis, dudas y perplejidad, correspondiente al gobierno de J. L. Rodríguez Zapatero y primeros años del de M. Rajoy y finalmente una **cuarta** en la que, traspasados los límites cronológicos de los diferentes gobiernos, el interés se concentra en los asuntos relevantes que han polarizado la vida de la nación, tales como la estructura del Estado, la economía, la cultura, la educación, las comunicaciones sociales, la Iglesia y el ejército. Un periodo de cambios estructurales de la sociedad española, tal como exigía la liquidación de los restos de la dictadura y la consolidación de la democracia. Todo ello tutelado por la personalidad del Rey Juan Carlos, cuya figura se destaca entre los promotores y gestores del cambio hacia la democracia.

De tener que destacar alguno, entre los acontecimientos citados, elegiría la creación del Estado de las Autonomías. Solución original y atrevida a un país con fuertes tensiones entre centro y periferias. Vertebrar la España invertebrada de que hablaba Ortega y Gasset. Todo ello bajo la atmosfera turbia creada por un terrorismo rampante, que sembró la geografía hispana de cadáveres y puso a prueba la solidez de las fuerzas de orden público y la lealtad de los diferentes partidos políticos. Terrorismo interno a manos de ETA al que se añadió, el 11 de marzo del 2004, el grave atentado yihadista que cambió el rumbo político del país.

El periodo historiado acumula hitos señeros. Su balance reconoce, por un lado, éxitos relevantes como las elecciones de 1979, los sendos ingresos en la OTAN y en la Comunidad europea. Las dos legislaturas del Gobierno de J. L. Zapatero, ya con la Transición en la lejanía, marcan, por otra parte, un nueva etapa revisionista y un deslizamiento hacia una muy grave crisis económica, periodo que el Prof. Palacios rotula como *Una España perpleja, de dudas y crisis*. La presidencia siguiente de M. Rajoy se desarrollara en un contexto de crisis heredada y con un grave problema en el horizonte: Cataluña.

Es de remarcar que el libro reseñado no se limita a narrar la historia política, puesto que también se ocupa ampliamente de temas como la economía, la demografía, la cultura, los cambios sociales, los avances en el Estado del Bienestar, etc. Además de ser presentada la historia de España en perspectiva doméstica, el libro la sitúa en el amplio horizonte internacional marcado por la desaparición de la geopolítica de bloques antagónicos, surgido de la segunda guerra mundial, el ocaso de las ideologías cosmovisionales que los sustentaron, la eclosión de colectivos hiperactivos tales como gays, ecologistas, feminismos. el resurgir de los populismos nacionalistas así como por los avances de los procesos de democratización en diversas partes del mundo. Sin olvidar los virulentos conflictos locales que aun perduran en los Balcanes, Palestina o diversos países africanos. Tal estrategia expositiva permite una visión de España que aleja en lontananza los años de decadencia y aislamiento.

Me permito destacar, finalmente, y como aspecto relevante del libro reseñado, una serie de páginas al final, pp. 489-506, en las que, a modo de *Epílogo/Balance*, Luis Palacios se adentra en aquellos aspectos que Hegel denominaría *historia interna* de lo que acontece para maridar narración y pensamiento. No tanto quedarse en los hechos narrados, como recuerdo y legado, dimensión que, sin duda, dota a la historia de objetividad, sino adentrarse en la idea que subyace a los mismos y que los dota de Espíritu y sentido histórico, pongamos por caso la idea de **libertad** a la Revolución Francesa, y que permiten al autor no solamente relatar los episodios acontecidos en el periodo historiado sino también proyectar algunas de las ideas que encarnan sobre una imagen de España, ya embrionariamente anticipada en el presente en forma de espera y de esperanza. La historia, en este caso, no se limita a narrar el pasado, sino que proyecta desde este su visión hacia el futuro porvenir, apuntando ideas y proponiendo soluciones. Permítanme un recuento de los mismos: el Estado de Bienestar basado en la libertad y la justicia, una acción política fiable y honrada, la erradicación de la corrupción, la recuperación de valores e ideales en una sociedad tendente a la secularización, una educación responsable que los enseñe, un compromiso de los intelectuales con el rearme moral y cívico.... y, por supuesto, una cultura democrática que los promueva. Son los temas sobre los que el autor reflexiona en el epílogo titulado **10 temas para el futuro**, en las que la historia deja de ser mero relato de hechos para vestir su manto mas noble: *magistra vitae*.

Por todo ello, enhorabuenas al Prof. Luis Palacios y a la editorial Dilex por la esmerada presentación de los volúmenes y agradecimiento al Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos que los acoge.

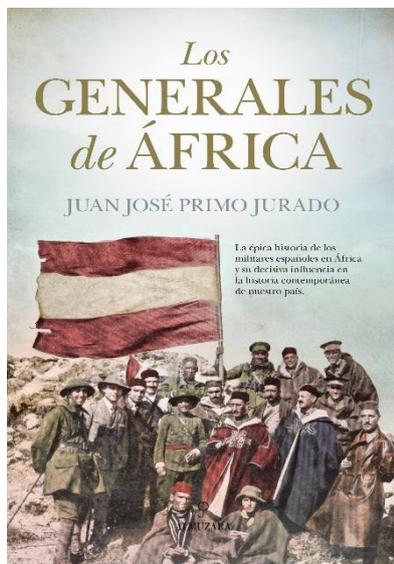
José María García Gómez-Heras  
Catedrático de la Universidad de Salamanca



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

PRIMO JURADO, J.J.: *Los generales de África*.

Córdoba, Almuzara, 2017 (304 páginas).



España y el norte de África España y el norte de África (básicamente Marruecos, Ifni y Sáhara) han entrecruzado en numerosas ocasiones sus historias, escribiendo páginas de hermanamiento, progreso y culturas comunes. Pero, también, de guerra, tensión y choques armados, donde se derramó mucha sangre española, tanto en victorias de heroico patriotismo como en trágicas y dolorosos desastres: el Barranco del Lobo (1909) y Annual (1921)

Por vez primera, un libro aborda de manera rigurosa las biografías de los generales más destacados en la historia del África española y su repercusión en la política entre 1859 y 1976. África, además de escenario bélico y de fecundo Protectorado, fue una auténtica escuela de poder en España. El balance es, sencillamente, espectacular: un jefe de Estado, cinco presidentes de Gobierno, un vicepresidente, siete ministros y cinco altos comisarios de España

en Marruecos, sin contar los numerosos altos cargos militares de responsabilidad nacional. Y es que estos generales de África aprendieron antes el arte de la guerra que el de la política.

El libro, en una amplia introducción, recoge la historia de la presencia hispana en el norte de África y en Guinea. Reconociendo la previa vinculación militar española con el norte de África en la época romana, del Califato Omeya y desde los Reyes Católicos, a grandes rasgos la presencia colonial militar española en el norte de África durante los siglos XIX y XX se puede dividir en cuatro etapas: la etapa anterior al Protectorado, con las guerras de África, de Margallo y de Melilla (1859-1912), la pacificación del Protectorado, conocida como guerra de Marruecos (1912-1927), el Protectorado (1927-1956) y la etapa posterior a la independencia del Protectorado hasta concluir con la del Sahara (1956-1976).

De esas etapas proceden los generales que se estudian en este libro, los cuales protagonizan páginas principales de la Historia de España. Con victorias y fracasos; con heroísmo y sacrificios. Por aquí desfilan militares y acontecimientos como Prim y sus victorias en Wad Ras y Castillejos que lo convirtieron en el héroe popular que necesitaba la España del final del reinado de Isabel II; García Margallo y su muerte en Cabrerizas Altas (1893); Marina y el desastre del Barranco del Lobo (1909); Cavalcanti y la carga de Taxdirt (1909); Fernández Silvestre y Berenguer y el Desastre de Annual (1921); Gómez Ulla y su creación de los primeros hospitales quirúrgicos de campaña; Navarro y la masacre de Monte Arruit (1921); Kindelán y la creación de la Aviación militar, que realizó su primer vuelo sobre Marruecos en 1913; Millán-Astray y la fundación de la Legión (1920); el Teniente Coronel Fernando Primo de Rivera, que es el único no general y los héroes del Regimiento Alcántara; Miguel Primo de Rivera, Sanjurjo y el Desembarco de Alhucemas (1925) éxito pionero en este tipo de operaciones militares a escala mundial; Oswald Capaz y la conquista pacífica de Ifni (1934); Gómez-Zamalloa y la defensa de Sidi-Ifni (1959), en una guerra ignorada que aquí se recuerda; o Gómez de Salazar y la “Marcha Verde” y la retirada del Sahara (1976). Y en la división

fratricida de nuestro país en la Guerra Civil de 1936, los generales no fueron una excepción: Franco, Cabanellas, Mola, Varela, Yagüe o Goded habían pasado por Marruecos, pero también lo hicieron Rojo, Miaja, Núñez de Prado, Pozas, Hidalgo de Cisneros, Campins o Riquelme. Y balas españolas de ambos bandos acabaron en la tragedia de 1936 con las vidas de generales que había sobrevivido a los disparos rifeños, como Navarro, Saro, Goded y Capaz, asesinados por la España republicana, y Campins y Núñez de Prado, asesinados por la España nacional.

En dos capítulos finales, el libro recoge un amplio estudio sobre los testigos de estos hechos y sobre los modernos centinelas de España en África. En el primero de los casos habla de periodistas y escritores como Pedro Antonio de Alarcón, Manuel Chaves Nogales, Arturo Barea y Eugenio Noel, más la cita de películas de la época. En el segundo, describe el actual despliegue militar español en Ceuta, Melilla y las plazas de soberanía y la guerra contra el terrorismo yihadista y la inmigración ilegal. En un mundo globalizado, la seguridad de España se trabaja dentro de nuestro país, en sus fronteras y, también, lejos de ellas impidiendo que ese terrorismo se adueñe de países. Fruto de nuestros compromisos internacionales con la ONU, la UE y la OTAN, nuestras Fuerzas Armadas están en cuatro continentes y es África la que acumula actualmente el mayor número de misiones, nueve, con cerca de 900 mujeres y hombres allí proyectados

Primo Jurado une este libro a la larga bibliografía sobre la actividad militar española en Marruecos. Quizás su peculiaridad radica en que lo lleva a cabo con el mismo estilo lúcido, riguroso, ameno y divulgativo de su anterior obra, *Grandes batallas de la Historia de España*, y escribe la historia del África española a través de las biografías y semblanzas de los generales que encabezaron sus ejércitos y dirigieron sus guerras. En realidad, treinta generales y un teniente coronel, Fernando Primo de Rivera “que pudiendo llegar a general prefirió quedarse en héroe”, según afirma el autor. Y entendemos que consigue su propósito con una exquisita objetividad y ecuánime imparcialidad, ajena por completo al discurso maniqueo de buenos y malos, ya que todos los militares que cumplieron su deber para con España en África son merecedores de respeto y reconocimiento.

El libro tiene muchos aciertos como empezar con Juan Prim personaje fundamental de la Historia de España sobre cuya muerte se han publicado todo tipo de libros, algunos con muy discutibles teorías. El autor explica lo más demostrado y acertado por el ilustre jurista Pedral Rius y el embajador Javier Rubio. La controvertida interpretación Ley de Memoria Histórica también recibe un varapalo en el héroe del Desembarco de Alhucemas General Leopoldo Saro asesinado al principio de la Guerra Civil, sin haber participado en el alzamiento y de quien se retira de su pedestal y se deteriora su escultura en Úbeda. Fue precisamente la intervención del escritor progresista Muñoz Molina llamando “analfabetos con cargo municipal” a los que la retiraron el que consiguió que se restableciera en su lugar la escultura de Saro restaurada. Respecto a Miaja el acertado salvador de Madrid en noviembre de 1936 el autor le atribuye el nombramiento de Melchor Rodríguez al que respaldó una vez resuelto el ataque a Madrid para acabar con las matanzas de presos. Cita acertadamente a Stanley Payne al explicar que Miaja destacado africanista optó por la República al ver la desorganización de la sublevación en Madrid.

El acto de presentación en Madrid en el CESEDEN el 23 de enero pasado resultó muy brillante. Tras una introducción histórica por parte del académico de la Real de la Historia Hugo O'Donnell, el editor Manuel Pimentel subrayó y fue muy aplaudido el cuidado y exaltación de los británicos por sus héroes militares, lo que no ocurre de igual manera en España. Juan José Primo explicó en su exposición que al General Franco le impresionó mucho que no se socorriera en el desastre de 1921 a los sitiados en Monte Arruit y Zeluán y que esa fue la razón de desviarse en la ruta hacia Madrid para rescatar a los defensores del Alcázar de Toledo. En el texto citando a Luis Herrero explica la intervención de Adolfo Suárez ante Franco explicando que la única salida de

España era el pluralismo democrático. Luego a solas con Suárez Franco le dijo: entonces Suárez habrá que ganar para España el futuro democrático.

” Uno de los pocos reparos que se podría hacer es que de credibilidad al periodista John Whitaker en el capítulo de Mizzian, cuando afirma que este había entregado unas milicianas prisioneras a sus regulares y le dijo que vivirían poco. Franco envió a Oviedo a Mizzian para resolver una grave situación de amotinamiento de la Mehalla de Gomara. Dos de sus componentes fueron fusilados acusados de una violación que sus compañeros decían que no habían cometido. Con tan drásticas medidas no parece verosímil que Mizzian propiciara precisamente violaciones. El peor enemigo del economista, Ángel Viñas, el historiador Moisés Domínguez por los billetes de viaje de Whitaker a Badajoz ha demostrado que no estaba presente en los sucesos de la toma de Badajoz. Domínguez considera falsa la entrevista de Whitaker a Yagüe en la que le atribuye “no querer dejar 4000 prisioneros a sus espaldas”. Cuando Whitaker llega a Badajoz Yagüe ya se había ido en ruta a Talavera. Recientemente alguien tan poco sospechoso como el Profesor Espinosa ha reconocido y publicado el documento encontrado por Carlos Engel Masoliver en Tarragona. En el se recoge que el Coronel Jefe de la guarnición republicana de Badajoz Puigdemolas paso la frontera con 500 de sus hombres, oficiales, guardias civiles y carabineros a Elvas. Tras un tiempo en un campamento portugués fueron transportados en el barco Nyassa hasta Tarragona reincorporándose al Ejército republicano. De hecho, Puigdemolas fue asesinado por anarquistas cuando en la Batalla de Seseña pistola en mano intentaba evitar la huida de milicianos. Teniendo en cuenta que los soldados republicanos de reemplazo de Badajoz fueron incorporados al Ejército Nacional y que el ruedo de la plaza de toros resultaba impracticable por las bombas de aviación sin explotar y con la espoleta al aire sobresaliendo de la arena por haber sido lanzadas desde altura insuficiente. Las cifras de la represión que dirigió luego un falangista Arcadio Carrasco, son muy inferiores a lo dicho y Whitaker y Jay Allen comunista amigo de la jefe de censura de prensa y también comunista Constancia de la Mora carecen de credibilidad. Hubo un muy animado coloquio moderado admirablemente por el nuevo director del CESEDEN Teniente General del Ejército del Aire General Rafael Sánchez Ortega. Intervinieron varios jefes militares africanistas profesores de universidad y periodistas. Todas las intervenciones dieron lugar a un animado dialogo lo que demostraba un inusitado interés por el libro. Se planteó el origen de la controversia de Franco con Kindelán que tuvo su origen en el nombramiento y ascenso de Ramón Franco como Jefe del Sector Aéreo de Baleares. Pero también en la agresión al final de la Guerra, por seis capitanes de aviación (entre ellos dos hijos de Kindelán) a Alfonso Hoyos nombrado por su protector Serrano Suñer jefe Superior de Policía de Barcelona y al que rompieron su uniforme acusándole de haber pasado la guerra “emboscado en Burgos”. Se planteó también por varios asistentes a favor y en contra de manera apasionada pero correcta, la controvertida actuación del General Silvestre en Annual. A todos contestó JJ Primo Jurado dedicando tiempo, lo que animo a los asistentes para adquirir el libro que ha debido ser uno de los más vendidos en el CESEDEN. Y es que cada capítulo constituye un pequeño libro con sus matices, grandezas y penurias, muriendo valientemente muchos de sus protagonistas Y es que además de los mencionados hay varios de vida apasionante subyugados por el exotismo y la aventura, pero también por su amor a África, como Capaz, Núñez de Prado, Marina, Rojo, Riquelme, Millán Astray. Muñoz Grandes (que pena que su hijo también Teniente General no pudiera venir) Berenguer, Cabanellas, Mola, Pozas, Sanjurjo o Godel. Todos han sido muy bien elegidos terminando con los dos más recientes: Gómez Zamalloa (Ifni) y Federico Gómez de Salazar (Sahara) Esperemos que haya más actos para divulgar un libro como este, distinto, objetivo y necesario.

Juan Manuel Riego

Profesor Colaborador Honorífico del Instituto de Humanidades



*Libros*

---

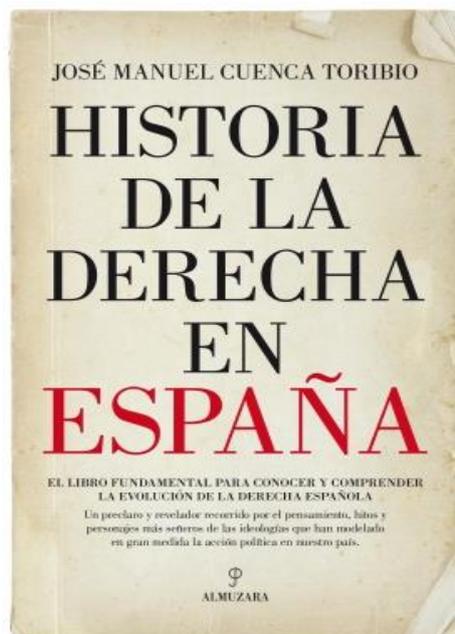
Otras Publicaciones\*

\*Relación de obras recibidas en La Albolafia que serán reseñadas en próximos números



CUENCA TORIBIO, J.M.: *Historia de la derecha en España*.

Córdoba. Almuzara, 2017 (240 páginas).



La dialéctica entre izquierda y derecha, aunque denostada y puesta en cuestión por algunos en tiempos recientes, continúa vertebrando y modelando la acción política, no ya en nuestro país, sino en todo Occidente.

José Manuel Cuenca Toribio, historiador de vasto magisterio y muy fértil producción, desgrana en esta obra, con agudeza inusual y depurada prosa, la ya extensa andadura de una de esas dos corrientes, la diestra, deteniéndose en sus hitos más señalados y en sus protagonistas más señeros. Una andadura sujeta a numerosos embates, tanto producto de balbuceos y sonoros errores propios como fruto del estigma deslegitimador con el que determinados sectores hostiles

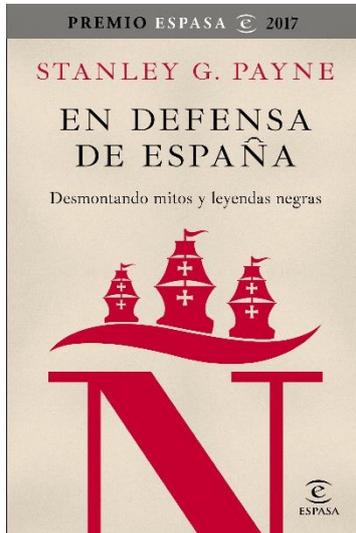
—no sin cierta lógica— la han venido marcando. Con independencia de todo ello, lo cierto es que se impone ya, a estas alturas de siglo, un examen detenido y exento de prejuicios —de uno u otro signo— de lo que ha sido y sigue siendo una corriente política de crucial influjo en el devenir de nuestra historia contemporánea. Se abre con ello una senda inédita, llamada a tener continuidad en lustros y obras posteriores, que habrán de tener a la actual como obligado e inexcusable referente.

«... muy recientemente, se ha mostrado decisivo en un trance electoral de suma importancia el eslogan o cédula de identificación ‘Nosotros somos la izquierda’, de todo punto inimaginable del lado de la derecha en un hipotético lance de similares características. Tan grande y obsesivo es el complejo de inferioridad, al tiempo que también de ‘culpabilidad’, arraigado en la conciencia y actuación de los miembros y dirigentes de las formaciones políticas conservadoras».



PAYNE, S. G.: *En defensa de la historia de España.*

Espasa, 2017 (312 páginas).



Ningún otro país como España posee una historia tan rica en sus imágenes ni tan abundante en conceptos, mitos y leyendas. Es la historia más exótica de Occidente y también la más extensa y extrema en su envergadura, tanto cronológica como geográfica, y con mayores diferencias en las distintas épocas.

A lo largo de los siglos, la Historia de España se ha descrito y definido a partir de conceptos inusualmente controvertidos: reino bárbaro decadente, conquista oriental, paraíso multicultural, guerra divina, Reconquista,

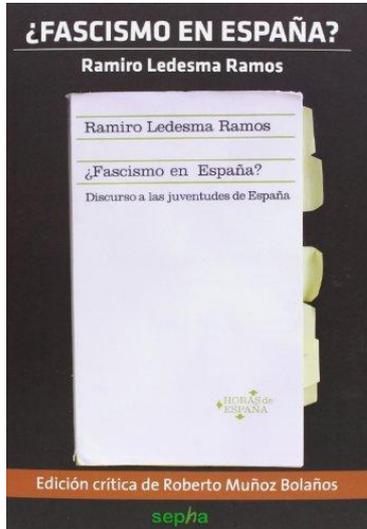
Inquisición, primer imperio mundial, monarquía paneuropea, decadencia profunda, leyenda negra, país insurreccional que reclama su independencia, cultura romántica por excelencia, sociedad convulsa y/o revolucionaria, democracia militante antifascista, país fascista retrógrado, pionera democracia de consenso... Algunas de estas descripciones son tópicos esencialmente falsos, pero la mayor parte se refiere a procesos o logros históricos muy complejos que requieren mucha matización.

Este libro es una interpretación en el debate sin fin de la Historia de España, realizada siguiendo un desarrollo cronológico que explica la evolución del país y, con ella, los mitos, estereotipos y leyendas que se han construido a través del tiempo.



LEDESMA RAMOS, R. (EDICIÓN CRÍTICA DE ROBERTO MUÑOZ BOLAÑOS):  
*¿Fascismo en España?*

Sepha, 2013 (353 páginas).

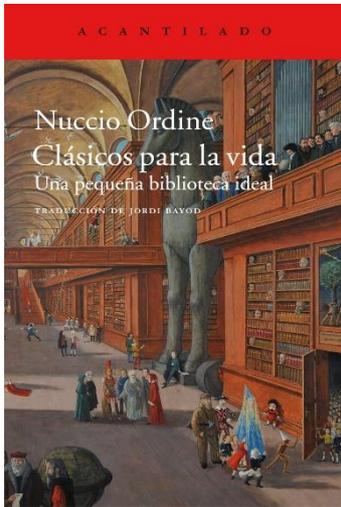


Obra fundamental para conocer la historia de la II República. Su autor, Ramiro Ledesma Ramos, fue sin duda uno de los personajes políticos más relevantes de los años 30, y probablemente el fascista más auténtico de ese periodo. Traza en esta obra un cuadro muy completo de la aparición y desarrollo de los diferentes movimientos fascistas en España, y de los hombres que los dirigieron hasta 1935.



ORDINE, N.: *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*

Acantilado, 2017 (192 páginas).

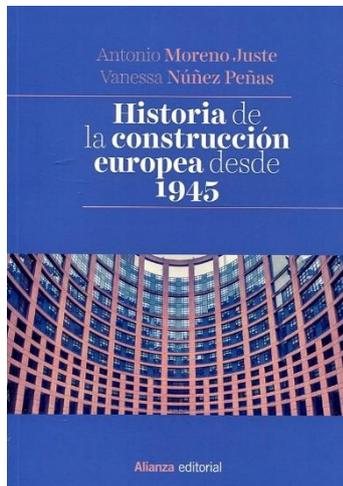


«Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído», decía Borges. Y es que los buenos libros nos transforman; un pasaje, por breve que sea, puede despertar la curiosidad del lector y animarlo a leer una obra que cambie su vida para siempre. He ahí el poder de la literatura, que no sólo nos abre horizontes, sino que deposita en nosotros, de manera lenta pero constante, la clave para entender la vida. Llevado por esta idea, Nuccio Ordine nos invita en *Clásicos para la vida* a descubrir o recordar a algunos de los clásicos de todos los tiempos, maestros de innumerables generaciones: Platón, Rabelais, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Rilke... Pues para el autor la enseñanza, la educación, constituyen una forma de resistencia a las omnipresentes leyes del mercado, a la mercantilización de nuestras vidas, al temible pensamiento único.



MORENO JUSTE, A.; NÚÑEZ PEÑAS, V.: *Historia de la construcción europea desde 1945*

Madrid, Alianza, 2017 (368 páginas).



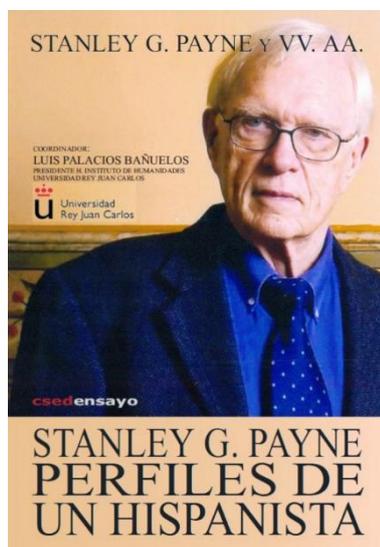
"Historia de la construcción europea desde 1945" es un estudio de uno de los procesos integradores más importantes de la Historia de la humanidad que hunde sus raíces tanto en los horrores de la Segunda Guerra Mundial como en los estrechos intereses nacionales de la postguerra europea. Un proceso que desde un punto de vista histórico es ya una realidad política, social, económica, y en no menor medida cultural; pero también un escenario complejo que parece haber entrado en crisis, o al menos, es fuertemente cuestionado. Se lograron los objetivos iniciales de resolver algunos conflictos del pasado que llevaron a dos guerras, creando una serie de instituciones y procesos de cesión de soberanía que han transformado radicalmente la faz del Viejo Continente. Pero en las últimas décadas se ha ido trocando esa narrativa de postguerra por la de un pragmatismo de unos debilitados Estados europeos que intentan adaptarse a un mundo diferente del que vio nacer a la primitiva Comunidad del Carbón y el Acero, origen de la actual Unión Europea.

En este contexto han aparecido nuevos enfoques en torno al espacio público europeo y los procesos de europeización; la historia transnacional y el papel de la diplomacia, la prensa, los grupos de interés; o también los estudios globales en relación con el mundo extraeuropeo, cuestiones que son abordadas en esta "Historia de la construcción europea desde 1945". La edición cuenta con mapas y gráficos para hacer más comprensible su lectura



PAYNE, S.G.; VV.AA.: *Stanley G. Payne. Perfiles de un hispanista*

Astorga, CESED, 2018 (306 páginas).



NOTA PRELIMINAR

INTRODUCCIÓN

*Mi compromiso con la Historia de España.* Stanley G. Payne

BIOGRAFÍA Y PUBLICACIONES

Luis Palacios Bañuelos. *Biografía humana e intelectual*

TESTIMONIOS

- Yolanda Casado. *Mi experiencia personal con el Prof. Stanley G. Payne*

- X. Moreno Julia. *El Prof. Payne en el hacer de un estudiante de historia en los primeros años de democracia*

- Jesús Palacios. *Stanley G. Payne en la Historia*

#### LA OBRA DE STANLEY G. PAYNE

- Stanley G. Payne. *Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la URJC*

- Bullón de Mendoza. *La historia del carlismo de Stanley G. Payne.*

- P. C. González Cuevas. *Derechas, Fascismo e Historia de España en la obra de Payne*

- Arnaud Imatz. *Stanley G. Payne en Francia: un prestigioso historiador víctima de la omertá durante 45 años*

- Pio Moa. *Stanley G. Payne y la gran patraña*

- Bolaños. *El Ejército español como protagonista de la historia. Análisis de la obra de Stanley G. Payne "Los militares y la política en la España Contemporánea"*

*Stanley G. Payne y la sublevación del 18 de julio de 1936: una dinámica cambiante*

- Luis Palacios. *De una democracia poco democrática a una Guerra Civil*

- Manuel Pastor. *Una reflexión sobre la obra de Stanley G. Payne y la dictadura de Franco*

- Carlos Pulpillo. *Franco-Hitler: las relaciones entre España y Alemania a través del Noticiero de España (1937-1941)*

- Paul Gottffried. *Stanley G. Payne en la historiografía* han colaborado en este dossier

**Jorge Vilches** es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología y Profesor en la Universidad Complutense de Madrid.

**Manuel Moreno Alonso** es Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Sevilla.

**Raquel Sánchez** es Profesora Titular en la Universidad Complutense de Madrid.

**Rafael Alarcón Sierra** es Profesor Titular de Literatura Española en la Universidad de Jaén.

**Laura Vicente** es Catedrática de Secundaria de Historia.

**Pedro Carlos González Cuevas** es Profesor Titular de las Ideas Políticas y de Historia del Pensamiento Español en la UNED.

**Octavio Ruíz-Manjón** es Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid.



## EQUIPO EDITORIAL

Todo el contenido publicado en *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* es sometido a un proceso de revisión realizado por destacados profesionales en todos los campos de las Humanidades y de la Cultura. El *Dossier* y los artículos de la sección *Miscelánea* son analizados a través del método de revisión por pares ciegos, con el fin de garantizar su calidad y rigor científico. Las reseñas bibliográficas son sometidas a una revisión simple, siempre por profesionales de igual o mayor rango que el autor.

### CONSEJO ASESOR

**Stanley G. Payne.** Doctor en Historia y profesor emérito de la Universidad de Wisconsin-Madison (Estados Unidos). Hispanista.

**Fernando Suárez Bilbao.** Catedrático de Historia del Derecho en la Universidad Rey Juan Carlos (España). Rector de la Universidad Rey Juan Carlos.

**José Manuel Cuenca Toribio.** Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba (España).

**Robin Attfield.** Catedrático de Filosofía en la Universidad de Cardiff (Reino Unido). Miembro del Comité de la UNESCO para ética medioambiental. Regente del Park College de Oxford.

**José María García Gómez-Heras.** Catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Salamanca (España).

**Manuel Alvar Ezquerro.** Catedrático de Lengua Española de la Universidad Complutense de Madrid (España).

**Cristóbal García Montoro.** Catedrático de la Universidad de Málaga (España).

**Antonio Narbona Jiménez.** Catedrático de Filología Hispánica de la Universidad de Sevilla (España).

**Celso Almuiña Fernández.** Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid (España).

**Ursula Wolf.** Catedrática de Ética en la Universidad de Mannheim (Alemania). Directora del Departamento de Filosofía II.

**Antonio Rodríguez de las Heras.** Director del Instituto de Cultura y Tecnología de la Universidad Carlos III de Madrid (España).

**Raffaele Rodogno.** Profesor de Ética Medioambiental de la Aarhus Universitet (Dinamarca). Department of Culture and Society.

**Ignacio Henares Cuéllar.** Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Granada (España).

**Txetxu Ausin.** Científico Titular en el Instituto de Filosofía del CSIC (España).  
Director de la revista electrónica DILEMATA.

**Patricia Córdova Abundis.** Profesora Universidad de Guadalajara (México).

**Desiderio Vaquerizo.** Catedrático de Arqueología de la Universidad de Córdoba (España).

**Fernando de Sousa.** Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Oporto (Portugal). Director del CEPESE (Centro de Estudos da População, Economia e Sociedade).

**José Morilla Critz.** Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares (España).

**Josefina Cuesta Bustillo.** Catedrática de Universidad de Salamanca (España).

**Manuel Moreno Alonso.** Catedrático de la Universidad de Sevilla (España).

#### CONSEJO DE REDACCIÓN

**Ramón Morillo-Velarde Pérez.** Catedrático de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Aurora Miró Domínguez.** Catedrática de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Begoña Villar García.** Profesora titular de la Universidad de Málaga.

**José Luis Rodríguez Jiménez.** Profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**María José Castañeda Ordoñez.** Profesora titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Fernando López Mora.** Profesor titular de la Universidad de Córdoba.

**José María de Francisco Olmos.** Profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid.

**Sara Núñez de Prado Clavell.** Profesora titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Isabel María Pascual Sastre.** Profesora titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Pablo Ozcáriz Gil.** Profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Raúl Ramírez Ruiz.** Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos.

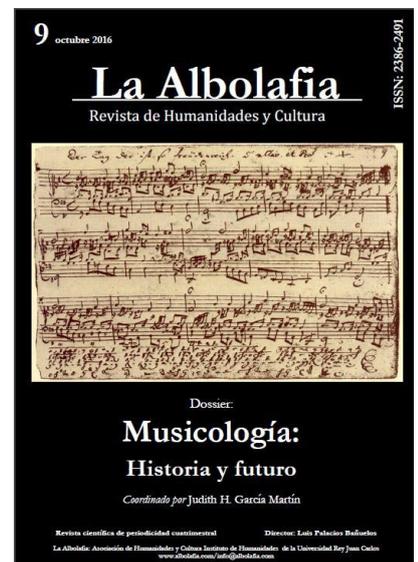
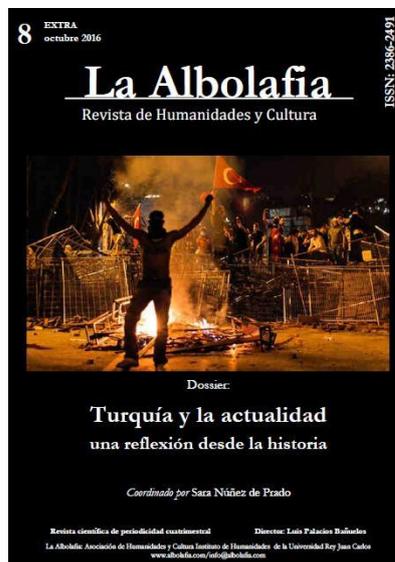
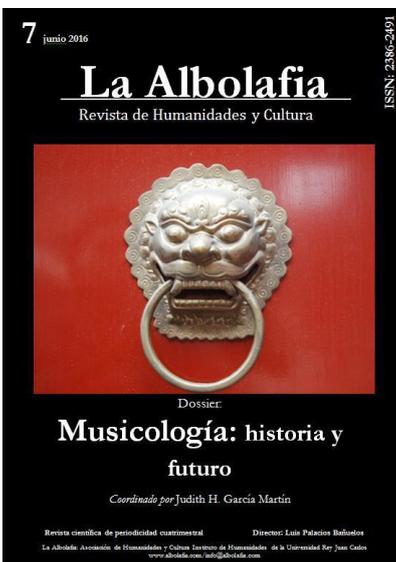
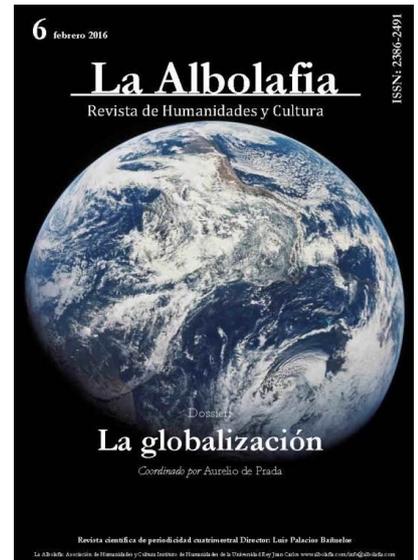
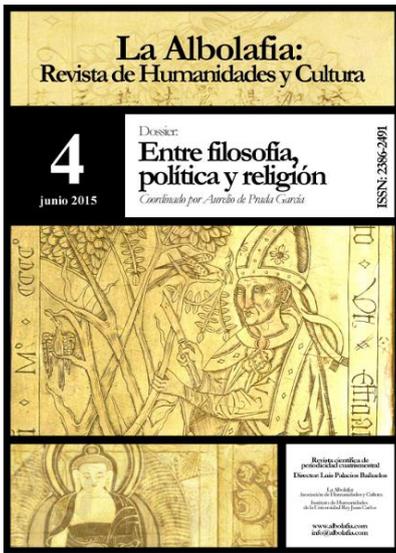
**Agustín Martínez Peláez.** Profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos.

**Ana Vico Belmonte.** Profesora titular de la Universidad Rey Juan Carlos

#### ADMINISTRACIÓN

**Pablo Martínez García.** Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos

ANTERIORMENTE PUBLICADOS...



10 febrero 2017

ISSN: 2386-2491

# La Albolafia

Revista de Humanidades y Cultura



Dossier:  
**Cuidar la casa común:  
Reflexiones sobre el ecologismo  
integral del Papa Francisco**  
*Coordinado por José María García Gómez-Héras*

Revista científica de periodicidad cuatrimestral Director: Luis Palacios Bañuelos  
La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos  
www.albolafia.com/info@albolafia.com

11 EXTRA junio 2017

ISSN: 2386-2491

# La Albolafia

Revista de Humanidades y Cultura



**Stanley G. Payne. Perfiles de  
un hispanista**

Revista científica de periodicidad cuatrimestral Director: Luis Palacios Bañuelos  
La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos  
www.albolafia.com/info@albolafia.com

12 octubre 2017

ISSN: 2386-2491

# La Albolafia

Revista de Humanidades y Cultura



Dossier:  
**EL BREXIT**  
**Causas y efectos de un proceso  
singular**  
*Coordinado por Jorge Malféito Gavíro*

Revista científica de periodicidad cuatrimestral Director: Luis Palacios Bañuelos  
La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos  
www.albolafia.com/info@albolafia.com

## PRÓXIMO NÚMERO

El próximo dossier de La Albolafia estará dedicado a *La transformación del Ejército español (1975-1989)*, coordinado por el Prof. Roberto Muñoz Bolaños. En él se analizará la evolución del Ejército español en los primeros años de la democracia. A continuación, mostramos su índice.

TENSIONES MILITARES E INVOLUCIONISMO. Roberto Muñoz Bolaños

EL PROBLEMA DE LA UMD. Fidel Gómez Rosa

PLANES DE REFORMA Y REORGANIZACIÓN. Jorge Ortega Martín

LA EVOLUCIÓN DE LA JUSTICIA MILITAR José Luis Rodríguez-Villasante y Prieto

LA APERTURA AL EXTERIOR. Fernando Puell de la Villa

LAS PRIMERAS MISIONES DE PAZ. José Luis Rodríguez Jiménez

LA MODERNIZACIÓN DEL CUERPO DE SUBOFICIALES. Jerónimo Francisco Naranjo García

LA IMEC Y EL RESERVISMO. José Miguel Quesada González